Ovidio

Metamorfosis

Libros XI-XV

Epopeya mitológica por excelencia, las *Metamorfosis* es una de las obras magnas de Ovidio. El conjunto de relatos memorables que han servido a lo largo de los siglos como materia de innumerables refacciones por parte de las artes y las ciencias merecía una cuidada edición crítica en la Biblioteca Clásica Gredos. Con este tercer y último volumen, culmina el asombroso catálogo ovidiano de más de doscientas mutaciones, entre las que podemos encontrar pasajes tan celebres como los de Narciso, Eco o Apolo y Dafne, por solo citar algunos de sus más bellos ejemplos. Publicado por primera vez en esta colección, este volumen presenta la traducción inédita hasta hoy de los libros XI-XV de las *Metamorfosis* de Ovidio realizada por José Carlos Fernández Corte y Josefa Cantó Llorca (Universidad de Salamanca).

Publio Ovidio Nasón

Metamorfosis Libros XI-XV

Biblioteca Clásica Gredos - 415.2

ePub r1.1
Titivillus 31.10.2022

Título original: *Metamorphoseis*
Publio Ovidio Nasón, 0008
Traducción: José Carlos Fernández Corte y Josefa Cantó Llorca
Notas: José Carlos Fernández Corte y Josefa Cantó Llorca
Asesor: Luis Unceta Gómez
Revisión: José Román Bravo Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

NOTA EDITOR DIGITAL

En Marzo de 2006 RBA compra la Biblioteca Clásica Gredos. Durante los siguientes años hasta 2015 sigue publicando libros de Gredos hasta el numero 415, mientras que a la vez publica libros clásicos, de otros traductores, bajo el sello de RBA. En 2016 se paraliza la publicación de libros de la Biblioteca Clásica Gredos aun faltando tomos de algunos autores por editar. En el año 2020 RBA completa los tomos que faltan en Gredos del número 416 al 422.

Paralelamente en 2020 RBA pone en marcha la edición de una Nueva Biblioteca Clásica Gredos, en su mayoría compuesta de libros seleccionados pero idénticos a los de la Biblioteca Antigua. Aquí existe un caso curioso con el libro Metamorfosis de Ovidio. La Nueva Biblioteca incluye los tres tomos del libro, pero los dos primeros son los que ya estaban editados en la Biblioteca Antigua mientras que el tercero que faltaba (el presente tomo) en lugar de publicarlo en ella (como en los casos de 419 Plinio, 421 Ciceron o 422 Vitruvio) que era lo que estaba previsto (leer la sinopsis y los créditos de la editorial para constatarlo) decide publicarlo sólo en la Nueva Biblioteca.

Es por este motivo que hemos decidido incorporar el tercer tomo de Metamorfosis como parte de la Biblioteca Clásica Gredos con el número 415.2. Desde nuestro punto de vista no tiene ningún sentido mantenerlo como Nueva Biblioteca Clásica Gredos cuando la mayoría de los libros de esta ya están editados en la Biblioteca Clásica tradicional.

Además del cambio de editorial también se cambió la empresa que digitalizaba los libros. La nueva empresa es de dudosa calidad respecto a la anterior. En el presente tomo no se respetan las

normas de la RAE respecto a las comillas. Son todas de forma oblicua cuando deberían indicarse en su lugar correspondiente las comillas dobles y simples en el texto. En el caso de las fuentes incrustadas para los caracteres griegos se utilizan 3 fuentes cuando en realidad sólo hace falta una (la de griego). Pero para colmo esa fuente que debería representar el griego extendido o politónico se olvidan de incluirla en el ePub. Estos errores graves (aunque hay más) han sido corregidos en la presente edición digital.

CRÉDITOS EDITORIAL

La Biblioteca Clásica Gredos, fundada en 1977 y sin duda una de las más ambiciosas empresas culturales de nuestro país, surgió con el objetivo de poner a disposición de los lectores hispanohablantes el rico legado de la literatura grecolatina, bajo la atenta dirección de Carlos García Gual, para la sección griega, y de José Luis Moralejo y José Javier Iso, para la sección latina. Con 415 títulos publicados, constituye, con diferencia, la más extensa colección de versiones castellanas de autores clásicos.

Publicado por primera vez en esta colección, este volumen presenta la traducción inédita hasta hoy de los libros XI-XV de las *Metamorfosis* de Ovidio realizada por José Carlos Fernández Corte y Josefa Cantó Llorca (Universidad de Salamanca).

Asesor de la colección: Luis Unceta Gómez.
La traducción de este volumen ha sido revisada
por José Román Bravo Díaz.

Traducción:
José Fernández Corte y Josefa Cantó Llorca.

Primera edición: febrero de 2020.

LIBRO XI

Muerte de Orfeo

Mientras el poeta tracio arrastra en pos de sí los bosques, los corazones de las fieras y las peñas con semejantes canciones, las mujeres de los cícones[1], cubiertos sus enloquecidos pechos con pieles de fieras, contemplan desde lo alto de una loma cómo Orfeo armoniza su canto con él son de las cuerdas de la lira. 5 Una de ellas, sacudiendo sus cabellos a la leve brisa, dice: «¡Ahí lo tenéis, ahí lo tenéis, este es el que nos desprecia!», y arrojó su lanza contra la boca canora del poeta apolíneo, que, rodeada de hojas en la punta, dejó una marca sin hacer herida; el arma de otra es una piedra, que, una vez lanzada, fue vencida cuando iba por el aire 10 por el concento de la voz y de la lira, y se quedó quieta a los pies de Orfeo como suplicando perdón por su loco atrevimiento. Pero la guerra ciegamente emprendida crece, la moderación se esfuma y la loca Erinis reina. Y todas las armas podrían haber sido ablandadas por el 15 canto, pero un enorme griterío y la flauta berecintia de curvado cuerno, el batir de tambores, las palmas y los alaridos báquicos ahogaron con su estrépito el sonido de la cítara; entonces, por fin, cuando dejó de ser oído, las piedras se enrojecieron con la sangre del poeta. Y al principio las Ménades destrozaron innumerables aves, aún hechizadas por la voz del 20 cantor, y a las serpientes y al tropel de las fieras: la reputación del teatral Orfeo[2]; después se vuelven contra Orfeo con sus ensangrentadas manos y se juntan todas, como las aves cuando ven una lechuza nocturna perdida a la luz del 25 día, o como los perros en el anfiteatro, cuando el

ciervo destinado a morir les sirve de presa en el espectáculo matinal. Atacan al poeta y le arrojan los tirsos cubiertos de hojas, que no habían sido hechos para este cometido. Unas lanzan terrones, otras ramas arrancadas de los árboles, otras piedras. Y para que su furor no se quede falto de armas, en 30 aquel momento estaban arando la tierra unos bueyes con el arado hundido en el surco y no lejos de allí, ganándose el pan con mucho sudor, unos robustos campesinos cavaban los duros campos; al ver llegar el tropel escapan y abandonan las armas de su trabajo, quedando esparcidos por los vacíos campos los 35 sachos, los pesados rastrillos y los largos azadones. Después de saltar como fieras sobre todas estas cosas y descuartizar a los bueyes de cuernos amenazadores, vuelve a ser su objetivo la muerte del poeta. Mientras extendía las manos y, en aquel momento, por primera vez en su vida, pronunciaba palabras ineficaces y no lograba conmover a nada ni a nadie con su voz, las 40 sacrílegas lo matan, y por aquella boca (¡por Júpiter!) que escuchaban las piedras y entendían las mentes de las fieras, el alma, exhalada, se alejó por los aires.

Te lloraron las aves tristemente, te lloraron las fieras en tropel, te lloraron, Orfeo, las duras peñas, te lloraron las selvas, a menudo 45 seguidoras de tus cantos; los árboles, despojados de sus frondas, se pusieron de luto cortándose los cabellos; cuentan que también los ríos crecieron con sus lágrimas y que las náyades y las dríades se pusieron ropas de sutil lino teñidas de negro y anduvieron con los cabellos en desorden. Sus miembros yacen en sitios separados, su cabeza y su lira las acoges tú, Hebro, y 50 (¡qué portento!), mientras se desliza por el medio del río, la lira se queja con blando lamento, la lengua exánime blandamente murmura, blandamente responden las riberas. Al llegar al mar abandonan el río de su patria y tocan tierra en la costa de Metimna, en Lesbos. Aquí 55 una fiera serpiente asalta la cabeza, abandonada en playas extranjeras, y los cabellos empapados de gotas de rocío. En el último momento se presenta Febo y aparta a la serpiente, cuando se disponía a morder: las fauces abiertas [3] las deja yertas y sus quijadas descoyuntadas quedan petrificadas tal como estaban. La 60 sombra de Orfeo desciende bajo tierra y reconoce todos los lugares que había

visto antes; buscando a Eurídice por los campos de los bienaventurados la encuentra y la rodea con sus brazos llenos de deseo. Aquí pasean a veces los dos juntos, acompasado el andar; en otras ocasiones Orfeo marcha detrás, a veces se adelanta, y 65 cuando vuelve atrás la mirada, contempla por fin a su Eurídice sin temor a perderla.

No permitió Lieo que este crimen tan grande quedara impune y, lleno del dolor de haber perdido al inspirado guía de sus misterios, sin detenerse un instante, aprisionó con torcidas raíces en el bosque a todas las madres edónidas que vieron el sacrilegio. Pues, en 70 el sitio en que cada una había quedado mientras lo perseguía, les tiró de los dedos de los pies e introdujo a la fuerza sus puntas en la tierra compacta; y como un pájaro que ha metido una pata en la trampa que hábilmente ocultó el pajarero y, al notar que está cogido, se debate y, al agitarse, con el movimiento aprieta más el lazo, así, a 75 medida que cada una de ellas quedaba clavada en el suelo, se ponía fuera de sí e intentaba en vano la huida; pero la flexible raíz la mantiene agarrada y, cuando intenta saltar, lo impide. Y mientras busca dónde están los dedos, dónde están los pies y las uñas, contempla cómo alcanza la madera sus torneadas pantorrillas, y 80 al tratar de golpearse el muslo con las manos en un gesto de luto, no es un muslo, es madera; los pechos, asimismo, se vuelven de madera, los hombros son madera, y pensarías que sus dos brazos extendidos son ramas de verdad y no te equivocarías si los podaras [4].

Midas

85 No es suficiente esto para Baco: también abandona estos campos, y con un séquito mejor se dirige a los viñedos de su amado Tmolo y al Pactolo, que por aquel entonces no era de oro ni objeto de rivalidad por los tesoros de sus arenas. Lo rodea su cohorte habitual de sátiros y bacantes, pero falta Sileno; vacilante por la edad y el vino, lo 90 capturaron los campesinos frigios y, atado con guirnaldas, lo condujeron ante el rey Midas, a quien el tracio Orfeo, junto con el cecropio Eumolpo, había transmitido sus ritos mistéricos. Tan pronto como reconoció a su

camarada y compañero de iniciación, celebró alegres fiestas por la llegada del huésped por 95 espacio de dos veces cinco días y sus correspondientes noches; y, ya el undécimo Lucero había retirado del cielo el alto ejército de las estrellas cuando se presentó alegre el rey en los campos lidios[5], y devolvió a Sileno a su joven alumno[6]. El dios, alegre por haber recuperado a su preceptor, le 100 concedió al rey el regalo que se le antojara, una elección grata, pero perniciosa. Él, que no iba a hacer buen uso de sus dones, dijo: «Haz que todo lo que toque con mi cuerpo se convierta en amarillo oro». Accedió a su deseo Líber y le prodigó dones que redundarían en su propio daño, y se dolió de que no hubiera pedido cosas 105 mejores.

Se va alegre y se goza en su mal el héroe berecintio, y pone a prueba la verdad de lo prometido tocando las cosas una por una. [Y sin poderse dar crédito a sí mismo, arrancó de una encina no muy alta] una verde rama: la rama se convirtió en oro; levantó del suelo una piedra: la piedra también adquirió la palidez del oro; tocó 110 también un terrón del suelo: con su portentoso toque, el terrón también se vuelve un trozo de metal; arrancó las secas espigas de Ceres: la mies era de oro; se apodera de un fruto cogiéndolo de un árbol: creerías que se lo han regalado las Hespérides; si aproxima sus dedos a las altas jambas de la puerta, las jambas parecen resplandecer; incluso 115 tras lavarse las manos en aguas transparentes, el agua que fluía de sus manos podría engañar a Dánae. Apenas puede él mismo contener en su ánimo sus esperanzas, imaginándoselo todo de oro. Lleno de alegría, los criados le dispusieron una mesa atestada de manjares y no carente de tostada mies. Pero 120 entonces, cada vez que tocaba los dones de Ceres con su mano, los dones de Ceres se endurecían. Si se disponía a hincar el diente ávidamente en los manjares, una lámina de amarillo metal cubría los manjares que intentaba morder; había mezclado al autor del regalo[7] con agua pura: podrías ver 125 pasar por sus labios abiertos oro líquido. Atónito por la novedad de su infortunio, ser rico y pobre a la vez, desea escapar de sus riquezas y odia lo que hace un momento ha deseado. No hay víveres que alivien su hambre, árida sed abrasa su garganta, y con todo merecimiento, siente el tormento de un oro que le es

130 odioso. Levantando al cielo las manos y los brazos resplandecientes, dijo: «Concédeme el perdón, padre Leneo: he pecado, mas compadécete, te lo ruego, y líbrame de un mal tan bello en apariencia». El poder de los dioses es compasivo; Baco volvió a su ser al que había confesado su error, y lo liberó del don que le había hecho en cumplimiento de su 135 palabra. Dijo: «Para que no permanezcas impregnado de ese oro, por tu mal deseado, camina hacia al río vecino de la gran Sardes y toma el camino que va por las cimas que lo bordean, en sentido opuesto a la corriente, hasta llegar al nacimiento del río, y en la fuente espumosa por la que brota más 140 caudal, hunde tu cabeza y lava al mismo tiempo tu cuerpo y tu culpa». El rey se metió en el agua como se le había ordenado: la fuerza del oro tiñó el río y del cuerpo humano pasó a la corriente. Ahora todavía, los campos, tras recibir la semilla de la antigua veta, se vuelven duros y con terrones amarillos por estar impregnados 145 de oro.

Febo y Pan

Midas, detestando las riquezas, habitaba en los bosques y en los campos y adoraba a Pan, que vivía siempre en las cuevas de la montaña; pero siguió siendo espeso de entendederas, y su mente estúpida iba a perjudicar, como antes, a su dueño. El monte Tmolo se alza hasta una altura considerable, dominando una gran extensión de mar; sus 150 laderas se estiran en una larga pendiente que termina por un lado en Sardes, y por el otro en la pequeña Hipepas. Allí Pan, mientras presume de sus canciones ante las tiernas ninfas y ensaya una liviana canción en sus cañas unidas con cera, se atrevió a despreciar los sones de Apolo en comparación con los suyos y, con 155 el Tmolo como juez, se sometió a una desigual competición. El anciano juez se sentó en su propia montaña y libera sus oídos de árboles; sólo ciñe su azulada cabellera con una encina y las bellotas cuelgan alrededor de sus cóncavas sienes. Acto seguido, mirando al dios de los rebaños, dijo: «Por 160 parte del juez no hay ningún impedimento». Comienza aquél a tocar con sus rústicas cañas, y con su bárbara canción cautivó a Midas (por casualidad se encontraba junto al cantor). Después de este, el

sagrado Tmolo giró el rostro en dirección al rostro de Febo; el bosque que lo coronaba siguió el movimiento del rostro[8]. Aquél, con la rubia cabeza ceñida con el laurel del Parnaso, barre 165 el suelo con su manto teñido de púrpura de Tiro y sostiene en su izquierda una lira adornada con gemas y marfil de la India; la otra mano sujetaba el plectro; su postura era la de un artista. Luego pulsa las cuerdas con docto pulgar y Tmolo, 170 cautivado por su dulce son, ordena a Pan rendir las cañas a la cítara.

El juicio y el fallo del sagrado monte parece bien a todos; sólo las palabras de Midas lo discuten y lo califican de injusto. No permite el Delio que esas estúpidas orejas conserven la forma de las humanas, sino 175 que las prolonga en extensión y las llena de cerdas blanquecinas, las hace flexibles en la base y les concede capacidad de movimiento. El resto de su figura es humana; se le condena sólo en una parte y se le reviste con las orejas de un asnillo de paso lento. [Él, por supuesto, desea ocultarlas y con vergüenza por su fealdad] intenta 180 cubrirse las sienes con una tiara de púrpura; pero el esclavo que acostumbraba a cortarle los largos cabellos con unas tijeras las había visto y, como no se atrevía a hacer público el deshonor que había contemplado por más que deseaba contarlo a los cuatro vientos, ni a pesar de todo era capaz de callarlo, se aparta lejos, excava 185 un hueco en la tierra y cuenta en voz baja y en un murmullo al agujero qué clase de orejas le había visto a su dueño; luego vuelve a amontonar la tierra para sepultar su voz delatora y se aleja en silencio una vez tapado el hoyo. Un abundante bosque de cimbreantes cañas comenzó a surgir allí y, tan 190 pronto como maduró, cumplido un año, traicionó al sembrador; pues movido por el suave Austro relata las palabras enterradas y denuncia públicamente las orejas de su dueño.

Laomedonte

195 Abandona el Tmolo, cumplida su venganza, el hijo de Latona y, atravesando el brillante éter, se detiene en las tierras de Laomedonte, del lado de acá del estrecho mar de Hele, hija

de Néfele[9]. Hay un viejo altar consagrado al tonante Panonfeo, a la derecha del profundo Sigeo, a la izquierda del Reteo. Desde él ve a Laomedonte construir por primera vez las murallas de la nueva ciudad de Troya y que la gran empresa crece 200 a costa de difíciles esfuerzos y exige no pequeños recursos; y, junto con el padre tridentífero del inflado mar, reviste la forma humana y levanta los muros para el tirano de Frigia, tras convenir una cantidad de oro por las murallas. La obra se alzaba ya; el rey rehúsa el pago y añade, el 205 colmo de la perfidia, el perjurio a sus mentiras. «No te saldrás con la tuya impunemente», dice el soberano del mar, e inclinó todas las aguas hacia el litoral de la avarienta Troya y transformó las tierras en un mar, y privó de sus recursos a los agricultores cubriendo de olas los campos. No le 210 basta con este castigo: también le exige al rey su hija para un monstruo marino. Cuando está atada a una dura peña, el Alcida[10] la libra, exige los caballos pactados como recompensa, y al serle negada su paga por un trabajo tan grande, se apodera de las murallas dos veces perjuras de Troya derrotada[11]. Y no 215 se fue de allí sin honores Telamón, que formaba parte de la tropa, y, tras serle entregada Hesíone, la posee[12]; pues Peleo era ilustre por tener a una diosa como esposa, y no está más lleno de orgullo por el nombre de su abuelo que por el de su suegro, dado que ser nieto de Júpiter aconteció a más de uno, ser esposo de una diosa le aconteció sólo 220 a él[13].

Tetis y Peleo

En efecto, el viejo Proteo le había dicho a Tetis: «Diosa de las olas, concibe: serás madre de un joven que con sus valerosas hazañas superará las hazañas de su padre y será llamado más grande que él». Por consiguiente, para que el mundo no tuviera nada más grande que Júpiter, aunque el dios había sentido en su pecho los fuegos nada tibios de la pasión, rehuyó 225 el matrimonio con la oceánica Tetis y ordenó a su nieto el Eácida reemplazarlo en su deseo por ella y acudir a los brazos de la virgen marina. Hay un golfo en Hemonia, curvado como un arco; sus extremos se estiran tanto que, si el agua fuera más

profunda, sería un puerto; pero 230 el mar apenas cubre la arena. La orilla es tan dura que ni guarda las huellas, ni es obstáculo para caminar, ni está en pendiente, cubierta de algas; hay un bosque de arrayanes, cuajado de bayas de dos colores. En su centro una cueva (se duda si ha sido fabricada por la naturaleza o el arte, más 235 probable, con todo, por el arte): a ella solías ir con frecuencia, Tetis, cabalgando desnuda en un delfín. Allí, cuando yacías vencida por el sueño, te asalta Peleo, y, como lo rechazas cuando te tantea con ruegos, se dispone a violarte anudando ambos brazos en torno a tu 240 cuello. De no haber recurrido tú a tus trucos habituales, cambiando varias veces de figura, él hubiera logrado su atrevido empeño: pero tú una vez eras ave —y a pesar de todo él seguía reteniendo a un ave—, otra eras un pesado árbol —Peleo permanecía enganchado al árbol—. La tercera forma que asumiste fue la de una tigresa cubierta de manchas; aterrado 245 por ella, el Eácida soltó los brazos de su cuerpo [14]. Él, a continuación [15], venera a los dioses del piélago, vertiendo vino sobre las aguas y ofreciendo las entrañas de una oveja y humo de incienso, hasta que el profeta carpatio, desde el medio del abismo, dijo: «Eácida, lograrás el tálamo al que aspiras: tú, cuando 250 descanse sumida en el sueño en el pedregoso antro, sin que se dé cuenta, échale encima lazos y fuertes cadenas. Que no te engañe fingiendo cien figuras de mentira: tú aprieta bien cualquier cosa que ella sea, hasta que vuelva a transformarse en lo que antes fue». Tales cosas había dicho Proteo y ocultó su rostro en el mar, ahogando 255 con sus olas sus últimas palabras. Ya iba Titán cuesta abajo y con el timón de su carro inclinado ganaba el mar de Hesperia, cuando la hermosa Nereida, abandonando el ponto, penetra en sus estancias habituales. No bien Peleo había atacado su cuerpo virginal, ella 260 adquiere nueva forma, hasta que nota que sus miembros estaban sujetos y que sus brazos eran estirados en direcciones opuestas. Entonces, por fin, lanzó un gemido y dijo: «No vences sin consentimiento de los dioses», y se mostró como Tetis. Viéndola al descubierto, el héroe la abraza, colma sus deseos, y la llena del inmenso 265 Aquiles.

Dedalión y

Quíone

Feliz por el hijo, feliz también por su esposa, a Peleo todas las cosas le habían salido bien, si se exceptúa el delito de haber matado a Foco. Culpable de derramar sangre fraterna, y expulsado de la casa de su padre, lo acoge la tierra de Traquis. Aquí ejercía el poder real sin violencia, sin muertes, el 270 hijo del Lucero matutino, Céix, que mostraba en su rostro el esplendor de su padre y que en aquella época estaba triste, algo en absoluto propio de él, porque guardaba luto por la pérdida de un hermano. Después de que el Eácida, cansado por las preocupaciones y el camino, llegó allí y penetró en la ciudad con unos pocos compañeros, dejó 275 no muy lejos de la muralla, en un umbroso valle, los rebaños de ovejas y el ganado vacuno que traía consigo. Cuando se le concedió venia para penetrar en la mansión del tirano, tendiendo con manos suplicantes el ramo envuelto en bandas sagradas, recuerda quién es y de quién es hijo; únicamente oculta su crimen y 280 miente sobre la causa de su huida de la patria: le pide que le ayude a establecerse en la ciudad o en el campo. Por su parte el traquinio, con benevolente expresión, se dirige a él en tales términos: «Nuestras propiedades están también al alcance de la plebe común, Peleo, y no regimos un reino poco hospitalario. A esta buena disposición de ánimo tú añades poderosas credenciales, un ilustre nombre y Júpiter 285 como abuelo. No pierdas más tiempo suplicando; todo lo que pides, lo obtendrás, y puedes llamar tuyo también todo esto que ves, valga lo que valga. ¡Ojalá pudieras ver cosas mejores!». Y lloraba. Peleo y sus compañeros preguntan por la causa que ocasiona tan gran dolor, a lo que él responde: «Tal 290 vez penséis que esta ave que vive de la rapiña y aterra a todas las aves ha tenido siempre alas: fue un hombre y (tan grande es la continuidad del carácter) ya entonces era agresivo y terrible en la guerra y predispuesto a la violencia: su nombre, Dedalión, hijo de aquel padre que 295 avisa a la Aurora y sale el último del cielo **[16]**. Yo cultivaba la paz, conservar la paz y mi matrimonio era mi preocupación; a mi hermano le agradaban las fieras guerras. Su valor sometió reyes y naciones, el mismo valor que ahora,

cambiado de forma, persigue a las palomas de Tisbe. Tenía 300 por hija a Quíone, que, dotada de una impresionante belleza, cuando contó con dos veces siete años, la edad núbil, reunió en torno suyo miles de pretendientes. Volvían una vez Febo y el hijo de Maya, el uno de su isla de Delfos, el otro de la cumbre del Cilene, cuando la vieron a la vez, y a la vez los invadió la pasión. Apolo 305 aplaza hasta las horas nocturnas su esperanza de goce amoroso; no soporta el otro la demora y toca el rostro de la doncella con la vara que induce el sueño: queda ella rendida por la eficacia del toque y sufre la violencia del dios. La noche había esparcido los astros por el cielo; Febo toma la apariencia de una vieja y disfruta de un placer que otro ya ha robado. Cuando 310 el vientre cumplió el tiempo de maduración que le es propio, nace del linaje del dios de pies alados Autólico, un descendiente versátil, hábil en toda clase de latrocinios, que acostumbraba a cambiar lo negro en blanco y lo blanco en negro, en absoluto inferior a las habilidades 315 de su padre. De Febo nace (pues parió gemelos) Filamón, ilustre por su canto y por su habilidad con la cítara. ¿De qué aprovecha un doble parto y haber gustado a dos dioses, y ser hija de un padre valeroso y de un abuelo resplandeciente? ¿O también la gloria a muchos les resulta perjudicial? A ella, al 320 menos, sí. Presumió de ser superior a Diana y encontró defectos en la belleza de la diosa. Se le movió a aquella feroz ira y dijo: “Te gustarán más nuestros hechos”. Al momento, tensó el arco y lanzó la saeta con el nervio y atravesó con la flecha la lengua culpable. La 325 lengua se calla, la voz y las palabras que intenta no le salen, e intentando hablar, con la sangre la abandonó la vida. Abrazándola entonces, desdichado de mí, cargué sobre mi corazón el dolor de un padre y dije palabras de consuelo a mi hermano amante de su hija[17]. El padre los recibe como las rocas los murmullos 330 del mar, lamentándose sin fin de que su hija le ha sido arrebatada; pero cuando la vio pasto de las llamas, cuatro veces le vino el impulso de lanzarse en medio de la pira; rechazado de allí otras cuatro veces, a toda velocidad se da a la fuga, y, semejante a un novillo al que los avispones han clavado su aguijón en la cerviz humillada, se precipita 335 por donde no hay camino. Ya entonces me dio la impresión de que

corría a una velocidad más que humana: se diría que llevaba alas en los pies. Escapa, pues, de todos y, veloz en su deseo de morir, gana la cumbre del Parnaso. Compadecido Apolo, como Dedalión se había lanzado desde un alto 340 peñasco, lo transformó en ave, y mientras caía lo levantó con las alas que le brotaron súbitamente, y lo dotó de un pico recurvado, le dio curvos ganchos en las uñas, y su valor de siempre, con fuerzas superiores al tamaño de su cuerpo. Y ahora, como gavilán, no lo bastante justo para ningún ave, las agrede a todas, y, lleno de dolor, se convierte él mismo en causa de 345 dolor para otros».

El lobo de Peleo

Mientras el hijo del Lucero narra este hecho asombroso acontecido a su hermano, se presenta a toda prisa, sin aliento por la carrera, el foceo Onétor, guardián de la vacada, y dice: «Peleo, Peleo, soy mensajero de una gran desgracia». Peleo le ordena exponer el mensaje que traiga, sea el que 350 sea; [El propio héroe traquinio también está pendiente, su boca temblorosa por el miedo**[18]**]. Aquel cuenta: «Había arreado hacia la curva orilla del mar los cansados novillos, cuando el Sol, altísimo en el centro del cielo, veía tanto espacio mirando hacia atrás como el que le restaba; una parte de los bueyes había doblado las rodillas en la amarilla arena y 355 contemplaba tumbada los anchos campos de agua, otros se movían con paso tardo de un lado para otro, nadan otros y sacan sus cuellos por encima del agua. Hay al lado del mar un templo: no brilla con mármoles ni oro, sino que le dan sombra los densos troncos de un antiguo bosque. Lo 360 habitan las Nereidas y Nereo (un marinero, mientras seca sus redes en la playa, manifestó que estos eran los dioses del templo). Hay pegada al templo una marisma rodeada de espesos sauces: las olas del mar, al estancarse, la convirtieron en marisma; desde allí aterroriza los lugares cercanos produciendo ronco fragor una 365 enorme bestia, un lobo, que sale de entre las algas pantanosas, con las fauces embadurnadas de espuma y de sangre coagulada, fulmíneo**[19]**, los ojos bañados de una rojiza

llama; este, aunque se enfurece por igual por la rabia y por el hambre, es mayor la fuerza de la rabia. Pues no procura poner fin a su ayuno ni 370 a su terrible hambre con la matanza de unos bueyes, sino que hiere a todo el rebaño y lo abate en su totalidad como una invasión enemiga. También una parte de nosotros, mientras intentamos defendernos, sucumbió herida por sus fatales mordeduras; roja de sangre está la playa, rojas las olas que la tocan, y también las marismas llenas de mugidos[20]. Pero 375 toda dilación es mortal y la situación no deja lugar a dudas; mientras quede algo, formemos todos juntos y a las armas, tomemos las armas, y unamos contra él nuestros dardos[21]».

Tal fue el discurso del pastor, pero a Peleo no eran las pérdidas lo que le importaba, sino que, recordando su crimen, deduce que la Nereida privada de su 380 hijo ofrecía sus pérdidas como regalo fúnebre al asesinado Foco[22]. El rey eteo ordena a los guerreros que se revistan de sus armaduras y empuñen las armas de ataque; con ellos se disponía a partir él también, pero su esposa Alcíone, alertada por el entusiasmo bélico, irrumpe de repente y, cuando aún no había terminado de adornar sus cabellos, los 385 desordena y, echándole a su marido los brazos al cuello, le pide, con palabras entrecortadas por el llanto, que mande auxilio sin participar en él y salve dos vidas en una sola. Le dice el Eácida: «Depón, reina, ese miedo, hermoso en una esposa; mi agradecimiento por lo que me habéis prometido es total. No 390 me parece bien mover guerra contra ese prodigio nunca visto: adoremos a la deidad del mar». Había una elevada torre, y un faro en lo más alto de la fortaleza, lugar grato a los navíos fatigados. Suben hasta allí y contemplan entre gemidos los toros caídos en la playa y al fiero depredador, con 395 la boca ensangrentada y el largo pelaje manchado de sangre. A continuación, tendiendo las manos hacia las aguas del mar sin límites, Peleo ruega a la azulada Psámate que deponga su cólera y que le preste auxilio; pero ella no cede ante las peticiones del Eácida: es Tetis quien recibe el perdón cuando suplica por su esposo. Pero, aunque 400 retirado de la terrible matanza, el lobo persiste, excitado por el dulce regusto de la sangre, hasta que se transformó en mármol

mientras destrozaba a una ternera atacándole el cuello. El cuerpo y todo lo demás, salvo el color, lo conservó: el color pétreo señala que 405 ya no es un lobo, que ya no es necesario tenerle miedo. Sin embargo, los hados no permiten que el fugitivo Peleo se establezca en esta tierra: errante, exiliado, llega a Magnesia y allí recibe del hemonio Acasto la limpieza ritual por el asesinato cometido.

Céix y Alcíone

410 Entretanto, con el corazón angustiado por los prodigios acontecidos a su hermano y los que vinieron después, Céix se dispone a acudir al dios de Claros, a consultar su sagrado oráculo, consuelo de los humanos: pues el templo de Delfos no era accesible por culpa de Forbante, el impío, y sus flegieos [23]. Sin embargo, antes te hace partícipe de su plan, fidelísima 415 Alcíone. Inmediatamente, el frío le caló hasta los tuétanos, una palidez como la del boj le cubrió la cara, y sus mejillas se mojaron con las lágrimas que derramaba. Tres veces trató de hablar y otras tres regó su rostro con llanto, y, mientras los sollozos interrumpían sus amorosas quejas, 420 dijo: «¿Qué pecado mío, amadísimo esposo, te ha hecho cambiar de actitud? ¿Y dónde está el afecto por mí que solías tener antes? ¿Ahora puedes dejar a Alcíone e irte sin ningún remordimiento? ¿Ahora es de tu agrado un largo viaje? ¿Ahora te soy más querida si estoy lejos? Pero, me digo, el camino es por tierra, sólo sufriré tu ausencia, mas 425 no tendré temor, sólo una preocupación libre de miedo. Son los mares los que me aterran y el triste aspecto del ponto; pues hace muy poco he visto en la playa tablas hechas pedazos y con frecuencia he leído nombres en tumbas sin cuerpo. Y que no te anime la engañosa confianza de que tu 430 suegro es el Hipótada, capaz de refrenar los fuertes vientos en su cárcel [24], y de aplacar los mares cuando le viene en gana. Tan pronto como los vientos, cuando se les da suelta, han ocupado el mar, nada les está prohibido, y toda la tierra y todo el mar quedan a su merced; también zarandean nubes del cielo y, a 435 fuerza de chocar salvajemente, hacen salir de ellas

encendidos rayos. Cuanto más los conozco (pues los conozco y los he visto muchas veces cuando era niña en casa de mi padre) **[25]** más creo que se les debe temer. Pero si tu decisión, querido esposo, se muestra inflexible a todo ruego, y estás totalmente determinado a partir, llévame 440 contigo a mí también. Al menos sufriremos a la par los embates de las olas, y por nada tendré que temer, salvo mis propios sufrimientos; juntos sobrellevaremos lo que nos pase, sea lo que sea, juntos seremos llevados sobre los anchos mares». Con tales palabras y tales lágrimas de la Eólide se muestra emocionado su sidéreo esposo; pues no es menor el fuego de la pasión que en 445 él arde **[26]**. Pero no quiere abandonar el proyectado viaje por mar, ni quiere hacer a Alcíone participe del peligro, y le responde con abundantes palabras para consolar su atribulado corazón. Pese a ello, no logra convencerla; añadió también este consuelo, el único con el que pudo superar la resistencia de su 450 amada: «Sé que para nosotros cualquier espera es larga, pero te juro por el fuego de mi padre que, siempre que los hados me lo permitan, estaré de regreso antes de que la luna alcance por dos veces la plenitud de su esfera». Cuando avivó con estas promesas sus esperanzas de regreso, inmediatamente manda que saquen una nave de los astilleros, que la boten al 455 mar y que sea dotada de sus aparejos. Al verla, con una especie de presentimiento del futuro, se horrorizó de nuevo Alcíone y dejó escapar lágrimas a borbotones, le dio muchos abrazos y tras decirle la desdichada «adiós» con voz entristecida, se desplomó cuan larga era. Pero 460 los jóvenes, mientras Céix buscaba un pretexto para retrasarlo, tiran de los remos —había dos hileras— hacia sus fuertes pechos, y cortan las aguas con acompasados golpes. Levantó ella los húmedos ojos y, cuando su marido, de pie sobre la 465 recurvada popa, hace señas agitando la mano, es la primera en verlas, y se las devuelve con sus gestos; después que la tierra retrocedió cada vez más y los ojos no pueden reconocer los rostros, mientras le es posible, sigue con la mirada la nave fugitiva; cuando esta tampoco se columbraba ya, por estar alejada a una larga distancia, a pesar de todo contempla las velas que ondean en lo alto del mástil; cuando 470 ni las velas ve, se dirige angustiada al vacío lecho y se arroja sobre la

colcha[27]: lecho y colcha renuevan las lágrimas de Alcíone y le recuerdan la parte que falta[28].

Habían dejado el puerto, y la brisa movía las jarcias: gira el marinero los remos, suspendiéndolos de los 475 costados, coloca las vergas en lo alto de los palos, y larga todas las velas en los mástiles para recoger la brisa favorable. Menos de medio recorrido, o, desde luego, no mucho más de medio, había surcado la nave, y ya quedaban lejos una y otra tierra, cuando, con la llegada de la noche, el mar comenzó a cubrirse de espuma sobre 480 unas olas cada vez más altas y el Euro impetuoso comenzó a soplar cada vez más fuerte. «¡Arriad de una vez esas vergas de arriba», grita el capitán, «y arrizad todo el velamen a las entenas!». Así manda: obstaculiza sus órdenes la tormenta, que viene de frente, y el fragor del mar no permite que se oiga voz alguna; sin 485 embargo, por propia iniciativa, se apresuran unos a recoger los remos, otros a reforzar los costados, otros a negar velas a los vientos; achica éste agua y vuelve a verter el mar en el mar, recoge aquel apresuradamente la entena. Mientras todo esto se hace sin orden ni concierto, crece, áspera, la tempestad y 490 los vientos, desde todas partes, promueven agresivos la guerra y revuelven las aguas rabiosas. El propio capitán siente miedo y es consciente de que ignora cuál es la situación o qué cosas puede ordenar o prohibir: tan grandes son las proporciones de la desgracia y hasta tal punto superiores a su pericia. Suenan los gritos de los hombres, los crujidos de los cables, el 495 choque de las olas abatiéndose contra las pesadas olas, el retumbar del cielo con los truenos. Se levanta el ponto con el oleaje y parece igualarse con el cielo y alcanzar con sus aguas las nubes que lo cubren; unas veces, cuando revuelve las amarillas arenas del fondo, es del mismo color que ellas, otras, de un color más negro que las aguas de la Estigia; en 500 otras ocasiones se aplana como una balsa y blanquea con sonoras espumas. También la nave traquinia se ve sometida a estas alternativas, y unas veces, como si estuviera elevada sobre la cima de un monte, parece mirar hacia los valles y las profundidades del Aqueronte; otras veces, cuando un mar cóncavo la rodea, hundida en el fondo, parece 505 mirar las alturas del cielo desde el abismo infernal. A menudo, al ser

herida en su costado por el oleaje, produce un enorme fragor, y no suena menos al recibir los golpes que el ariete de hierro o la balista cuando golpean las murallas, haciendo saltar pedazos; [y como suelen los fieros leones, tomando fuerzas en la carrera[29], lanzarse de frente contra las armas[30] y la muralla de las lanzas apuntadas contra ellos, así, cuando 510 la ola se lanzaba desbocada en alas del viento huracanado, chocaba contra los aparejos del barco y los sobrepasaba totalmente]. Ya se aflojan las cuñas, y, desguarnecidas de la protección de la brea, se abren las junturas y dan paso a las letales 515 aguas. Ya caen de las nubes deshechas abundantes aguaceros y se pensaría que todo el cielo desciende sobre el mar o que el ponto fuera de sí asciende a las regiones del cielo. Las velas se empapan de lluvia y con las ondas celestes se mezclan las aguas del mar. No hay estrellas en el cielo, una 520 noche sin luz se sume en las tinieblas de la tormenta y en la suya propia; las rasgan, sin embargo, y dan luz los amenazadores rayos: arden los fuegos con los fulmíneos fuegos[31]. Ya el mar da el salto al interior del cóncavo armazón de la nave y, como el soldado mejor del ejército, que 525 ha asaltado muchas veces las murallas de una ciudad sitiada, logra finalmente cumplir sus deseos, y, encendido por el amor a la gloria, se adelanta a ocupar el muro el primero entre mil guerreros, así, después de que las olas batieron por nueve veces contra los altos costados del barco, la décima ola se levantó más alto y se precipitó con gran ímpetu, y 530 no dejó de asaltar la fatigada embarcación hasta que cayó sobre ella como sobre las murallas de una ciudad capturada[32]. Así pues una parte del mar intentaba todavía asaltar el navío y otra ya estaba dentro; todos se mueven nerviosamente de un lado para otro como se agita nerviosamente una ciudad, cuando unos socavan las murallas desde fuera y otros 535 desde dentro ocupan los muros.

Falla la técnica, los ánimos decaen, y, en cada una de las olas que vienen, ven irrumpir y precipitarse sobre ellos otras tantas muertes. Uno es incapaz de contener las lágrimas, aquél está aturdido; el otro llama bienaventurados a aquellos a los que el entierro ya aguarda; este ruega a los dioses con plegarias y 540 levantando en vano los brazos a un cielo que no ve, solicita

ayuda divina; acuden a la mente de aquel el hermano y el padre, a la de este la casa con sus prendas queridas y todo lo que cada uno ha dejado atrás. A Céix lo conmueve Alcíone, en la boca de Céix no hay otra salvo Alcíone, y aunque sea lo único que añora, sin 545 embargo, se alegra de su ausencia. Quisiera también mirar hacia las costas de su patria y volver el rostro por última vez hacia su casa, pero no sabe dónde está; tan vertiginosamente hierven en derredor las olas, todo el cielo está oculto, tapado por la sombra de las hoscas nubes, y es como si cayera otra 550 noche. Se quiebra el mástil por un torbellino de aire y agua, se quiebra también el timón, y una ola, crecida con los despojos del barco, se alza ufana con aires de vencedora y desprecia desde lo alto a las demás olas; y no menos estruendosamente que si alguien arrancara de sus raíces el Atos y el Pindo y los volcara enteros en la inmensidad del mar, se 555 precipita desde gran altura, y la masa de agua y la violencia del choque hunden el barco en las profundidades. Con él, una gran parte de los hombres, aplastados bajo el peso que los engulle y sin poder volver a la luz, consumaron allí su destino; otros se agarran a los restos y a los fragmentos de la nave, se agarra el propio Céix con la mano en que solía llevar el 560 cetro a los trozos del navío, e invoca (¡ay!) **[33]** en vano, a su suegro y a su padre. Pero la que más está en boca del náufrago es su esposa Alcíone: es a ella a quien recuerda y vuelve repetidamente, desea que las olas empujen su cuerpo hasta donde ella pueda verlo y que sea enterrado sin vida por sus manos 565 amigas; mientras nada, cada vez que las olas le permiten abrir la boca, dice el nombre de la ausente Alcíone y lo susurra a las propias olas. De repente, un negro arco de agua estalla por encima de las olas y, al romperse, cae sobre su cabeza y lo sumerge. Aquel 570 día el Lucero estuvo apagado, sin que fuera posible distinguirlo, y puesto que no se le permitió abandonar el cielo, cubrió su rostro con una espesa nube **[34]**.

Entre tanto la Eólide, ignorante de tamañas desgracias, cuenta las noches y ya se apresura a terminar los vestidos para él, o los que piensa ponerse ella cuando él haya llegado, y 575 se promete vanamente el regreso. A todos los dioses, ciertamente, ofrecía ella el piadoso incienso, pero más que ningún otro

frecuentaba el templo de Juno, y por su marido, que no existía, iba a rogar al altar, y expresaba el deseo de que su esposo estuviera sano y salvo y que 580 regresara, y que no prefiriera a otra en su lugar; pero a ella, de tantos deseos, sólo este podía cumplírsele[35]. La diosa, por su parte, no soporta escuchar más peticiones en favor de alguien que está muerto, y para apartar de sus altares unas manos que la muerte hacía funestas, dijo: «Iris, fidelísima mensajera de mis palabras, ve 585 a toda velocidad a la corte soporífera del Sueño, y ordénale que mande a Alcíone un sueño bajo la imagen del difunto Céix que le narre la verdad de lo ocurrido». Dijo; se viste Iris con los velos de mil colores y, dejando en el cielo la traza de su arqueada curvatura, se 590 dirige a la morada del rey, que una nube oculta, en cumplimiento de la orden.

El palacio del Sueño

Hay cerca del país de los cimerios una gruta muy profunda, una montaña hueca, la casa y santuario del perezoso Sueño: nunca puede alcanzarla con sus rayos Febo naciente, ni Febo al mediodía, ni el poniente; su suelo exhala nieblas mezcladas de 595 negrura y un crepúsculo de dudosa luz. Allí el ave vigilante de crestada cabeza[36] no llama con su canto a la Aurora, ni rompen el silencio con sus ladridos los inquietos perros o el ganso, de olfato más penetrante que los perros; [ni las fieras, ni el ganado, ni las ramas agitadas por la brisa, ni 600 los gritos de la voz humana producen sonidos;] allí habita el mudo descanso; sin embargo, de lo profundo de la peña brota un arroyo de agua del Leteo, cuyas ondas, al deslizarse rumorosamente moviendo los guijarros, invitan al sueño. Delante de la entrada de la cueva florecen las fecundas amapolas e 605 innumerables hierbas, de cuyo zumo lechoso la Noche recoge el sopor y con él rocía, húmeda, las tierras en penumbra. Puertas, no hay ninguna en toda la casa, para evitar el ruido al girar sobre sus goznes, ni guardián alguno en el umbral; pero en el centro del antro hay un alto lecho de ébano, de 610 plumas, de color negro, cubierto con una colcha oscura, donde descansa el propio dios, con los

miembros lánguidamente relajados. En torno suyo, por todas partes, yacen los vanos sueños, imitando las formas más variadas, tantos como espigas hay en la mies, hojas en los árboles o granos de arena arrojados por el mar a la 615 playa.

Tan pronto como entró allí la doncella y apartó con las manos los sueños que le estorbaban, relumbró la sagrada mansión con el resplandor de su vestido, y el dios, levantando apenas los párpados que se le caían con lenta pesadez, sumiéndose una y otra vez en el sopor, dándose con el vacilante mentón en el 620 pecho, logró finalmente sacudirse de sí mismo y, apoyándose sobre un codo, quiere saber a qué viene (pues la había reconocido)[37]; ella respondió de esta manera: «Sueño, calma del mundo, Sueño, el más amable de los dioses, paz del espíritu, de quien huyen las preocupaciones, que acaricias los cuerpos fatigados por las duras ocupaciones y los recuperas para el 625 trabajo, ordena a los sueños que con sus imitaciones adoptan formas idénticas a las reales[38] que visiten a Alcíone, en la hercúlea Traquis, adoptando la imagen del rey, y añadan los aderezos de un naufragio. Es Juno quien lo ordena». Una vez que hubo realizado su encargo, Iris se alejó, pues ya no podía resistir más la fuerza del sopor y, 630 cuando notó que el sueño se deslizaba por sus miembros, escapa y regresa a través del arco por el que acababa de venir.

Morfeo

El padre Sueño, de la muchedumbre de sus mil hijos, despierta a Morfeo[39], artista e imitador de figuras. No hay otro más experto que él en 635 reproducir los andares, el gesto y el sonido de la voz; añade también los vestidos y las palabras más propias de cada uno. Pero él sólo imita a los humanos; en cambio otro hijo se hace fiera, se hace ave, se hace serpiente de largo cuerpo; a este los dioses lo llaman Ícelo, la raza de los mortales Fobétor. También 640 está, en tercer lugar, Fántaso[40], poseedor de una habilidad distinta: éste, con su capacidad para el engaño, se transforma en tierra, piedra, agua y tronco, y, en fin, en cualquier otra cosa desprovista de vida. Unos suelen mostrar su rostro de noche a los reyes y a los

caudillos, otros recorren las casas de la gente y del 645 vulgo[41]. El viejo Sueño pasa de largo junto a estos, y de todos los hermanos él sólo elige a Morfeo para que cumpla las órdenes de la Taumántide; luego, disuelto de nuevo, en suave languidez, dejó caer la cabeza y la escondió en el profundo lecho.

Aquel vuela a través de las tinieblas, sin hacer ruido alguno con sus alas, y 650 tras breve espacio de tiempo, llega a la ciudad hemonia, y, quitándose las alas del cuerpo, pasa a tener la cara de Céix y, adoptando su figura, pálido, semejante a un muerto, desprovisto de sus vestidos, se paró ante el lecho de su desdichada esposa; la barba del hombre parece húmeda, y 655 de sus empapados cabellos fluyen gruesas gotas de agua. Entonces, inclinándose sobre el lecho y con el rostro bañado por el llanto dice lo siguiente: «¿Reconoces a Céix, desgraciadísima esposa? ¿O mi cara ha cambiado con la muerte? Fíjate bien: me reconocerás y encontrarás en lugar de tu esposo la sombra de tu 660 esposo. Ningún auxilio me aportaron, Alcíone, tus plegarias: estoy muerto. No abrigues falsas esperanzas acerca de mí. El nuboso Austro sorprendió la nave en el mar Egeo y después de zarandearla con la violenta fuerza de su soplo, la deshizo: las olas llenaron mi boca mientras clamaba en vano tu nombre. No 665 te trae esta noticia un mensajero de dudosa fiabilidad, ni la cosa llega a tus oídos por vagos rumores; soy yo mismo, un ahogado, quien se presenta ante ti para comunicarte mi infortunio. Vamos, levántate, derrama lágrimas, ponte de luto y no me envíes a las sombras del Tártaro sin antes haberme llorado». Añadió 670 a estas palabras Morfeo una voz que ella pudiera creer que era la propia de su esposo; también parecían de verdad las lágrimas que vertía y las manos hacían los mismos gestos que las de Céix. Gime Alcíone; vierte lágrimas y mueve los brazos en el sueño y buscando su cuerpo abraza el 675 aire y grita: «¡Aguarda! ¿Adónde corres tan veloz? Iremos juntos». Asustada por su voz y por la aparición de su esposo, se sacude el sopor y al principio mira por todas partes a ver si está allí el que acaba de ver hace un momento; pues, alarmados por sus voces, los esclavos habían traído luces. Como no lo encuentra en parte alguna, se 680 golpea el rostro con la mano, se arranca el vestido del pecho y en el pecho ella misma se hiere; no se cuida de

desatar sus cabellos: se los arranca, y a su nodriza, que le pregunta por la causa del luto, contesta: «Ya no hay Alcíone, ya no existe, ha muerto al mismo tiempo que su amado Céix. Dejad toda palabra de 685 consuelo. Ha perecido en un naufragio. Lo he visto, lo he reconocido y le he tendido mis manos cuando se alejaba, queriendo retenerlo. Era una aparición pero, aun siendo una aparición, sin embargo era clara, y correspondía realmente a mi esposo. Ciertamente no tenía, puestos a mirar, los gestos de siempre, ni el brillo de su rostro era el mismo de 690 antes; lo vi, pobre de mí, pálido y desnudo, y con el cabello aún húmedo; se paró el desdichado, sí, aquí mismo, en este mismo sitio» (y mira por si ha quedado alguna huella). «Esto era, esto era, lo que con mente clarividente temía, y por eso te pedía que no huyeras de mí, que no siguieras a los 695 vientos. ¡Pero al menos habría querido, puesto que te marchabas para morir, que me hubieras llevado a mí también! Habría sido mucho más útil para mí ir contigo; pues así no habría pasado ningún tiempo de mi vida sin estar junto a ti y no habríamos muerto por separado. Ahora yo he muerto lejos de aquí, lejos también de aquí soy batida por las olas y 700 el mar me tiene a mí sin estar yo. Más cruel que el propio mar sería mi mente, si me esforzara por prolongar la vida y luchara por sobrevivir a tanto dolor; pero no lucharé, ni te abandonaré, desdichado, y ahora al menos seré tu compañera, y en la 705 sepultura, si no la misma urna, nos unirá el epitafio; ya que no puedo rozar tus huesos con mis huesos, al menos rozaré mi nombre con tu nombre.» El dolor le impide decir más cosas, y cada palabra queda interrumpida por golpes lastimeros, y los gemidos salen desgarradores de su atribulado corazón.

Se había hecho de día. Sale de la casa hacia la 710 playa y, llena de tristeza, vuelve al lugar desde donde lo había visto marcharse; y mientras se detiene allí y mientras dice: «Aquí soltó amarras, en este sitio de la playa me dio los besos de despedida», y mientras viene a su memoria cada acción, evocada por el lugar, y tiende la vista al mar, divisa a larga distancia, en las líquidas aguas, algo, 715 una especie de cuerpo, y al principio cabía la duda sobre qué era aquello; después lo aproximó un poco la ola, y aunque estaba lejos, sin embargo

resultaba muy claro que era un cuerpo. Aun ignorando de quién se trataba, como era un ahogado, se alteró mucho con el presagio y, como si derramara lágrimas por un desconocido, dijo: «¡Ay!, desdichado tú, seas 720 quien seas, y también tu esposa, si es que la tienes». Empujado por la marea, el cuerpo se aproxima; cuanto más lo mira, es menos y menos dueña de su mente, y cuando ya ha llegado tan cerca de tierra, ya tanto que lo puede reconocer, lo ve con claridad: era su esposo. «¡Es él!», exclama, y 725 al mismo tiempo se hace trizas el rostro, el cabello, el vestido y extiende hacia Céix las manos temblorosas, añadiendo: «¿Así, queridísimo esposo, así vuelves a mí, desventurado[42]?». Hay pegado al mar un muelle, levantado por la mano del hombre, que quiebra el primer golpe de la ira del mar y desgasta, por adelantado, el ataque de las aguas. Saltó 730 hasta él, y cosa de prodigio fue que lo lograra; volaba, golpeando el aire ingrávido con alas recién nacidas, rozaba la cima de las olas, pájaro quejumbroso; y mientras vuela, de su boca, de fino pico crepitante, salía un sonido que era un aire 735 triste, similar a una queja. Pero cuando tocó el cuerpo mudo y exangüe, abrazando sus queridos miembros con sus alas recién brotadas, en vano le dio fríos besos con su duro pico. La gente dudaba si Céix lo notó, o si la impresión de que levantaba el rostro se debía al movimiento de las olas; pero él lo 740 había notado y, finalmente, los dioses se compadecieron y ambos fueron transformados en aves. Sujeto a los mismos hados, también entonces persistió su amor sin que su pacto conyugal se deshiciera porque tuvieran forma de ave; se aparean y se convierten en padres, y durante siete días tranquilos del invierno Alcíone 745 incuba en nidos suspendidos sobre el mar. Entonces las olas del mar se encalman: encierra Eolo los vientos y les impide salir y les ofrece a sus nietos un mar sin olas.

Ésaco

750 Un viejo los observa mientras vuelan juntos por el ancho mar, y alaba sus amores que persistieron hasta el final. Otro, a su lado, o él mismo, si la suerte así lo quiso, dijo: «También este pájaro, al que contemplas recorriendo el mar y llevando sus

patas encogidas (y muestra un somormujo de largo cuello), es de ascendencia real: su origen lo forman, si quieres descender justo hasta él en sucesión 755 ininterrumpida, Ilo y Asáraco, y Ganimedes, raptado por Júpiter, y el viejo Laomedonte, y Príamo, a quien cupieron en suerte los últimos tiempos de Troya. Éste fue hermano de Héctor; de no haber experimentado en su primera juventud su singular destino, tal vez tendría un renombre no inferior al de 760 Héctor, aunque a este lo parió la hija de Dimante, a Ésaco se cuenta que lo parió a escondidas en el umbroso Ida Alexírroe, hija del bicorne Gránico [43]. Odiaba este las ciudades y, apartado del brillo de la corte, habitaba los montes remotos y los campos donde la ambición no tiene cabida, y 765 sólo rara vez asistía a las asambleas ilíacas. Como, sin embargo, albergaba un corazón nada rudo ni inexpugnable al amor, tras perseguir repetidamente por todas las selvas a Hesperia la Cebrénide, la contempla en la ribera de su padre mientras se seca al sol los cabellos extendidos sobre los 770 hombros. Huye la ninfa, al notarlo, como la cierva despavorida ante un pardo lobo, o el ánade fluvial, sorprendido lejos de su charca, ante el azor; el héroe troyano la persigue: el amor lo hace rápido y rápida a ella el miedo. En estas, una culebra oculta en la hierba rozó con 775 su recurvado diente el pie de la fugitiva y dejó su veneno en el cuerpo; su huida se terminó al mismo tiempo que su vida; ya exánime la abraza, enloquecido, y grita: “¡Lo siento, siento haberte seguido! Pero ni temí que sucediera esto, ni tenía tanto interés por la victoria. Nosotros dos te hemos matado, desdichada: la herida fue producida por la serpiente, pero 780 la causa la he proporcionado yo. Yo soy más culpable que aquella y te enviaré con mi muerte un consuelo por tu muerte”. Dijo, y desde una roca, mordida por abajo por las roncas olas, se dejó caer al ponto; Tetis, compadeciéndose, acogió blandamente al caído, y mientras nadaba por la superficie del mar, lo cubrió de plumas y 785 no le concedió la oportunidad de alcanzar la deseada muerte. Se indigna el enamorado de que se le fuerce a vivir contra su voluntad y se le pongan barreras a un alma que quiere salir de su miserable residencia; y como había adquirido alas nuevas sobre sus hombros, alza ligeramente el vuelo y lanza por

segunda vez su cuerpo contra la superficie del mar. Las 790 plumas atenúan su caída. Se enfurece Ésaco y se va de cabeza a lo profundo, e intenta una y otra vez, sin fin, el camino de la muerte. El amor provocó su delgadez; largas son las articulaciones de las patas, largo sigue siendo su cuello, la cabeza sobresale largamente del cuerpo. Ama el mar, y, como se sumerge, somormujo es 795 su nombre».

LIBRO XII

Los griegos en Áulide

Príamo, el padre, lloraba a Ésaco sin saber que le habían crecido alas y estaba vivo; ante el túmulo que llevaba su nombre, también Héctor y sus hermanos habían dedicado vanas ofrendas fúnebres. Faltó a este triste deber Paris, quien poco después trajo a su patria una larga guerra junto 5 con una esposa raptada; mil naves aliadas lo persiguen y con ellas la comunidad de los pueblos pelasgos. Y la venganza no se habría retrasado si la furia de los vientos no hubiese hecho el mar intransitable, y la tierra beocia no hubiese retenido en Áulide, rica en peces, las naves dispuestas a partir. Allí, 10 cuando habían dispuesto un sacrificio para Júpiter según el rito ancestral, vieron los dánaos, al resplandor del fuego encendido en el antiguo altar, que una serpiente de color azul verdoso reptaba por un plátano que se alzaba cercano al lugar del sacrificio. En la copa del árbol había un nido con dos veces cuatro pájaros que 15 la serpiente arrebató y sepultó en sus ávidas fauces junto con la madre, que revoloteaba en torno a los despojos de su nido. Todos se quedaron paralizados; pero el Testórida, augur longuividente y veraz, dice: «Venceremos, Pelasgos, regocijaos; Troya caerá, pero nuestra lucha será larga»; y 20 los nueve pájaros los descifra en años de guerra [1]. La serpiente, tal y como estaba abrazada a las verdes ramas del árbol, se convierte en piedra, y mantiene como peñasco la imagen del reptil.

Ifigenia

En las ondas aonias Nereo sigue enfurecido y no permite el paso a la guerra; en opinión de algunos, Neptuno protege a Troya, porque 25 él había construido las murallas de la ciudad. Pero el Testórida no lo cree: no ignora ni se calla que la ira de la diosa virgen ha de ser aplacada con sangre virginal. Una vez que la razón de estado ha vencido a la piedad, y el rey al padre, e Ifigenia se ha parado delante del altar dispuesta 30 a entregar su sangre casta mientras los sacerdotes lloran, la diosa se dio por vencida y les puso una nube ante los ojos y, en medio de la ceremonia, entre la muchedumbre de los asistentes al sacrificio y las voces de los suplicantes, se cuenta que cambió a la micénida por una cierva que puso en su lugar[2]. Así pues, en cuanto Diana se hubo apaciguado con el sacrificio prescrito y 35 desaparecieron al mismo tiempo la ira de Febe y la del mar, mil naves reciben el viento de popa y, tras sufrir muchos padecimientos, abordan las playas de Frigia.

La Fama

40 Hay un lugar en el centro del universo, entre la tierra, el mar y las regiones celestes, limítrofe con los tres mundos, desde donde se observa lo que ocurre en cualquier parte, aunque sea en los parajes más distantes, y al que penetran todos los sonidos por sus cóncavas orejas. Lo ocupa la Fama, que ha escogido para sí una morada en lo más alto de la fortaleza, y la ha dotado de innumerables entradas y de mil agujeros en el techo, y no ha cerrado sus umbrales con ninguna puerta; está 45 abierta día y noche. Es toda ella de sonoro bronce, vibra toda entera, reproduce las palabras y repite lo que oye. En su interior no hay reposo, ni silencio en ninguna parte, y, sin embargo, tampoco hay griterío, sino murmullos en voz baja, como el de las olas del mar cuando alguien lo oye a lo lejos, o 50 como el sonido que producen los últimos truenos cuando Júpiter hace entrechocar las negras nubes. Una multitud ocupa el atrio; entran y salen, vulgo inconstante, y mil rumores falsos, mezclados con verdades, vagan por todas partes, y echando a rodar palabras confusas; con 55 esas conversaciones, unos llenan los oídos

vacíos, otros llevan a otra parte lo que les han contado, y el tamaño de la mentira crece, y cada nuevo autor añade algo a lo escuchado[3]. Allí habita la Credulidad, allí el Error temerario, y el vano Contento, y los Temores alarmistas, la 60 Discordia repentina y los Susurros de autoridad incierta. La propia Fama se ocupa de ver todo lo que ocurre en el cielo, en el mar, y en la tierra, y de investigar por todo el orbe.

Cicno

65 Ella había difundido que llegaban las naves griegas con un bravo ejército, por lo que la aparición del enemigo en armas no resulta inesperada. Los troyanos impiden el desembarco y vigilan la playa, y tú, Protesilao, eres el primero en caer fatalmente bajo la lanza de Héctor; el combate que se entabla cuesta caro a los dánaos, y Héctor adquiere fama por la muerte de un hombre valeroso; también los frigios experimentaron con no poco derramamiento de sangre de lo que era capaz el brazo aqueo. Y 70 ya se teñía de rojo el litoral Sigeo, ya Cicno, hijo de Neptuno, había entregado mil hombres a la muerte, ya Aquiles atacaba en su carro y tumbaba columnas enteras con el empuje de su lanza pelíaca; y mientras buscaba en el combate a Cicno o a Héctor, se 75 encuentra con Cicno; (Héctor quedaba reservado hasta el décimo año)[4]. Entonces, espoleando a los caballos cuyo blanco cuello oprime el yugo, dirigió el carro contra el enemigo y, blandiendo con sus brazos un vibrante proyectil, dijo: «Seas quien seas, joven, recibe en la muerte el consuelo de 80 haber sido degollado por Aquiles hemonio».

Así dijo el Eácida; la pesada lanza fue en pos de sus palabras; pero, aunque no erró la lanza certera, nada avanzó, sin embargo, la punta de hierro del proyectil. Como apenas golpeó su pecho con un débil impacto, dijo 85 Cicno: «Hijo de una diosa, pues te conozco de antemano por tu fama, ¿por qué te asombras de que no me hayas herido?» (pues se asombraba) «este casco que ves con rubias crines de caballo no me protege, ni tampoco el cóncavo escudo que carga mi mano izquierda: sólo pretendo que me sirvan de 90 adorno. También Marte suele coger las armas por esa razón. Si se las relevara de su obligación

de protegerme, yo saldría incólume a pesar de todo. De algo sirve no haber sido engendrado por una Nereida, sino por quien manda sobre Nereo y sus hijas, y sobre todo el mar».

Así dijo, y lanzó contra el Eácida un proyectil destinado a clavarse en la parte abombada del 95 escudo, que atravesó el bronce y las primeras nueve pieles de buey, pero se detuvo en la décima capa. El héroe se lo sacudió y de nuevo arrojó con fuerte brazo el vibrante proyectil; de nuevo el cuerpo de su adversario quedó sin herida e intacto. Tampoco la tercera lanza fue 100 capaz de rozar a un Cicno descubierto y provocador. Aquiles se encolerizó como un toro en la arena despejada del circo, cuando embiste con sus cuernos terribles el engaño, una tela color púrpura, y nota que el golpe es burlado. Observa si la hoja se ha desprendido del 105 asta, pero estaba clavada en la madera. Dice: «¿Tendré que concluir que el débil es mi brazo, y que las fuerzas que antes tuvo se han agotado solamente en este enemigo? Pues tenía fuerza, sin duda, cuando derribé el primero la muralla lirnesia, o cuando a Ténedos y a Tebas eetionea cubrí con su sangre, o 110 cuando el Caíco fluyó rojo con la mortandad de su pueblo, y Télefo probó por dos veces el efecto de mi lanza. También aquí, según todos esos muertos que se amontonan por la playa y que están ante mi vista, mi brazo ha sido poderoso y sigue siéndolo». Así dijo, y como si le costara creer sus hazañas anteriores, arrojó 115 una lanza contra el primero que tenía enfrente, Menetes, de la gente licia, y atravesó al tiempo la loriga y el pecho que estaba debajo. Mientras éste golpea pesadamente la tierra con su pecho moribundo, Aquiles le extrae aquella misma arma de la herida aún caliente y dice: «esta es la mano con la que acabo de vencer, esta es la lanza; estas 120 mismas utilizaré también contra este; ojalá obtenga con él el mismo resultado». Estas palabras dice y ataca de nuevo a Cicno, y el fresno no yerra; resuena sin ser esquivado en el hombro izquierdo; pero sale despedido de allí como de un muro o de una roca compacta. Pese a que Aquiles había visto a Cicno manchado de sangre en el lugar en que había sido alcanzado, sin 125 embargo su alegría fue en vano; pues no había herida alguna: la sangre aquella era la de Menetes[5].

Entonces, bramando furioso, salta precipitadamente de su alto carro y, atacando cuerpo a cuerpo con su espada brillante a este enemigo que se siente seguro, ve cómo la espada perfora el escudo y el casco, pero 130 también cómo la hoja se quiebra contra la dureza del cuerpo. No lo soportó más, y, echando hacia atrás su escudo, golpea con él repetidas veces su rostro y, con la empuñadura de la espada, las cóncavas sienes. Lo persigue cuando retrocede, lo agobia, lo desconcierta, se le echa encima, y mientras Cicno está paralizado, no le da respiro; el miedo se apodera de Cicno, las 135 tinieblas flotan ante sus ojos, y, cuando intenta retroceder de espaldas, una roca en medio del campo le cortó la retirada. Aquiles, tras empujar a Cicno boca arriba contra la roca, lo derribó violentamente y lo golpeó contra el suelo. Entonces, aplastándole el pecho con el escudo y con las duras 140 rodillas, tira de las correas del casco que, apretando fuertemente el mentón, le destrozan la garganta y la tráquea y cierran el camino al hálito vital. Cuando se disponía a despojar al vencido ve que solamente queda la armadura. El dios del mar ha transformado su cuerpo en el del ave blanca cuyo nombre llevaba un momento 145 antes [6].

Este esfuerzo, este combate, trajo consigo una tregua de muchos días, y uno y otro bando se detuvo, dejando a un lado las armas; mientras que una guardia vigilante custodia la muralla frigia, y otra guardia vigilante custodia las trincheras argólicas, llega el día de fiesta en el que Aquiles, vencedor de Cicno, aplacaba 150 a Palas con la sangre de una vaca sacrificada. Cuando colocó las entrañas sobre el altar ardiente y el olor grato a los dioses ascendió al cielo, la religión se llevó su parte y lo restante fue colocado sobre las mesas. Los caudillos se tendieron en los lechos, sacian su cuerpo con carne asada, y 155 con el vino alivian las preocupaciones y la sed. No se deleitan con la cítara, ni con cantos, ni con la larga flauta agujereada de madera de boj, sino que prolongan la noche dialogando, y el valor es el tema de conversación; relatan sus combates y los del enemigo, y 160 disfrutan, recordando por turno, los peligros de muerte que tantas veces han arrostrado y superado; pues, ¿de qué iba a hablar Aquiles? o, ¿de qué otra cosa mejor se podía hablar en presencia del gran Aquiles [7]? La reciente victoria,

con el abatimiento de Cicno, fue el tema preferente de conversación; le parecía asombroso a la concurrencia que 165 el cuerpo del muchacho resultara impenetrable a los dardos, inmune a las heridas, y que mellase la hoja. El hecho causaba asombro al Eácida y también a los aqueos, cuando Néstor dice así: «En vuestra época, el único que menospreciaba la espada y no podía ser traspasado por ningún mandoble ha sido Cicno; pero 170 en otro tiempo yo vi personalmente a Ceneo el perrebo recibir mil heridas con el cuerpo intacto, Ceneo el perrebo, famoso por sus hazañas, que habitó el Otris; y para que fuese aún más asombroso su caso, había nacido mujer». Todos los presentes se sorprenden por la novedad del portento, y 175 le suplican que lo cuente, Aquiles entre ellos: «Vamos, anciano elocuente, sabiduría de nuestro siglo, puesto que todos tenemos el mismo deseo de escuchar, cuéntanos quién era Ceneo, por qué cambió de sexo, de qué guerra, de qué batalla lo 180 conocías, por quién fue vencido, si es que fue vencido por alguien».

Entonces el anciano dijo: «Aunque la lenta vejez es un obstáculo para mí, y se me escapan muchas cosas que presencié en mis primeros años, recuerdo a pesar de todo la mayor parte; y no hay ningún hecho que se me haya quedado más grabado en la memoria entre tantos que sucedieron en la paz y en la guerra; si 185 una vejez prolongada ha podido hacer a alguien espectador de muchas hazañas, ése soy yo, que he vivido doscientos años; ahora vivo una tercera edad **[8]**.

»Cenis, hija de Elato, la doncella más hermosa de Tesalia, fue famosa por su belleza, y en las ciudades de 190 alrededor y también en la tuya (pues es compatriota tuya, Aquiles), fue codiciada en vano por los deseos de muchos pretendientes. Tal vez Peleo habría aspirado también a su tálamo, pero, o ya se había producido su boda con tu madre, o ya se le había prometido. Pero Cenis no accedió a ningún 195 matrimonio, y mientras paseaba por una playa apartada, fue violada por el dios del mar; (eso se rumoreaba); y cuando Neptuno hubo disfrutado de los goces de un amor nuevo, le dijo: “Tus deseos quedan exentos de recibir respuesta negativa; elige lo que desees”; (esto también se rumoreaba) **[9]**. Dice 200 Cenis: “Una

afrenta tal pide un deseo verdaderamente grande: que sea imposible que sufra otra semejante. Concédeme no ser mujer, y me lo habrás dado todo". Las últimas palabras las pronunció en un tono más grave y aquella voz podía parecer de hombre, como era en realidad; pues el dios de las profundidades ya 205 había accedido a su petición y le había concedido, adicionalmente, que no pudiese ser alcanzado por herida alguna, ni pudiera sucumbir por la espada. El Atrácida se marcha contento con su don y pasa la vida en empeños masculinos, recorriendo las tierras del Peneo **[10]**.

Lápitas y centauros

210» El hijo del audaz Ixión se había casado con Hipódame, y había invitado a los salvajes hijos de la nube a que se sentasen en las mesas dispuestas en fila en un antro techado por ramas de árboles. Estaban presentes los jefes hemonios, yo mismo estaba presente, y el palacio, de fiesta, resonaba de gente alborotada **[11]**. De repente, cantan el himeneo, los atrios humean con las hogueras, y 215 aparece la doncella, de belleza excepcional, rodeada por la comitiva de matronas y jóvenes esposas. Llamamos feliz a Pirítoo por aquella esposa; un presagio que a punto estuvo de resultar errado. Pues a ti, Éurito, el más cruel de los crueles centauros, se te inflama el pecho tanto por el vino como por haber visto a la doncella, y 220 la ebriedad, multiplicada por el deseo, te domina. Enseguida, volcando las mesas, perturban el banquete y se llevan por la fuerza a la recién casada arrastrándola por los cabellos. Éurito rapta a Hipódame, los demás, cada uno a la que le gustaba, o a la que podía; el espectáculo era el de una ciudad saqueada. Gritos 225 de mujeres resuenan en el palacio; nos levantamos todos rápidamente, y Teseo el primero dice: "¿Qué locura te empuja, Éurito, a agredir a Pirítoo estando yo vivo y a ultrajar, sin saberlo, a dos en uno?". [El magnánimo héroe no había hablado en vano: rechaza 230 a los atacantes y arrebata la doncella raptada a su furia.] Éurito no le responde, (pues hechos tales no pueden defenderse con palabras) pero con sus

manos impías ataca el rostro del vengador y golpea su noble pecho[12].

»Coincidió que había allí al lado una crátera antigua de superficie irregular con 235 figuras en relieve. El Egida la levantó, enorme, haciéndose él más grande aún, y la lanzó derecha contra la cara de su adversario; vomita él por su boca, a la vez que por su herida, chorros de sangre, sesos y vino, y, caído boca arriba, golpea con sus cascos la arena empapada. Sus hermanos biformes se encolerizan con su 240 muerte, y todos a porfía gritan unánimes: "¡a las armas, a las armas!". El vino les daba ánimos, y al principio de la lucha vuelan como proyectiles las copas, las frágiles jarras y los panzudos calderos, antaño utillaje del banquete e instrumento ahora de guerra y de muerte[13].

»Ámico el Ofiónida fue el primero que se 245 atrevió a despojar el santuario de la casa de sus ofrendas y el primero que tomó del sagrado espacio un pesado candelabro con muchas antorchas resplandecientes; lo levantó como el que se prepara a romper el cuello de un toro blanco con el hacha sacrificial, y lo estrelló en la frente del lápita Celadón, dejándole 250 la cara irreconocible en un amasijo de huesos. Los ojos saltaron de sus órbitas, y la nariz, echada hacia atrás entre los huesos destrozados de la cara, quedo clavada en medio del paladar; a él, Pélates de Pela, arrancando la pata de una mesa de arce, lo dejó tendido en el suelo, con la barbilla caída contra el pecho, y mientras 255 escupía los dientes mezclados con negra sangre, lo envió a las tinieblas del Tártaro con un segundo golpe. Según estaba al lado, mirando con rostro terrible el altar humeante, dijo Grineo: "¿Por qué no lo utilizamos?", y levantó la enorme piedra junto con el fuego que portaba, la 260 arrojó en medio del grupo de los lápitas, y derribó a dos, Bróteas y Orío. La madre de Orío era Mícale, de la que se sabía que a menudo había hecho bajar por la fuerza de sus encantamientos la luna con sus cuernos, venciendo su resistencia. "No quedarás sin castigo, con tal de que tenga un arma a mano", había 265 dicho Exadio, y le hacen las veces de lanza unos cuernos de ciervo que habían sido colocados como ofrenda en un alto pino. Dos puntas se le clavan en la cara a Grineo y le sacan los ojos: una parte de

ambos se le queda pegada en los cuernos, y el resto resbala hasta la barba de donde cuelga con sangre coagulada. En 270 estas Reto se apodera de un tizón encendido de madera de ciruelo del centro del altar y toca de refilón desde la derecha la sien de Caraxo, cubierta de rubios cabellos. Arrebatada por las llamas veloces, la cabellera ardió como mies seca, ardieron los cabellos y, al quemarse, la sangre de la herida emitió 275 un terrible sonido estridente como el que suele producir el hierro al rojo vivo que el herrero saca con las curvas tenazas y arroja a una cuba de agua; se oye cómo chirría y silba al sumergirlo, calentando el agua.

»El herido se sacude el fuego devorador de los hirsutos cabellos, y 280 levanta hasta colocarlo sobre sus hombros un umbral[14] arrancado del suelo, carga para una carreta, pero que, debido a su propio peso, no puede alcanzar al enemigo; la mole de piedra aplastó además a su compañero Cometes, que estaba en la posición más cercana. Reto no puede reprimir su alegría: "¡ojalá 285 que el resto de tus compañeros sean igual de valientes!", y ataca de nuevo la herida con el tronco a medio quemar; con tres o cuatro golpes fuertes rompió las junturas del cráneo y los huesos se hundieron en una masa líquida. El vencedor se dirige hacia Evagro, Córito y 290 Driante; y como el primero de ellos en caer fue Córito, que aún tenía las mejillas cubiertas por una pelusa recién salida, dijo Evagro: "¿Qué gloria has conseguido derribando a un niño?"; Reto no le permite decir más y, mientras habla, le sepulta con fuerza salvaje el tizón abrasador por la boca abierta, y a través de la boca, en el pecho. A 295 ti también, cruel Driante, te persigue volteando la antorcha en torno a tu cabeza; pero contigo no se produjo el mismo desenlace; mientras gritaba eufórico por el éxito de una matanza incesante, le clavas la punta de una estaca endurecida al fuego justo donde el cuello se une al hombro. Gimió Reto, se arrancó con dificultad la estaca del duro hueso, y 300 huyó empapado en su propia sangre[15].

»Huyeron también Orneo y Licabante, y Medón, herido en el hombro derecho, y Taumante junto con Pisénor; y Mérmero, que hace poco había vencido a todos en la carrera (ahora iba más despacio por haber sido herido). Y 305 Folo, y Melaneo, y

Abante, cazador de jabalíes, y el adivino Ástilo, que en vano había desaconsejado la guerra a los suyos; éste a Neso, que temía también ser herido, le dijo: “No huyas: estás reservado para el arco de Hércules”. En cambio Eurínomo, Lícidas, Areo e Imbreo no 310 escaparon a la muerte; a todos frente a frente abatió la diestra de Driante. También tú, Creneo, recibiste una herida en la parte frontal del cuerpo, aunque habías vuelto la espalda para huir; pues mientras miras hacia atrás recibes la pesada lanza entre los dos ojos, por donde la nariz se une al 315 entrecejo **[16]**.

»En medio de tanto fragor yacía Afidamante. Sumido en un sopor en todas sus venas, completamente dormido, con mano vacilante sostenía una copa de vino mezclado, desparramado en la velluda piel de una osa del monte Osa. Cuando Forbante lo vio de lejos de nada le sirvió no blandir ningún arma, porque 320 introdujo los dedos en la correa y dijo: “El vino que beberás habrás de tomarlo mezclado con agua de la Estigia”; y sin entretenerse más arrojó el venablo contra el joven, y el asta de fresno con punta de hierro le alcanzó en el cuello, según estaba tumbado boca arriba. Murió sin darse cuenta y la sangre negra fluyó desde su garganta 325 anegada hasta su lecho y hasta su misma copa **[17]**.

»Yo vi a Petreo intentando arrancar de la tierra una encina cargada de bellotas; mientras rodea el árbol con sus brazos, lo sacude de acá para allá, y lo zarandea haciéndolo oscilar, la lanza de Pirítoo, que se introduce por sus 330 costillas, clavó el pecho de Petreo en el duro tronco con el que luchaba. Dicen que por el valor de Pirítoo cayó Lico, por el valor de Pirítoo Cromis; pero ambos procuraron menor gloria a su vencedor que Dictis y Hélope; a Hélope lo atravesó una jabalina que se abrió camino a través de las 335 sienes, y penetró hasta el oído izquierdo, tras haber sido lanzada desde la derecha. Dictis, despeñándose desde la cima de un monte escarpado por los dos lados, mientras huía tembloroso del hijo de Ixión que lo perseguía, cayó de cabeza y rompió con el peso del cuerpo un fresno enorme y dejó sus entrañas esparcidas por el árbol quebrado. Se 340 presenta para vengarlo Afareo, e intenta lanzar una peña arrancada del monte; mientras la lanza, el Egida se anticipa atacándolo con un tronco

de encina, y le rompe el enorme hueso del codo; pero no se entretiene ya, ni se preocupa por entregar a la muerte un cuerpo inútil, y salta sobre la espalda del gigantesco 345 Biénor, no acostumbrado a transportar a nadie excepto a sí mismo **[18]**; le presiona con las rodillas en las costillas, y tirando de la cabellera que tiene agarrada con la mano izquierda, con una nudosa rama de roble le machaca el rostro, la boca que profiere amenazas y las sienes durísimas. Con la misma rama de roble tumba a Nedimno y a Licopes, que lucha con 350 jabalina, y a Hipaso, el del pecho protegido por crecida barba, y a Rifeo, que sobresale por encima de los árboles más altos, y a Tereo, que solía llevar a casa, vivos y enfurecidos, a los osos que capturaba en los montes hemonios. Demoleonte 355 no soporta que Teseo siga disfrutando de sus éxitos en la lucha, e intenta arrancar con gran esfuerzo un añoso pino en medio de un espeso zarzal; como no pudo, lo quebró y lo arrojó contra su enemigo. Pero Teseo retrocedió fuera del alcance del proyectil gracias a la advertencia de Palas (así quería él que se creyese); sin 360 embargo, el árbol no cayó en el vacío, sino que separó de la garganta el pecho y el hombro izquierdo del gigantesco Crántor. Éste había sido escudero de tu padre, Aquiles, y Amíntor, jefe de los Dólopes, al ser vencido en la guerra, se lo había entregado al Eácida como prenda y garantía de 365 paz **[19]**.

»Cuando Peleo lo vio de lejos, destrozado por una herida horrible, le dijo: “Recibe tu ofrenda fúnebre, Crántor, el más encantador de los jóvenes”, y aplicando todas sus fuerzas a su robusto brazo, arrojó contra Demoleonte una lanza de fresno, que quebró la caja del pecho y quedó vibrando clavada en el hueso; él 370 se arranca con la mano el asta sin la punta (e incluso el asta sale con dificultad); la punta se queda enganchada en el pulmón. El dolor mismo proporcionaba fuerzas a su determinación; pese a la herida, se enardece frente al enemigo y pisotea al hombre con sus pezuñas equinas. Peleo recibe los resonantes golpes en el casco y el escudo, se 375 protege los hombros, se tapa con sus armas por delante y, por entre los cuartos delanteros, de un solo golpe, le atraviesa los dos pechos. Pero antes había enviado a la muerte desde lejos a Flegreo e Hiles y, en lucha cuerpo a cuerpo, a Ifínoo y a Clanis.

A ellos se añade Dórilas, que llevaba la cabeza cubierta con 380 una piel de lobo, y unos curvados cuernos de toro que hacían las veces de arma ofensiva y estaban enrojecidos por abundante sangre. A éste le dije yo (pues el valor me daba fuerzas) [20]: "Mira cuán inferiores son tus cuernos a mi lanza"; y lancé el proyectil; al no poder esquivarlo, opuso 385 su mano derecha para proteger la frente, adonde iba dirigido el golpe. Quedó clavada la mano a la frente; se levantó gran griterío; pero mientras estaba clavado y vencido por la terrible herida, Peleo (que estaba más cerca) lo hirió con la espada en mitad del vientre. Dórilas dio un salto hacia adelante y arrastró salvajemente sus entrañas por el suelo, al 390 arrastrarlas las pisó, y al pisarlas las rompió, sus patas se enredaron en ellas, y se desplomó sin nada en el vientre [21].

»Tampoco a ti Cílaro, te libró tu hermosura, si es que le concedemos hermosura a esa creación de la naturaleza, de caer en combate. Su barba era incipiente, el color de la barba, dorado, dorada 395 la cabellera que le caía desde los hombros hasta medio flanco. El vigor de su expresión resultaba atractivo; el cuello, los hombros, las manos, el pecho, eran semejantes a las alabadas estatuas de los escultores, e igualmente el resto de sus partes humanas. La forma de caballo que había por debajo de su parte humana no era más defectuosa ni inferior; si 400 le pusieras cuello y cabeza de caballo sería digno de Cástor; tal es el lomo que sirve de asiento, tal el pecho de músculos tensos; todo él más negro que la pez oscura, pero blanca la cola, blanco también el color de las patas. Muchas de su pueblo lo pretendieron, pero sólo Hilónome se lo llevó, la hembra más hermosa que 405 habitó nunca en los bosques de la montaña entre aquellos semianimales; ella, con caricias, amándolo y diciéndole que lo ama, es la única que tiene cautivo a Cílaro; también lo cautiva con el cuidado de su cuerpo, todo el que puede prestarse a unos miembros de esa naturaleza, a saber, alisar con el peine la cabellera, ora entretejiendo romero en ella, ora violetas o rosas, o 410 adornándola a veces con lirios blancos; acostumbra a lavarse la cara dos veces al día con el agua de la fuente que baja de la cima del bosque pagaseo, o a sumergir dos veces su cuerpo en el río, y no suele colgar del

hombro izquierdo y del costado sino pieles de animales seleccionados que la embellezcan. Sienten 415 igual amor el uno por el otro, juntos andan vagando por los montes, y se refugian juntos en las cuevas; también en esa ocasión habían entrado juntos en la casa de los lápitas, y juntos luchaban en la dura batalla. No sabemos quién lo lanzó, pero el proyectil vino por la parte izquierda, y te alcanzó, Cílaro, por debajo de donde el pecho sigue al cuello; el 420 corazón, aunque afectado por una herida pequeña, se enfrió con todo el cuerpo tras ser arrancado el dardo. Hilónome ampara al punto en sus brazos los miembros moribundos, tapona la herida con la mano, acerca su boca a la de él, e intenta detener la vida que se le escapa. Cuando 425 ve que ha muerto, profiriendo palabras que el griterío me impidió oír, se arrojó sobre el arma que se había clavado en él, y murió abrazando a su marido[22].

»Tengo todavía delante de mi vista también a Feócomes, que había unido seis pieles de león con nudos, protegiendo 430 a la vez su parte humana y su parte equina; éste lanzó un tronco de árbol que apenas podrían mover dos yuntas de bueyes, y aplastó desde arriba a Téctafo, hijo de 435 Óleno[23]. Pero yo, mientras Feócomes se dispone a despojar al caído de sus armas (esto lo sabe tu padre), introduje mi espada en el bajo vientre del expoliador. También 440 Ctonio y Teléboas yacen por obra de mi espada; aquel llevaba una rama en forma de horca, éste una jabalina; con la jabalina me hizo una herida; mira la señal, aún se ve la vieja cicatriz. Entonces era cuando yo debía haber sido enviado a conquistar 445 Pérgamo; entonces habría podido, si no superarlas, poner freno con las mías a las armas de Héctor; pero en aquel tiempo Héctor no existía, o era un niño; ahora la edad me ha debilitado[24]. ¿Qué te voy a contar de Perifante, vencedor del bicorpóreo 450 Pireto, o de Ámpice, que clavó una jabalina de cornejo sin punta en la cara del cuadrúpedo Equeclo? Macareo derribó a Erigdupo el peletronio clavándole una barra en el pecho; también recuerdo que un venablo arrojado por las manos de Neso se hundió en el bajo vientre de Cimelo. Y no creas que Mopso, hijo de Ámpice, se limitaba a predecir el futuro: tras 455 arrojar su lanza Mopso, quedó tendido el biforme Hodites, y en vano intentó hablar, pues tenía

la lengua clavada a la barbilla, y la barbilla a la garganta.

Ceneo

460» Ceneo había dado muerte a cinco, a Estífelo y Bromo, a Antímaco y Élimo, y a Piracmon, que iba armado con una segur. No me acuerdo de las heridas, pero conservé en mi mente su número y su nombre. Latreo, de tronco y miembros gigantescos, acude corriendo armado con los despojos del ematio Haleso, al que había dado muerte; era de una edad entre joven y viejo, su fuerza era juvenil, pero las canas pintaban sus 465 sienes. Éste, visible a lo lejos con su escudo, su espada y su sarisa macedonia, con el rostro vuelto hacia una y otra tropa, entrechocó las armas repetidamente, y describió en su cabalgada un círculo perfecto, y, orgulloso, lanzó estas palabras a los vanos vientos: "¿Tendré que soportarte también a ti, Cenis? Pues para mí serás siempre una mujer, para 470 mí serás Cenis. ¿No te acuerdas de tu origen, no se te viene a la mente por qué acción obtuviste tu recompensa y a cambio de qué favor obtuviste tu falsa apariencia masculina? Mira cómo eras de nacimiento y qué te ha pasado; ve, coge la rueca con el canasto de la lana, y retuerce los hilos con el pulgar; deja 475 la guerra para los hombres[25]". Mientras lanzaba estas bravuconadas, Ceneo le arrojó su lanza y le abrió el costado dilatado por la carrera por donde el hombre se unía al caballo; aquél enloqueció por el dolor, e hirió con la sarisa el rostro descubierto del joven fileo. El arma rebotó como el granizo en lo alto del tejado, o 480 como si alguien hubiese golpeado con una piedrecilla un tambor hueco. Latreo lo ataca cuerpo a cuerpo y lucha por hundir en el duro costado la espada, pero para la espada no hay acceso alguno. "Pese a todo, no lograrás escapar; puesto que la punta está embotada, serás degollado por el filo de mi espada", dice; ladea la espada para darle en el costado, y, 485 alargando el brazo, abarca todo el vientre. El golpe produce un gemido como si diera en un cuerpo de mármol, y la hoja saltó en varios fragmentos al golpear su dura piel. Cuando ha mostrado suficientemente sus miembros ilesos al asombrado centauro, dice Ceneo: "Ea, ahora pongamos a

prueba tus cuerpos con nuestro hierro”; e 490 introdujo hasta la empuñadura a través del costado la espada portadora de muerte, movió la mano a ciegas por sus entrañas, y, removiéndola, hizo una herida en la herida.

»Entonces, los centauros bicorpóreos se precipitan sobre él corriendo con gran griterío, y todos disparan sus dardos contra este único blanco y lo atacan de cerca. Los 495 dardos rebotan y caen, Ceneo hijo de Élato permanece inaccesible a los disparos y sin rastro alguno de sangre. Este hecho nunca visto los había dejado atónitos. “¡Ay, qué vergüenza tan grande!”, exclama Mónico; “Un pueblo entero vencido por un solo apenas hombre; o más bien, él sí es un hombre, nosotros, por nuestras cobardes acciones, somos 500 lo que él fue. ¿De qué nos sirven nuestros miembros desmesurados, de qué nuestras fuerzas duplicadas, y el que una naturaleza doble haya juntado en nosotros a los dos seres más poderosos del mundo? Me parece que ni somos hijos de una diosa, ni de Ixíon, que era tan grande que albergó esperanzas sobre la excelsa Juno; estamos 505 siendo vencidos por un enemigo medio hombre. Haced rodar peñas y troncos sobre él, y montes enteros, y ahogad su persistente aliento vital arrojándole bosques; que un bosque le aplaste la garganta, y que el peso haga la función de una herida”. Así dijo, y encontrando al azar un tronco arrancado por la fuerza enloquecida del Austro, lo 510 arrojó contra el poderoso enemigo; sirvió de ejemplo a los demás, y en poco tiempo el Otris estaba despoblado de árboles, y el Pelión carecía de lugares umbrosos. Sepultado por una pila inmensa, Ceneo se remueve bajo el peso de los troncos, y soporta sobre sus hombros resistentes montones de madera acumulada; pero 515 una vez que la carga ha crecido sobre su rostro y su cabeza y se queda sin aire para respirar, a veces desfallece, a veces intenta en vano levantarse en busca del aire y hacer rodar los árboles que le han lanzado encima, a veces los mueve, como si este escarpado Ida que estamos viendo ahora mismo fuera 520 agitado por un temblor de tierra. El final es dudoso. Unos decían que el cuerpo había sido empujado al vacío del Tártaro por la masa de árboles; el Ampícida lo negó, pues de entre el túmulo vio salir al aire transparente un pájaro de plumas amarillas, que 525 yo vi

entonces por primera y última vez. Cuando Mopso lo contempló planeando lentamente sobre su campamento, y emitiendo un poderoso y resonante ruido, lo siguió a la vez con los ojos y con el corazón, y le dijo: "¡Salve, Ceneo, orgullo del pueblo 530 lapiteo, en otro tiempo el mejor de los hombres, ahora un pájaro sin igual[26]!". La historia mereció crédito por su autor. El dolor estimuló la ira, y apenas pudimos soportar que uno solo hubiera sido vencido por tantos enemigos; y no dimos tregua a nuestro dolor con la espada hasta que una parte de los centauros fue mandada a la muerte, y a otra parte se la llevó lejos la noche y 535 la huida».

Periclímeno

Mientras el de Pilos contaba esta batalla entre los lápitas y los centauros semihumanos, Tlepólemo no pudo soportar en silencio su pesar por la omisión[27] del Alcida y dijo: «Me asombra, anciano, que hayas olvidado el mérito de Hércules; a mí al menos mi padre solía contarme a menudo que 540 los hijos de la nube habían sido vencidos por él». El de Pilos responde entristecido: «¿Por qué me obligas a recordar desgracias y a reabrir heridas cerradas por los años y a expresar mi odio contra tu padre y sus ofensas? Él sin duda llevó a cabo ¡oh dioses! cosas que cuesta 545 creer, y cubrió el orbe con sus méritos, lo que yo preferiría poder negar, pero tampoco alabamos a Deífobo, ni a Polidamante, ni al mismo Héctor: pues claro, ¿quién iba a alabar a un enemigo? Ese glorioso padre tuyo derribó antaño las murallas de Mesenia y destruyó las ciudades de Elis y Pilos 550 injustamente, y llevó contra mis penates el hierro y el fuego. Pasando por alto a otros a los que dio muerte, doce éramos los hijos de Neleo, una juventud digna de ver; los doce cayeron ante el poderío de Hércules, excepto yo solo. Y que los otros hayan podido ser vencidos hay que 555 aceptarlo, pero es asombrosa la muerte de Periclímeno, a quien Neptuno, creador del linaje de Neleo, había concedido el don de asumir la apariencia que quisiera, y de abandonarla después. Éste, después de haber adoptado en vano todas las formas, toma la figura del ave que suele llevar en 560 sus garras curvas el rayo,

la preferida del rey de los dioses; utilizando las fuerzas del ave, con las alas y el curvo pico y con sus garras ganchudas, le había desgarrado el rostro al héroe. El de Tirinto tensó contra él su arco, certero en demasía, y, mientras desplazaba su cuerpo por el aire y flotaba entre nubes, lo 565 hirió por donde el ala se une al costado. La herida no era grave; pero le fallan los músculos rotos por la herida, le niegan el impulso y las fuerzas para volar. Cayó a tierra, al no coger el viento sus alas debilitadas, y la flecha que apenas se había adherido levemente al ala, fue 570 empujada por el peso del cuerpo, que quedó atravesado, y salió por la izquierda de la garganta a través de la parte superior del costado. ¿Te parece ahora que debo pregonar las hazañas de tu Hércules, oh ilustre almirante de la escuadra de Rodas? sin embargo mi venganza por la muerte de mis hermanos no va más allá de silenciar sus valerosas hazañas; cuentas 575 con mi amistad toda entera».

Después de que el hijo de Neleo se expresara así con dulce voz, dejaron las palabras y se dieron de nuevo al don de Baco hasta que se levantaron de sus lechos; el resto de la noche fue dedicada al sueño.

Muerte de Aquiles

580 Pero el dios que modera con su tridente las olas del mar se duele en su corazón de padre de que el cuerpo de su hijo se haya transformado en el ave de Faetón[28], y, lleno de odio hacia el cruel Aquiles, renueva una ira más rencorosa que la que cabe en un corazón humano[29]. Y cuando la guerra se prolongaba ya casi por diez años, incita con estas palabras al dios Esmínteo de larga cabellera: «¡Oh 585 tú, el más querido para mí de los hijos de mi hermano, que construiste conmigo, para nada, las murallas de Troya!, ¿no gimes al ver esa fortaleza que está a punto de derrumbarse? ¿no te afliges por los millares de hombres que han caído defendiendo sus muros? O, para no repasarlos a todos, ¿no 590 se te aparece el fantasma de Héctor arrastrado en torno a su ciudad natal de Pérgamo? Y sin embargo vive todavía, feroz y cruel aún más que la propia

guerra, el destructor de nuestra obra, Aquiles. Ojalá se pusiera frente a mí; haría que sintiera lo que puedo hacer con mi tridente; pero, puesto que no se me concede enfrentarme cuerpo a cuerpo a este enemigo, acaba 595 tú con él sin que lo espere, con una flecha oculta».

Asintió el Delio, y, cediendo al mismo tiempo a su inclinación y a la de su tío, se introduce en las filas ilíacas oculto por una nube; en medio de la masacre ve a Paris lanzando por aquí y por allá unos cuantos dardos contra algunos aquivos anónimos; y 600 mostrándose como dios le dice: «¿Por qué desperdicias tus flechas en la sangre de la plebe? Si te preocupas por los tuyos, vuélvete hacia el Eácida y venga a tus hermanos muertos». Así dijo, y señalándole al Pelida, que derribaba con la espada guerreros troyanos, lo hizo apuntar su arco hacia él y 605 con su mano portadora de muerte dirigió una saeta certera. Ésta fue la única alegría de la que pudo gozar el anciano Príamo después de la muerte de Héctor. Así pues, Aquiles, tras haber sido tú el vencedor de tantos, fuiste vencido por el cobarde raptor de una esposa griega. Pero si hubiese sido tu destino caer a manos de un Marte femenino, hubieras 610 preferido caer por la doble hacha de una Amazona. Ya aquel terror de los frigios, honra y protección del pueblo pelasgo, el Eácida, caudillo invencible en la guerra, se había consumido entre las llamas; el mismo dios que ahora lo quemaba lo había armado [30]. Ya es ceniza, y del enorme Aquiles queda tan poca cosa, que 615 llenaría con dificultad una urna pequeña; pero pervive su gloria, que llena el universo entero. Ésta es la medida que corresponde a un hombre tal, y en ella el Pelida está a la altura de sí mismo, y no experimenta el vacío del Tártaro [31]. Su propio escudo, para que puedas conocer de qué hombre había sido, provoca 620 una guerra: por causa de sus armas se enfrentan las armas [32]. No se atreve a reclamarlas el Tidida, ni Ayax Oileo, ni el Atrida menor, ni el mayor por edad y experiencia bélica, ni los demás; sólo los hijos de Telamón y de Laertes tuvieron confianza en obtener un honor tan grande. El 625 Tantálida se quitó de encima la carga y el odio, ordenó a los jefes argólicos colocarse en medio del campamento, y trasladó a todos el arbitraje de la disputa.

LIBRO XIII

Las armas de Aquiles

Tomaron asiento los jefes y, con todo el ejército en pie formando un círculo, se levanta Áyax, dueño del escudo de siete capas, e, incapaz como era de contener su ira, observó con mirada torva la costa del Sigeo y la flota en la playa, y, señalando con el dedo, dice: «Defendemos nuestra causa, por Júpiter, delante 5 de las naves ¡y Ulises se enfrenta conmigo! En cambio, ante las antorchas de Héctor, a las que yo hice frente y mantuve alejadas de esta flota, él no dudó en retroceder. Así que es más seguro competir con discursos fingidos que luchar con las manos. Pero ni yo tengo práctica de hablar, ni 10 él de actuar; cuanto valgo yo en el feroz combate, en primera línea, lo vale él con la palabra. Y no creo, pelasgos, que tenga que recordaros mis hazañas, pues las habéis presenciado. Que Ulises cuente las suyas, esas que llevó a cabo sin testigos, con la noche como única cómplice. Grande 15 es la recompensa que pido, lo confieso, pero mi rival rebaja su valor: no es motivo de orgullo para Áyax obtener lo que ansiaba Ulises, por glorioso que sea. Él ya se ha llevado un premio de esta disputa: que cuando haya sido vencido, se contará que compitió 20 conmigo [1].

»Pero, aunque mi valor se pusiera en duda, yo sería superior por mi nobleza, por ser hijo de Telamón, que tomó las murallas de Troya a las órdenes del valeroso Hércules y arribó a las costas de la Cólquide en una nave pagasea. Su padre fue Éaco, que imparte justicia entre los 25 silenciosos, allí donde una pesada roca oprime al Eólida Sísifo. El supremo Júpiter

reconoce a Éaco y confiesa que es hijo suyo; así que Áyax es la tercera generación a partir de Júpiter. Sin embargo esta línea de antepasados en nada serviría a mi causa, aquivos, si no la tuviese en común con el gran 30 Aquiles; él era mi primo hermano, yo reclamo las pertenencias de mi primo hermano. ¿Por qué, habiendo salido del linaje de Sísifo, y siendo muy parecido a él en robos y engaños, intentas introducir los nombres de una familia ajena en la de los Eácidas [2]? ¿Acaso se me van a negar las armas porque las tomé antes que tú, y sin que nadie me lo indicara? ¿Parecerá tener más derecho 35 él, que tomó las armas el último y quiso librarse de la milicia fingiendo locura, hasta que el Nauplíada, más listo que él pero más dañoso para sí mismo, descubrió la farsa de su corazón cobarde y lo arrastró a coger las armas que hasta entonces había evitado? ¿Va a llevarse las mejores armas porque no quiso llevar ninguna? ¿Quedaré 40 yo deshonrado y privado de las prendas de mi primo por haberme enfrentado al peligro desde el principio? ¡Ojalá aquella locura hubiera sido cierta, o la hubiesen creído, y no hubiese estado nunca con nosotros ante la fortaleza frigia este instigador de crímenes [3]! No te habría abandonado en Lemnos, con 45 nuestra connivencia, a ti, hijo de Peán [4], que ahora, según cuentan, oculto en antros selváticos conmueves a las piedras con tus gemidos, y ruegas que el Laertíada tenga su merecido; no ruegas en vano, si hay dioses. Todavía ahora, aquel que había prestado juramento sobre las mismas armas que 50 nosotros, ¡ay! uno de los caudillos, el que heredó y utiliza las flechas de Hércules, destrozado por la enfermedad y por el hambre, se viste y se alimenta de aves, y apunta contra los pájaros las flechas señaladas por el hado para la destrucción de Troya. Con todo, él está vivo, porque no acompañó a 55 Ulises; el desdichado Palamedes preferiría haber sido abandonado; [viviría o al menos habría tenido una muerte irreprochable]; porque Ulises, que recordaba perfectamente que éste había puesto en evidencia, para su propio mal, su falsa locura, se inventó que traicionaba la causa de los dánaos, logró probar la falsa acusación, e incluso hizo aparecer el 60 oro que previamente había enterrado. Así pues, o con el exilio o con la muerte, restó fuerzas a los aquivos; así es como lucha, en eso sí

que es temible Ulises [5].

»Aunque venza incluso al leal Néstor con la palabra, no conseguirá que piense que no es un crimen haber abandonado a Néstor; éste, 65 lento a causa de una herida del caballo, y fatigado por su edad avanzada, pidió ayuda a Ulises, y fue traicionado por su compañero. El Tidida sabe muy bien que yo no me he inventado esa acusación; él increpó a Ulises llamándolo repetidas veces por su nombre, y censuró a su atemorizado amigo por haber huido. Los dioses del cielo miran a los mortales con ojos justos: hete 70 aquí que necesita ayuda el que no la prestó y, como él abandonó, así debía ser abandonado: él mismo había dictado la ley que se aplicaba a su caso. Llama a gritos a sus compañeros; acudo y lo veo temblando, pálido de miedo y aterrorizado por la muerte inminente. Interpuse la barrera de mi escudo y lo cubrí mientras yacía en el suelo y 75 conservé su alma cobarde (esta acción no reporta mucha gloria). Si perseveras en la disputa, volvamos a aquel lugar; colócate de nuevo ante el enemigo y esconde tu herida y tu miedo de siempre detrás de mi escudo, y compite conmigo debajo de él. Pero, una vez que lo libré, él, a quien las heridas apenas daban fuerza para mantenerse en pie, se 80 dio a la fuga sin que ninguna herida lo frenase [6].

»Aparece Héctor, y lleva consigo a los dioses a la batalla, y, por donde pasa en tromba, no sólo te aterrorizas tú, Ulises, sino también los valientes; tanto temor arrastra él a su paso. A éste, mientras daba gritos de júbilo por el éxito de su matanza sangrienta, lo tumbé yo boca 85 arriba lanzándole una piedra enorme; a éste, que retaba a alguien con quien medirse, yo fui capaz de hacerle frente; y vosotros, aquivos, rogasteis para que saliese mi nombre en el sorteo, y vuestras preces fueron escuchadas. Si queréis saber el resultado de este combate, no fui vencido por él [7]. He 90 aquí que los troyanos traen las espadas y el fuego, y a Júpiter, contra la flota de los dánaos; ¿dónde está ahora el elocuente Ulises? Fui yo precisamente el que protegí con mi pecho las mil naves, vuestra esperanza de regreso; concededme las armas a cambio de tantas naves [8]. Porque, si se me permite decir la verdad, el 95 honor solicitado es mayor para ellas que para mí, y nuestra gloria está indisolublemente

unida; es Áyax el que es reclamado por las armas, no las armas por Áyax[9].

»Que el de Ítaca compare con éstas sus hazañas: Reso, el débil Dolón, y Héleno hijo de Príamo, capturado al tiempo que se robaba la estatua de Palas[10]; Nada hizo a la luz del día, nada lejos de Diomedes. Si 100 concedéis esas armas por méritos tan viles, repartidlas, y que sea mayor la parte de Diomedes. ¿Para qué dárselas al de Ítaca, que siempre actúa furtivamente y sin armas, engañando con tretas al enemigo desprevenido? El propio brillo del casco que resplandece con oro puro delatará 105 sus insidias y lo dejará en evidencia mientras se oculta. Además, la cabeza del duliquio no podrá soportar el enorme peso del yelmo de Aquiles, ni la pesada lanza pelíaca dejará de ser una carga onerosa para sus brazos poco aguerridos, ni el escudo, cincelado con la representación del ancho mundo, encajará 110 en su cobarde mano izquierda, nacida para el hurto. ¿Por qué solicitas un don que te debilitará, desgraciado? Si el pueblo aquivo, por equivocación, te lo entregase, servirá para que seas despojado, no para que seas temido por el enemigo; y la huida, lo único en que ganas a todos, grandísimo cobarde, se 115 te hará lenta por arrastrar una carga tan grande[11]. Además, ese escudo tuyo, que tan raramente ha soportado el combate, está intacto; el mío, abierto por mil heridas de aguantar los golpes de los proyectiles, necesita ser reemplazado por uno nuevo. En fin, ¿qué necesidad hay de palabras? Que nos vean en 120 acción; arrójense las armas del héroe en medio del enemigo; después mandad que vayan a buscarlas y recompensad con ellas al que las haya devuelto[12]».

El hijo de Telamón había terminado de hablar, y el murmullo de los soldados siguió a sus últimas palabras; entonces el héroe Laertíada se puso en pie, y después de mantener la mirada un momento en el suelo[13], la levantó hacia los 125 jefes, y dejó escapar de su boca los sonidos que todos esperaban; y sus elocuentes palabras no carecen de encanto. «Si mis plegarias, pelasgos, y las vuestras, hubiesen sido escuchadas, no sería dudoso el ganador de tan gran disputa: tú estarías aún en posesión de tus armas, Aquiles, y

nosotros te tendríamos a ti. Puesto 130 que los hados injustos nos han negado tu presencia a mí y a vosotros» (se limpió los ojos con la mano como si estuviese llorando) ¿qué mejor sucesor para el gran Aquiles que el que propició que el gran Aquiles se uniera al ejército de los dánaos? Solamente pido que no le favorezca a éste el parecer lerdo, que lo es, ni 135 me perjudique a mí mi ingenio, que siempre os ha resultado útil, aquivos, y que esta elocuencia mía, si es que existe, que ahora actúa en pro de su dueño, y a menudo ha actuado en favor vuestro, no me acarree odio, y que nadie tenga que renegar de sus cualidades[14].

»Pues el linaje, los antepasados, y las cosas que no he hecho yo mismo, a 140 esas difícilmente puedo llamar mías; pero ya que Áyax sacó a colación que es bisnieto de Júpiter, Júpiter es también el fundador de mi sangre y me separan de él los mismos grados de parentesco. En efecto: Laertes es mi padre, Arcesio es el suyo, y el de éste, Júpiter, y entre ellos no hay ningún condenado ni exiliado. Y 145 también por parte de madre se me añade más sangre noble, la del Cilenio; hay un dios en la familia de mis dos progenitores. Pero no porque yo sea más noble por parte de madre, ni porque mi padre sea inocente de derramamiento de sangre fraterna[15], solicito las armas en litigio[16]: juzgad la causa según los méritos, con 150 tal de que no sea mérito de Áyax el que Telamón y Peleo fueran hermanos, y que no se requiera para adjudicar esas armas el grado de consanguineidad, sino el valor honroso. Si lo que se busca es el parentesco, el heredero en primer grado, está su padre, Peleo, está su hijo, 155 Pirro; ¿qué lugar ocupa Áyax? Que lleven las armas a Ptía o a Esciros. Y Teucro no es menos primo de Aquiles que ese. ¿Acaso él las reclama, o las conseguiría si las reclamase[17]? Puesto que la disputa es sólo sobre las hazañas, sin duda yo he hecho más de las que puedo abarcar en mi discurso; sin 160 embargo, expondré los hechos por orden.

»La madre de Aquiles, la hija de Nereo, que sabía con anticipación profética su muerte, lo disfraza con atavíos de mujer, y había engañado a todos, entre ellos a Áyax, con el truco del vestido que llevaba. Yo, entre los artículos de mujer,

introduje unas armas para que despertasen sus impulsos viriles[18]; y 165 aún no se había despojado el héroe de sus vestidos de doncella, cuando me dirigí a él, que sujetaba un escudo y una lanza: “Hijo de una diosa, Pérgamo está aguardándote para que tú la destruyas. ¿Por qué vacilas en derribar a la poderosa Troya?”. Puse mi mano sobre él y envié a un héroe a hacer cosas de héroe[19]. Luego 170 sus hazañas son mías; yo derroté a Télefo en la batalla con la lanza, vencido y suplicante lo curé; la caída de Tebas es cosa mía; concededme a mí el crédito de haber conquistado Lesbos, Ténedos, Crise, y Cila, ciudades de Apolo, y Esciros; pensad que las murallas de Lirneso se 175 vinieron abajo abatidas por mi brazo. Y, para no mencionar a otros, os di, nada menos, al que podía destruir al cruel Héctor; ¡gracias a mí está muerto el glorioso Héctor! Por aquellas armas por las que fue descubierto Aquiles, pido estas armas; yo se las había dado cuando estaba vivo, después de su muerte las 180 reclamo.

»Cuando la pesadumbre de uno solo alcanzó a todos los dánaos, y mil naves llenaron Áulide, la que está frente a Eubea, y los vientos largo tiempo esperados, o no soplaban o soplaban en contra de la flota, un vaticinio terrible ordena a Agamenón sacrificar su hija inocente a la cruel 185 Diana. El padre se niega a ello y se irrita contra los propios dioses, y aunque rey, sin embargo, es padre. Fui yo quien, con mis palabras, transformé en favor del bien común la tierna disposición de un padre. Ahora sí que lo confieso, y que el Atrida perdone mi confesión, defendí una causa difícil ante un juez parcial; a 190 él, sin embargo, el interés del pueblo, su hermano, y el mando supremo que había recibido, lo impulsan a pagar con sangre su gloria. Pero también me envían a ver a la madre: a ella el trabajo no era convencerla, sino engañarla con astucia; si el Telamonio hubiera ido en mi lugar, las velas estarían aún huérfanas de viento 195 favorable[20].

»También soy enviado como audaz embajador a la fortaleza ilíaca; vi la curia de la excelsa Troya, y entré en ella estando todavía llena de guerreros: defendí, sin atemorizarme, la causa que me había encomendado toda Grecia, acuso a Paris, reclamo el botín robado y a Helena, y 200 convenzo a Príamo y a

Anténor, del bando de Príamo. Paris, sus hermanos y los que la raptaron bajo su mando (eres testigo, Menelao) apenas podían dominar sus manos criminales; aquél fue el primer día en que corrimos peligro juntos[21].

»Sería muy largo relatar los servicios útiles que presté con mi consejo y con mi brazo en 205 esta guerra de tanta duración. Tras los primeros enfrentamientos, los enemigos se mantuvieron mucho tiempo tras las murallas, y no hubo ocasión alguna de guerra abierta; por fin luchamos al décimo año. ¿Qué hacías entretanto tú, que no sabes hacer nada más que pelear? 210 ¿Para qué servías? Pues, si me preguntas por mis actividades, yo preparaba emboscadas al enemigo, ceñía fortificaciones con una trinchera, animaba a los compañeros para que llevasen con tranquilidad el aburrimiento de una guerra tan larga; les enseñaba de qué manera habíamos de conseguir alimentos y armas; me enviaban adonde lo exigía la necesidad[22]. He 215 aquí que, a instigación de Júpiter, nuestro rey, engañado por una visión durante el sueño, ordena abandonar la guerra emprendida. Puede defender su propuesta apoyándose en la autoridad del que se la ha sugerido: que Áyax no lo permita, que exija que Troya sea destruida, y luche, que es lo que sabe hacer. ¿Por qué no retiene a los griegos que se van a marchar? ¿Por 220 qué no coge las armas y da ejemplo para que el ejército indeciso le siga? Esto no era en absoluto mucho pedir a uno que siempre está lanzando bravatas. ¿Y qué decir del hecho de que él también huyó? Vi y, me dio vergüenza verlo, cómo volvías la espalda y deshonrosamente aparejabas tus naves. Yo, sin demora, dije: "¿Qué hacéis? ¿qué locura os empuja, 225 compañeros, a dejar escapar Troya, que ya está tomada? ¿Qué vais a llevar a casa después de nueve años, excepto el deshonor?" Con estas palabras y otras parecidas, para cuya manifestación mi propio dolor me había vuelto elocuente, hice regresar desde la flota fugitiva a los que habían huido volviendo la espalda. El Atrida convoca a los compañeros paralizados por el miedo y ni 230 siquiera entonces el hijo de Telamón se atreve a abrir la boca. Tersites, por el contrario, se había atrevido a atacar a los reyes incluso con violentas palabras, no impunemente, gracias a mí; me levanto e incito a mis

temblorosos compañeros contra el enemigo, reclamándoles con mis palabras que recuperen el valor perdido[23]. A 235 partir de ese momento, todas las veces en que pueda parecer que ése se ha comportado heroicamente, es gracias a mí, puesto que le hice volver cuando él volvía la espalda[24]. En resumen, de entre los dánaos ¿quién te alaba o busca tu compañía? En cambio a mí el Tidida me asocia a todas sus acciones, me aprecia, y siempre confía en Ulises como 240 compañero. Algo significa ser el único elegido por Diomedes entre tantos miles de griegos. No me había correspondido ir según el sorteo; pero, despreciando el peligro de la oscuridad y del enemigo, maté a Dolón, de estirpe frigia, que se había atrevido a lo mismo que nosotros, no sin antes haberle obligado a contarlo todo y 245 haber averiguado lo que planeaba la pérfida Troya. Me había enterado de todo, y no tenía nada que espiar, ya podía volver con la gloria prometida; no contento con eso, me dirigí a la tienda de Reso y acabé con él y con su séquito en su propio campamento. Y 250 así me presento, como vencedor y habiendo cumplido mis propósitos, en un carro que he capturado, imitando los gozosos triunfos[25]. Negadme a mí las armas de Aquiles, cuyos caballos había pedido este enemigo como recompensa por una noche, y Áyax habrá sido más generoso que vosotros[26].

»¿Qué voy a contaros del batallón de Sarpedón el 255 licio, destrozado por mi espada? Dejé tendido en un charco de sangre a Cerano el hijo de Ifito, a Alástor, a Cromio, a Alcandro, a Halio, a Noemon y a Prítanis[27], y entregué a la muerte a Toón junto con Quersidamante, a Cárope y a Énnomo, arrastrado por hados crueles, y 260 otros menos distinguidos[28] que cayeron por mi mano al pie de las murallas de la ciudad. Yo también tengo, compañeros, heridas gloriosas por el sitio en que están; y no deis crédito a palabras vanas. ¡Miradlas!». Se apartó la túnica con la mano y dijo: «Aquí veis un pecho que siempre ha luchado por vuestros intereses. En 265 cambio el Telamonio, en tantos años, no ha vertido una sola gota de sangre por sus compañeros, y no tiene ni una herida en su cuerpo. Sin embargo, ¿qué importancia tiene realmente eso que cuenta[29] de que tomó las armas para defender la flota pelasga contra los troyanos y

contra Júpiter? Lo reconozco, las tomó, pues no es propio de mí restar méritos a nadie de forma miserable; pero 270 que no se apodere él solo de lo que es de todos, y que os conceda alguna honra también a vosotros: Fue el Actórida[30], protegido bajo la apariencia de Aquiles, quien rechazó a los troyanos lejos de las naves ya a punto de arder junto contigo, su defensor. Áyax cree que él es el único que se atrevió a enfrentarse a los dardos de 275 Héctor, olvidándose del rey, de los caudillos, y de mí, él, que era el noveno de la lista y fue preferido por la suerte. Pero ¿cuál fue, valeroso guerrero, el resultado de tu combate? Héctor se marchó sin recibir ninguna herida[31]. ¡Desdichado de mí!, con cuánto pesar me veo obligado a 280 recordar aquel momento en que cayó Aquiles, muralla protectora de los griegos, y ni las lágrimas, ni el luto ni el miedo me impidieron levantar del suelo y devolveros su cuerpo. Sobre estos hombros, sí, sobre estos mismos hombros llevé el cuerpo de Aquiles y al mismo tiempo llevé las armas, que ahora también lucho por llevarme[32]. Tengo 285 la fuerza suficiente para cargar con semejante peso, y desde luego tengo capacidad para darme cuenta de lo que significa el honor que me haríais. ¿Acaso creéis que su marina madre se rebajó para eso a solicitarlas en favor de su hijo, para que ese don del cielo, una obra de tanto mérito, revistiese el cuerpo de un soldado ignorante y sin 290 luces[33]? Áyax, está claro, no reconoce los grabados del escudo; el Océano y las tierras, y las estrellas junto con el alto cielo, las Pléyades y las Híades, la Osa que nunca se baña en el mar, los dos discos, lejos uno de otro y la brillante espada de Orión; reclama quedarse con una armadura que no comprende[34]. ¿Por 295 qué me acusa a mí de huir de las fatigas de la dura lucha y de haberme incorporado tarde a la tarea ya empezada, sin darse cuenta de que critica al magnánimo Aquiles? Si llamas crimen a haber fingido, hemos fingido ambos; si el retraso es culpable, yo llegué antes que 300 él. A mí me retuvo mi amante esposa, a Aquiles su amante madre; a ellas les concedimos los primeros momentos de la guerra, a vosotros los restantes. No me da miedo no poder defenderme de una acusación que comparto con un hombre tan grande; sin embargo, Aquiles fue descubierto por 305 el ingenio de Ulises, pero no Ulises por el de

Áyax.

Y no nos sorprenda que éste lance improperios contra mí con su estúpida lengua; también a vosotros os echa en cara cosas que dan vergüenza ¿acaso es una deshonra para mí haber acusado a Palamedes de un delito falso, y timbre de gloria para vosotros haberlo condenado[35]? Pero ni el Nauplíada fue capaz de defenderse de 310 una acusación tan grande y tan evidente, ni vosotros conocisteis de oídas la acusación contra él; la visteis, y la acusación quedó en evidencia por la recompensa[36]. Y no he merecido ser acusado de que Lemnos, la isla de Vulcano, retenga al hijo de Peante; defended lo que hicisteis (puesto que estuvisteis de acuerdo); no negaré que logré persuadirlo de 315 que se sustrajese a las fatigas de la guerra y del viaje y de que tratase de aliviar sus terribles dolores con el descanso. ¡Obedeció y está vivo! mi consejo no sólo fue leal, sino que también dio resultado, aunque era suficiente con que fuese leal[37]. Puesto que los adivinos lo reclaman para destruir Pérgamo, no 320 me mandéis a mí; mejor irá el Telamonio, que con sus palabras ablandará a ese hombre enloquecido por la enfermedad y la ira, o lo traerá por algún astuto procedimiento. Veremos correr hacia atrás el Simois y el Ida se quedará sin follaje, o Acaya ofrecerá ayuda a 325 Troya, antes de que, si mi mente dejara de atender a vuestros intereses, la agudeza del estólido Áyax fuera útil a los dánaos[38]. Por más que seas enemigo de los compañeros, del rey, y mío, cruel Filoctetes; por más que me maldigas y condenes a mi persona al infierno para siempre y desees que 330 el azar me entregue a tu dolor, y seas tú el que vierta mi sangre, y que yo esté en tu poder como tú has estado en el mío[39]; a pesar de todo, me acercaré a ti y me esforzaré para traerte de vuelta conmigo; me apoderaré de tus flechas (que la suerte me acompañe), como me apoderé del adivino dardanio, al que 335 capturé, como descubrí la respuesta de los dioses y el destino de Troya, como robé la estatua del santuario de la Minerva frigia de en medio de los enemigos[40]. ¿Y se compara conmigo Áyax?

Era cosa cierta que los hados impedían que se tomase Troya sin la estatua. ¿Dónde está el valiente Áyax? ¿Dónde están las palabras arrogantes del gran héroe? ¿Por 340 qué tienes miedo

en ese momento? ¿Por qué Ulises se atreve a pasar entre los centinelas, a confiarse a la oscuridad y a introducirse entre fieras espadas, no sólo en las murallas de Troya, sino en la acrópolis de la ciudad, y a raptar a la diosa de su templo y a llevarla raptada consigo por entre los enemigos? Si 345 yo no hubiese hecho esto, en vano el hijo de Telamón habría llevado en su brazo izquierdo las pieles de siete toros. Aquella noche se consiguió la victoria sobre Troya gracias a mí; entonces vencí a Pérgamo, cuando hice que fuese posible vencerla [41].

Déjate de señalarme a mi amigo el Tidida con el gesto y con la voz: él 350 tiene la parte correspondiente del mérito de aquello. Tampoco tú estabas solo cuando sostenías el escudo para proteger la flota aliada; a ti te acompañaba una multitud, a mí me tocó uno solo. Quien, si no supiese que ser belicoso es inferior a ser sabio, y que la recompensa no es para un brazo indomable, él 355 mismo hubiese reclamado también esas armas [42]; las hubiese reclamado el Áyax más modesto [43], y el feroz Eurípilo, y el hijo del ilustre Andremon, y no menos Idomeneo, y Meriones, nacido en la misma patria, y las habría reclamado el hermano del Atrida mayor; porque son sin duda hombres valientes, y no inferiores a ti en la 360 lucha, pero cedieron ante mi habilidad para trazar planes. Tu diestra es útil en la lucha; tu mente es lo que necesita de mi dirección; tú aplicas la fuerza sin pensar, yo me preocupo de las consecuencias; tú sabes luchar, pero el momento de luchar lo elige conmigo el Atrida; tú contribuyes sólo con el 365 cuerpo, yo con la inteligencia; y en la medida en que el patrón de la nave está por encima del que ejerce de remero, en la medida en que es más importante el general que el soldado, en esa medida estoy yo por encima de ti; también en el cuerpo humano la inteligencia es más importante que el brazo, toda la fuerza reside en ella [44].

Vosotros, jefes, conceded la recompensa a vuestro centinela; por 370 tantos años de desvelos en los que he vivido sin sosiego, concededme esa distinción que recompensará mis méritos. Nuestra lucha está llegando al final; he apartado los hados que se oponían y, haciendo que pudiese ser conquistada, he conquistado la excelsa Pérgamo. Os ruego por nuestras comunes

esperanzas, por las murallas de Troya a punto de ser derribadas, y por 375 los dioses que hace poco arrebaté al enemigo, [por si queda algo que deba hacerse con sabiduría, algo que deba intentarse con audacia en una situación desesperada, si creéis que aún queda algo para el cumplimiento de los hados de Troya], os ruego que os acordéis de mí; o, si no me concedéis a mí las armas, dádselas 380 a ésta», y señaló la estatua de Minerva, portadora del destino[45].

Muerte de Áyax

385 La asamblea de los jefes quedó impresionada; fue patente el poder de la elocuencia en el resultado: el buen orador se llevó las armas del guerrero valiente. El que había sostenido en solitario el empuje de Héctor, el que tantas veces hizo frente a la espada, al fuego y a Júpiter, lo único que no sostiene es su cólera; la 390 indignación venció a un hombre invencible; echa mano a su espada y dice: «Ésta sí que es mía, ¿o también la reclama para sí Ulises? Ésta voy a emplearla yo mismo contra mí mismo; la que tantas veces se empapó en sangre de frigios, ahora se empapará en la sangre de su dueño, para que nadie pueda vencer a Áyax excepto Áyax[46]». Así 395 dijo, y en el pecho, que por fin sufría una herida, enterró la espada mortal por donde había camino para el hierro. Las manos no fueron capaces de arrancar el dardo clavado; la propia sangre que manaba lo expulsó; y la tierra enrojecida con esa sangre engendró en medio de la hierba verde una flor purpúrea, que antes había nacido de la herida del Ebálida. En medio de sus pétalos están grabadas unas letras que pertenecen en común a un muchacho y a un hombre: estas las de su nombre, aquellas, las de una queja[47].

Hécuba y las troyanas

El vencedor despliega las velas hacia la patria de Hipsípila y

del ilustre Toante, tierras con mala fama por la masacre de los hombres de otros tiempos, para traer los dardos del héroe tirintio, las 400 flechas. Una vez que las volvió a llevar junto a los griegos, acompañadas de su dueño, se aplicaron por última vez a la larga guerra. [Troya y Príamo caen a la vez; la desdichada esposa de Príamo perdió, además de todas las demás cosas, la forma humana, y aterrorizó 405 con su ladrido recién adquirido los aires de una tierra extraña, en donde el largo Helesponto se cierra en un estrecho] **[48]**. Ilión ardía, el incendio aún no se había apaciguado, y el altar de Júpiter había embebido la escasa sangre del anciano Príamo; arrastrada por la cabellera, la sacerdotisa de Febo tendía 410 hacía el cielo unas manos que no servirían de nada. Los griegos vencedores arrastran como odioso botín a las madres Dardánidas, que abrazan, mientras les es posible, las estatuas de los dioses patrios y ocupan los templos incendiados; es arrojado Astianacte desde la torre aquella donde, siguiendo 415 las indicaciones de su madre, solía ver a su padre luchando por él y protegiendo el reino de sus antepasados. Ya el Bóreas aconseja emprender el camino y las velas crujen agitadas por el soplo favorable; el piloto ordena aprovechar el viento. «¡Adiós, Troya! nos llevan por la fuerza» gritan las troyanas; besan el suelo y 420 dejan atrás los palacios humeantes de su patria. Sube la última al barco, lamentable espectáculo, Hécuba **[49]**, a la que habían encontrado en medio de las tumbas de sus hijos; mientras se aferraba a los túmulos y besaba los huesos, las manos duliquias la arrastraron consigo; sin embargo, logró desenterrar las cenizas de uno, las de Héctor, y 425 tras desenterrarlas las llevó consigo en su seno; en el túmulo de Héctor dejó un mechón de su cabellera cana, pobre ofrenda a los muertos, y con la cabellera dejó las lágrimas.

Hay, enfrente de la costa frigia **[50]**, donde estuvo Troya, una tierra habitada por los bistonios; allí estaba el suntuoso palacio de Poliméstor, al 430 que tu padre te encomendó, Polidoro, para que te criase en secreto, apartándote de la guerra frigia; el plan era sensato, si no te hubiese dado además grandes riquezas, la recompensa del crimen, el incentivo para un corazón ambicioso. Cuando la fortuna de los frigios se derrumbó por los suelos, el

impío rey de los tracios cogió la 435 espada y la hundió en la garganta de su pupilo; y, como si pudiese hacer desaparecer su crimen junto con el cadáver, arrojó el cuerpo sin vida desde un acantilado a las olas que rompían a sus pies.

Políxena

440 El Atrida había amarrado la flota en la costa tracia, hasta que el mar se calmase, y el viento fuese más favorable. De repente, de una enorme grieta abierta en el suelo, surge Aquiles, tan grande como solía ser cuando estaba vivo, y, en actitud amenazadora, muestra de nuevo el rostro del día en que, con injusta cólera, atacó con la espada a Agamenón, y dijo: «¿Os marcháis, aquivos, sin acordaros de mí? ¿Fue 445 enterrada conmigo la gratitud que se debe a mi valor? No lo hagáis; para que mi sepulcro no quede sin honra, que el sacrificio de Políxena aplaque los Manes de Aquiles[51]». Así dijo, y los aliados obedecieron al despiadado fantasma: la valiente y desdichada Políxena, una doncella que valía más que una mujer, arrebatada 450 del seno de una madre a la que casi nadie cuidaba salvo ella, fue conducida al túmulo y se convirtió en ofrenda para la tumba cruel. Cuando la acercaron al altar ensangrentado y comprendió que disponían para ella un cruento sacrificio, al ver a Neoptólemo de pie con la espada en la mano y 455 con la mirada fija en su rostro, ella, sin olvidarse de quién era, dijo: «vierte cuanto antes mi sangre noble, no quiero ningún retraso; sepulta tu arma en mi garganta o en mi pecho» (y descubrió a la vez la garganta y el pecho). «Evidentemente, siendo Políxena, no soportaría ser esclava de nadie; [no 460 aplacaréis a ningún espíritu con un sacrificio tal]. Quisiera tan sólo que a mi madre se le ocultase mi muerte; mi madre se interpone, y me atenúa el gozo de morir, aunque no es por mi muerte por lo que debe lamentarse, sino por su propia vida. Para que yo no afronte los Manes estigios como esclava, vosotros 465 apartaos, si es que pido algo justo, y que vuestras manos viriles se abstengan de tocar a una doncella; sea quien sea a quien os disponéis a aplacar con mi sangre, será más grata para él una sangre libre. Si a alguno le conmueven, con todo, las

últimas palabras de mi boca (es la hija del rey Príamo quien os 470 suplica, no una cautiva), devolved a mi madre mi cuerpo sin rescate y que no compre con oro el triste derecho de sepultura, sino con lágrimas. En otro tiempo, cuando podía, lo compraba también con oro [52] ».

Así habló. En contraste, el pueblo no contiene las lágrimas que ella estaba conteniendo; el propio sacerdote, llorando, y en contra de su voluntad, le 475 abrió el pecho que Políxena le adelantaba clavándole un cuchillo. Ella, cayendo lentamente al suelo al fallarle las rodillas, mantuvo la expresión valerosa hasta su destino final. Además, al caer cuidó de ocultar las partes que deben permanecer veladas, y de conservar el decoro de su castidad intacta. Las 480 troyanas la recogen y hacen el recuento de hijos de Príamo que ya han sido llorados, y de la cantidad de sangre vertida por una sola familia; se lamentan [53] por ti, doncella, y por ti también, Hécuba, hasta hace poco llamada esposa real, madre de príncipes, espejo del Asia floreciente, y ahora, en cambio, un lote malo del botín de guerra, que el vencedor Ulises no 485 querría aceptar, si no fuera porque, a pesar de todo, tú habías dado a luz a Héctor. ¡Apenas encuentra Héctor amo para su madre! Ella, abrazada al cadáver vacío de un alma tan valerosa, concede también a esta hija las lágrimas que tantas veces ha concedido a su patria, a sus hijos y a su marido; vierte lágrimas en la herida y 490 le cubre el rostro de besos, se golpea el pecho ya habituado, y, limpiando la sangre coagulada con su cabellera gris [54], mientras se desgarra el pecho dijo esto entre muchas otras cosas:

«Hija, dolor postrero de tu madre (¿pues qué otra cosa me queda [55] ?), hija, yaces sin vida; y veo en tu pecho una herida que son mis heridas. Sí, 495 también tú tienes una herida, y así no habré perdido a ninguno de los míos de muerte no sangrienta. Te creí a salvo de la espada por ser mujer, pero, aun siendo mujer, a espada has muerto, y el mismo que acabó con tantos hermanos tuyos, es el mismo que acaba contigo, Aquiles, ruina de Troya y asesino que me ha dejado huérfana de mis hijos. Después 500 que hubo caído bajo las flechas de Paris y de Febo, dije: “ahora por fin no hay nada que temer de Aquiles”; pero también entonces tenía que haberlo temido; hasta

sepultado y reducido a cenizas se ensaña con esta familia, incluso desde la tumba lo sufrimos como enemigo; he parido a mis hijos para el Eácida[56]. Yace por tierra la poderosa Ilión y 505 ha terminado la matanza colectiva del pueblo con un terrible desenlace, pero, en resumidas cuentas, ha terminado; sólo para mí Pérgamo sigue en pie y mi dolor sigue su curso. Siendo la más grande hasta hace poco, poderosa por el número de mis yernos, de mis hijos y de mis nueras, y por mi marido, ahora me veo arrastrada al exilio, pobre, separada a la fuerza de las tumbas de los míos, un 510 regalo para Penélope, que mientras yo hilo la lana que me hayan asignado, ella, señalándome a las madres de Ítaca, dirá: "Ésta es aquella ilustre madre de Héctor, la esposa de Príamo". Después de haber perdido a tantos hijos, ahora tú, la única que consolabas las penas de tu madre, has sido víctima propiciatoria para la tumba enemiga. ¡He 515 parido ofrendas fúnebres para los funerales del enemigo[57]! ¿Por qué resisto como si fuera de hierro? ¿A qué espero? ¿Para qué me reservas, añosa senectud? ¿Para qué, dioses crueles, prolongáis la pertinaz vida de esta vieja, sino para que contemple nuevas desgracias? ¿Quién iba a pensar que Príamo podría ser considerado dichoso después de la ruina de Pérgamo? Es 520 dichoso por su muerte: no te ve a ti, hija mía, asesinada, y ha dejado su vida a la par que su reino[58]. Pero ¿será verdad lo que pienso, que irás a recibir en dote, como doncella real, unos funerales, y tu cuerpo será depositado en la tumba de tus antepasados? No, no es esta la fortuna de esta casa: a ti te tocarán como honras fúnebres el 525 llanto de tu madre y un puñado de tierra extraña. Lo hemos perdido todo; me queda una cosa por la que soporto vivir un poco más: el hijo más querido para su madre, ahora el único, antes el más pequeño de los varones, Polidoro, que fue encomendado al rey ismario en esta región[59]. ¿Por 530 qué tardo en lavar esta herida cruel con agua limpia, y este rostro salpicado de sangre despiadada?».

Polidoro

Así dijo, y avanzó hacia la playa con paso de anciana,

arrancándose los cabellos que blanqueaban. «Dadme una vasija, troyanas», decía la infeliz, «para coger agua limpia»; entonces 535 ve el cuerpo de Polidoro que el mar había arrojado a la playa, y las enormes heridas producidas por las armas tracias. Las troyanas gritan; ella enmudece por el dolor: el propio dolor se traga su voz juntamente con sus lágrimas, nacidas hacia dentro; se queda rígida, lo más parecido a una dura peña, y 540 tan pronto clava la mirada en el suelo delante de ella, como levanta hacia el cielo el torvo rostro; ora contempla el rostro del hijo muerto, ora sus heridas, las heridas sobre todo, y se arma de ira y con ella se equipa[60]. Tan pronto como se encendió decidió vengarse, como si aún siguiese siendo reina, y 545 sólo piensa en imaginar el castigo; como una leona estalla de rabia al ser despojada de su cachorro lactante, y tras encontrar huellas de pisadas sigue a un enemigo al que no ve, así Hécuba, mezclando la furia con la pena, olvidándose de sus años, aunque no de su valor, se 550 dirige al causante de la muerte cruel, Poliméstor, y le solicita una entrevista aduciendo que desea mostrarle un tesoro oculto para que se lo entregue a su hijo. El rey de los odrisios se lo creyó, y, con su afán de lucro acostumbrado[61], acudió a un lugar apartado. Entonces, astutamente, con palabras suaves le dijo: «No 555 te entretengas, Hécabe, dame el regalo para tu hijo; todo lo que me das ha de ser para él, como lo que me diste antes, lo juro por los dioses». Ella le lanza una mirada feroz mientras habla y jura en falso, y estalla enardecida de cólera; mientras lo sujeta, llama al ejército de madres cautivas, le 560 clava los dedos en la pérfida mirada, y le arranca los ojos de las cuencas (la ira la hace dañina[62]), hunde sus manos, y manchada con la sangre del culpable, le saca no los ojos (pues ya no quedan), sino las cuencas de los ojos[63]. El pueblo tracio, soliviantado por la desgracia de su rey, empezó 565 a atacar a la troyana arrojando piedras y dardos; pero ella, con ronco gruñido, persigue a mordiscos cada piedra que le han arrojado, y cuando abrió la boca para formar palabras, ladró al intentar hablar; (el lugar aún existe y tiene un nombre derivado de este suceso)[64], y ella, durante mucho tiempo, recordando los males 570 pasados, lanzó aullidos lúgubres por las llanuras sitonias. Su destino conmovió a sus

compatriotas troyanos y a sus enemigos pelasgos, y también a todos los dioses, hasta tal punto a todos que la propia esposa y hermana de Júpiter afirmó que Hécuba no había merecido ese 575 final.

Memnón y las Memnónides

No tiene tiempo la Aurora, aunque había apoyado las armas troyanas, para conmoverse con la ruina y el desastre de Troya y de Hécuba. Una preocupación más cercana tiene angustiada a la diosa: el luto familiar por la pérdida de Memnón, al que su madre, la diosa de la luz anaranjada, vio perecer en las llanuras de Frigia bajo la lanza de Aquiles; lo 580 vio, y el color con el que enrojece su cabeza por la mañana **[65]** palideció, y el cielo quedó oculto por las nubes. Pero la madre no soportó mirar el cuerpo depositado en la pira suprema, sino que, con la cabellera en desorden, tal y como estaba, no consideró indigno prosternarse suplicante ante el 585 gran Júpiter y añadir a sus lágrimas estas palabras: «Inferior a todas las diosas que sostiene el áureo éter (pues son muy escasos los templos que tengo por todo el mundo), pero diosa al fin y al cabo, me presento ante ti, no para que me concedas santuarios y días sacrificiales, y altares que han de calentarse con el fuego; con 590 todo, si te fijas en cuánto te sirvo, siendo mujer, cuando pongo límites a la noche con mi luz renovada, pensarás que hay que recompensarme; pero no es el interés de Aurora, ni su posición de este momento la de reclamar los honores que se le deben; me presento ante ti huérfana de mi hijo Memnón, que en vano tomó las armas valerosamente en 595 favor de su tío y ha muerto en sus tiernos años a manos del valiente Aquiles (así lo habéis querido). Concédele, te lo ruego, supremo rector de los dioses, alguna honra que le sirva de consuelo por su muerte, y mitiga el dolor de una madre **[66]** ».

Había asentido Júpiter, cuando la elevada pira de 600 Memnón se derrumbó entre llamas que saltan a lo alto, y las volutas de humo negro tiñeron el día, como cuando los ríos

exhalan nieblas que nacen de ellos y no dejan penetrar el sol; las negras cenizas se elevan y se adensan aglomeradas en una masa, toman forma y adquieren del fuego el calor y el soplo 605 vital; su ligereza les dio alas, y primero algo que se parecía a un ave, luego un ave de verdad hizo batir sus alas; a la vez resuenan innumerables hermanas, que tienen el mismo origen; tres veces dan vueltas en torno a la pira y tres veces sube a los cielos su unánime plañido; en 610 el cuarto giro se separan en dos escuadrones. Luego, dos pueblos aguerridos, saliendo cada cual desde posiciones enfrentadas, chocan en combate, dan rienda suelta a sus iras con los picos y las curvas garras y se agotan chocando las alas y los pechos; los cuerpos, parientes de las cenizas del sepulcro, caen sobre ellas como ofrendas en su honor, y 615 recuerdan que surgieron de un héroe. Su padre [67] les da el nombre a estas aves recién surgidas: llamadas por él Memnónides, cuando el sol ha recorrido los doce signos, luchan para morir a la manera de sus padres [68]. En conclusión, a unos les pareció digno de lástima el ladrido de la 620 Dimántide; pero Aurora está completamente volcada en su luto, e incluso ahora derrama lágrimas de madre y cubre de rocío el mundo entero [69].

Eneas y Anio

Sin embargo, los hados no permiten que también la esperanza de Troya sea destruida junto con sus murallas; el héroe Citereo se echa sobre los hombros los objetos sagrados, y otro objeto sagrado, su padre, carga venerable (de 625 entre tantas riquezas eligió, piadoso, ese botín, y a su hijo Ascanio), y desde Antandro viaja por los mares con su flota fugitiva; abandona los umbrales funestos de los tracios y la tierra que mana sangre de Polidoro, y, con vientos favorables y olas propicias, llega 630 a la ciudad de Apolo con sus compañeros [70].

Anio, que era el rey de los mortales y el sacerdote que daba culto a Febo, lo recibió en su templo y en palacio, le mostró la ciudad, los famosos santuarios y los dos árboles a los que en el pasado se agarró la madre Latona mientras paría [71]. Después

635 de arrojar incienso a las llamas, de verter vino sobre el incienso, y de quemar según la costumbre las entrañas de las vacas sacrificadas, se dirigen al palacio real, y, tendidos en gruesas alfombras, toman los dones de Ceres junto con el líquido de Baco. Entonces el piadoso Anquises dijo: «¡Oh excelso sacerdote de Febo!, ¿estoy 640 confundido, o la primera vez que visité estas murallas tenías un hijo, por lo que recuerdo, y cuatro hijas?».

Las hijas de Anio

Anio, sacudiendo la cabeza rodeada de níveas ínfulas, le contesta tristemente: «No te engañas, héroe máximo; al mismo que ahora 645 ves prácticamente solo lo viste como padre de cinco hijos (¡tan grande es la inestabilidad del mundo que desgobierna al hombre!). Pues ¿de qué me sirve un hijo ausente que habita la tierra de Andros, a la que ha dado su nombre, y que ocupa el poder y el reino en lugar de su padre? El Delio le concedió el poder de la adivinación; a la prole femenina Líber le dio otro 650 don que superaba, por increíble, sus esperanzas; a saber, todo lo que tocaban mis hijas se transformaba en espigas y en zumo de vid y del árbol gris de Minerva, y en ellas había riqueza y utilidad. Cuando lo supo el Atrida destructor 655 de Troya (para que veas que la tempestad que se abatió sobre vosotros la hemos sufrido también en carne propia), haciendo uso de la fuerza de las armas, las arranca de brazos de su padre en contra de su voluntad, y les ordena alimentar con su don del cielo a la flota de Argos. Cada una huye adonde puede; dos se dirigen a Eubea, y 660 otras tantas a Andros, la tierra de su hermano. Se presentan soldados y amenazan con la guerra si no las entregan. El amor fraterno, vencido por el miedo, entrega a sus hermanas para el castigo. Podrías incluso perdonar a un hermano asustado: no estaban aquí para defender Andros ni Eneas ni Héctor, gracias al cual durasteis hasta 665 el décimo año. Ya se disponían las cadenas para los brazos de las cautivas; ellas, levantando hacia el cielo las manos aún libres dijeron: “Padre Baco, ayúdanos”»; y el autor del don les prestó ayuda, si

se llama prestar ayuda a 670 destruirlas de un modo portentoso. No pude averiguar, ni ahora puedo contarlo, por qué procedimiento perdieron su aspecto exterior; sólo conozco el resumen de la desgracia: les salieron alas y se convirtieron en las aves de tu cónyuge, palomas blancas como la nieve [72].

Los hijos de Orión

675 Después de que transcurrió el banquete con estos relatos y otros parecidos, apartaron las mesas y trataron de conciliar el sueño; con el día se levantan y se acercan al oráculo de Febo; éste les ordena buscar a su antigua madre y las playas de su linaje [73]; el rey los acompaña y les ofrece dones al marcharse, un cetro a Anquises, un manto y un carcaj a su nieto, a 680 Eneas una crátera que en otro tiempo había enviado de tierras aonias su huésped, Terses el ismenio. Terses la había enviado allí, pero la había fabricado Alcón el hileo [74], y había grabado en ella una larga historia. Había una ciudad y podías señalar en ella siete puertas; (éstas 685 hacían las veces del nombre e indicaban qué ciudad era aquella). Delante de la ciudad, una procesión funeraria, túmulos, hogueras y piras, y las madres con el cabello en desorden y el pecho descubierto representan el luto; también se ven ninfas que lloran y se quejan de que las fuentes estén secas; un árbol sin hojas se alza desnudo; las 690 cabras roen las secas peñas. Luego representa a las hijas de Orión en el centro de Tebas: ésta, con la garganta abierta por una herida impropia de una mujer, aquella, clavándose un dardo en el pecho valiente [75], han caído por su pueblo, y son transportadas por la ciudad con un hermoso [76] cortejo 695 fúnebre y quemadas en un lugar lleno de gente. Luego se ven salir de las cenizas virginales, para que el linaje no se extinga, dos jóvenes gemelos, a los que la fama llama Coronas, y dirigir la procesión de las cenizas de su madre. Hasta aquí las imágenes resplandecientes en bronce antiguo; el 700 borde de la crátera tenía relieves de acanto dorado [77]. Los troyanos ofrecen a su vez dones de no menor categoría que los recibidos: entregan al

sacerdote una naveta para guardar el incienso, le entregan una pátera y una corona resplandeciente de oro y de piedras preciosas.

Después, recordando que los teucros tienen su origen en la estirpe de Teucro, alcanzaron 705 Creta y no pudieron soportar mucho tiempo el malsano cielo del lugar, y dejando atrás las cien ciudades eligen arribar a puertos ausonios. La tempestad ruge y zarandea a los hombres; al desembarcar en el puerto traicionero de las Estrófades, los aterrorizó la alada Aelo. Y 710 ya habían pasado de largo el puerto duliquio, Ítaca, Samos y los palacios neritios, reino del mentiroso Ulises; ven Ambracia, disputada en el litigio de los dioses, y la roca con la forma del juez metamorfoseado, que ahora es famosa por Apolo Actiaco, y 715 la tierra dodónida, que habla por su encina, y el golfo caonio, donde los hijos del rey moloso escaparon de un incendio impío sostenidos por alas.

Escila

720 Se dirigen a los cercanos campos de los feacios, sembrados de fértiles frutales; de allí alcanzan el Épiro y Butroto, reino del profeta frigio y Troya simulada. Desde allí, conocedores del futuro que, advirtiéndoles lealmente, les había predicho en su totalidad Héleno, hijo de Príamo, llegan a Sicania[78]; ésta se prolonga en el mar por tres salientes, de los cuales Paquino está orientado hacia el Austro portador de lluvia, Lilibeo 725 está expuesto a los suaves Céfiros, y Peloro mira hacia las Osas que no conocen el mar, y hacia el Bóreas. Por esa dirección se aproximan los teucros, y con los remos y la marea favorable, la flota desembarca en la playa de Zancle al anochecer. Escila amenaza el flanco derecho, el izquierdo la infatigable 730 Caribdis; ésta devora las naves de las que se apodera y las vomita de nuevo, aquélla tiene un cinturón de perros feroces en torno al negro vientre, mientras su rostro es de doncella, y, si las historias que nos transmitieron los poetas no son todas falsas, también en otro tiempo fue doncella. La solicitaron muchos pretendientes; ella 735 los rechazaba y se iba a ver a las ninfas del mar, por ser agradable en extremo a las

ninfas del mar, y les contaba los amores burlados de los jóvenes. A Escila la ninfa Galatea, mientras le ofrece sus cabellos para que se los peine, le habla de este modo, suspirando repetidamente:

«A ti, doncella, después de todo, te pretenden los hombres, una clase de gente no brutal, y 740 puedes, como has hecho, rechazarlos impunemente; pero a mí, que tengo por padre a Nereo, que me parió la azulada Doris, que estoy protegida por una multitud de hermanas, no se me ha permitido rehuir el amor del cíclope sin consecuencias funestas»; y las lágrimas le impedían hablar. Entonces, la 745 doncella se las limpió con su pulgar marmóreo y consoló a la diosa diciendo: «Cuéntame, querida, y no ocultes la causa de tu dolor (soy de fiar)». La Nereida respondió con estas palabras a la hija de Crateide:

Acis y Galatea. Polifemo

750 «Acis era hijo de Fauno y de una ninfa Simétide[79], los gozos todos de su padre y su madre estaban puestos en él, pero aún más estaban los míos, pues me había hecho sólo suya. Era hermoso, y pasado su décimo sexto cumpleaños, una pelusilla indecisa marcaba sus tiernas mejillas. Yo lo perseguía a él sin cesar, y el cíclope a mí; si 755 me preguntas si era mayor en mí el odio al cíclope o el amor a Acis, te lo diré: ambos iban a la par[80]. ¡Ay! ¡Qué grande es el poder de tu reino, madre Venus! He aquí la demostración: aquel salvaje, al que incluso los bosques temían, al que ningún huésped visitaba 760 impunemente, irreverente ante el poder del excelso Olimpo con todos sus dioses, experimenta lo que es el amor, y prisionero de una intensa pasión, se abrasa, olvidándose de su rebaño y su cueva[81]. Ahora cuidas de tu figura, ahora te preocupas por gustar, ahora peinas con un rastrillo tus cabellos tiesos, Polifemo; ahora 765 te gusta recortarte la barba hirsuta con la hoz, y contemplar en el agua tu feroz expresión suavizando el gesto[82]. El deseo de matar, la ferocidad, y la sed inmensa de

sangre desaparecen, y los barcos van y vienen sin ser molestados. Entre tanto, Télemo, desembarcado al pie del Etna siciliano, Télemo 770 hijo de Éurimo, al que ningún ave había engañado nunca[83], se acerca al terrible Polifemo y le dice: "Ese ojo único que llevas en medio de tu frente, Ulises te lo quitará". Él se ríe y dice: "Oh el más estúpido de los adivinos, te equivocas; ya me lo ha arrebatado otra[84]". Así desprecia al que en vano le advertía de la verdad, y 775 aplasta la arena marchando a grandes zancadas, o se vuelve cansado a su oscuro antro.

»Hay una colina en forma de cuña cuya punta se interna largo trecho en el ponto; las olas del mar la rodean por uno y otro lado. Hasta allí sube el feroz cíclope, y se sienta en el centro; su 780 lanudo rebaño lo sigue sin que nadie lo guíe. Tras dejar a sus pies un tronco de pino apto para sujetar las vergas de las velas y que a él le hace las veces de bastón[85], y coger una zampoña formada por cien cañas unidas, oyeron sus silbos pastoriles todos los montes, los oyeron las 785 olas. Yo, oculta en una roca y recostada en el regazo de mi Acis, escuché de lejos sus palabras y grabé en mi mente lo que oí[86]:

»"Oh Galatea, más blanca que los pétalos del níveo aligustre, más florida que los prados, más esbelta que un alto 790 aliso, más resplandeciente que el cristal, más juguetona que un tierno cabritillo, más lustrosa que las conchas pulidas por el roce incesante del mar, más grata que el sol en invierno y la sombra en verano, más noble que la palma, más distinguida que un alto plátano, más brillante que el hielo, más dulce que las uvas maduras, más 795 suave que las plumas del cisne y que la leche cuajada, y, si no me huyeses, más hermosa que un huerto bien regado; y eres al mismo tiempo, Galatea, más salvaje que los novillos sin domar, más dura que una añosa encina, más voluble que las olas, más lenta en doblarse[87] que las ramas de sauce y de la viña blanca, más 800 inconmovible que estas rocas, más violenta que un torrente, más soberbia que el loado pavo real, más rapaz que el fuego, más áspera que las zarzas, más temible que una osa recién parida, más sorda que el mar, más cruel que una culebra pisada, y, lo que más me agradaría poder cambiar en ti, ¡más 805 huidiza que un ciervo perseguido por resonantes

ladridos, y más incluso que los vientos y que la brisa alada[88]! Si me conocieras bien te arrepentirías de haber huido, y tú misma te reprocharías tenerme siempre a la espera, y te esforzarías por retenerme. Tengo una cueva, un trozo de montaña sobre la que pende un techo de roca viva, en 810 la que no se siente el sol en medio del verano, ni se siente el invierno; tengo frutos que hacen doblarse las ramas, uvas que parecen de oro en extensos viñedos, y también uvas de color púrpura; unas y otras las guardo para ti. Tú misma, con tus propias manos, recogerás fresas maduras, nacidas 815 a la sombra del bosque, bayas otoñales de cornejo y ciruelas, no sólo las moradas de negro jugo, sino las de clase superior, que parecen de cera nueva. No te faltarán, siendo mi esposa, castañas, ni frutos del madroño; todos los árboles estarán a tu 820 servicio. Todo este rebaño es mío; otras muchas ovejas andan errantes por los valles, muchas se guarecen en el bosque, muchas tienen su establo en cuevas y, si me lo preguntases, no podría decirte cuántas son; ¡es de pobres contar el ganado! De las alabanzas que digo de ellas, no me des crédito a mí; puedes ver de cerca por ti 825 misma sus ubres tan henchidas que apenas las pueden abarcar entre sus patas. Tengo a los corderos, las crías más pequeñas, en un tibio redil; tengo también en otro redil a los cabritillos de la misma edad. Siempre tengo a mi disposición leche blanca como la nieve; conservo una parte de ella para beberla, otra parte la endurece en queso el cuajo líquido. Y 830 no sólo te tocarán en suerte delicadezas accesibles o regalos corrientes, gamos, liebres y cabras, o un par de palomas, o un nido cogido de la copa de un árbol. He encontrado en lo más alto del monte dos cachorros gemelos de una peluda osa que pueden jugar contigo, tan semejantes entre sí que apenas podrías distinguirlos; los 835 encontré y me dije: los voy a guardar para mi dueña[89]. Asoma ya tu cabeza resplandeciente sobre la azul superficie del mar, ven ya, Galatea, y no desprecies mis regalos[90]. Ten por cierto que me conozco a mí mismo; hace poco me he visto reflejado en agua 840 transparente, y la imagen que veía me gustó. ¡Mira lo grande que soy!, Júpiter, en el cielo (pues vosotros soléis contar que reina un tal Júpiter) no tiene un cuerpo mayor que este; una abundante cabellera

desborda mi rostro salvaje y da sombra a mis hombros como un bosque. Y 845 no creas que mi cuerpo es feo porque está densamente poblado de duras y puntiagudas cerdas; es feo un árbol sin hojas, es feo un caballo sin crines doradas que cubran su cuello; las plumas cubren a las aves, a las ovejas la lana las hermosea; a los hombres les sienta bien la barba y los pelos hirsutos en el 850 cuerpo. Tengo un solo ojo en medio de la frente, pero tan grande como un enorme escudo. ¿Y qué? ¿No ve todas las cosas el magnífico Sol desde el cielo? Y sin embargo el Sol también tiene un único ojo. Aparte de esto, mi padre es el rey de vuestro mar; a él nada menos te lo doy como suegro **[91]**. Tú, únicamente, compadécete de mí y 855 escucha los ruegos de un suplicante, pues sólo ante ti me he rendido; yo, que desdeño a Júpiter y al cielo, y al rayo fulminante, te adoro a ti, Nereida; tu ira es para mí más cruel que el rayo. Pero yo sería más capaz de soportar ese desprecio si huyeses de todos; pero ¿por qué, rechazando al cíclope, amas 860 a Acis, y prefieres sus abrazos a los míos? Que él se guste a sí mismo todo lo que quiera, e incluso a mi pesar, que te guste a ti, Galatea, pero, que me dé ocasión, y sentirá que mi fuerza es proporcional al tamaño de mi cuerpo: le arrancaré las entrañas palpitantes, y esparciré sus miembros por los 865 campos, y por las aguas del mar donde vives (¡que se mezcle contigo de esa forma!). Me abraso y un amor ofendido hierve con más intensidad, y creo que el Etna entero, con toda su violencia, se alberga en mi pecho; pero tú, Galatea, de nada te dueles **[92]**".

»Profiriendo en vano estas quejas, se levanta (pues yo lo veía todo), y, como 870 un toro furioso porque le han quitado la vaca, no puede estar quieto y vaga por los bosques y las praderas conocidas; cuando, fiero, me ve a mí y a Acis, ignorantes y sin temer nada semejante **[93]**, exclama: "Os he visto, y haré que éste sea vuestro último encuentro 875 amoroso". Aquella voz era tan fuerte como corresponde a un cíclope airado; el Etna se estremeció con sus gritos. Yo me sumerjo, despavorida, en el mar cercano; el héroe Simetio, volviendo la espalda, se daba a la fuga: "Ayúdame, Galatea, te lo ruego, decía, ayudadme, padres, y 880 admitidme en vuestro reino, porque voy a morir". El cíclope lo persigue y le arroja

una peña arrancada del monte, y aunque sólo lo alcanzó un pico de la roca, sin embargo aplastó todo el cuerpo de Acis. Yo por mi parte hice lo único que los hados me permitían hacer, que 885 Acis adquiriera las fuerzas de su abuelo. De la peña manaba una sangre color púrpura y en muy poco tiempo el rojo empezó a desaparecer, y al principio se puso del color de un río enturbiado por la lluvia y tras un breve lapso de tiempo quedó limpia; entonces la piedra se abrió al romperse [94], y 890 por la grieta surgieron unas cañas altas y vigorosas, y la cóncava boca de la peña resuena con el agua que brota; milagrosamente, se alzó de súbito hasta medio cuerpo un joven provisto de cuernos recién salidos que estaban rodeados de juncos flexibles: si no fuese porque es mayor, y porque su rostro entero es de color de cielo, era 895 Acis; y, a pesar de todo, también en esa forma era Acis convertido en río y esa corriente ha conservado su antiguo nombre [95] ».

Glauco

Había dejado de hablar Galatea, y, disuelta la reunión, las Nereidas se alejan nadando por las aguas tranquilas. Escila emprende el regreso, y, como no se atreve a confiarse a alta mar, vaga 900 sin ropa por la arena húmeda, o bien, cuando está cansada y encuentra una ensenada a salvo de las olas, refresca su cuerpo en las aguas en calma [96]. De repente, rompiendo la superficie del mar, aparece, azulado, un nuevo habitante del profundo ponto, Glauco [97], cuyos miembros habían sido metamorfoseados hace poco en la ciudad euboica de 905 Antédone, y, apenas ha visto a la doncella, queda cautivo de deseo por ella y pronuncia todas las palabras que piensa que pueden demorar su huida. Huye ella, a pesar de todo, velozmente, llevada por el miedo, y alcanza la cima de un monte situado cerca del mar. Se alza inmenso ante el estrecho un promontorio que termina en una única cumbre, y 910 se curva, cubierto de árboles, sobre el inmenso mar. Se detiene aquí y protegida por el lugar, sin saber si aquél es un monstruo o un dios, admira su color, la cabellera que le cubre los hombros y la espalda que está más abajo, y admira que el bajo

vientre se continúa en la forma de un enroscado 915 pez[98].

Él se da cuenta, y, apoyándose en una roca que estaba cerca, dice: «No soy un monstruo ni un animal feroz, muchacha, sino un dios de las aguas; y no tienen más poder que yo sobre los mares ni Proteo ni Tritón, ni Palemón el Atamantíada. Antes, sin embargo, era mortal, pero, destinado sin duda al mar profundo, ya 920 entonces faenaba en él: a ratos arrastraba redes portadoras de peces, otras veces, sentado en una peña, manejaba el sedal con la caña. Hay una playa colindante con un verde prado, a la que por una parte ciñen las olas, y por otra una extensión de 925 hierba que nunca hirieron con sus dientes novillas portadoras de cuernos, ni habéis pastado vosotras, mansas ovejas e hirsutas cabras; ninguna abeja se llevó de allí las flores que recogió diligente, ni proporcionó el prado guirnaldas de fiesta para la cabeza, ni lo segó nunca una mano que blandiera una hoz. Yo fui el primero en 930 sentarme en ese césped, mientras ponía a secar las redes empapadas y extendía encima, para contarlos, una fila de peces capturados, que el azar había llevado a las redes, o el exceso de confianza al ganchudo anzuelo. Parece cosa de cuento (pero ¿de qué me serviría inventar un cuento[99]?). Al 935 contacto con la hierba, mi botín empezó a moverse y a cambiar de posición, y a intentar avanzar en la tierra igual que hacen en el mar; mientras me admiro y me demoro, huye todo el fruto de la pesca a su medio natural y abandona la playa y a su nuevo dueño. Me quedé pasmado, dudando largo rato, y preguntándome la causa, si 940 algún dios había producido ese efecto, o el jugo de la hierba. "¿Qué poderes tiene esta hierba?", dije, y arranqué unas briznas con la mano, y una vez arrancadas, las mordí con los dientes. Apenas mi garganta había absorbido el jugo desconocido, cuando siento por dentro súbitas sacudidas, y 945 un pecho arrebatado de deseo por el otro elemento. No pude permanecer quieto mucho tiempo; dije: "¡adiós, tierra, que nunca volveré a pisar!", y sumergí mi cuerpo bajo las aguas. Los dioses del mar me acogen y me consideran digno del honor de ser igual a 950 ellos, y ruegan a Océano y a Tetis[100] que me quiten todo cuanto tengo de mortal; soy purificado por ellos, y, después de pronunciar nueve veces la fórmula sagrada que me limpia de

toda mancha, me ordenan exponer mi pecho a los caudales de cien ríos[101]. Sin tardanza, corrientes que fluyen desde lugares diversos vierten todas sus aguas sobre mi cabeza. Hasta 955 aquí puedo contarte unos hechos verdaderamente dignos de recordar, hasta aquí es lo que recuerdo, pero el resto mi mente no pudo percibirlo. Cuando volví a ser consciente, se me había dado un cuerpo totalmente diferente a como era antes, y tampoco era el mismo en cuanto a la mente. Entonces vi por primera vez esta barba verdosa de óxido con tonos oscuros, y 960 mi cabellera, que arrastro a lo largo del mar, y los hombros enormes, y los brazos azules, y el final de los muslos que se enrosca como la cola de un pez dotado de aletas. ¿Para qué esta apariencia, para qué haber agradado a los dioses del mar, de qué me sirve ser un dios, si a ti estas cosas nada te 965 impresionan[102]?». Mientras decía esto, y aún iba a decir más, Escila abandonó al dios; él se enfureció, e irritado por el rechazo, se dirigió a la morada maravillosa de la Titánide Circe.

LIBRO XIV

Escila

Ya el eubeo habitante de las agitadas aguas había dejado atrás el Etna, extendido encima de las fauces de los gigantes, y los campos de los cíclopes, que no conocen el rastrillo ni el uso del arado, y que no deben nada a las parejas de bueyes; había dejado atrás también Zancle, y las murallas de Regio, situadas enfrente, y 5 el estrecho rico en naufragios que, confinado entre las costas de Ausonia y de la tierra Sícula, forma la frontera entre ambas[1]. Desde allí, impulsado por su poderoso brazo a través del mar Tirreno, Glauco llega a las colinas herbosas de Circe, hija del Sol, y a su morada, llena de animales variados[2]. Nada 10 más verla, después de intercambiar saludos, le dice: «Diosa, compadécete de este dios, te lo ruego; pues sólo tú, si te parezco digno de ello, puedes aliviar este amor. Nadie conoce mejor que yo, Titánide, lo grande que es el poder de las plantas, pues he sido transformado por ellas. Y 15 para que no ignores la causa de mi locura, en la costa itálica, frente a las murallas de Mesina, Escila apareció ante mis ojos; me da vergüenza repetir mis promesas, mis súplicas y mis halagos, mis palabras desdeñadas; tú, si hay algún poder en tu conjuro, empieza 20 a pronunciarlo con tu voz sagrada; pero si hay una planta que sea más efectiva, haz uso de los poderes comprobados de esa planta eficaz. Y no te pido que me cures y que sanes esta herida (¡no es necesario que le pongas fin!) sino que se abrase ella también».

Pero Circe[3] (pues no hay ninguna otra que tenga una naturaleza más propensa a ese tipo de ardores, bien 25 porque la

causa esté en ella misma, o porque la provoque Venus, ofendida por la delación de su padre[4]), contesta lo siguiente: «Harías mejor en perseguir a una joven que quiera y aspire a lo mismo, y esté cautiva de un deseo recíproco. Merecerías ser cortejado por otras (y podrías, sin duda, haberlo sido) y, si das esperanzas, créeme, te cortejarán otras. No dudes, recobra la confianza en tu belleza; yo misma, que soy una diosa e hija del Sol resplandeciente, que tengo tan gran poder gracias a los encantamientos, que lo tengo también gracias a las hierbas, deseo ser tuya. Desprecia a la que te desprecia, corresponde a la que te persigue, y con una sola acción véngate de la una y venga a la otra». Glauco responde con estas palabras a la tentadora Circe: «Antes nacerán los árboles en el mar, y las algas en lo más alto del monte que sufran mudanza mis amores, mientras Escila siga viva».

Se indignó la diosa; y en la medida en que no podía (ni querría) hacerle daño a él, porque está enamorada, se encoleriza contra aquella que ha sido puesta por delante de ella; ofendida por el rechazo de su amor, enseguida extrae jugos terribles machacando hierbas infames, y mezcla a lo triturado fórmulas mágicas de Hécate, se envuelve en sus velos azules y abandona el palacio pasando entre el tropel de fieras que menean las colas a su paso, y dirigiéndose a Regio, que está situado enfrente de las peñas de Zancle, avanza entre las aguas agitadas por las mareas, sobre las que posa sus plantas como si fuese tierra firme, recorriendo la superficie del mar sin mojarse los pies. Había una pequeña cala en forma de arco curvo, un descanso grato para Escila, donde se refugiaba del hervor del cielo y la agitación el mar cuando el sol, en mitad de su recorrido, era más fuerte, y desde su zenit reducía las sombras al mínimo. Este lugar la diosa lo corrompe y lo contamina con venenos de efecto sobrenatural; esparce aquí el jugo exprimido de una raíz dañina, y murmura tres veces nueve veces con su boca mágica un negro conjuro de retorcidas palabras ignotas. Llega Escila, y apenas se había sumergido hasta la cintura, cuando observa que monstruos ladradores afean sus ingles; al principio, creyendo que aquello no forma parte de su cuerpo, huye de los perros, los espanta y teme sus

violentas fauces; pero al huir los arrastra consigo, y cuando busca el volumen de sus muslos, sus piernas y sus pies, encuentra bocas abiertas de cerberos en lugar de esas partes de su cuerpo; se 65 alza sobre la rabia de los perros y contiene con sus ingles mutiladas y su abultado vientre las fieras que le salen por debajo [5].

Lloró el enamorado Glauco y huyó de la unión con Circe, que había utilizado las propiedades de las plantas de forma excesivamente cruel. Escila permaneció en aquel lugar, y tan pronto como se le ofreció la posibilidad, privó 70 a Ulises de sus compañeros por odio hacia Circe; después habría hundido igualmente las naves teucras si no hubiese sido transformada antes en un escollo, que aún ahora sobresale, pétreo; los marineros también evitan el escollo [6].

Los Cércopes

75 Cuando las naves troyanas han superado ese escollo y la ávida Caribdis a fuerza de remos y se encuentran ya cerca de la costa Ausonia, son arrastradas por el viento a la costa de Libia. Allí acoge a Eneas, en su corazón y en su casa, la sidonia, que no aceptará de buen grado la ruptura con su esposo frigio, y sobre una pira levantada con el pretexto de un sacrificio se 80 arrojó sobre una espada, y, engañada ella, engaña a todos [7]. Otra vez huyendo de las nuevas murallas en tierra desértica, regresa a la sede de Érice junto al fiel Acestes, hace un sacrificio y honra la tumba de su padre. Hace soltar amarras a las naves que Iris, la enviada de Juno, casi había quemado y 85 abandona el reino del Hipótada, las tierras que humean azufre ardiente, y los escollos de las Sirenas hijas de Aqueloo, y su nave, huérfana de timonel, pasa por delante de Inárime y Próquite [8], y, situadas en una colina estéril, las Pitecusas, así llamadas por el nombre de sus habitantes [9]. Pues 90 el padre de los dioses, por odio a los engaños y al perjurio de los Cércopes y a las fechorías de ese pueblo mentiroso, transformó a los varones en animales contrahechos. Para que pudiesen parecer diferentes y al mismo tiempo semejantes al hombre, contrajo sus miembros y les aplastó la nariz frontalmente haciéndola chata, surcó 95 su

rostro con arrugas de vieja, y con todo el cuerpo cubierto de un pelaje amarillo los mandó a vivir a este lugar, no sin antes quitarles el uso de la palabra y de la lengua nacida para el horrible perjurio; sólo les dejó que pudieran quejarse con un gruñido 100 ronco.

La Sibila

Cuando Eneas ha pasado de largo por estas islas y dejado atrás, a su derecha, las murallas de Parténope, y a su izquierda la tumba del canoro hijo de Eolo, y unos parajes que abundan en aguas pantanosas, llega a la costa de Cumas y a la cueva de la longeva Sibila, y le pregunta cómo llegar hasta los Manes de su padre a través del Averno. Ella 105 levantó la mirada largo tiempo fija en el suelo, y, fuera de sí tras ser poseída por el dios, dijo: «Mucho pides, héroe extraordinario por tus hazañas, cuya diestra ha sido puesta a prueba por la espada, y cuya piedad por el fuego. Olvida ya tus temores, troyano; conseguirás lo que 110 pides; bajo mi guía, conocerás las mansiones del Elíseo y los últimos reinos del mundo, y la sombra de tu querido padre; para la virtud ninguna vía es inviable». Así dijo, le mostró una rama de oro que brillaba en el bosque de Juno Averna y le ordenó que la arrancara de su 115 tronco.

El infierno

Eneas obedeció, y visitó los reinos del temible Orco, y a sus antepasados, y la sombra senil del magnánimo Anquises; conoció también las leyes del lugar, y las pruebas que tendría que afrontar en nuevas guerras **[10]**. Después, mientras arrastraba sus pies cansados por la senda empinada, alivió 120 el esfuerzo **[11]** conversando con su guía de Cumas. Y mientras recorría un camino que infunde espanto en medio de una oscuridad crepuscular, dijo: «Ya seas una diosa que ha venido en mi ayuda, o alguien muy grato a los dioses, para mí serás siempre una divinidad, y reconoceré como un don tuyo el que me hayas permitido penetrar en el reino 125 de la muerte, y escapar, después de visitarlo, del reino de la muerte; por esos

méritos, cuando haya sido devuelto al aire puro del cielo te construiré un templo[12], y te concederé las honras del incienso». La adivina lo mira y, suspirando profundamente, dijo: «Ni soy una diosa, ni debes considerar a un ser 130 humano digno del honor del incienso sagrado; y no te confundas en tu ignorancia: se me concedía una vida eterna, sin fin, si hubiese puesto mi virginidad a disposición de Febo, que me deseaba. Mientras confía en obtenerla, mientras desea empezar ya a corromperme con regalos, dice: "Elige, doncella de Cumas, lo que desees; obtendrás 135 tu deseo". Yo le mostré un puñado de polvo que había recogido, y le supliqué, necia de mí, que me correspondiesen tantos años de vida como motas hubiese en ese polvo; se me olvidó pedir que esos años fuesen, además, de juventud. Pues él estaba dispuesto a concedérmelos, y la eterna juventud 140 también, a condición de que cediera a sus pretensiones amorosas. Tras despreciar el don de Febo, he permanecido virgen; pero la época más feliz de mi vida ya me dio la espalda, y llegó con paso tembloroso la triste vejez, que debo soportar por mucho tiempo: me ves ya con siete siglos cumplidos; para igualar el número de partículas de polvo me 145 queda presenciar trescientas siegas y trescientas vendimias. Llegará un momento en que una vida tan larga hará pequeño un cuerpo tan grande y mis miembros, consumidos por la vejez, quedarán reducidos a un peso mínimo; no tendré aspecto de haber sido amada, ni de haber agradado a un dios. Es posible que el propio Febo ni 150 siquiera me reconozca, o que niegue haberme deseado; hasta tal punto me habré transformado; y aunque no sea visible para nadie, seré reconocida en cambio por la voz; los hados me dejarán la voz[13]».

Aqueménides y Macareo

Mientras la Sibila le cuenta estas cosas por el camino escarpado, Eneas el troyano emerge de la morada estigia cerca de la ciudad euboica; después 155 de realizados los sacrificios según la costumbre, se dirige a la costa que aún no llevaba el nombre de su nodriza[14]. Aquí también se había quedado, tras

largas y penosas fatigas, Macareo el neritio, compañero del industrioso Ulises; reconoce a Aqueménides, que había sido abandonado hace tiempo en medio de las peñas del Etna, y, 160 al encontrarlo de improviso, se asombra de que esté vivo[15]: «¿Qué azar, qué dios te ha preservado, Aqueménides? ¿por qué —dice— una nave bárbara transporta a un griego? ¿A qué país se dirige vuestro navío?». A estas preguntas responde Aqueménides, que ya no iba desharrapado, ya 165 era él mismo, y su manto no estaba cosido con espinas: «Que me enfrente de nuevo a Polifemo y a sus fauces que chorrean sangre humana, si prefiero mi casa o Ítaca a esta nave o si le tengo a Eneas menos veneración que a mi padre; pues 170 nunca podré agradecerle las cosas buenas que hizo por mí, por muchas cosas que haga yo por él. Si ahora hablo y respiro, si contemplo el cielo y el astro solar, ¿cómo podría ser ingrato y olvidarlo? Él logró que esta vida mía no fuese a parar a las fauces del cíclope, y aunque ahora mismo abandone la luz de la vida, seré 175 enterrado en una tumba, o al menos no lo seré en el vientre del monstruo[16]. ¿Qué es lo que pensé entonces, si es que el miedo no me quitó toda capacidad de sentir y de pensar, cuando vi que os dirigíais a alta mar dejándome abandonado? Quise gritar, pero temí delatarme ante el enemigo; pues incluso los gritos de Ulises estuvieron a punto de ser la perdición de vuestra nave. Vi 180 al monstruo arrancar del monte un peñasco enorme y arrojarlo en medio de las aguas; lo vi lanzar otra vez con brazo de gigante una piedra inmensa que parecía propulsada por la fuerza de una catapulta, y tuve miedo de que las olas o la peña hundiesen la 185 nave, olvidándome de que yo ya no estaba en ella[17]. Pero cuando la huida os hubo librado a vosotros de una muerte cruel, él deambula por todo el Etna gimiendo, tantea con la mano los árboles y, privado de la vista, tropieza con las rocas, y, tendiendo hacia el mar las 190 manos manchadas de sangre putrefacta, maldice al pueblo de los aquivos diciendo: “Oh, si la casualidad trajese de nuevo a mi presencia a Ulises o a alguno de sus compañeros contra el que pudiese ejercer mi cólera, devorar sus entrañas, desgarrar con la mano sus miembros llenos aún de vida, si su sangre inundase mis fauces, y 195 sus cuerpos machacados palpitasen entre mis

dientes[18], la pérdida de haber sido privado de la luz ¡qué pequeña sería, no sería nada[19]!". Estas cosas y muchas más decía enfurecido; a mí me invade un horror que me hace palidecer al ver su rostro aún chorreando sangre y sus manos crueles, y la cuenca de su ojo vacía, los 200 miembros y la barba manchada de sangre humana coagulada. [Ante mis ojos estaba la muerte, pero ella era la menor de mis penas]. Pensaba que iba ya a cogerme, que ya estaba a punto de enterrar mis entrañas en las suyas; permanecía fija en mi memoria la imagen del momento en que lo vi golpear una 205 y otra vez contra el suelo los cuerpos de dos de mis compañeros, cuando él mismo encima de ellos, como si se tratara de un león melenudo, sepultaba en su vientre ávido sus entrañas y su carne, y la blanca médula de los huesos, y los miembros aún con vida. Un temblor se apoderó de mí; me quedé apesadumbrado, sin sangre en el cuerpo, y, 210 viéndolo masticar y escupir trozos ensangrentados y vomitar pedazos de carne mezclados con vino, imaginaba que para mí se preparaba un destino semejante[20]. Durante muchos días me oculté, temblando ante cualquier ruido, temiendo la muerte y deseoso de morir, matando 215 el hambre con bellotas y con briznas de hierba mezcladas con hojas, solo, sin recursos, desesperado, abandonado a la muerte y al castigo, cuando, después de mucho tiempo, vi a lo lejos esta nave, supliqué con gestos que me ayudasen a huir, corrí hacia la playa[21] y moví su compasión; un barco troyano aceptó a un 220 griego. Cuenta tú también, compañero gratísimo, tus aventuras, las del capitán y la tripulación que se confió contigo al ponto».

Macareo cuenta que Eolo es el rey del mar de Etruria, Eolo el Hipótada, que retiene a los vientos en su cárcel; que el caudillo duliquio los había recibido encerrados en un pellejo de toro, regalo memorable[22], y 225 que con viento favorable había navegado nueve días y había avistado la tierra deseada; que, al surgir la aurora del día siguiente al noveno, sus compañeros, dominados por la envidia y el ansia de botín, pensaron que el odre contenía oro y soltaron las ataduras a los vientos. Con 230 ellos, la nave volvió atrás, surcando las aguas que acababa de recorrer, y tocó de nuevo el puerto del tirano

eolio. «De allí fuimos a parar a la antigua ciudad de Lamo el lestrigón; Antífates reinaba en aquella tierra. Fui enviado a su presencia con una escolta de dos 235 hombres; a duras penas busqué en la huida la salvación para mí y uno de mis compañeros; el tercero del grupo tiñó con su sangre las fauces impías del lestrigón. Antífates nos persigue en nuestra huida, y levanta una tropa; acuden todos y nos arrojan peñascos y troncos, hunden a los hombres y destrozan las naves. Sólo 240 una huye, la que nos llevaba a Ulises y a mí mismo. Sufriendo por la pérdida de parte de nuestros compañeros y quejándonos una y otra vez[23], nos acercamos a la tierra que desde aquí divisas a lo lejos; desde lejos, créeme, debes ver esa isla, créeme, tú, el más justo de los 245 troyanos, hijo de una diosa (pues, terminada la guerra, no debo llamarte enemigo, Eneas), huye de las costas de Circe[24], sigue mi consejo. También nosotros, con la nave amarrada en la costa de Circe, acordándonos de Antífates y del salvaje Cíclope, nos negábamos a desembarcar y a penetrar en una morada desconocida. Fuimos 250 elegidos por sorteo; la suerte nos envió a mí, al fiel Polites, a Euríloco, y a Elpénor, que se excede con el vino, y a otros dieciocho compañeros, a la fortaleza de Circe. Tan pronto como llegamos y nos detuvimos en el umbral del palacio, mil lobos, y, mezclados con los lobos, osos y leonas, nos atemorizaron saliéndonos al 255 encuentro; pero ninguno era de temer, ninguno iba a provocar heridas en nuestro cuerpo: incluso mueven suavemente en el aire los rabos y siguen nuestros pasos rindiéndonos pleitesía hasta que nos reciben unas esclavas y nos conducen ante su 260 dueña a través de atrios cubiertos de mármol. Ella está en un hermoso aposento sentada en un trono solemne, vestida con una túnica resplandeciente, y por encima envuelta en un manto dorado. Nereidas y ninfas, que no cardan los vellones con dedos activos ni tiran de los hilos obedientes, disponen 265 hierbas, y separan en cestos flores esparcidas desordenadamente y plantas de diversos colores. La propia Circe supervisa el trabajo que éstas hacen; ella es la que sabe qué utilidad tiene cada clase de hoja, cuál es la proporción armoniosa de la mezcla, y comprueba con atención el peso de las 270 hierbas[25].

Cuando nos ve, tras saludar y recibir nuestro saludo, relaja el gesto y contesta a cada uno de nuestros buenos deseos; inmediatamente ordena mezclar granos de cebada tostados, miel y vino puro en abundancia con leche cuajada, y añade furtivamente una pócima que quede oculta bajo el sabor agradable. Aceptamos 275 de su mano divina la copa que nos ofrece. Tan pronto como, sedientos, la vaciamos en la boca reseca, y la diosa cruel roza con una vara la punta de nuestros cabellos[26] (lo contaré aunque me avergüence[27]), empecé a erizarme de cerdas punzantes y a no poder ya hablar; en lugar de palabras profería un sonido ronco, y mi cabeza quedó completamente inclinada 280 hacia el suelo; noté que la boca se me endurecía en una jeta curva, que los músculos del cuello se me hinchaban, y con la parte del cuerpo con la que hace un momento había sujetado la copa, daba pasos en el suelo; fui encerrado en una pocilga con los demás, que habían sufrido la misma transformación (¡tanta 285 era fuerza de la pócima!); el único que no tenía aspecto de cerdo vimos que era Euríloco: el único que huyó cuando le ofrecieron la copa. Si no la hubiese evitado, yo seguiría siendo ahora parte de una hirsuta piara, y Ulises, si no se hubiera enterado por él de una desgracia tan grande, no hubiera venido a presencia de Circe para vengarse. El 290 dios de Cilene, el mensajero de paz, le había entregado una flor blanca; los dioses la llaman *moly* y se sustenta sobre una raíz negra. Confiado en ella, y aconsejado por los dioses, Ulises entra en el palacio de Circe, y cuando le ofrece la copa traicionera, rechazó a Circe[28], que intentó rozarle los cabellos con su vara, y 295 la aterrorizó desenvainando la espada. A continuación, el compromiso y las manos entrelazadas; al ser recibido en el tálamo solicita como dote matrimonial[29] los cuerpos primigenios de sus compañeros. Ella esparce sobre nosotros los jugos más poderosos de una hierba desconocida, nos da en la cabeza un golpe con la vara invertida, y 300 pronuncia las palabras en sentido contrario a como las había pronunciado antes; conforme profiere ella sus encantamientos, nos erguimos levantándonos del suelo, se nos caen las cerdas, y nuestros pies dejan de tener la pezuña hendida; vuelven nuestros hombros, y los antebrazos quedan puestos debajo de

los brazos[30]; le abrazamos todos llorando mientras él lloraba también, y 305 nos colgamos del cuello de nuestro capitán; y no pronunciamos palabra alguna antes que las que daban testimonio de nuestro agradecimiento. Estuvimos retenidos allí un año, y en un periodo tan largo presencié muchas cosas, otras muchas oí, entre ellas ésta que me contó en secreto una 310 de las cuatro esclavas asignadas a esos ritos: mientras Circe permanecía a solas con mi capitán, ella me mostró una estatua de un joven que llevaba un pájaro carpintero en la cabeza, que estaba hecha de mármol blanco como la nieve, y había sido colocada en un recinto sagrado y adornada con muchas guirnaldas[31]. Cuando, 315 deseoso de saber, le pregunté quién era y por qué recibía culto en un recinto sagrado, y por qué portaba ese ave, me dijo: "Escucha, Macareo, y aprende con esta historia cuál es el poder de mi señora; tú presta atención a mis palabras.

Pico y Canente

320»" Pico, hijo de Saturno, era rey de las tierras ausonias, y muy apasionado por los caballos que se usan en la guerra. La figura del joven era la que tienes ante tu vista, tú mismo puedes apreciar su hermosura, y, a partir de la representación ficticia, dar tu aprobación al original. Su carácter estaba a la altura de su belleza; y, por su edad, aún no habría podido asistir cuatro veces a la competición quinquenal en la Élide griega[32]. Su 325 rostro había atraído a las dríades nacidas en los montes del Lacio; lo perseguían las diosas de los manantiales, las náyades que engendró el Álbula, las del Numicio, y las del Anio, y el Almón de brevísimo curso, o el Nar impetuoso y el Fárfaro de impenetrable oscuridad, y 330 las que habitan el boscoso estanque de Diana Escítica, y el lago vecino[33]; sin embargo, tras despreciarlas a todas, frecuentó sólo a una ninfa a la que, según se dice, había dado a luz en otro tiempo Venilia en la colina del Palatino, de Jano jonio[34]. Ésta, tan pronto como llegó a edad 335 núbil, fue entregada en matrimonio a Pico el

laurente[35], al que prefería a todos los demás; su rostro era sin duda excepcional, pero aún más excepcional era su forma de cantar, por lo que se la llamó Canente: conmovía a los bosques y a las peñas, amansaba a las fieras, detenía el largo curso de los ríos con su canto, y hacía que las aves interrumpieran su 340 vuelo[36]. Mientras ella entonaba canciones con su voz femenina, Pico había salido de su casa a cazar jabalíes que poblaban los campos de Laurente, cabalgaba a lomos de un impetuoso caballo, y llevaba en la mano izquierda dos jabalinas, con la clámide de púrpura sujeta por un broche de oro 345 amarillo. Al mismo bosque había llegado también la hija del Sol después de abandonar la tierra circea, que tomaba de ella su nombre, para recoger hierbas frescas de sus fértiles colinas. Tan pronto como, oculta entre el ramaje, vio al joven, quedó atónita; dejó caer de sus manos las hierbas que había recogido, y 350 tuvo la sensación de que un fuego recorría todas sus venas. Cuando empezó a recuperarse del intenso sofoco y estaba a punto de decir lo que deseaba, el caballo de Pico a la carrera y el séquito que lo rodeaba le impidieron acercarse. 'No huirás', dijo, 'aunque seas arrebatado por el 355 viento, si es que yo me conozco, si no se ha desvanecido del todo el poder de las hierbas, y no me fallan mis encantamientos'. Así dijo, y creó el fantasma de un falso jabalí, incorpóreo, y le ordenó pasar ante los ojos del rey, y hacer como que iba hacia un bosque muy densamente poblado de 360 árboles, donde la vegetación es muy densa y resulta intransitable para un caballo. Al momento, Pico persigue engañado la sombra de su presa, desciende veloz del lomo cubierto de sudor del caballo, y se pierde a pie en lo profundo del bosque siguiendo una esperanza vana. Ella formula un ruego y pronuncia palabras de súplica. Invoca 365 a desconocidos dioses con un desconocido encantamiento con el que suele oscurecer el blanco rostro de la Luna y cubrir de nubes cargadas de lluvia el rostro paterno. También en este caso el aire se espesa al recitar ella el encantamiento, el suelo exhala una niebla; los compañeros andan perdidos por 370 parajes ignotos, y la guardia del rey ha desaparecido. Aprovechando el lugar y la ocasión, dice: 'Por esos ojos tuyos que han cautivado a los míos, y por esa belleza galana, que me fuerza a suplicarte,

aunque sea una diosa, mira con buenos ojos el fuego en que me abraso y acepta como suegro al Sol que todo lo ve; y 375 no seas tan cruel que rechaces a la Titánide Circe'. Así habló; él, orgulloso, la rechazó a ella y rechazó sus súplicas diciendo: 'Seas quien seas, no soy tuyo; otra me tiene en su poder, y ojalá me tenga por largo tiempo. No mancillaré con amores extraños los pactos conyugales mientras 380 los hados me conserven a Canente, hija de Jano'. En vano la Titania insistió una y otra vez en sus súplicas: 'No te saldrás con la tuya impunemente, ni volverás junto a Canente; aprenderás en la práctica de qué es capaz una ultrajada, una amante, una mujer; [pues Circe, dijo, es ultrajada, y amante y 385 mujer'.] **[37]**

»"Entonces se volvió dos veces hacia el ocaso, dos veces hacia el orto, tres veces rozó al joven con su varita, pronunció tres encantamientos **[38]**. Él huye, pero observa admirado que corre más rápido de lo habitual; vio plumas en su cuerpo, e indignado al verse de repente incorporado como un nuevo pájaro a los bosques del Lacio, clava 390 su duro pico en los robles silvestres y golpea enfurecido sus largas ramas. El plumaje adquiere el color púrpura de la clámide; la fíbula, que era de oro y sujetaba el vestido, se convierte en plumas y el cuello está rodeado por una franja de oro 395 amarillo, nada le queda a Pico de su ser anterior, excepto el nombre.

»"Entretanto sus compañeros, después de llamar en vano una y otra vez a Pico a través de los campos, sin hallarlo en ninguna parte, encuentran a Circe (pues ya había aclarado la atmósfera y había permitido que las nieblas fuesen disipadas por los vientos y el sol), la 400 presionan con acusaciones ciertas y le reclaman a su rey; recurren a la violencia y se disponen a atacarla con sus crueles armas. Ella esparce una sustancia nociva y jugos venenosos, hace venir a la Noche y a los dioses de la Noche y del Érebo y del Caos, y suplica a Hécate con prolongados aullidos. Los 405 bosques se movieron (el contarlo causa asombro **[39]**). Gimió la tierra y los árboles de alrededor palidecieron, la hierba quedó empapada de gotas de sangre, y pareció que las rocas emitían roncos mugidos, que ladraban perros, el suelo se cubría de serpientes 410 negras, y sutiles fantasmas de los muertos flotaban en el aire. La tropa, atónita,

se aterroriza ante estos prodigios; mientras están paralizados, ella roza con su vara envenenada sus rostros asombrados, y, tocados por ella, fieras de muchas clases aparecen en vez de los jóvenes[40]; ninguno conserva su aspecto 415 anterior.

Febo poniente esparcía su luz por la costa tartesia, y en vano aguardaba a su esposo Canente con la mirada y con el corazón; los criados y el pueblo recorren todos los bosques y salen a su encuentro con antorchas. La ninfa no se conforma con llorar, arrancarse los cabellos y 420 golpearse el pecho (a pesar de que hace todas estas cosas), sino que además se lanza a la carrera, y vaga fuera de sí por los campos del Lacio. Seis noches y las luces de otros tantos días traídas por el Sol en su regreso la contemplaron ayuna de comida y de sueño, caminando por montes y valles, por donde el azar la 425 llevaba. El Tíber fue el último que la vio, agotada por el pesar y por el camino, dejando caer su esbelto cuerpo en la helada ribera[41]. Allí, desolada, profería entre lágrimas, con voz tenue, palabras que ponían música a su propio dolor, como cuando el cisne canta su canción fúnebre en el momento de la muerte; por 430 su pesar, se consumió finalmente al disolverse la tenue médula de sus huesos, y poco a poco se desvaneció en la brisa ligera. Sin embargo su recuerdo quedó fijado en el lugar, al que las antiguas Camenas llamaron adecuadamente Canente por el nombre de la ninfa[42]'.

»Muchas cosas semejantes me contaron y 435 presencié en un largo año; perezosos y lentos por la falta de costumbre, recibimos la orden de hacernos de nuevo a la mar, de nuevo izar velas; la Titania nos había predicho caminos inciertos y un extenso recorrido, y que aún nos aguardaban peligros en el ponto cruel. Confieso que tuve miedo, y me quedé en esta costa a la que había llegado por 440 casualidad».

Eneas llega al Lacio

Macareo había terminado su relato; la nodriza de Eneas, encerrada en una urna de mármol, tenía una breve inscripción en su túmulo: «En este lugar mi pupilo, famoso por su piedad, a

mí, Cayeta, después de librarme del fuego argivo, me entregó al fuego que me correspondía[43]». Los troyanos sueltan las amarras sujetas a la orilla cubierta de hierba, y, dejando 445 atrás las insidias y el palacio de la infame diosa, se dirigen al bosque donde el Tíber, a la sombra del follaje, irrumpe en el mar con su arena amarilla. Eneas se apodera de la casa y de la hija de Latino[44], hijo de Fauno, pero no sin lucha; emprende una guerra con un pueblo feroz, y 450 Turno se enfurece por la esposa que se le había prometido. Toda la Tirrenia se enfrenta al Lacio, y durante largo tiempo buscan afanosamente con las armas una victoria difícil.

Unos y otros aumentan sus fuerzas con ayuda exterior; muchos defienden a los rútulos, muchos el campamento troyano; no 455 en vano había llegado Eneas a las puertas de Evandro; en cambio, en vano había llegado Vénulo a la ciudad del prófugo Diomedes[45]; éste había fundado una gran ciudad amurallada bajo la protección del iápige Dauno y ocupaba las tierras de su dote. Sin embargo, cuando Vénulo le pidió ayuda cumpliendo las órdenes de Turno, el 460 héroe etolio pone como excusa sus fuerzas: él no quiere que entre en guerra el pueblo de su suegro ni tiene de su propia gente nadie a quien armar: «No creáis que es una invención; aunque con el recuerdo se renueve el amargo 465 dolor, sufriré contarlo de nuevo. Después de que la excelsa Ilión pereció por el fuego, y Pérgamo alimentó las llamas de los dánaos, y de que el héroe naricio, por una doncella arrebatada a la Doncella[46], distribuyó entre todos el castigo que él solo había merecido, fuimos dispersados y, arrebatados por los vientos a través de mares hostiles; los 470 dánaos arrostramos rayos, oscuridad, lluvia, y la ira del cielo y del mar, y el colmo de la desgracia: el cabo Cafereo. Para no detenerme relatando en su totalidad esos tristes sucesos, Grecia pudo haberle parecido digna de compasión incluso a Príamo. A mí, sin embargo, la protección de Minerva portadora de armas me arrancó de entre las olas sano y 475 salvo; pero de nuevo soy expulsado de la tierra de mi padre, y la madre Venus, acordándose de su herida de antaño, sigue cobrándose su venganza[47]; tantas fatigas soporté por el mar insondable, tantas en los campos de batalla, que a menudo he llamado

afortunados a aquellos a 480 los que sepultó en las aguas la tempestad que nos afectó a todos y el amenazador cabo Cafereo, y querría haber sido uno de ellos[48]. Mis compañeros, llevados hasta el extremo del sufrimiento en la guerra y en el mar, flaquean, y suplican el final de su viaje; pero Acmon, de por sí de carácter ardoroso, y entonces también exasperado por las 485 desgracias, dijo: "¿Queda algo que vuestra paciencia se niegue a soportar, muchachos? ¿Qué más le queda (si quisiera) a Citerea por hacernos? Pues mientras se temen cosas peores, hay lugar para la súplica; en cambio, cuando la suerte no puede ser peor, el miedo yace pisoteado, y en el colmo de la desgracia no existe la 490 inquietud. ¡Aunque me oiga la propia Venus, y, como siempre, odie a todos los hombres a las órdenes de Diomedes, sin embargo, todos despreciamos su odio y †en ese odio inmenso se basa nuestro inmenso poder†[49]!". Con estas palabras el pleuronio Acmon aguijonea a la encolerizada Venus[50], y 495 con su aguijonazo vuelve a suscitar su ira. Lo que ha dicho complace a unos cuantos, pero la mayor parte de los compañeros censuramos a Acmon; mientras intenta responder, se le atenúa la voz y al mismo tiempo el lugar por donde sale la voz se le estrecha, y la cabellera se le transforma en plumas, de plumas se le cubren también el cuello, el pecho y la espalda; a los brazos les salen plumas más grandes y 500 los codos se curvan en alas ligeras; el pie se extiende a costa de los dedos y el rostro, endurecido como si fuera de cuerno, se pone rígido y acaba en punta. Lico lo mira con asombro, lo miran Idas, y Nicteo junto con Rexénor, lo mira Abante; y mientras se asombran adquieren 505 la misma forma, y la mayor parte del grupo se eleva, y revolotea en torno a los remos batiendo las alas. Si preguntas cuál era el aspecto de estas aves desconocidas, no era de cisne, pero parecido al del cisne blanco[51]. Yo apenas domino estos lugares y los áridos campos del iápige Dauno en mi calidad de 510 yerno, con una parte mínima de los míos[52]».

El pastor de Apulia: el

acebuche

Hasta aquí el Enida. Vénulo abandona el reino de Calidón, el golfo de los peucetios y los campos de los mesapios. En ellos ve una cueva sombreada por abundante vegetación y que rezuma humedad: ahora la habita el semicapro Pan, pero 515 en otro tiempo la habitaron las ninfas. Un pastor de Apulia las hizo huir aterrorizadas de aquella región y las conmocionó primero con un súbito espanto; luego, cuando recuperaron la cordura y observaron con desprecio a su perseguidor, formaron un corro moviendo los pies al compás. El 520 pastor las rechaza, e imitándolas con rudos saltos acompaña con palabras obscenas sus rústicas burlas; y no calló su boca hasta que un árbol ocultó su garganta; Si, es un árbol, y por su jugo es posible conocer su índole: se trata del acebuche, que lleva la marca de su lengua en sus frutos amargos; la 525 aspereza de sus palabras ha pasado a ellos[53].

Las naves de Eneas

Cuando los embajadores regresaron trayendo la negativa del ejército etolio, los rútulos, privados de esos refuerzos, hacen la guerra tal y como la habían dispuesto; se produce gran derramamiento de sangre por ambas partes. De súbito, Turno acerca las ávidas antorchas a los navíos de ensambladas 530 tablas y aquellos que se libraron de las olas temen al fuego. Ya Mulcíbero quemaba la pez, la cera y los demás alimentos de la llama y avanzaba por el elevado mástil hacia las velas, los bancos de la curva nave echaban humo, cuando, recordando que estos pinos fueron talados en la cima del 535 Ida, la santa madre de los dioses llenó el aire con el tintineo del bronce al chocar con el bronce y con el ronco sonido de la flauta de boj, y, transportada a través de la sutil atmósfera por su tiro de leones domados, dice: «Turno, en vano lanzas teas incendiarias con mano sacrílega; las libraré de ti, y el fuego devorador no quemará con mi permiso partes 540 y miembros de mis propios bosques[54]». Mientras hablaba la diosa, empezó a tronar, y detrás del trueno cayó un violento aguacero acompañado de

rebotante granizo; los hermanos Astreos[55], entrechocando súbitamente, revuelven cielo y mar embravecido, y entablan combate. La 545 madre nutricia, utilizando solamente la fuerza de uno de ellos, rompe las amarras de estopa de las proas frigias, arrastra las naves y las hunde por la proa bajo las aguas. Al ablandarse el roble y transformarse el leño en carne, las curvadas popas adquieren forma de cabezas, los 550 remos se convierten en dedos y en piernas que nadan, lo que había sido costado, sigue siendo costado, y la quilla, que está debajo del navío formando el medio entre sus partes, se transforma para servir de espina dorsal, los cabos se hacen cabellera suave, las vergas, brazos; el color es azul, igual que antes; las 555 olas que antes temían, las agitan con sus virginales juegos de náyades marinas; pese a ser nacidas en las duras montañas, recorren el mar mullido, y no les afecta su origen[56]. No olvidan, sin embargo, los muchos peligros sufridos en el mar cruel, y a menudo sostienen con sus manos las 560 naves en apuros, siempre que no transporten aquivos. Como aún se acuerdan del desastre de los frigios, odian a los pelasgos, y vieron con cara sonriente los fragmentos de la nave neritia, con cara sonriente[57] vieron que la nave de Alcínoo se volvía rígida, y que la madera se transformaba en 565 piedra.

Ardea

Había esperanzas, una vez que la flota cobró vida en forma de ninfas marinas, de que el rútulo pudiese desistir de la guerra por miedo al prodigio; pero persiste, cada parte cuenta con sus propios dioses, y tiene valor, que vale tanto como los dioses; y ya no persiguen los reinos que van con la dote, ni el cetro del suegro, ni a ti, doncella Lavinia, sino 570 la victoria, y hacen la guerra porque les da vergüenza abandonar. Finalmente, Venus ve las armas de su hijo triunfantes, cae Turno, cae Ardea, con renombre de poderosa mientras Turno estaba vivo[58]. Después de que el fuego bárbaro la ha devastado, y las casas quedaron enterradas entre las tibias cenizas, sale 575 volando de entre los escombros un pájaro conocido entonces por primera vez, y aventa las cenizas con el batir de sus alas. Su voz, su delgadez,

su palidez y todo lo demás son como conviene a una ciudad capturada; conservó también el nombre de la ciudad, y la propia Ardea se golpea el pecho con sus alas en señal de 580 dolor [59].

Apoteosis de Eneas

Ya los méritos de Eneas habían obligado a todos los dioses y a la propia Juno a poner fin a sus viejos resentimientos, cuando, una vez bien asentado el poder de Julo, ya crecido, el héroe Citereo estaba maduro para subir al cielo. Venus había solicitado la aprobación de los dioses, y, rodeando con los brazos el cuello de su padre, le 585 había dicho: «Padre, a ti, que nunca, en ningún momento, has sido duro conmigo, te ruego que seas ahora blandísimo, y que concedas a mi hijo Eneas, que te hizo abuelo por ser de mi sangre, un poder divino, por pequeño que sea, con tal de que le concedas alguno. Tiene bastante con haber visto una vez el reino aborrecible, con 590 haber cruzado una vez a través de las aguas de la Estigia». Los dioses asintieron; ni siquiera la esposa del rey mantuvo su gesto inconmovible, sino que dio su conformidad con rostro sereno. Entonces el padre dijo: «Sois dignos del regalo del cielo, tú que lo pides, y aquel para el que lo pides; recibe, hija, lo que deseas». Así 595 habló [60]. Ella se alegra y da las gracias a su padre; transportada en un carro tirado por palomas a través de la atmósfera sutil, llega a la costa de Laurente, donde el río Numicio, oculto entre cañas, serpentea con sus aguas fluviales hacia el mar cercano. A él le ordena que lave todo lo que hay en Eneas sujeto a la 600 muerte y que se lo lleve en su curso silencioso hasta el mar. El cornígero [61] sigue las órdenes de Venus, purifica y limpia en sus aguas todo lo que era mortal en Eneas; queda la parte mejor de él. La madre ungió el cuerpo purificado con un ungüento 605 divino, tocó sus labios con ambrosía mezclada con un dulce néctar, y lo convirtió en dios; los hijos de Quirino lo llaman Indígete, y lo han honrado con un templo y con altares [62].

Los reyes latinos

610 Así, bajo el mando de Ascanio de doble nombre, existió Alba y el poder latino. Le sucedió Silvio, cuyo hijo Latino llevó el nombre recuperado junto con el antiguo cetro; a Latino le sucedió el ilustre Alba; de él nació Épito; después de éste, Capeto y Capis, pero Capis reinó antes. Tiberino recibió el reino después, y habiéndose hundido en la corriente del río 615 etrusco, dio su nombre a sus aguas; por él fueron engendrados Rémulo y el feroz Acrota. Rémulo, el mayor, al intentar imitar el rayo, alcanzado por un rayo murió. Acrota, más prudente que su hermano, pasó el cetro al valiente Aventino, que yace enterrado en la misma colina en 620 la que había reinado, colina a la que dio su nombre **[63]**.

Pomona y Vertumno

Ya Proca tenía el poder sobre el pueblo del Palatino; bajo este rey vivió Pomona, la que con mayor habilidad cultivaba el huerto entre las hamadríades latinas, sin que hubiera otra más atenta a los frutos de los árboles, de 625 donde su nombre. Ella no ama los bosques ni los ríos, ella ama la tierra cultivada y las ramas que producen frutos abundantes. Y no carga con el venablo su mano derecha, sino con la hoz curvada con la que a veces reduce la exuberancia vegetal, podando las ramas que se extienden por todas partes; a veces injerta un tallo en la corteza hendida y 630 proporciona savia a un retoño ajeno. No permite que sufran de sed, riega las retorcidas entrañas de la raíz sedienta con agua corriente. Ésta es su afición, éste su afán; el deseo amoroso no existe para ella, pero, temiendo la violencia de los campesinos, cierra el huerto con un cercado, prohíbe 635 que se acerquen los hombres y huye de ellos. ¿Qué no hicieron para apoderarse de ella los sátiros, jóvenes dados a la danza, y los panes con los cuernos ceñidos de ramas de pino, y Sileno, siempre más joven de lo que corresponde a su edad, y el dios que asusta a los ladrones con su hoz o con su miembro **[64]**?

Pero 640 a todos los superaba Vertumno[65] con su amor, y no era más afortunado que ellos. ¡Cuántas veces, ataviado de rudo segador, le llevó un cesto de espigas, y era la imagen auténtica de un segador de verdad! a menudo, con las sienes ceñidas con heno reciente, daba 645 la impresión de que había estado dando la vuelta a la hierba cortada; muchas veces llevaba en su ruda mano una aguijada, de forma que hubieses jurado que acababa de desuncir a los fatigados bueyes. Si le daban una hoz era deshojador y podador de la vid; o se colgaba la escalera del hombro y pensarías[66] que va a recoger manzanas; [era 650 soldado si cogía una espada, pescador si una caña]. En resumen, a través de muchas caracterizaciones, se procuró acceso para gozar con la contemplación de su belleza. Incluso se fingió una anciana con las sienes ceñidas por una mitra de colores, apoyada en un bastón, con las sienes blanqueadas, y 655 penetró en su cuidado huerto, y admiró los frutos: †¡Cuánto más experta eres!†[67] dijo, y le dio al objeto de alabanzas unos cuantos besos, de la clase que nunca le habría dado una anciana verdadera; y se sentó, encorvada, en el suelo contemplando las ramas inclinadas por el peso de los frutos del otoño. Enfrente 660 había un olmo muy hermoso con unas uvas esplendorosas; tras alabarlo a él y a la vid con él asociada, dijo: «Pero si el tronco hubiese permanecido célibe, sin pámpanos, no tendría nada que ofrecer excepto hojas. También esta vid que se apoya bien pegada al olmo, si 665 no se hubiese unido a él, yacería tendida en el suelo. Tú, sin embargo, no te dejas conmover por el ejemplo de este árbol y rehúyes el trato amoroso, y no haces nada por casarte. ¡Ojalá quisieras! ni Helena habría sido solicitada por más pretendientes, ni la que provocó el combate lapiteo, ni 670 la esposa de Ulises, † valeroso con los cobardes †[68]. Incluso así, aunque huyas y te apartes de los que te persiguen, mil hombres te desean, semidioses y aun dioses, y las divinidades todas que habitan los montes albanos. Pero si fueses sensata, si quisieras casarte 675 bien y escuchar a esta vieja, que te ama más que todos ellos, más de lo que crees, rechaza las nupcias vulgares y elige a Vertumno como compañero de lecho. Me tienes a mí como garantía: no se conoce mejor a sí mismo de lo que lo conozco yo, y no va errando sin rumbo por todo el 680

mundo, habita únicamente estos lugares, y no se enamora de la última que ve, a diferencia de la mayoría de tus pretendientes: tú serás para él su primera y última pasión[69], y a ti sola te dedicará su vida[70]. Además, es joven, tiene de nacimiento el don de la belleza, adoptará con habilidad todas las 685 formas, y lo que le mandes, puedes mandarle cualquier cosa, lo hará. ¿Y qué me dices de que os guste lo mismo? ¿no recibe el primero los frutos que tú cultivas, y lleva muy contento en sus manos tus dones? Pero ya no ansía los frutos arrancados del árbol, ni las verduras de agradable sabor que cría el huerto, ni 690 cosa alguna en el mundo excepto a ti. Compadécete de un amante que se consume y piensa que lo que suplica por mi boca te lo está pidiendo él en persona como si estuviera delante; teme a los dioses vengadores, y a la Idalia, que odia los corazones duros, y la ira de la rencorosa ramnúside[71]. Para que temas aún más (pues la vejez me permite saber muchas historias), te 695 contaré un suceso muy famoso en toda Chipre, para que te doblegues fácilmente y te ablandes.

Ifis y Anaxárete

»Ifis, nacido de humilde familia, había visto a Anaxárete, del noble linaje del antiguo Teucro[72]; fue verla y sentir el deseo en la médula de los huesos. Luchó 700 durante mucho tiempo, y una vez que no pudo dominar su locura con la razón, se presentó suplicante en su puerta. Unas veces, confesándole su amor desdichado a la nodriza, le rogaba, por las esperanzas puestas en su pupila, que no fuera dura con él; a veces, halagando a cada uno de sus muchos criados, les 705 pedía con voz ansiosa que se inclinasen a su favor. A menudo confió sus persuasivos mensajes a una tablilla para que se los llevase y en alguna ocasión colgó en la puerta guirnaldas empapadas con el rocío de sus lágrimas, dejó caer su cuerpo delicado en el duro umbral, y lanzó tristemente sus reproches al cerrojo. Ella, más 710 cruel que el mar tempestuoso cuando se ocultan los Cabritos[73], más dura que el hierro que funde el fuego del Nórico, y que la roca viva, que aún es sujetada por sus raíces, lo

desprecia y se ríe de él; a sus crueles acciones añade con arrogancia palabras soberbias y priva a su enamorado incluso de la 715 esperanza[74]. Incapaz de soportar el tormento de ese dolor prolongado, Ifis le dirige ante su puerta estas últimas palabras: "Tú ganas, Anaxárete, y ya no tendrás que soportar más mi insistencia; prepárate para un gozoso triunfo, invoca a Peán y cíñete con laurel resplandeciente. Pues 720 tú ganas, sí, y yo muero de buen grado. Vamos, mujer de hierro, alégrate. Al menos te verás obligada a alabar algún aspecto de mí, y habrá algo por lo que yo te haya sido grato, y reconocerás mis merecimientos. Pero recuerda que mi amor por ti no se ha extinguido antes que mi vida y que me veré privado a la vez de mis dos luces[75]. Y 725 la noticia de mi muerte no te ha de llegar como rumor; yo en persona, no lo dudes, estaré, y me verás en tu presencia, para que sacies tu mirada cruel en mi cuerpo exánime. Pero ¡oh dioses!, si veis los hechos de los mortales, acordaos de mí (mi lengua no tiene fuerzas para más súplicas), haced 730 que se cuente mi historia a lo largo de las edades, y el tiempo que me habéis quitado de vida, concedédmelo de fama[76]".

»Así habló, y alzando los ojos humedecidos y los brazos exangües hacia la puerta que a menudo había adornado con guirnaldas, dijo mientras ataba una soga con un lazo en lo más alto del dintel: "Mujer 735 cruel y despiadada. ¿Te gusta esta guirnalda?" y, sin dejar de mirar hacia ella incluso en ese momento, el desdichado introdujo la cabeza y quedó colgando, carga de mal agüero, con la garganta estrangulada. Golpeada por el movimiento convulsivo de los pies, la puerta pareció emitir sonidos[77], y al abrirse mostró lo sucedido. Los 740 criados gritan, y alzándolo en vano lo llevan a la casa de su madre (pues su padre había muerto). Ella lo recibe en su regazo, y mientras abraza el cuerpo frío de su hijo, tras proferir las palabras de los padres desdichados y llevar a cabo las acciones de las madres 745 desdichadas, encabezaba llorando el cortejo fúnebre por el centro de la ciudad, y llevaba el pálido cadáver en el féretro que iba a arder. Daba la casualidad de que la casa de ella estaba cerca del camino por el que iba el luctuoso cortejo, y el sonido de los lamentos llegó a oídos de la dura

Anaxárete, a la que ya perseguía un dios vengador. Conmovida 750 a pesar de todo, dijo: “Veamos ese triste funeral”, subió al piso más alto y abrió las ventanas de par en par. Apenas vio a Ifis tendido en su lecho fúnebre, sus ojos se quedaron fijos, y el calor de la sangre huyó de su cuerpo, mientras la palidez la invadía; al intentar retroceder, sus 755 pies se quedaron clavados, al intentar apartar la mirada, tampoco pudo, y poco a poco se apodera de sus miembros la piedra que ya antes estaba en su duro corazón[78]. Y no creas que me lo he inventado, aún conserva Salamina la estatua que representa a la joven amada; incluso tiene un templo llamado de Venus Que Mira desde lo Alto[79]. Tenlo 760 en cuenta, ninfa mía, deja a un lado tu frío desdén y únete al que te ama. Y ojalá que el frío primaveral no hiele los frutos nacientes ni el viento arrebatador los haga caer cuando estén en flor».

Como el dios había dicho estas cosas propias de su apariencia de anciana sin conseguir nada, se 765 transformó de nuevo en joven, se despojó de los atributos de anciana, y apareció ante ella como la imagen resplandeciente del sol cuando vence a las nubes que lo ocultan y brilla sin ningún obstáculo. Se dispone a tomarla por la fuerza[80]; pero no hay necesidad de fuerza, la 770 ninfa ha sido cautivada por la belleza del dios, y sufre por la misma herida.

Tarpeya

El usurpador Amulio con sus soldados fue el siguiente rey de la comunidad ausonia; gracias a su nieto, el anciano Númitor recupera el reino perdido, y durante las fiestas Palilias son construidas las murallas de la ciudad; Tacio y los padres sabinos emprenden 775 la guerra, y Tarpeya, tras franquear el paso a la fortaleza, entregó el alma digna de castigo bajo el peso de una pila de armas[81]. Después, los hijos de Cures, como lobos sigilosos, ahogan la voz en sus gargantas, asaltan a los hombres vencidos por el sueño y atacan las puertas de la ciudad que había cerrado el Ilíada[82] con firme cerrojo; sin 780 embargo la Saturnia en persona abrió una de ellas, y no hizo ruido al hacerla girar en sus goznes; Venus fue la única que se dio

cuenta de que las trancas de la puerta habían caído, y la hubiese cerrado, si no hubiera sido porque a los dioses no les está permitido revocar jamás las acciones de otros 785 dioses[83]. Unos lugares contiguos al templo de Jano, humedecidos por un helado manantial, eran residencia de las náyades de Ausonia; Venus les pide ayuda; las ninfas no rechazaron a una diosa que pedía una cosa justa, e hicieron brotar el manantial y las aguas de su fuente; sin embargo, aún no eran inaccesibles las puertas abiertas de Jano ni el agua había cortado el camino; las 790 ninfas ponen amarillento azufre bajo la caudalosa fuente, e incendian sus huecos canales con pez humeante. El vapor de estas y otras materias penetró hasta lo profundo del manantial, y vosotras, aguas que os atrevíais hace poco a desafiar la frigidez del agua alpina, no sois inferiores al mismo fuego[84]. Las 795 dobles jambas humean en medio de una lluvia de chispas, y la puerta, en vano prometida a los inflexibles[85] sabinos, fue bloqueada por una nueva fuente hasta que la tropa de Marte revistiese su armadura. Después que Rómulo[86] los hizo avanzar y el suelo romano quedó cubierto de cadáveres sabinos, como 800 cubierto quedó también de los suyos, mezclando la espada impía la sangre vertida del yerno con la sangre del suegro[87], acuerdan finalmente detener la guerra con la paz, que no se combata con la espada hasta las últimas consecuencias, y que Tacio sea asociado al trono.

Rómulo

805 Tacio había muerto, y tú, Rómulo prescribías leyes iguales para los dos pueblos, cuando Marte, quitándose el casco, dirige estas palabras al padre de los dioses y de los hombres: «Ha llegado el momento, padre, puesto que el estado romano está asentado sobre profundos cimientos y no depende sólo de un caudillo, de que pagues la recompensa prometida a mí y a tu nieto, que es digno de ella, y 810 de que lo arrebates a la tierra y lo coloques en el cielo. En una ocasión, ante el concilio de los dioses (lo recuerdo, pues tus piadosas palabras quedaron grabadas en mi memoria), tú me dijiste: “Uno habrá al que tú elevarás a los azules campos del cielo[88]”; Así hablaste: ¡que tu

palabra se cumpla!». Asintió 815 el omnipotente y ocultó el cielo con nubes espesas, y con el trueno y el relámpago aterró la ciudad. El Gradivo percibió que éstas eran las señales del rapto que se le había prometido, y, apoyándose en la lanza, ascendió sin alterarse al tiro de caballos uncidos al timón ensangrentado, los incitó a 820 golpes de látigo y, deslizándose hacia abajo por el aire, se detuvo en la cima de la colina boscosa del Palatino. Se llevó al Ilíade mientras dictaba sentencias para sus conciudadanos como no lo haría un tirano **[89]**; su cuerpo mortal desapareció en el aire sutil, como suele derretirse en medio del cielo el 825 proyectil de plomo lanzado por una ancha honda **[90]**; surge en lugar suyo una hermosa figura más digna de los lechos del cielo, y de aspecto semejante al de Quirino **[91]** con trábea **[92]**.

Mientras su esposa lloraba su pérdida, la reina Juno ordena a Iris que descienda por su senda curva hasta Hersilia, y 830 que le transmita a ella, que ha quedado viuda, las siguientes órdenes: «Honor sin igual del pueblo latino y del sabino, señora, digna como nadie de haber sido antes la esposa de tan gran hombre, y de ser ahora la cónyuge de Quirino, detén tu llanto, y, si quieres ver a tu esposo, sígueme 835 al bosque que florece en la colina de Quirino y da sombra al templo del rey romano». Iris obedece, y descendiendo hacia la tierra por el arco iris, se dirige a Hersilia con el mensaje que le han encomendado. Aquélla, alzando apenas los ojos, dice con gesto pudoroso: «Oh 840 diosa (pues no está a mi alcance saber cuál eres, y sin embargo está claro que eres una diosa) guíame, oh, guíame, y muéstrame el rostro de mi esposo; al que si los hados me conceden ver una sola vez, afirmaré que he alcanzado el cielo». Sin demora camina por la colina de 845 Rómulo con la doncella de Taumante; allí un astro caído del cielo desciende a la tierra; con su fuego la cabellera de Hersilia se prendió, y ella desapareció por los aires con el astro. El fundador de la ciudad romana la recoge entre los brazos que le son familiares, cambia su antiguo nombre junto con su cuerpo, y 850 la llama Hora, que ahora es la diosa que está al lado de Quirino **[93]**.

LIBRO XV

Numa

Entonces se busca a alguien que soporte el peso de una carga tan grande y sea capaz de suceder a tan gran rey; el rumor, que anuncia de antemano la verdad, destina para el mando al ilustre Numa. Él no considera suficiente conocer los ritos del pueblo sabino; con su mente poderosa concibe 5 algo más trascendente y se pregunta cuál es la naturaleza de las cosas. La pasión por este asunto hizo que, abandonando su patria de Cures, llegase a la ciudad del huésped de Hércules[1]. Al preguntar qué fundador había colocado unas murallas griegas en la costa de Italia, uno de los más viejos naturales del lugar, conocedor 10 de los tiempos pasados, le refirió lo siguiente[2]:

Míscelo

«Según la tradición, el hijo de Júpiter, rico en bueyes de Iberia, alcanzó desde el Océano las costas lacinias en feliz viaje, y, mientras su rebaño vagaba entre la hierba tierna, él entró en la casa y en el no poco hospitalario techo del poderoso Crotón, y 15 alivió sus largas fatigas con el descanso; al marcharse le dijo: "En el tiempo de tus nietos, una ciudad ocupará este lugar"; y su promesa se hizo realidad. Escucha: había un tal Míscelo, hijo de Alemon el de Argos, que era el preferido de los dioses en aquella época. Mientras 20 estaba bajo los efectos de un sueño profundo, inclinándose sobre él, le habla el portador de la clava: "Ve, busca la corriente pedregosa del remoto Ésaro, ¡vamos, abandona la casa paterna[3]!", y profiere muchas

amenazas que suscitan temor, en caso de que no obedezca; después de esto el sueño y el dios le abandonan al mismo tiempo. El 25 hijo de Alemon se levanta, repasa mentalmente en silencio lo que acaba de ver, y lucha consigo mismo largo tiempo: un dios le ordena marcharse, pero la ley le prohíbe abandonar el lugar, pues la muerte es el castigo fijado para el que quiera cambiar de patria. El Sol resplandeciente había ocultado en el océano su brillante cabeza, y 30 su cabeza cubierta de estrellas había levantado la Noche impenetrable; el mismo dios apareció ante su vista y le aconsejó lo mismo, y, si no obedecía, le amenazó con castigos aún más duros. Él se asustó, y se disponía a trasladar los Penates paternos a una nueva sede; surgió un rumor en la ciudad y 35 fue detenido bajo la acusación de burlar las leyes; cuando terminó la primera parte del proceso y el delito quedó patente sin necesidad de que lo corroborasen testigos, el reo, con aspecto miserable, levantando el rostro y las manos hacia el cielo, dijo: "Tú, a quien doce trabajos otorgaron el derecho al cielo, ayúdame, te lo ruego, pues tú has sido el inductor de mi 40 crimen". La costumbre antigua era condenar a los reos con piedras negras, absolverlos de culpa con blancas; también en este caso se dictó así una sentencia condenatoria, y todos los guijarros que se depositaron en la urna implacable eran negros. En cuanto que la urna se vuelca y salen rodando las piedras para que las cuenten, el 45 color de todas ellas ha cambiado del negro al blanco; el veredicto que el poder de Hércules ha convertido en blanco resplandeciente absuelve al Alemónida. Éste da las gracias al padre Anfitriónida, y con vientos favorables navega por el mar Jonio, deja atrás la lacedemonia Tarento, Síbaris 50 y la salentina Nereto, el golfo Turino y Nemesia, y los campos de Iápige; y apenas recorridas las tierras que están junto a la costa, encuentra la desembocadura, anunciada por los hados, del río Ésaro, y no lejos de allí un túmulo bajo el cual la tierra cubría 55 los huesos sagrados de Crotón; allí, en el lugar que se le había ordenado, construyó unas murallas, y puso a la ciudad el nombre del que estaba bajo el túmulo». Tales eran, según noticia cierta los orígenes de este lugar y de esta ciudad construida en territorio itálico [4].

Pitágoras

60 Vivía allí un hombre[5], samio de nacimiento, pero que había huido a la vez de Samos y de sus señores, y se había exiliado voluntariamente por odio a la tiranía; éste, por apartados que estuvieran en los dominios celestes, accedía con el pensamiento a los dioses, y lo que la naturaleza negaba a la vista de los humanos, él lo contemplaba con los ojos de la razón. Y cuando lo había observado todo con su inteligencia y 65 su esfuerzo incansable, lo ofrecía a la comunidad para que lo aprendiesen, y enseñaba a un grupo de silenciosos admiradores de sus palabras el origen del universo, las causas de las cosas, qué era la naturaleza, qué son los dioses, de dónde venía la nieve, cuál era el origen del rayo, si tronaba Júpiter o los vientos al romperse las nubes, qué 70 era lo que hacía temblar la tierra, según qué leyes se movían los astros, y todo lo que está oculto[6]. Y fue el primero en criticar que se sirviese carne de animales en la mesa[7]; también fue el primero en dar rienda suelta a su lengua con estas palabras, sabias, sí, pero que no hallaron crédito:

«¡Hombres, dejad de profanar vuestros cuerpos con alimentos abominables! Tenéis 75 cereales, tenéis frutos que doblan las ramas con su peso y, en las vides, uvas turgentes; tenéis hierbas de buen sabor, tenéis otras que pueden ablandarse y suavizarse con la cocción; y nadie os priva de la leche ni de la miel que huele a flor de tomillo. La 80 tierra pródiga os proporciona abundancia de alimentos agradables y os ofrece un banquete sin sacrificio y sin sangre. Los animales mitigan su hambre con carne, pero no todos; el caballo, las ovejas y las vacas viven del pasto. Pero aquellos cuya índole es indomable y fiera, los 85 tigres de Armenia, los coléricos leones y los osos, junto con los lobos, gozan con la comida rebosante de sangre. ¡Ay! ¡Qué crimen tan grande es enterrar las vísceras en las vísceras, y engordar un cuerpo ávido de comer atiborrándolo con otro cuerpo, y dar vida a un ser vivo con la muerte de otro ser vivo! ¿Es 90 que, entre tantos recursos que produce la tierra, la mejor de las madres, no te agrada comer

sino desdichada carne herida por tus dientes crueles, y repetir las costumbres de los cíclopes? ¿Y no podrías aplacar el hambre de tu estómago voraz y pésimamente habituado sin causar la muerte a 95 otro [8]?

»Aquella edad antigua, a la que dimos el nombre de áurea, se sintió afortunada con los frutos de los arbustos y las hierbas que cría el suelo, y no mancilló su boca con la sangre. Entonces los pájaros batían sus alas en el aire tranquilamente y la liebre vagaba por mitad del campo sin 100 miedo, y al pez su inocencia no lo dejaba colgando del anzuelo; sin asechanzas y sin temor a ningún engaño, todo estaba lleno de paz. Después que un inventor de cosas inútiles, cuyo nombre no interesa, envidió la comida de los leones [9] y zambulló en su tripa ansiosa carne de animales, abrió 105 el camino al crimen. Y puede que al principio el hierro se manchase con la sangre caliente de animales salvajes; ya con esto bastaba, y reconocemos haber matado animales que intentaban matarnos a nosotros sin detrimento moral. Pero lo mismo que había obligación de matarlos, no había obligación de 110 comerlos [10]. Después, el sacrilegio llegó más lejos, y se calcula que el cerdo fue la primera víctima que mereció morir, por haber desenterrado las semillas con su corvo hocico y malogrado las esperanzas de la cosecha; por haber mordido una hoja de vid, un macho cabrío fue llevado ante el altar de Baco vengador para ser sacrificado; a estos dos animales les perdió su propia culpa; pero, 115 ¿qué castigo habéis merecido vosotras, ovejas, ganado pacífico, nacido para favorecer al hombre, que lleváis néctar en vuestras ubres henchidas, que nos proporcionáis suave cobertura con vuestra lana, y vivas nos ayudáis más que muertas? ¿Qué castigo han merecido los bueyes, animal sin engaño ni 120 malicia, inocente, sencillo, nacido para soportar la fatiga? El que fue capaz de sacrificar al que araba su campo nada más quitarle el peso del curvo arado, el que golpeó con la segur esa cerviz maltratada por el esfuerzo, que tantas veces había removido la dura 125 tierra, tantas cosechas le había dado, es un ser absolutamente ingrato e indigno del don de la cosecha. Y no tienen suficiente con cometer tal sacrilegio; atribuyeron la culpa a los propios dioses y creen que una divinidad celeste se

regocija con la matanza del esforzado novillo[11]. Una víctima libre de tacha y de hermosura excepcional (pues 130 haber gustado perjudica), adornada con cintas y oro, es colocada ante el altar y escucha rezos que no entiende; ve cómo ponen entre los cuernos de su frente los frutos que cultivó, y al ser golpeada mancha con su sangre el cuchillo que tal vez había visto reflejado en el agua transparente[12]. A 135 continuación observan las entrañas arrancadas del pecho que aún late y escrutan en ellas la voluntad de los dioses[13]. Después (¡tanto es el apetito de los humanos por los alimentos prohibidos!) os atrevéis a comerlo, raza de los mortales. No hagáis tal cosa, os lo suplico, y atended a nuestras recomendaciones: cuando 140 saboreáis los miembros de los bueyes sacrificados, sabed y sentid que os estáis comiendo a vuestros colonos.

»Y puesto que un dios inspira mis palabras, obedeceré al que inspira mis palabras ritualmente y desvelaré mis profecías délficas y el mismo éter, y descubriré los oráculos de la augusta mente. Profetizaré 145 cosas importantes, no escrutadas por el genio de los predecesores y que permanecieron ocultas durante largo tiempo; me complace caminar por los altos astros; me complace, dejando atrás mi inmóvil residencia en la tierra, ser transportado en una nube y poner los pies sobre los hombros poderosos de Atlas, y observar desde arriba a los hombres que yerran por doquier, carentes de razón, y 150 animarlos con palabras, mientras tiemblan y temen a la muerte[14], y desenrollar el hilo del destino: ¡Oh raza paralizada por el espanto de la gélida muerte!, ¿por qué teméis a la Estigia y a las tinieblas, nombres huecos, materia de poetas, y los peligros de un mundo inexistente? No 155 creáis que el cuerpo, tanto si lo ha arrebatado la pira con la llama o con la enfermedad la vejez, puede sufrir ya mal alguno. El alma está libre de la muerte; y siempre, tras abandonar su residencia anterior, vive en una nueva morada, y la habita una vez que ha sido acogida[15]. Yo mismo (me acuerdo), en el tiempo de la guerra de Troya, era 160 el Pantoida Euforbo, en cuyo pecho quedó clavada la pesada lanza del menor de los Atridas; hace poco, en el templo de Juno, en Argos Abantíada, reconocí el escudo que llevaba en mi mano izquierda[16]. Todo cambia, nada perece; el espíritu vaga y 165

va de allí para acá, de aquí para allá, y ocupa el cuerpo que quiere, y desde el de los animales pasa al cuerpo humano y del nuestro al de los animales, y no muere nunca. Del mismo modo que la cera moldeable recibe la impronta de una nueva figura y no se mantiene como era ni conserva la misma forma, pero 170 es siempre la misma, así, el alma es siempre la misma, pero emigra a distintas apariencias: eso es lo que yo enseño. Por tanto, para que el respeto debido al semejante no sea vencido por la gula, dejad, os lo advierto, de desalojar con matanzas impías almas con vosotros emparentadas, que la sangre no se alimente de la sangre **[17]**. Y, puesto 175 que mi nave surca el alta mar y he desplegado completamente mis velas a los vientos, os digo que no hay nada que permanezca en el universo; todo fluye y toda imagen cobra forma en movimiento **[18]**. El tiempo mismo transcurre también con movimiento incesante, igual que un río; pues ni el río ni la hora veloz pueden detenerse; lo 180 mismo que la ola es empujada por la ola, y la que va delante es atacada por la que viene y ataca a la anterior, así huyen las horas de manera uniforme y de manera uniforme se suceden, y son siempre nuevas. Pues lo que antes ha sido es dejado atrás y nace lo que no había sido, y todos los momentos se renuevan. Ves 185 cómo la noche que ha transcurrido se dirige hacia el día y cómo una luz resplandeciente sucede a la negra noche. Y no es el mismo el color del cielo cuando todos los seres yacen cansados en el sueño de media noche que cuando aparece el brillante Lucero en su caballo blanco; y es de nuevo un color diferente cuando la Palantíade, mensajera 190 del día, colorea el orbe que ha de entregar a Febo. El propio escudo del dios es rojo por la mañana, cuando se levanta de la tierra profunda, y es rojo cuando se oculta en la tierra profunda; es blanco resplandeciente en lo más alto, porque allí es mejor la calidad del aire, y huye lejos de la polución de la tierra. Y 195 la forma de la Diana nocturna no puede ser nunca semejante ni idéntica a sí misma; siempre la de hoy es menor que la del día siguiente en creciente y mayor cuando mengua su esfera **[19]**.

»¿Y qué? ¿No ves que el año toma, una después de otra, cuatro apariencias, haciendo una imitación de nuestra 200 vida? Es tierno y lactante, muy semejante a un niño, en la primavera;

entonces la hierba recién nacida y escasa de fuerzas, está henchida, es débil, y deleita a los campesinos con la esperanza[20]. Entonces todo florece y el campo nutricio juega con los colores de las flores, pero aún no hay fuerza alguna en el follaje. Cuando 205 se ha robustecido, tras la estación primaveral, pasa el año al verano y se convierte en un joven vigoroso; pues no hay edad más fuerte, ni más productiva, ni más ardiente. Le sigue el otoño, maduro y suave tras dejar el ardor de la juventud, en situación intermedia entre joven y viejo, con 210 las sienes sembradas de canas. Luego llega, tiritando con paso trémulo, el invierno de la senilidad, que o bien se muestra despojado de cabellos, o bien tiene blancos los que le quedan[21]. Nuestros propios cuerpos cambian también sin descanso, y lo que fuimos o somos, no lo seremos mañana[22]. Hubo 215 un día en el que, semilla solo y esperanza primigenia de seres humanos, habitamos el vientre materno. La naturaleza aplicó sus manos de artífice, y no quiso que el cuerpo oculto en las entrañas hinchadas de la madre sufriera agobios y lo hizo salir de su refugio hacia el aire libre. Dado 220 a la luz del día, quedó tendido un niño sin fuerzas; luego arrastró su cuerpo a cuatro patas, a la manera de los animales, y poco a poco, vacilante y con las rodillas aún no firmes, se puso en pie, ayudando a sus músculos con algún punto de apoyo. Luego se hizo fuerte y rápido, y pasó la etapa de la juventud, y 225 una vez licenciados ya los años de la mediana edad, se desliza por el camino cuesta abajo de la vejez caduca. Ésta socava y arruina las fuerzas de la edad precedente y Milón, de viejo, llora, cuando ve colgar inútiles y lánguidos sus 230 brazos que, con su sólida masa de músculos, fueron semejantes a los de Hércules. También llora la Tindárida cuando ve en el espejo arrugas de vieja, y se pregunta a sí misma por qué fue raptada dos veces[23]. El tiempo que todo lo devora, y tú, envidiosa vejez, lo destruís todo, y 235 consumís poco a poco, con una muerte lenta, las cosas gastadas por los dientes del tiempo[24].

»Tampoco permanece lo que llamamos elementos; os enseñaré los cambios que sufren (prestad atención[25]). El mundo eterno contiene cuatro cuerpos que engendran a los

demás: de ellos, dos son pesados, y 240 por su peso se sitúan en la parte inferior, la tierra y el mar; los otros dos carecen de peso, y tienden hacia lo alto si nada se lo impide, el aire y el fuego, más puro que el aire. Estos elementos, aunque están separados en el espacio, sin embargo se originan todos a partir de sí mismos, y a sí mismos regresan; la tierra, disuelta, se 245 hace menos densa hasta convertirse en el agua fluida, el líquido, adelgazado, se transforma en brisa y aire; y también el aire, a su vez, al perder peso, se hace sutilísimo y sube hasta el fuego del cielo. Después vuelven hacia atrás y repiten en sentido inverso el mismo orden; a saber, el fuego, al espesarse, se transforma en aire, que es más denso; éste 250 en agua, y la tierra se compacta de agua solidificada.

»Ningún elemento mantiene su apariencia externa, y la naturaleza renovadora de las cosas reconstruye a partir de unas formas otras diferentes. Y, creedme, no hay nada que perezca en el universo, sino que cambia y renueva su apariencia; y a comenzar a ser algo distinto de lo que antes se fue lo llaman nacer, mientras 255 llaman morir a dejar de ser lo mismo. Aunque cosas de otro sitio vengan a parar aquí y las de aquí sean trasladadas allá, sin embargo la suma del conjunto permanece[26]. Ciertamente, yo no confiaría en que nada dure mucho tiempo bajo la misma apariencia; así, ¡oh siglos! vinisteis a parar desde la edad de oro a la del hierro, así 260 ha cambiado una y otra vez la fortuna de los lugares. Yo he visto[27] un mar en lo que antes había sido tierra firme, he visto tierras surgidas de las aguas del mar; lejos del piélago aparecieron dispersas por el suelo conchas marinas, y viejas anclas fueron halladas en las cimas de las montañas; de 265 lo que había sido una llanura, el curso de las aguas hizo un valle, y una montaña fue arrastrada por una riada hasta el llano; una tierra, antes pantanosa, es ahora árida con resecas arenas y los lugares que habían sufrido sed rezuman humedad cubiertos por aguas estancadas[28]. Aquí la naturaleza hace brotar nuevos manantiales, en cambio 270 allí los clausura; y †por los antiguos temblores†[29] de tierra surgen muchos ríos, o bien, cegados, desaparecen al secarse.

»Así, el Lico, después de haber sido tragado por una grieta de la tierra, reaparece lejos de aquí resurgiendo por otra boca;

así el inmenso Erasino unas veces es absorbido, 275 y otras veces, tras despeñarse por una grieta oculta, brota de nuevo en las llanuras argólicas. Y del Caíco de Misia dicen que se sintió insatisfecho de su fuente y de sus anteriores orillas, y ahora toma un curso diferente; y también el Amenano fluye ahora arrastrando arenas sicanias, y a veces se seca al desaparecer sus fuentes. Antes 280 era potable el Anigro, ahora lleva un agua a la que no querrías acercarte, desde que (si no hay que quitarle todo su crédito a los poetas[30]) los centauros lavaron allí las heridas que les había producido el arco de Hércules, portador de la clava. Y ¿no es verdad que también el Hípanis, nacido en las montañas de Escitia, antes 285 era dulce y ahora está corrompido con sales amargas[31]? Antisa, Faro, y la fenicia Tiro, ninguna de las cuales es ahora una isla, estuvieron rodeadas por las olas. Sus antiguos moradores habitaban una Léucade continental, y ahora están rodeados de mar; dicen que también Zancle estuvo unida a Italia, hasta 290 que el mar se llevó el istmo que las unía e hizo retroceder la tierra poniendo agua por medio. Si buscas Hélice y Buris, ciudades aqueas, las hallarás bajo las aguas y los marineros suelen mostrar todavía sus ciudadelas derruidas y sus murallas sumergidas[32]. Hay 295 cerca de Trezén de Piteo un promontorio escarpado, sin ningún árbol, en otro tiempo un terreno completamente llano, ahora un promontorio; la razón de ello (me espanta contarlo): la salvaje fuerza de los vientos, encerrada en una caverna sin salida y deseando irrumpir por algún lado, tras 300 luchar en vano por disfrutar de un horizonte más libre, como no había fisura alguna en toda su cárcel ni salida transitable a su aliento, levantó el suelo a fuerza de tensarlo, como solemos tensar soplando con la boca una vejiga o la piel arrancada a un macho cabrío bicorne; aquella hinchazón del suelo ha 305 permanecido, tiene el aspecto de una colina elevada y se ha endurecido con el correr del tiempo[33].

»Ya que me vienen a la mente muchos casos que sé de oídas o que he conocido directamente, relataré unos pocos. Veamos ¿no es cierto que también el agua da y recibe formas nuevas[34]? Tus aguas son heladas a mediodía, cornígero Ammón, y se calientan a la salida y a la puesta del 310 sol.

Cuentan que los atamanes encienden un leño poniéndolo en contacto con el agua, cuando la luna ha menguado hasta su tamaño menor. Los cícones tienen un río que al beberlo transforma las entrañas en piedra, que reviste de mármol las cosas que toca. También el Cratis, y el Síbaris vecino a él, en nuestras tierras, hacen 315 los cabellos semejantes al ámbar y al oro. Y lo que es más asombroso, hay aguas que no solo son capaces de cambiar el cuerpo, sino también el espíritu. ¿Quién no ha oído hablar del agua inmunda de Sálmacis[35] y de los lagos Etíopes, que, si alguien la deja pasar por su garganta, o 320 enloquece, o sufre un sueño asombrosamente pesado? Todo el que ha aliviado su sed en la fuente de Clítor aborrece el vino, y, abstemio, disfruta del agua pura; o bien hay una fuerza en el agua opuesta al calor del vino, o bien, como cuentan los allí nacidos, el hijo de Amitaon, después 325 de arrebatar a las furias a las hijas de Preto, que habían enloquecido, por medio de un encantamiento y de unas hierbas, arrojó a aquellas aguas el remedio que había limpiado sus mentes, y quedó en la corriente la repugnancia por el vino[36]. Fluye con un efecto opuesto a este el río lincestio: todo el que lo haga pasar por su garganta en gran 330 cantidad, se tambalea de la misma forma que si hubiese bebido vino puro. Hay un lugar en Arcadia —los antiguos lo llamaron Feneo— sospechoso por la doblez de sus aguas, a las que de noche debes temer; de noche es nocivo beberlas, de día se beben sin daño. Así, los lagos y los ríos atesoran propiedades realmente variadas. Hubo 335 un tiempo en que Ortigia navegó por el mar, ahora está quieta. Temió la nave Argo a las Simplégadas, bañadas por las olas levantadas por sus encontronazos, que ahora se mantienen inmóviles y hacen frente a los vientos. Y el Etna, que se abrasa en sus hornos de 340 azufre, no será siempre ígneo; pues no fue ígneo siempre. Veamos, si la tierra es un ser animado, y está viva, y tiene en muchos lugares respiraderos que exhalan fuego, cada vez que se mueve puede cambiar las vías de respiración, cerrando unos orificios y abriendo otros; si 345 suponemos que hay vientos ligeros retenidos en sus profundas cavernas que arrojan piedras contra piedras y materiales que llevan consigo las semillas de la llama y éstos se incendian con los golpes, las cavernas quedarán

frías al calmarse los vientos; o bien si son las propiedades de la pez las que provocan incendios 350 súbitos, o el azufre amarillo el que se inflama con ligera humareda, ocurrirá sin duda que, cuando la tierra deje de dar sustento y densos alimentos a las llamas, una vez que sean consumidas sus fuerzas por el tiempo transcurrido, y a su voraz naturaleza le falte su nutriente, no soportarán el hambre y 355 el fuego desertará de esos lugares desiertos[37]. Es fama que hay unos hombres en la hiperbórea Palene cuyo cuerpo suele cubrirse de plumas ligeras cuando se han sumergido nueve veces en el lago Tritoníaco; claro está que no lo creo; también se cuenta que las mujeres escitas conseguían el mismo efecto untándose el cuerpo con una sustancia 360 mágica.

»Si es necesario, con todo, dar crédito a los hechos probados ¿no ves que todos los cuerpos que se corrompen por el tiempo o por el calor que disuelve se transforman en animales pequeños[38]? †Anda, entierra los toros escogidos† que has sacrificado; (es algo que sabemos por experiencia): de sus vísceras putrefactas nacen 365 por doquier abejas libadoras, que, como sus progenitores, cultivan los campos, se afanan en el trabajo, y se fatigan con la esperanza de una recompensa; el caballo de guerra, sepultado bajo tierra, es el origen del avispón; si quitas a un cangrejo marino sus cóncavas pinzas, y el resto lo metes bajo tierra, de la parte 370 enterrada saldrá un escorpión y te amenazará con su cola ganchuda. Las polillas silvestres que suelen tejer en torno a las hojas sus hilos blancos se transforman en la funeraria mariposa[39] (cosa observada por los agricultores). El fango contiene unas semillas que generan ranas verdes, y 375 las genera desprovistas de extremidades; luego les da unas patas aptas para nadar, y, para que sean también aptas para dar largos saltos, el tamaño de las extremidades posteriores supera al de las anteriores[40]. El cachorro que parió la osa en parto reciente es a duras penas un trozo de carne con vida; la madre moldea sus miembros lamiéndolo, y 380 lo reduce a la forma que tiene ella misma[41]. ¿No ves que las crías de las abejas productoras de miel, a las que protegen los hexágonos de cera, nacen como troncos sin extremidades, y más tarde les salen las patas y las alas? ¿Y el

ave de Juno, que lleva en su cola las 385 estrellas, y la que porta las armas de Júpiter, y las palomas de la Citerea, y el linaje entero de aves, quien podría pensar, si no se supiera que es así, que nacen del núcleo de un huevo[42]? Algunos creen que cuando la columna vertebral se pudre en el sepulcro cerrado la médula humana se transforma en 390 serpiente.

»Sin embargo los animales mencionados traen de otros el origen de su linaje. Hay una sola ave que se renueva y se reproduce a sí misma; los asirios la llaman Fénix. No se alimenta de grano ni de hierba, sino de gotas de incienso y de jugo de amomo. Cuando ha completado los cinco siglos de vida, con 395 las garras y el pico purificado se construye un nido en las ramas de una encina o en la copa de una cimbreante palmera. Tan pronto como lo ha tapizado de casias y varas de nardo oloroso y de canela mezclada con mirra amarilla, se coloca encima y termina su vida entre perfumes. Después, 400 cuentan, del cuerpo del padre renace un pequeño fénix que debe vivir otros tantos años. Cuando la edad le ha dado fuerzas y es capaz de llevar una carga, alivia las ramas del alto árbol del peso de su nido, y transporta piadosamente su cuna y el sepulcro de su 405 padre; llegando por el aire ligero a la ciudad de Hiperión, lo coloca en el templo de Hiperión delante de las puertas sagradas[43]. Con todo, si parece una novedad asombrosa lo que acabo de contar, asombrémonos también de la hiena, que cambia de sexo alternativamente, que hace un momento era una hembra que aguantaba al macho sobre sus espaldas, y ahora es un 410 macho. También, el animal que se alimenta del viento y de la brisa de inmediato se asimila a cualquier color que toca[44]. La India vencida dio el lince a Baco, portador de racimos; según dicen, todo lo que suelta su vejiga se transforma en piedra y se solidifica al contacto con el aire. Del 415 mismo modo, el coral se endurece en el momento en que entra en contacto con la atmósfera; bajo el agua era una hierba flexible.

»Se acabará el día, y Febo bañará sus caballos exhaustos en el mar profundo, antes de que yo alcance a expresar con palabras todas 420 las cosas que han adquirido una nueva forma. Así, vemos que cambian los tiempos y que unos pueblos

adquieren fortaleza, otros decaen[45]. Así, Troya fue grande en recursos y en guerreros, y por eso tuvo tanta sangre que verter durante diez años, mientras que ahora, humildemente, ostenta sólo las viejas ruinas y, en lugar de riquezas, las tumbas de sus antepasados. Ilustre 425 fue Esparta, tuvo su apogeo la gran Micenas, y también la ciudadela de Cécrope, y la de Anfión[46]. Esparta es ahora tierra sin valor, cayó la excelsa Micenas; ¿qué queda salvo un nombre de Tebas la de Edipo? ¿qué queda salvo un nombre de la pandionia Atenas[47]? Ahora 430 dicen que surge Roma, descendiente de Dárdano, que, junto a las aguas del Tíber, nacido en los Apeninos, está echando los cimientos de una empresa de una enorme grandeza. Y así, mientras crece, cambia de forma, y algún día será la capital de un universo sin límites. Cuentan que así lo anuncian los 435 adivinos, y los oráculos que cantan el hado; por lo que recuerdo, Héleno, hijo de Príamo, mientras Troya se hundía, le había dicho a Eneas, que lloraba y dudaba de su salvación[48]: "Hijo de una diosa, si tienes bien en cuenta lo que mi mente presagia, no se hundirá del todo Troya si tú te salvas. El 440 fuego y la espada te permitirán pasar; te marcharás y llevarás contigo a Pérgamo saqueada, hasta que a ti y a Troya os sea concedido un solar ajeno más amigable que el de tu patria. Veo también que a los nietos de los frigios se les destina una ciudad tan grande como no hay ahora, ni la habrá, ni contemplaron épocas pasadas. A 445 esta otros caudillos la harán poderosa con el correr de los siglos, pero un descendiente del linaje de Julo la hará dueña del mundo; cuando la tierra lo haya disfrutado, lo gozarán las etéreas sedes y su final será el cielo[49]". Rememoro con puntual memoria que Héleno vaticinó estas cosas a Eneas, portador de los 450 Penates[50], y me alegro de que crezca una ciudad emparentada con nosotros y de que la victoria de los pelasgos haya sido de utilidad para los frigios.

»Sin embargo, para impedir que nuestros caballos nos desvíen lejos por haberse olvidado de la meta hacia la que se dirigen[51], la bóveda celeste y todo lo que está debajo de ella cambia de forma, y la tierra, y todo lo que en ella 455 hay; también nosotros, que somos parte del universo, puesto que no somos sólo cuerpos, sino también almas volátiles, y podemos ir

a parar al cuerpo de una fiera o quedar ocultos en el cuerpo de un animal doméstico, dejemos permanecer seguros y honorables a esos cuerpos, que pueden estar habitados por almas de antepasados, o de hermanos, o de gentes unidas a nosotros por algún lazo, o 460 como mínimo de seres humanos, y no amontonemos sus entrañas en banquetes como los de Tiestes. ¡Qué malos hábitos adquiere, cuán impíamente se adiestra para matar a un ser humano aquel que desgarra con un cuchillo la garganta de un ternero y hace oídos sordos a sus mugidos! ¡O 465 el que es capaz de degollar a un cabritillo que emite vagidos semejantes a los de un niño, o de devorar a un ave a la que él mismo alimentó! ¿Cuál es el límite que falta por traspasar en estas actividades para que el crimen sea completo? ¿Adónde les conduce esa vía? Que are el buey, y que culpe de su muerte a la edad avanzada, que 470 la oveja nos suministre armas de defensa contra el Bóreas helador, que las cabras bien alimentadas nos ofrezcan sus ubres para ordeñarlas. Quitad las redes junto con los cepos, los lazos y las artes traidoras, y no engañéis a los pájaros con ramas cubiertas de liga, ni burléis a los ciervos con espantajos de 475 plumas, ni ocultéis curvos anzuelos en cebos engañosos. Acabad con los animales que hagan daño, pero incluso a estos, limitaos a matarlos; que vuestras bocas estén limpias de sangre y mastiquen alimentos blandos[52]».

Hipólito

Cuentan que Numa volvió a su patria con la mente instruida en estas enseñanzas y otras semejantes, y aceptó, cuando otros se lo solicitaron por propia iniciativa, las 480 riendas del pueblo del Lacio. Hombre afortunado, con una ninfa por esposa y las Camenas como guía, enseñó los ritos sacrificiales y encaminó hacia las artes de la paz a un pueblo acostumbrado a la guerra feroz[53]. Cuando, ya anciano, dio fin a su reinado y a su 485 vida, las mujeres casadas del Lacio, el pueblo y el senado lloraron la muerte de Numa; su esposa, a este respecto, tras abandonar la ciudad, se oculta en los densos bosques del valle de Aricia, y estorba con sus gemidos y quejas el culto a Diana

fundado por Orestes[54]. ¡Cuántas veces le aconsejaron las ninfas del bosque y del lago que 490 no lo hiciera, y le dijeron palabras de consuelo[55]! ¡cuántas veces el héroe descendiente de Teseo le dijo al verla llorar!: «Detén tu llanto, pues no eres la única que puede quejarse de su suerte; mira otras desgracias semejantes[56] de los demás, soportarás mejor las tuyas; ¡ojalá pudieran aliviarte en tu dolor ejemplos 495 que no fueran el mío! Pero incluso el mío puede hacerlo.

»Si ha llegado a tus oídos que un tal Hipólito, por la credulidad de su padre y el engaño de su malvada madrastra, encontró la muerte, te asombrará, y, conseguiré probarlo difícilmente, pero yo soy ese Hipólito[57]. A mí, antaño, la hija de Pasífae, después 500 de tentarme en vano para que profanase el lecho de mi padre, fingió que era yo el que quería lo que ella quería, y, volviendo su crimen contra mí (¿más por el miedo a que la delatara o por la ofensa de mi rechazo?) logró mi condena, y, sin culpa por mi parte, mi padre me expulsó de la ciudad, y, mientras me marchaba, me maldijo lanzando sobre mi cabeza hostiles imprecaciones. Me 505 dirigía, fugitivo en mi carro, a Trecén, tierra de Piteo, y ya rozaba la costa del ponto de Corinto, cuando el mar se levantó y apareció una inmensa mole de agua en forma de montaña que se curvaba y crecía, y 510 emitía mugidos, y se hendía desde la cumbre. Desde ella, al abrirse las olas, es expulsado un toro cornúpeta y, erguido hasta el pecho para captar la suave brisa, vomita una parte del mar por los orificios nasales y por las amplias fauces. A mis compañeros se les para el corazón; mi mente, concentrada[58] en el exilio, permaneció impertérrita, cuando los caballos, asustados, giran 515 el cuello hacia el mar, tiemblan con las orejas tiesas, se desbocan por el miedo al monstruo, y despeñan el carro desde lo alto del acantilado; yo lucho en vano por tirar con la mano del freno cubierto de blanca espuma, y echándome hacia atrás tiro de las flexibles riendas. A 520 pesar de todo, la furia de los caballos no habría podido con mis fuerzas, si una rueda, al tropezar con un tronco por donde gira continuamente en torno al eje, no se hubiese quebrado y no hubiese quedado destrozada. Salgo despedido del carro, y con los brazos enredados en las riendas, mis entrañas eran arrastradas aún

palpitantes, mis músculos quedaban enganchados en el tronco del árbol, mis 525 extremidades eran en parte arrancadas, en parte retenidas y dejadas atrás, los huesos al romperse producían un sonido grave[59], y habrías podido ver cómo el alma, agotada, se me escapaba, y no había ninguna parte de mi cuerpo que pudieras reconocer; todo él era una herida. ¿Acaso eres capaz, acaso te atreves, ninfa, a comparar tu desgracia con la mía[60]? Además, 530 vi los reinos que carecen de luz, y curé mi cuerpo lacerado con las aguas del Flegetonte; y no hubiese vuelto a la vida de no ser por las eficaces medicinas del hijo de Apolo; una vez que la recuperé gracias a las potentes hierbas y al arte peonia, ante la indignación de Dite[61], la 535 Cintia me cubrió con densas nubes para que no aumentase con mi presencia la envidia que suscitaba este regalo[62]; y para que estuviese a salvo y pudiese ser visto impunemente, me aumentó la edad y no permitió que mi rostro fuera reconocible; dudó mucho tiempo si asignarme 540 Creta o Delos para vivir; prescindiendo de Delos y Creta, me colocó aquí, y me ordenó abandonar mi nombre, que podría recordar a los caballos, diciendo: "Tú que fuiste Hipólito serás ahora Virbio". Desde entonces habito este bosque, y, como uno de los dioses 545 menores, me oculto bajo la protección de mi dueña y formo parte de su séquito[63]».

Tages y Cipo

Sin embargo, los duelos ajenos no sirven para aliviar el dolor de Egeria, y, tendida al pie del monte, se deshace en lágrimas, hasta que la hermana de Febo, movida por la compasión hacia la desdichada, hizo de su cuerpo una fuente helada, y 550 adelgazó sus miembros transformándolos en agua que fluye para siempre[64]. También a las ninfas las conmovió esta metamorfosis y el hijo de la Amazona se asombró lo mismo[65] que el labrador tirreno cuando vio en medio del campo que la tierra marcada por el destino, al principio, se mueve espontáneamente sin que nadie la 555 remueva; a continuación toma la forma de hombre, y pierde la de tierra, y por su boca recién formada desvela el destino que ha de venir; los nativos lo

llamaron Tages, y fue el primero[66] que enseñó al pueblo etrusco a desvelar los acontecimientos futuros[67]; o igual que Rómulo[68], cuando en una ocasión vio florecer de repente una lanza clavada 560 en la colina del Palatino, que se mantenía sobre una nueva raíz, no sobre la punta clavada, y ya no era un arma arrojadiza, sino un arbusto de ramas flexibles, y ofrecía una sombra inesperada a los que lo miraban asombrados; o igual que Cipo cuando vio sus cuernos[69] en las 565 aguas de un río (y los vio sin duda), y, creyendo que la imagen lo engañaba, se llevó una y otra vez los dedos a la frente y tocó lo que veía; sin echarle ya la culpa a sus ojos, se detuvo, cuando volvía vencedor después de someter al enemigo, y levantando hacia el cielo la mirada y los 570 brazos, dijo: «Dioses, sea lo que sea lo que presagia este portento, si es favorable, sea favorable para la patria y para el pueblo de Quirino; si es amenazador, séalo para mí solo»; y se dispone a aplacar a los dioses en un altar herboso hecho de verde césped, quema hierbas olorosas, vierte vino en las páteras, y examina las entrañas palpitantes de las ovejas 575 sacrificadas para ver qué indican. Tan pronto como las inspeccionó un arúspice del pueblo tirreno, vio en ellas sin ninguna duda un gran acontecimiento, pero aún no claro. Sin embargo, cuando levantó su mirada penetrante de las entrañas del animal a los cuernos de 580 Cipo, dijo: «¡Salve, oh rey!, pues a ti, Cipo, a ti y a tus cuernos[70], te obedecerán este lugar y las ciudadelas del Lacio. Tú no te demores y apresúrate a atravesar las puertas abiertas; así lo mandan los hados; pues, una vez acogido en la ciudad, serás rey y entrarás en posesión sin peligro alguno de un poder permanente». Aquel 585 dio un paso atrás, y apartando de las murallas de la ciudad su torva mirada, dijo: «¡Lejos, lejos de mí ese presagio! ¡Que los dioses aparten de mí cosas tales! será mucho más justo que yo pase la vida en el exilio antes que el Capitolio me vea de rey[71]». Dijo, e inmediatamente convoca al pueblo y al venerable senado. Antes, sin 590 embargo, vela sus cuernos con el laurel de la paz[72] y, de pie sobre un túmulo levantado por sus valientes soldados, y tras suplicar a los dioses antiguos según la costumbre, dice: «Hay aquí un hombre que, si vosotros no lo expulsáis de la ciudad, será rey. Os mostraré quién es por una

señal, no diciendo su nombre; lleva 595 cuernos en la frente; este que os señala el augur, si entrase en Roma, promulgaría leyes que os harían esclavos. Él, sin ninguna duda, hubiera podido irrumpir por las puertas abiertas, pero yo me he resistido, aunque no hay nadie para mí más cercano que él. Vosotros, Quirites, impedid a este hombre el acceso a la 600 ciudad, o incluso, si se lo merece, cargadlo con pesadas cadenas, o poned fin al miedo con la muerte de quien el hado predestina a ser tirano[73]». Como el murmullo de los pinos de desnudo tronco[74] cuando sopla el Euro cruel, o como el de las olas del mar cuando alguien lo oye de lejos, así 605 resuena el pueblo, pero entre las confusas palabras del vulgo que brama sobresale una voz: «¿Y quién es?». Y miran las frentes, y buscan los cuernos anunciados. De nuevo les habla Cipo: «Tenéis delante al que buscáis», y, quitándose la corona de la cabeza, aunque el pueblo trataba de impedírselo, mostró 610 las sienes con los dos cuernos bien visibles[75]. Bajaron todos los ojos lanzando un gemido, y vieron, en contra de su voluntad (¡quién podría creerlo!), aquella cabeza famosa por sus méritos; y no soportando que careciese más tiempo de honores, le impusieron la corona festiva[76]. Pero 615 los próceres, puesto que tenías prohibido atravesar la muralla, te concedieron a ti, Cipo, como recompensa toda la extensión de campo que pudieses abarcar con el surco del arado tirado por una yunta de bueyes desde la salida del sol hasta su ocaso. Esculpen en las puertas de bronce unos cuernos que 620 reproducen la forma portentosa de los tuyos con la intención de que permanezcan por mucho tiempo[77].

Esculapio

Desveladme ahora[78], musas, divinidades que asistís a los poetas (lo sabéis, no os engaña el tiempo transcurrido), por qué razón la isla, por la corriente del profundo Tíber rodeada, admitió entre los cultos de la ciudad de Rómulo al hijo 625 de Coronis[79].

Hace mucho tiempo una terrible peste había viciado el aire del Lacio, y los cuerpos pálidos y exangües por el mal se

llenaban de costras. Cansados de entierros, viendo que nada pueden los remedios mortales, nada pueden las artes de los médicos, solicitan la ayuda de los dioses y 630 acuden a Delfos, la tierra que ocupa el centro del mundo, al oráculo de Febo, y le ruegan que los socorra en situación tan desdichada con una respuesta salvadora, y que ponga fin a los males de una ciudad tan grande. La tierra, el laurel, y el carcaj que el propio Apolo sostiene temblaron a la vez, y el trípode, desde lo más profundo del santuario, dejó salir estas 635 palabras que llenaron los corazones de temor: «Lo que pides aquí, romano, debías haberlo pedido en sitio más próximo, y pídelo ahora en sitio más próximo, y no necesitáis a Apolo para que alivie vuestros pesares, sino al hijo de Apolo. Id con buenos augurios y haced llegar a mi hijo a vuestra 640 casa **[80]**». Cuando el prudente senado recibió el mandato del dios, averigua en qué ciudad habita el joven hijo de Febo, y envían mensajeros por mar a las costas de Epidauro. Tan pronto como los enviados tocaron tierra en su curva nave, se presentaron ante el consejo de ancianos de la ciudad griega, y 645 rogaron que les entregaran al dios para que pusiera fin con su presencia a la ruina del pueblo ausonio: que lo ordenaba un oráculo con toda certeza. Se produce un desacuerdo, hay opiniones diversas: una parte piensa que no hay que negarles la ayuda; muchos aconsejan retener y no dejar escapar su fuente de riqueza **[81]** y no entregar a su divinidad. Mientras 650 dudan, el crepúsculo ha desplazado a la luz de la tarde, y la sombra de la tierra **[82]** había revestido el orbe de tinieblas, cuando crees ver en sueños, romano, al dios sanador delante de tu lecho, pero en la forma que suele tener en su templo, sujetando un báculo sin desbastar en la siniestra **[83]**, y 655 acariciando con la diestra los cabellos de su larga barba, diciendo en tono reposado las siguientes palabras: «No tengas miedo, iré y me despojaré de mi apariencia. Observa con atención esta serpiente que rodea con sus anillos el báculo y fíjate de tal manera que puedas reconocerla cuando la veas. Me 660 transformaré en ella, pero seré mayor y pareceré tan grande como deben ser los seres celestiales cuando se transforman». El dios desapareció tan pronto como se extinguió su voz, y con la voz y con el dios, se fue el sueño, y al sueño fugitivo siguió la

luz que da vida.

La aurora del día siguiente había puesto en fuga a los astros resplandecientes; indecisos, los 665 próceres se reúnen junto al bien labrado templo del dios que se les reclama, y le ruegan que indique él mismo mediante señales divinas qué residencia elige como morada[84]. Apenas habían terminado, cuando el dios, bajo la apariencia de una serpiente dorada con una cresta muy alta, emitió un silbido de aviso y 670 con su llegada hizo temblar la estatua, el altar y las puertas, el suelo de mármol, y el techo dorado, y se detuvo en medio del templo erguida hasta el pecho, y movió en derredor los ojos que despiden chispas. La multitud queda despavorida; el sacerdote, con los castos cabellos recogidos por una cinta blanca reconoció 675 a la divinidad y dijo: «¡Aquí está, es el dios, es el dios! ¡Evitad todos los presentes pensamientos y palabras de mal augurio!; ojalá tu aparición sea útil, oh magnífico, y ayudes a los pueblos que te dan culto[85]». Todos los presentes veneran la divinidad que se les ha 680 aparecido, y todos duplican con sus palabras las palabras del sacerdote repitiéndolas, y los Enéadas guardan de pensamiento y palabra un pío silencio. El dios les hizo un gesto favorable, y dio como prenda de su buena disposición movimientos de su cresta y silbidos repetidos con su lengua vibrante. Luego se desliza por las escaleras resplandecientes, vuelve la vista hacia atrás, y 685 al marcharse mira su antiguo altar, y se despide de su casa de costumbre y del templo en que ha vivido[86]. Después serpentea gigantesca sobre el suelo cubierto por las flores que han arrojado, desenrosca sus anillos y por el centro de la ciudad se dirige hacia el puerto protegido por un dique curvo. Allí 690 se detuvo y con sereno continente pareció despedir a su séquito y a la multitud que la acompañaba y depositó su cuerpo en la nave ausonia; la nave notó la carga de la divinidad y la quilla se hundió en el agua por el peso del dios[87].

Los Enéadas se congratulan, y después de sacrificar un toro en la playa, sueltan 695 las retorcidas amarras de la nave coronada de guirnaldas. Una ligera brisa había impulsado el navío; el dios sobresale claramente, y apoyando la cabeza en la curva popa, observa las aguas verdosas; con céfiros moderados,

a través del mar Jonio, la nave alcanzó Italia en el sexto nacimiento de la Palantíade, y 700 pasa por delante de las costas lacinias, célebres por el templo de la diosa, y de las de Escilaceo. Deja atrás la Iapigia y evita con los remos de la izquierda los escollos anfrisios, por la parte derecha los acantilados de Celenia y bordea Rometio, Caulón y Naricia, supera 705 el mar y el estrecho del Peloro sículo, la casa del rey Hipótada, y las minas de Témesa, y se dirige a Leucosia, y a las rosaledas de la templada Pesto[88]. Después bordea Capri, el promontorio de Minerva, y las colinas de Sorrento, abundantes en vides, y 710 la ciudad de Hércules, y Estabias, y Parténope, nacida para el ocio, y después el templo de la Sibila de Cumas[89]. Luego llega a la ciudad de las fuentes termales, y a Literno, productor de lentisco; y al Volturno, que arrastra en su corriente mucha arena, y a Sinuesa, abundante en blancas palomas, la 715 malsana Minturno, y la tierra de la nodriza que el pupilo enterró[90], la morada de Antífates, y Tracas, rodeada de pantanos, y la tierra de Circe, y Ancio, de arena compacta[91]. Cuando los marineros dirigieron la nave portadora de velas hacia este lugar (la razón es que el mar ya estaba agitado), el dios desenrosca sus anillos, y, 720 deslizándose con numerosas ondulaciones y grandes curvas, penetra en el templo de su padre que está junto a la playa de dorada arena. Cuando el mar se ha calmado, el de Epidauro deja el altar paterno y, después de hacer uso de la hospitalidad del dios con él emparentado[92], surca la arena de la playa arrastrando las resonantes escamas; 725 apoyándose en el timón de la nave acomodó la cabeza en la alta popa, hasta que llega a Castro, a la sagrada sede de Lavinio y a la desembocadura del Tíber[93]. Allí el pueblo en masa se precipita a su encuentro, madres y padres, y las que mantienen tu fuego, 730 Vesta troyana, y con alegres clamores saludan al dios[94]. Y por donde avanza la nave en contra de la corriente, en altares ritualmente dispuestos a lo largo de las orillas, el incienso crepita a uno y otro lado perfumando el aire con sus emanaciones, y las víctimas al ser heridas calientan los cuchillos que les han clavado. 735 Ya ha entrado en la capital del mundo, en la ciudad de Roma; la serpiente se yergue y gira la cabeza

apoyada en lo alto del mástil buscando una residencia adecuada para ella. Hay un lugar donde la corriente del río que fluye en torno se escinde en dos partes (recibe el nombre de la Isla) y desde cada una de las dos orillas extiende brazos iguales con la tierra por medio. 740 Hacia allí se trasladó la sierpe nacida de Febo desde la nave del Lacio y, recuperando su aspecto divino, puso fin a los duelos y fue su llegada la salvación de la ciudad[95].

Apoteosis de César

745 Sin embargo, Esculapio fue un dios extranjero que se agregó a nuestros santuarios; César es un dios en su propia ciudad[96]. A él, que sobresalió en la guerra y en la política, no lo han convertido en un nuevo astro, una estrella de larga cabellera[97], ni las guerras terminadas con un triunfo ni las acciones realizadas en la paz ni la rápida fama de sus hazañas, sino su propio descendiente; pues de entre los actos de César 750 ninguna realización destaca tanto como la de haber sido padre de éste[98]. ¿Acaso vale más haber dominado a los británicos del Océano, haber conducido las naves vencedoras a través de las siete bocas del Nilo, productor de papiros, haber añadido al pueblo de Quirino a los númidas rebeldes y a Juba el cinifio 755 y al Ponto orgulloso del renombre de Mitrídates, haber merecido muchos triunfos, y haber obtenido algunos, que haber engendrado a un hombre tan excepcional? Dioses, con él al frente del poder habéis hecho un generoso presente al género humano[99].

Y para evitar que éste 760 hubiese nacido de semilla mortal, aquél debía ser convertido en dios[100]. Cuando la dorada madre de Eneas vio esto y vio también que se preparaba una muerte desdichada para el pontífice, y que las armas de la conjura se ponían en movimiento, palideció, y fue diciendo a todos los dioses conforme los iba encontrando: «Fíjate de qué tamaño son las asechanzas que se maquinan contra 765 mí y qué ataque a traición se prepara contra lo único que me queda del

dardanio Julo. ¿Seré siempre la única a la que atormentan justificadas cuitas, una vez por haber sido herida por la lanza calidonia del Tidida, ahora impresionada por la caída de las murallas de Troya, mal defendida, 770 o por ver cómo mi hijo tiene que pasar largas fatigas y ser zarandeado por el mar, penetrar en la morada de las almas silenciosas o hacer la guerra con Turno, o mejor, para decir la verdad, con Juno? ¿Para qué recordar ahora antiguas desdichas de mi linaje? El temor presente no me permite rememorar temores anteriores; 775 veis cómo se afilan ya contra mí espadas criminales. Os ruego por favor que lo impidáis, que rechacéis ese crimen, y no apaguéis la llama de Vesta con sangre de su sacerdote **[101]** ».

La angustiada Venus lanza en vano tales súplicas por todo el cielo y conmueve a los dioses; éstos, aunque no pueden quebrar 780 las férreas disposiciones de las viejas hermanas, mandan señales nada equívocas de la desgracia que se avecina **[102]** . Se cuenta que anunciaron el sacrilegio estrépito de armas entre las negras nubes, tubas que infunden espanto y cuernos que se oyen sonar en el cielo; también la triste faz del Sol 785 proporcionaba una luz mortecina a la tierra angustiada. Muchas veces se vieron cometas ardiendo debajo de los astros, muchas veces cayeron gotas de sangre entre la lluvia; El Lucero estaba azul oscuro y tenía el rostro salpicado de negra herrumbre, el carro de la luna estaba salpicado de sangre; 790 en mil lugares el búho de la Estigia profirió tristes presagios, en mil lugares lloraron las estatuas de marfil, y dicen que se oyeron cánticos y palabras amenazadoras en los bosques sagrados. Ninguna víctima proporciona presagios 795 favorables, las entrañas avisan de que se acercan grandes perturbaciones, y en las vísceras se encuentra a faltar un lóbulo; dicen que en el foro, en torno a las casas y a los templos de los dioses, aúllan de noche los perros, vagan los fantasmas de los muertos, y la ciudad es sacudida por temblores **[103]** .

Pese a todo, las advertencias de los dioses no pudieron vencer las asechanzas ni el hado inminente, y las espadas desenvainadas son llevadas 800 al templo; pues ningún otro lugar de Roma parece tan conveniente como la curia para el crimen y la matanza funesta. Entonces la Citerea se golpeó el

pecho con ambas manos y se esforzó en ocultar al Enéada en la nube en la que anteriormente Paris le fue arrebatado al hostil Atrida, 805 y en la que Eneas había huido de la espada de Diomedes[104]. Su padre le habla con estas palabras: «¿Pretendes mover tu sola, hija mía, el destino inevitable? Puedes entrar tu misma en el palacio de las tres hermanas; allí verás los archivos de las cosas, una imponente fábrica hecha de bronce y de hierro macizo, 810 que, segura y eterna, no teme las sacudidas del cielo, ni la cólera del rayo, ni destrucción alguna. Encontrarás allí grabados en metal imperecedero los hados de tu familia; yo mismo los he leído y grabado en mi memoria y te los voy a relatar para que no sigas ignorante del futuro[105]. Ese 815 por el que luchas, Citerea, ya ha completado su tiempo, una vez pasados los años que debía a la tierra. Que suba como dios al cielo y reciba culto en los templos lo lograréis tú y su hijo, quien, como heredero del nombre, llevará él solo el peso de la carga, y 820 nos tendrá a su lado en la guerra que emprenderá fortísimo como vengador de su padre asesinado[106]. Bajo sus auspicios, las murallas vencidas de la asediada Módena le pedirán la paz; Farsalia lo conocerá y los Ematios campos de Filipos se empaparán por segunda vez en sangre, y el nombre de Magno será vencido en el mar de Sicilia; la 825 esposa egipcia de un general romano, demasiado confiada en su matrimonio, sucumbirá después de haber amenazado vanamente con hacer a nuestro Capitolio esclavo de su Canopo[107]. ¿Para qué voy a enumerar todos los bárbaros y los pueblos que se extienden por uno y otro borde del Océano? Todo lugar habitable sobre la tierra 830 será suyo; también el mar le estará sometido[108]. Una vez otorgada la paz a los pueblos, volverá su atención a los derechos de los ciudadanos, y él mismo promoverá leyes llenas de justicia; fijará las normas morales con su ejemplo, y, mirando por las generaciones futuras y los descendientes que vendrán, 835 ordenará que el hijo nacido de su esposa legítima lleve al mismo tiempo su nombre y su cargo[109]; y sólo cuando a edad muy avanzada haya igualado los años del de Pilos, alcanzará las mansiones celestiales y las estrellas con él emparentadas[110]. Ahora, mientras tanto, arrebata esta alma al cuerpo asesinado y conviértela en estrella,

840 para que el divino Julio observe siempre desde su elevado templo nuestro Capitolio y nuestro foro [111] ».

Apenas había dicho esto cuando apareció en medio de la sede del senado, invisible para todos, la madre Venus, y, arrancando del cuerpo de su César el alma recién separada, sin permitir que se disuelva en el aire, 845 la llevó a las estrellas del cielo. Mientras duró el viaje, se dio cuenta de que se iluminaba y ardía, y la dejó escapar de su seno. El alma vuela más alto que la luna, y, arrastrando su cabellera llameante por el espacioso confín, brilla como una estrella; al ver las hazañas de su hijo confiesa 850 que son mayores que las suyas y se alegra de ser vencido por él. Aunque este prohíbe que sus actos de gobierno sean antepuestos a los de su padre, sin embargo la fama, que es libre y no obedece ninguna orden, lo antepone en contra de su voluntad y le lleva la contraria en ese único aspecto. Del mismo modo cedió ante los méritos del gran Agamenón el gran Atreo; 855 así venció Teseo a Egeo, Aquiles a Peleo. Finalmente, para utilizar ejemplos que estén a su altura, así es Saturno inferior a Júpiter; Júpiter rige la fortaleza del cielo y el triple reino del universo; la tierra está sometida a Augusto; uno y otro son padres y gobernantes al mismo 860 tiempo [112].

Vosotros, dioses compañeros de Eneas, a quienes dejaron paso el hierro y el fuego, y vosotros, dioses Indigetes, y tú, Quirino, padre de la ciudad, y tú, Gradivo, padre del invicto Quirino, y tú Vesta, adorada entre los Penates de César, y con la Vesta de César, tú, doméstico Febo [113], 865 y tú Júpiter, que ocupas la elevada fortaleza Tarpeya, y todos los demás a los que es justo y piadoso que el poeta invoque, os ruego que se demore mucho y que llegue después de mi muerte el día en el que Augusto, después de dejar el mundo al que gobierna, se vaya al cielo y favorezca desde allí a los que le 870 supliquen [114].

Ya he concluido una obra que ni la ira de Júpiter, ni el fuego, ni el hierro, ni el tiempo voraz podrán destruir. Cuando quiera, aquel día que no tiene jurisdicción más que sobre mi cuerpo, puede ponerle fin al incierto espacio de mi edad. Sin embargo, con la parte mejor de mí mismo seré llevado, inmortal, sobre los altos astros, 875 y mi nombre será indestructible. Por dondequiera que se extienda el poder

romano sobre la tierra sometida, mis escritos estarán en boca de la gente y, por los siglos de los siglos, si es que tienen algo de cierto los vaticinios de los poetas, viviré en la fama [115].

ÍNDICE DE NOMBRES

Abante (1): compañero de Perseo en la lucha contra Fineo V 126.
Abante (2): centauro que combate contra los lápitas XII 306.
Abante (3): uno de los compañeros de Diomedes metamorfoseado en ave XIV 505.
Abantíada: descendiente de Abante, rey de Argos, aplicado a Acrisio, a su hijo Perseo, o a la propia Argos IV 607, 673; V 138, 236; XV 164.
Ábaris: guerrero muerto por Perseo V 86.
Abundancia (*ops*): personificación de la abundancia IX 498.
Abundancia (*copia*): personificación de la abundancia IX 88.
Acarnania: región al suroeste de Grecia VIII 570.
Acasto: compañero de Meleagro en la caza del jabalí de Calidón VIII 306; XI 409.
Acaya: región de Grecia V 306, 577; VII 504; VIII 268; XIII 325.
Acestes: rey troyano de Sicilia XIV 83.
Acetes: defensor de Baco III 582, 696.
Acis: enamorado de Galatea XIII 750, 757, 787, 861, 861, 874, 884, 886, 896, 896.
Acmon: uno de los compañeros de Diomedes metamorfoseados en aves XIV 484, 494, 497.
Aconteo: compañero de Perseo en la lucha contra Fineo V 201.
Acrisio: rey de Argos, padre de Perseo III 559; IV 608, 612; V 70, 239.
Acrota: hijo de Tiberino, rey de Albalonga XIV 617, 619.
Acteo: gentilicio de los habitantes del Ática II 554, 720; VI 711; VII 681; VIII 170.
Acteón: cazador devorado por sus perros III 230, 237, 243, 244, 720, 721.
Actíaco: epíteto de Apolo XIII 715.
Actórida (1): descendiente de Actor, Érito V 79.
Actórida (2): Patroclo, nieto de Áctor XIII 273.
Actóridas (3): descendientes de otro Áctor que participan en la cacería del jabalí de Calidón VIII 308.

Adonis: amado de Venus X 532, 543, 682, 726.
Aelo (1): uno de los perros de Acteón III 219.
Aelo (2): una de las Harpías XIII 710.
Afareo (1): padre de Linceo e Idas VIII 304.
Afareo (2): centauro que combate con los lápitas XII 341.
Afidas: centauro que combate con los lápitas XII 317.
Agamenón: hijo de Atreo y rey de Micenas XIII 184, 444; XV 855.
Aganipe: fuente del monte Helicón V 312.
Ágave: hija de Cadmo y Harmonía III 725.
Agenor: padre de Europa y de Cadmo II 858; III 51, 97, 257, 308.
Agenórida: Cadmo, descendiente de Agenor III 8, 81, 90; IV 563, 772.
Agirtes: víctima de Perseo V 148.
Aglauro: hija de Cécrope y hermana de Herse II 560, 739, 749, 785.
Agre: uno de los perros de Acteón III 212.
Alástor: víctima de Ulises XIII 257.
Alba: ciudad fundada por Ascanio XIV 609, 612.
Albanos: montes al sureste de Roma XIV 674.
Albula: nombre antiguo del río Tíber XIV 328.
Alcandro: víctima de Ulises XIII 258.
Alcátoe: otro nombre de la ciudad de Mégara VII 443.
Alcátoo: rey de Mégara VIII 8.
Alce: uno de los perros de Acteón III 217.
Alcida: Hércules, nieto putativo de Alceo IX 13, 51,110, 217; XI 213; XII 538.
Alcidamante: padre de Ctesila, metamorfoseada en paloma VII 369.
Alcimedonte: pirata tirreno secuestrador de Baco III 618.
Alcínoo: rey de los feacios XIV 565.
Alcíone: esposa de Céix XI 384, 416, 423, 447, 458, 473, 544, 545, 563, 567, 588, 628, 661, 674, 684, 746.
Alcítoe: hija de Minias IV 274.
Alcmena: esposa de Anfitrión y madre de Hércules VIII 544; IX 23, 276, 281, 313, 396.
Alcón: orfebre de Beocia XIII 683.
Alemon: padre de Míscelo XV 19, 26.
Alemónida: hijo de Alemon, Míscelo XV 48.
Alexírroe: ninfa, madre de Ésaco XI 763.
Alfénor: uno de los hijos de Níobe VI 248.
Alfeo: río enamorado de la ninfa Aretusa II 250; V 599.
Alféyade: de Alfeo, aplicado por Ovidio a Aretusa V 487.
Almo: río afluente del Tíber XIV 329.
Aloídas: patronímico de Oto y Efialtes, en realidad hijos de Neptuno VI 117.
Alpes: montes situados entre la Galia, Helvecia e Italia II 226.

Alpino: de los Alpes XIV 794.
Altar: constelación austral II 139.
Altea: madre de Meleagro VIII 446.
Amatunte: ciudad de Chipre X 220, 531.
Amatusio: natural de Amatunte X 227.
Amazona: Antíope, madre de Hipólito XV 552.
Ambracia: ciudad del Épiro XIII 714.
Amenano: río de Sicilia XV 279.
Amiclas: ciudad fundada por el rey del mismo nombre VIII 314.
Amiclida: Jacinto, hijo de Amiclas X 162.
Ámico: centauro que lucha contra los lápitas XII 245.
Amímone: fuente de Argos II 240.
Amíntor: padre de Fénix VIII 307; XII 364.
Amitaon: padre de Melampo XV 325.
Amón (1): dios egipcio IV 671; V 17, 328; XV 309.
Amón (2): gemelo de Bróteas, compañero de Perseo muerto por Fineo V 107.
Amor: personificación I 532, 540; IV 758; V 374; VII 698; X 26, 29, 516.
Amor filial (*pietas*): personificación IX 679; X 321, 324.
Ámpico: compañero de Perseo muerto por Fineo V 110.
Ámpice (1): enemigo de Perseo petrificado por Medusa V 184.
Ámpice (2): uno de los lápitas que lucha contra los centauros XII 450, 456.
Ampícida: hijo de Ámpice (2), Mopso VIII 316, 350; XII 456, 528.
Amulio: rey de Alba Longa XIV 772.
Ánafe: una de las islas Cícladas VII 461, 462.
Anapis: río de Sicilia, esposo de Cíane V 417.
Anaxárete: muchacha que despreció a Ifis XIV 699, 718, 750.
Anceo: héroe muerto por el jabalí de Calidón VIII 315, 401, 407, 519.
Ancio: ciudad costera al sur de Roma XV 718.
Andremón (1): esposo de Dríope IX 333, 363.
Andremón (2): padre de Toante, rey de los etolios XIII 357.
Andrógeo: hijo de Minos VII 458.
Andrómeda: hija de Cefeo a la que Perseo libra de un monstruo IV 671, 757.
Andros: una de las islas Cícladas VII 469; XIII 649, 661, 665.
Anfimedonte: compañero de Fineo muerto por Perseo V 75.
Anfión: esposo de Níobe VI 221, 271, 402; XV 427.
Anfiso: hijo de Driope, nieto de Éurito IX 356.
Anfitrión: esposo de Alcmena VI 112.
Anfitriónida: Hércules, hijo putativo de Anfitrión IX 140; XV 49.
Anfítrite: esposa de Neptuno, personificación del mar I 14.

Anfriso: río que nace en el monte Otris I 580; VII 229.
Anfrisios: escollos de la costa de Italia o Sicilia XV 703.
Anigro: río del Peloponeso XV 282.
Anio (1): rey de Delos XIII 632, 643.
Anio (2): río del Lacio, afluente del Tíber XIV 329.
Anquises: padre de Eneas IX 425; XIII 640, 680; XIV 118.
Antandro: ciudad de Misia, al noroeste de Asia Menor XIII 628.
Antédone: ciudad costera de Beocia, frente a la isla de Eubea VII 232; XIII 905.
Anténor: consejero de Príamo XIII 201.
Anteo: gigante del norte de África IX 184.
Antífates; rey de los Lestrigones XIV 234, 239, 249; XV 717.
Antígona: princesa troyana, hija de Laomedonte VI 93.
Antímaco: centauro que lucha contra los lápitas XII 460.
Antisa: ciudad de la isla de Lesbos XV 287.
Anubis: dios egipcio IX 690.
Año: personificación II 25.
Aónides: gentilicio de Aonia, nombre de Beocia; dícese de las Musas V 333; VI 2.
Aonio: otro gentilicio de Beocia I 313; III 339; VII 763; IX 112; X 589; XII 24; XIII 682.
Apeninígena: nacido en el Apenino, aplicado al Tíber XV 432.
Apenino: cordillera de la península itálica II 226.
Apídano: río de Tesalia I 580; VII 228.
Apis: dios egipcio IX 691.
Apolíneo: de Apolo IX 455; XI 8, 155; XIII 631; XV 533.
Apolo: dios, hijo de Júpiter y Latona I 473; III 421; VII 389; IX 444; X 132, 209; XI 306, 339; XIII 174, 715; XV 638, 639.
Apulio: gentilicio de Apulia, al sureste de Italia XIV 517.
Aqueo: gentilicio de Acaya aplicado a todos los griegos III 511; XII 70, 168; XV 293.
Aqueloides: hijas de Aqueloo, las Sirenas V 552.
Aqueloo: río del Épiro VIII 549, 560, 614; IX 68, 96, 413; XIV 87.
Aquemenio: de Persia IV 212.
Aqueménides: compañero de Ulises XIV 161, 163, 167.
Aqueronte: río del Infierno V 541; XI 504.
Aquiles: héroe griego de la guerra de Troya VIII 309; XI 265; XII 73, 81, 102, 126, 139, 150, 162, 163, 176, 191, 363, 582, 593, 608, 615; XIII 30, 107, 130, 133, 134, 157, 179, 273, 281, 284, 298, 301, 443, 448, 500, 502, 580, 597; XV 856.
Aquilón: viento del norte I 262, 328; II 132; V 285; VII 3.
Aquivo: gentilicio de Acaya VII 56, 142; XII 600; XIII 29, 61, 88, 113, 136, 445; XIV 191, 561.

Árabes: gentilicio de Arabia X 478.
Aracne: hilandera que compitió con Minerva VI 5, 150.
Arcadia: región del Peloponeso I 689; II 405; IX 192; XV 332.
Arcadio: gentilicio de Arcadia III 210; VIII 391.
Arcas: héroe hijo de Júpiter y Calisto II 468, 497, 500.
Arcesio: abuelo de Ulises XIII 144.
Ardea: ciudad del Lacio XIV 573, 580.
Areo: centauro que luchó contra los lápitas XII 310.
Arestórida: Argos, hijo de Aréstor I 624.
Aretusa: ninfa acosada por Alfeo V 409, 496, 573, 599, 625, 625, 642.
Argiodonte: uno de los perros de Acteón III 224.
Argo: nave en la que Jasón fue en busca del vellocino de oro XV 337.
Argólico: gentilicio de Argos I 726; IV 609; VIII 267; IX 276, 313; XII 149, 627; XIII 659; XIV 444; XV 19, 276.
Argólide: región del Peloponeso I 601.
Argos (1): hijo de Aréstor, de cien ojos I 624, 625, 635, 636, 664, 670, 680, 685, 717, 720; II 533.
Argos (2): ciudad del Peloponeso II 240, 524; III 560; VI 414; XV 164.
Aricino: gentilicio de Aricia, ciudad al sur de Roma XV 488.
Armenia: región de Asia VIII 121; XV 86.
Arne: doncella de Sifnos que traicionó a su patria VII 465.
Asáraco: héroe troyano, hermano de Ilo y Ganimedes XI 756.
Ásbolo (1): uno de los perros de Acteón III 218.
Ásbolo (2): uno de los centauros que combatió con los lápitas XII 308.
Ascálafo: hijo de Aqueronte y de la ninfa Orfne V 539.
Ascanio: hijo de Eneas y de Creúsa XIII 627; XIV 609.
Asia: continente V 648; XIII 484.
Asiático: de Asia IX 448.
Asirio: de Asiria V 60; XV 393.
Asopíada: Éaco, descendiente de Asopo VII 484.
Asópide: Egina, hija de Asopo VI 113; VII 616.
Asteria: doncella violada por Júpiter en forma de águila VI 108.
Astiages: compañero de Fineo en la lucha contra Perseo V 203, 205.
Astianacte: hijo de Héctor y Andrómaca XIII 415.
Ástilo: centauro que combate contra los lápitas XII 308.
Astipaleo: de Astipalea, una de las islas Cícladas VII 461, 462.
Astrea: personificación de la Justicia I 150.
Astreo (1): compañero de Fineo muerto por Perseo V 144.
Astreos (2): hijos de Astreo y Aurora, vientos XIV 545.
Atalanta: hija de Esqueneo que compitió en la carrera con Hipómenes X 565, 598.
Atamanes: pueblo del Épiro XV 311.
Atamante: esposo de Ino III 564; IV 420, 467, 471, 489, 497.

Atamantíada: Palemón, hijo de Atamante XIII 919.
Atenas: capital del Ática V 652; VI 421; VII 723; VIII 262; XV 430.
Atenienses: gentilicio de Atenas VII 492, 507.
Atis (1): compañero indio de Fineo en la lucha contra Perseo V 47, 63, 72.
Atis (2): joven frigio adorador de Cibeles X 104.
Atlantíada: descendiente de una Atlántide, dícese de Mercurio y sus descendientes I 682; II 704, 834; IV 368; VIII 627.
Atlántide: descendiente de Atlas, Maya, madre de Mercurio II 685.
Atlas: gigante hijo de Jápeto, y cordillera del norte de África en la que se transformó II 296, 742; IV 628, 632, 644, 646, 653, 657, 772; VI 174; IX 273; XV 149.
Atos: monte de la Calcídica, al norte de Grecia II 217; XI 554.
Atrácida: hijo de Atrax, Ceneo el lápita XII 209.
Atreo: padre de Agamenón XV 855.
Atrida (1): hijo de Atreo, Menelao XII 623.
Atrida (2): hijo de Atreo, Agamenón XIII 189, 230, 359, 365, 439, 655; XV 162, 805.
Augusto I 204, 562; XV 860, 869.
Áulide: puerto de Beocia situado frente a Eubea XII 10; XIII 182.
Aurora: diosa del amanecer I 61; II 113, 144; III 150, 184, 600; IV 81, 630, 630; V 440; VI 48; VII 100, 209, 703, 721, 835; XI 296, 598; XIII 576, 594, 621; XIV 228; XV 665.
Ausonia: región de Italia; dícese de Italia y de Roma XIV 7, 786.
Ausonio: gentilicio de Ausonia V 350; XIII 708; XIV 77, 320, 772; XV 647, 693.
Austro: viento del sur I 66; II 853; V 285; VII 532, 660; VIII 3, 121; XI 192, 664; XII 510; XIII 725.
Autólico: hijo de Mercurio y Quíone VIII 738; XI 313.
Autónoe: madre de Acteón y tía de Penteo III 198, 720.
Aventino: rey de Albalonga que dio su nombre a la colina de Roma XIV 620.
Averno: lago por el que se accedía a las moradas infernales V 540; X 51; XIV 105.
Averna: epíteto de Juno XIV 114.
Áyax (1): hijo de Oileo, héroe griego de la guerra de Troya XII 622; XIII 356.
Áyax (2): hijo de Telamón, rey de Egina, héroe griego de la guerra de Troya XIII 2, 17, 28, 97, 141, 152, 156, 164, 219, 254, 305, 327, 338, 340, 390, 390.

Babilonio: gentilicio de Babilonia II 248; IV 44, 99.
Bacantes: practicantes de ritos orgiásticos en honor a Baco III 703; IV

25; VII 258; IX 642; XI 89.
Baco: dios, hijo de Júpiter y Sémele III 317, 421, 518, 572, 629, 630; IV 2, 11, 273, 416, 523, 523, 765; VI 488, 587, 596, 598; VII 450; XI 85, 134; XII 578; XIII 639, 669; XV 114, 413.
Bactriano: gentilicio de Bactria, región de Persia V 135.
Balear: gentilicio de Baleares, aplicado a la honda IV 709.
Baquíadas: familia de origen corintio fundadora de Siracusa V 407.
Báquico: de Baco III 691; XI 17.
Bato: pastor de Neleo que vio a Mercurio robar el rebaño de vacas II 688.
Baucis: esposa de Filemón VIII 631, 640, 682, 705, 714, 715.
Bebe: lago de Tesalia VII 231.
Bélides: otro nombre de las Danaides, hijas de Dánao IV 463; X 44.
Belo: primer rey de Asiria, ascendiente de Órcamo IV 213.
Belona: diosa romana de la guerra V 155.
Beocia: región de Grecia, al norte del Ática II 239.
Beocio: gentilicio de Beocia III 13; XII 9.
Berecintio: de Berecinto, montaña de Frigia consagrada a Cibeles XI 16, 106.
Béroe: nodriza de Sémele III 278, 280.
Biblis: joven enamorada de su hermano Cauno IX 453, 454, 455, 467, 533, 581, 643, 651, 656, 663.
Bien: personificación VII 72.
Biénor: centauro que lucha contra los lápitas XII 345.
Bisáltide: hija de Bisaltes violentada por Neptuno VI 117.
Bistonio: pueblo de Tracia XIII 430.
Bitinia: región al norte de Asia Menor VIII 719.
Bóreas: viento del norte, también llamado Aquilón I 65; II 185; VI 682, 702; XIII 418, 727; XV 471.
Boyero: constelación boreal resultado del catasterismo de Arcas II 176; VIII 206; X 447.
Brisa (*Aura*): VII 813, 838, 856.
Britano: gentilicio de Britania XV 752.
Bromio: epíteto de Baco IV 11.
Bromo: centauro que combate con los lápitas XII 459.
Bróteas (1): gemelo de Amón, compañero de Perseo, muerto por Fineo V 107.
Bróteas (2): lápita que lucha contra los centauros XII 262.
Bubáside: gentilicio de Búbaso, ciudad de Caria IX 644.
Bubastis: diosa egipcia IX 691.
Buris: ciudad de Acaya XV 293.
Busiris: rey de Egipto que sacrificaba extranjeros a Júpiter IX 183.

Butes: ateniense, hijo de Palante VII 500.
Butroto: ciudad del Épiro donde Héleno fundó una nueva Troya XIII 721.

Cabra: constelación, catasterización de Amaltea, nodriza de Júpiter III 594.
Cabritillos: estrellas de la constelación del Auriga XIV 711.
Cadmeidas: las mujeres de Tebas, descendientes de Cadmo IX 304.
Cadmo: fundador de Tebas, hijo del rey de Fenicia, Agenor III 3, 14, 24, 115, 131, 138, 174, 287; IV 470, 545, 572, 591, 592; VI 177.
Cadmeo: de Cadmo VI 217.
Cafereo: cabo de la isla de Eubea XIV 472, 481.
Caíco: río de Misia II 243; XII 111; XV 278.
Caístro: río de Lidia II 253; V 386.
Calais: gemelo de Zetes, hijos de Oritía y de Bóreas VI 716.
Calaurea: isla junto a la costa de la Argólide VII 384.
Calidón: ciudad de Etolia donde se produjo la caza del jabalí VI 415; VIII 270, 495, 526; IX 147.
Calidónide: gentilicio femenino de Calidón VIII 528; IX 112.
Calidonio: gentilicio de Calidón VIII 324, 727; IX 2; XIV 512; XV 769.
Calimne: una de las islas Espóradas VIII 222.
Calíope: musa que se enfrenta a las Piérides V 339.
Calírroe: hija del río Aqueloo IX 414, 432.
Camenas: diosas de las fuentes XIV 434; XV 482.
Cánaque: una de las perras de Acteón III 217.
Canente: ninfa, esposa de Pico, rey del Lacio XIV 338, 381, 383, 417, 433.
Cangrejo: constelación II 83; IV 625; X 127.
Canopo: ciudad en la desembocadura del Nilo XV 828.
Caonia: región del Épiro V 163; X 90.
Caonio: gentilicio de Caonia XIII 717.
Caos: personificación I 7; II 299; X 30; XIV 404.
Capaneo: héroe tebano invencible al que Júpiter fulminó con un rayo IX 404.
Cápeto: uno de los reyes de Albalonga XIV 613.
Capis: rey de Albalonga antecesor de Cápeto XIV 613, 614.
Capitolio: colina de Roma donde estaba el templo de Júpiter I 561; II 538; XV 589, 828, 841.
Capri: isla del Tirreno frente a Sorrento XV 709.
Caraxo: centauro que combate con los lápitas XII 272.
Caribdis: remolino del estrecho de Mesina VII 63; VIII 121; XIII 730; XIV 75.
Cariclo: ninfa, madre de Ocírroe II 636.

Cario: gentilicio de Caria, región de Asia Menor IV 297; IX 645.
Carnero: constelación de Aries X 165.
Cárope: soldado troyano muerto a manos de Ulises XIII 260.
Carpatio: gentilicio de Cárpatos, isla del mar Egeo XI 249.
Carro: constelación boreal II 171.
Carteo: gentilicio de Cartea, ciudad de la isla de Ceos VII 368; X 109.
Casíope: esposa de Cefeo y madre de Andrómeda IV 738.
Castalia: cueva del Parnaso donde solía habitar Apolo III 14.
Cástor: gemelo de Pólux, hijos de Júpiter y Leda XII 401.
Castro: ciudad del Lacio XV 727.
Caúcaso: cadena montañosa de Escitia II 224; VIII 798.
Caucasio: gentilicio del Caúcaso V 86.
Caulón: ciudad del Brucio, en el sur de Italia XV 705.
Cauno: hermano de Biblis, objeto de amor incestuoso IX 453, 488, 489, 580.
Cayeta: nodriza de Eneas XIV 443.
Cebrénide: la ninfa Hesperia, hija del Cebrén, río de Troya XI 769.
Cécrope: primer rey de Atenas II 555, 784, 797, 806; XV 427.
Cecrópida: descendiente de Cécrope; ateniense VI 667; VII 486, 502, 671; VIII 551.
Cecropio: ateniense VI 70, 446; XI 93.
Céfalo: nieto de Eolo y esposo de Procris VI 681; VII 493, 495, 502, 512, 665, 666, 688, 865; VIII 4.
Cefenos: los habitantes de Etiopía, súbditos de Cefeo IV 764; V 1, 97.
Cefeo: rey de los etíopes, padre de Andrómeda IV 738, 770; V 12, 42, 44.
Cefeo: adjetivo derivado de Cefeo, etíope IV 669.
Céfiro: viento del Oeste I 64,108; XIII 726; XV 700.
Cefisio: adjetivo derivado de Cefiso III 351; VII 438.
Cefiso; río de la Grecia central I 369; III 19, 343; VII 388.
Céix: esposo de Alcíone XI 272, 411, 461, 544, 544, 561, 587, 653, 658, 663, 685, 727, 739.
Celadón: compañero de Fineo muerto por Perseo V 144.
Celadonte: centauro que lucha contra los lápitas XII 250.
Celenia: lugar de la costa sur de Italia XV 704.
Celmis: uno de los que cuidaron a Júpiter niño en Creta IV 282.
Cencreide: esposa de Cíniras (2) X 435.
Ceneo (1): lápita de Tesalia que pasa de ser mujer a ser hombre y lucha contra los centauros, pereciendo a manos de Mónico VIII 305; XII 172, 173, 179, 459, 476, 490, 497, 514, 531.
Ceneo (2): promontorio de la isla de Eubea IX 136.
Cenis: nombre de Ceneo (1) cuando era mujer XII 189, 195, 201, 470, 471.

Centauros: seres de cuerpo y patas equinas con torso y cabeza de hombre que habitaban en Tesalia II 636; IX 191; XII 219, 536: XV 283 (*bimembres*)
Ceo: padre de Latona VI 185, 366.
Ceos: isla del mar Egeo VII 368; X 120.
Cerambo: pastor del monte Otris transformado en escarabajo VII 353.
Cérano: licio que combatió junto a los troyanos y fue muerto por Ulises XIII 257.
Cerastas: tribu de Chipre que sacrificaba a los huéspedes y por ello fue castigada por Venus X 223.
Cerbero: perro de tres cabezas que vigilaba las puertas del Tártaro IV 450, 501; VII 413; IX 185; XIV 65.
Cerción: bandido que actuaba en los caminos entre Eleusis y Mégara, muerto por Teseo VII 439.
Cércopes: pueblo al que Júpiter castigó transformándolos en monos XIV 92.
Ceres: diosa de la agricultura, madre de Perséfone I 123; V 109, 341, 343, 376, 415, 533, 572, 655, 660; VII 439; VIII 274, 292, 741, 771, 778, 785, 814; IX 423; X 74, 431; XI 112, 121,122; XIII 639.
César: Julio César Augusto I 201.
César: Cayo Julio César, político romano XV 746, 750, 845, 864, 865.
Chipre: isla del Mediterráneo oriental consagrada a Venus X 270, 645, 718; XIV 696.
Cíane: ninfa de Siracusa que intentó disuadir a Plutón de raptar a Prosérpina V 409, 412, 425, 465.
Cianea: ninfa, madre de Biblis y Cauno IX 452.
Cibeleo: de Cibeles X 104.
Cibeles: diosa frigia, madre de los dioses IX 704.
Cícladas: archipiélago del Egeo II 264.
Cíclopes: auxiliares de Vulcano que forjaban los rayos de Júpiter I 259; III 305; XIV 2; XV 93.
Cíclope: Polifemo XIII 744, 755, 756, 780, 860, 876, 882; XIV 174, 249.
Cicno (1): rey de Liguria transformado en cisne por el pesar de la muerte de Faetón II 367, 377.
Cicno (2): hijo de Apolo y Tiria VII 371.
Cicno (3): hijo de Neptuno, muerto en combate por Aquiles XII 72, 75, 76, 87, 101, 122, 125, 138, 150, 164, 171.
Cícones: pueblo de Tracia VI 710; X 2; XI 3; XV 313.
Cidonio: gentilicio de Cidonia, ciudad cretense VIII 22.
Cila: ciudad de la Tróade, al noroeste de Asia Menor XIII 174.
Cílaro: centauro que combate contra los lápitas XII 393, 408, 421.
Cilene: monte de Arcadia donde nació Mercurio I 217; V 607; VII 386;

XI 304; XIV 291.
Cilénide: del Cilenio, es decir, de Mercurio V 176.
Cilenio: sobrenombre de Mercurio I 713; II 720, 818; V 331; XIII 146.
Cilicia: región al sureste de Asia Menor II 217.
Cimelo: lápita que lucha contra los centauros, muerto por Neso XII 454.
Cimerio: pueblo mítico no localizado que no veía el sol XI 592.
Cimolos: una de las islas Cícladas VII 463.
Cínife: región de Libia VII 272.
Cinifio: gentilicio de Cínife V 124; XV 755.
Cíniras (1): rey de Asiria VI 98.
Cíniras (2): rey de Chipre que, engañado, cometió incesto con su hija Mirra X 299, 338, 338, 343, 356, 361, 380, 438, 464, 472.
Cinireo: de Cíniras (2); dícese de su hija Mirra y de su nieto Adonis X 369, 712, 730.
Cintia: del monte Cinto; epíteto de Diana II 465; VII 755; XV 537.
Cinto: montaña de Delos donde nacieron Diana y Apolo II 221; VI 204.
Cipariso: joven metamorfoseado en ciprés X 121, 130.
Cipo: general romano XV 565, 580, 581, 609, 617.
Ciprio: uno de los perros de Acteón III 220.
Circe: hechicera hija del Sol IV 205; XIII 968; XIV 10, 25, 69, 71, 247, 290, 294, 312, 376, 385, 399; XV 718.
Circeo: de Circe XIV 348; XV 718.
Ciris: nombre de Escila una vez metamorfoseada VIII 151.
Citereo: de Citera, isla donde Venus tenía un templo; dícese de la diosa y de personas o cosas con ella relacionadas IV 190, 288; X 529, 640, 717; XIII 625; XIV 487, 584; XV 386, 803, 816.
Citerón: monte entre Beocia y el Ática donde se celebraban bacanales II 223; III 702.
Citnos: una de las islas Cícladas V 252.
Citoro: monte de Paflagonia famoso por su madera de boj IV 311; VI 132.
Clanis (1): hermano de Clitio que muere a manos de Perseo V 140, 143.
Clanis (2): centauro que lucha contra los lápitas XII 379.
Clario: de Claros, epíteto de Apolo XI 413.
Claros: ciudad de Asia Menor donde había un santuario de Apolo I 516.
Cleonas: ciudad de la Argólide VI 417.
Clímene: hija de Océano y Tetis, madre de Faetón I 756, 765; II 19, 37, 43, 333; IV 204.
Clímeno: compañero de Fineo en la lucha contra Perseo V 98.
Clitie: amante del Sol metamorfoseada en heliotropo IV 206, 234, 256.
Clitio: hermano de Clanis (1) muerto por Perseo V 140, 142.
Clito (1): compañero de Fineo muerto por Perseo V 87.
Clito (2): ateniense, hijo de Palante VII 500.

Clitoria: fuente cuyas aguas hacían aborrecer el vino XV 322.
Cnido: ciudad de Caria, en Asia Menor X 531.
Cnosos: ciudad de Creta IX 669.
Cnosio: gentilicio de Cnosos III 208; VII 471; VIII 40, 52, 144.
Cócalo: rey de Sicilia que acoge a Dédalo VIII 261.
Colco; gentilicio de la Cólquide VII 120.
Cólquide: región del Caúcaso, en la costa del mar Negro VII 394; XIII 24.
Cólquida: gentilicio de la Cólquide aplicado a Medea VII 296, 301, 331, 348.
Combe: mujer metamorfoseada en ave VII 383.
Cometes: uno de los lápitas que lucha contra los centauros XII 284.
Contento: personificación XII 60.
Corícidas: ninfas que habitaban la cueva del mismo nombre en el monte Parnaso I 320.
Corinto: ciudad del Peloponeso V 407; VI 416; XV 507.
Córito (1): compañero de Perseo en la lucha contra Fineo V 125.
Córito (2): hijo de Paris VII 361.
Córito (3): uno de los lápitas que lucha contra los centauros XII 290, 292.
Coronas: gemelos nacidos de las cenizas de las hijas de Orión y catasterizados XIII 698.
Coroneo: padre de Coronis II 569.
Coronis: doncella tesalia amada por Apolo, madre de Esculapio II 542, 599; XV 624.
Cos: isla del Egeo, frente a Halicarnaso VII 363.
Crago: monte de Licia, en Asia Menor IX 646.
Crántor: escudero de Peleo que luchó a favor de los lápitas XII 361, 367.
Crateida: madre de Escila XIII 749.
Cratis: río del golfo de Tarento, cercano a Síbaris XV 315.
Credulidad: personificación XII 59.
Creneo: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 313.
Creta: isla del Mediterráneo VII 434; VIII 99, 118, 183; IX 666, 668, 735; XIII 706; XV 540, 541.
Crise: ciudad de la Tróade, en Asia Menor XIII 174.
Crócale: una de las ninfas de Diana III 169.
Croco: joven metamorfoseado junto con Esmílace en flor de azafrán IV 283.
Cromio: guerrero licio muerto por Ulises XIII 257.
Cromión: lugar cercano a Corinto VII 435.
Cromis (1): compañero de Fineo en la lucha contra Perseo V 103.
Cromis (2): centauro muerto por Pirítoo XII 333.
Crotón: héroe epónimo de Crotona XV 15, 55.

Ctonio: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 441.
Cumas: ciudad en la costa tirrena de Italia, al norte de Nápoles XIV 104, 121, 135; XV 712.
Cupido: hijo de Marte y Venus I 453; IV 321; V 366; VII 73; IX 482, 543; X 311.
Cures: ciudad de los sabinos, al norte de Roma XIV 778; XV 7.
Curetes: genios que protegieron a Júpiter en su infancia IV 282; VIII 153.

Dafne: ninfa de la que se enamora Apolo I 452, 490.
Dafnis: pastor del monte Ida IV 277.
Damasicton: uno de los hijos de Níobe VI 254.
Dánae: madre de Perseo IV 611; V 1; VI 113; XI 117.
Dánaos: otro nombre de los griegos XII 13, 69; XIII 59, 92, 134, 181, 238, 327; XIV 467, 472.
Dardanios: otro nombre de los troyanos XIII 335, 412; XV 431, 767.
Dáulide: ciudad de la Fócide V 276.
Dauno: rey de Apulia que acoge a Diomedes XIV 458, 510.
Deber: personificación VII 72.
Decoro: personificación VII 72.
Dedalión: hijo del lucero matutino XI 295, 340.
Dédalo: constructor del Laberinto de Creta, padre de Ícaro VIII 159, 166, 183, 240, 250, 261; IX 742.
Deífobo: uno de los hijos de Príamo XII 547.
Deiónida: Mileto, hijo de Deione y de Apolo IX 443.
Délfico: epíteto de Apolo II 677.
Delfos: ciudad de la Fócide I 515; II 543; IX 332; X 168; XI 304, 414; XV 144, 631.
Delio: gentilicio de Delos aplicado a Apolo y a Diana V 329, 639; VI 250; XI 174; XII 598; XIII 650.
Delos: una de las islas Cícladas I 454; III 597; VI 191, 333; VIII 221; IX 332; XV 541, 541.
Demencia: personificación IV 485.
Demoleón: uno de los centauros que combate contra los lápitas XII 356, 368.
Deo: otro nombre de Ceres VIII 758.
Deoide: Prosérpina, hija de Deo VI 114.
Dércetis: madre de Semíramis de Babilonia IV 45.
Deucalión: hijo de Prometeo y esposo de Pirra I 318, 350; VII 356.
Deyanira: esposa de Hércules IX 9, 138.
Día (1): personificación II 25.
Día (2): una de las islas Cícladas III 690; VIII 174.
Diana: diosa hija de Júpiter y Latona I 487, 695; II 425, 451; III 156,

180, 185, 252; IV 304; V 375, 619; VI 415; VII 746; VIII 272, 353, 395, 579; IX 89; X 536; XI 321, 536; XII 35; XIII 185; XIV 331; XV 196, 489.
Dicteo: de Dicte, montaña de Creta; por extensión, cretense III 2, 223; VIII 43; IX 717.
Dictina: sobrenombre de Diana II 441.
Dictis (1): marinero convertido en pez por Baco III 615.
Dictis (2): uno de los centauros que combate contra los lápitas XII 334, 337.
Dídimas: isla del mar Egeo VII 469.
Dimante: rey frigio, padre de Hécuba XI 761.
Dimántide: Hécuba, hija de Dimante XIII 620.
Díndimo: monte de Misia, al norte de Troya II 223.
Diomedes: héroe de la guerra de Troya XIII 100, 102, 242; XIV 457, 492; XV 806.
Dirce: ninfa y fuente de Beocia II 239.
Discordia; personificación XII 61.
Dite: otro nombre de Plutón IV 438, 511; V 384, 395, 569; XV 535.
Dodoneo: de Dodona, ciudad del Epiro VII 623.
Dodónida: de Dodona, ciudad del Epiro XIII 716.
Dolón: guerrero troyano XIII 98, 244.
Dólopes: pueblo de Tesalia XII 364.
Dorceo: uno de los perros de Acteón III 210.
Dórilas (1): compañero de Perseo V 129, 130.
Dórilas (2): uno de los centauros que combate contra los lápitas XII 380.
Doris: hija de Océano y Tetis, esposa de Nereo II 11, 269; XIII 742.
Dríades: ninfas de los bosques III 507; VI 453; VIII 746, 777; XI 49; XIV 326.
Driante: lápita que lucha contra el jabalí de Calidón y contra los centauros VIII 307; XII 290, 296, 311.
Dríope: hija de Éurito, seducida por Apolo y metamorfoseada en loto IX 331, 336, 342, 364, 364.
Drómade: uno de los perros de Acteón III 217.
Duliquio: de Duliquio, isla del mar Jónico en poder de Ítaca; se aplica a Ulises y a Ítaca XIII 107, 425, 711; XIV 226.

Eácida: descendiente de Éaco, rey de Egina; Ovidio lo aplica a Foco, Peleo, Telamón, Aquiles y a los habitantes de Egina VII 472, 494, 668, 798; VIII 4; XI 227, 246, 250, 274, 389, 400; XII 82, 96, 168, 365, 603, 613; XIII 33, 505.
Éaco: hijo de Júpiter y de Egina VII 474, 479, 506, 517, 864; IX 435, 440; XIII 25, 27.
Eagro: rey de Tracia, padre de Orfeo II 219.

Eante: río del Épiro I 580.
Ebálida: descendiente de Ébalo, rey de Esparta; dícese de Jacinto X 196; XIII 396.
Ecalia: ciudad de Eubea IX 136.
Ecálide: gentilicio de Ecalia IX 331.
Eclida: descendiente de Ecleo VIII 317.
Eco: ninfa enamorada de Narciso III 358, 359, 364, 368, 380, 387, 493, 501, 507.
Edipo: rey de Tebas XV 429.
Edónida: de Edón, monte de Tracia; se utiliza como sinónimo de tracio XI 69.
Eea: la isla de Circe IV 205.
Eetes: rey de la Cólquide, padre de Medea VII 9, 170.
Eetíade: Medea, hija de Eetes VII 326.
Eetioneo: de Eetión, rey de Tebas XII 110.
Éfira: otro nombre de Corinto II 240; VII 391.
Egeo (1): rey de Atenas, padre de Teseo VII 402, 420, 454; XV 856.
Egeo (2): mar entre Grecia y Asia Menor IX 448; XI 663.
Egeón: dios de las aguas II 10.
Egeria: ninfa esposa de Numa XV 547.
Egida: Teseo, hijo de Egeo VIII 174, 405, 560; XII 237, 343.
Egina (1): doncella raptada por Júpiter, madre de Éaco VII 616.
Egina (2): isla del golfo Sarónico VII 474.
Egipcio: gentilicio de Egipto XV 826.
Egipto: país del norte de África V 323.
Élato: padre de Cenis, metamorfoseada en Ceneo XII 189, 497.
Eleo: gentilicio de la Élide V 487, 576.
Eleleo: sobrenombre de Baco IV 15.
Eleusis: ciudad del Ática VII 439.
Élide: región al noroeste del Peloponeso II 679; V 494, 608; VIII 308; IX 187; XII 550; XIV 325.
Élimo: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 460.
Elíseo: zona de las moradas infernales donde habitaban las almas justas XIV 111.
Elpénor: enviado de Ulises ante Circe XIV 252.
Emátides: de Ematia, región de Macedonia, las Piérides V 669.
Ematio: de Ematia V 313; XII 462; XV 824.
Ematión: anciano muerto por evitar la lucha entre Perseo y Fineo V 100.
Enéada: descendiente de Eneas XV 682, 695, 804.
Eneas: héroe troyano, hijo de Venus y Anquises, cuya estirpe funda Roma XIII 665, 681; XIV 78, 116, 156, 170, 247, 441, 456, 581, 588, 600, 603; XV 437, 450, 762, 806, 861.
Eneo: rey de Calidón, padre de Meleagro y abuelo de Diomedes VIII

273, 281, 486.
Enésimo: hijo de Hipocoonte, que lucha contra el jabalí de Calidón VIII 362.
Enida: descendiente de Eneo VIII 414 (Meleagro); XIV 512 (Diomedes)
Enipeo: afluente del Peneo I 579; VI 116; VII 229.
Énnomo: guerrero troyano muerto por Ulises XIII 260.
Enopia: nombre antiguo de la isla de Egina VII 472, 473.
Enopio: de Enopia VII 490.
Envidia (*invidia*): personificación II 760, 770, 787.
Envidia (*livor*): personificación VI 129; X 515.
Eólida: descendiente de Eolo IV 512 (Atamante); VI 681; VII 672 (Céfalo); IX 507; XI 444, 573 (Alcíone); XIII 26 (Sísifo)
Eolio: de Eolo I 262; IV 487; VI 116; VII 357; XIV 232.
Eolo: dios de los vientos XI 748; XIV 103, 223, 224.
Eoo: uno de los caballos del Sol II 153.
Épafo: hijo de Io y Júpiter I 748, 756.
Epidauro: ciudad del Peloponeso III 278; VII 436; XV 643, 723.
Epimétide: Pirra, hija de Epimeteo I 390.
Épiro: región al noroeste de Grecia VIII 283; XIII 720.
Épito: rey de Albalonga XIV 613.
Epopeo: uno de los piratas tirrenos que intentan secuestrar a Baco III 619.
Equemon: uno de los gurreros que luchó contra Perseo V 163, 169.
Equeclo: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 450.
Equidna: madre de Cérbero IV 501; VII 408.
Equínades: náyades hijas de Equino metamorfoseadas en islas del mar Jónico por el Aqueloo VIII 589.
Equíon (1): esposo de Ágave y padre de Penteo III 126, 526; X 686.
Equíon (2): participante en la caza del jabalí de Calidón VIII 311, 345.
Equiónida: Penteo, hijo de Equíon III 513, 701.
Erasino: río de la Argólide XV 276.
Érebo: dios del Averno V 543; X 76; XIV 404.
Erecteo: rey de Atenas VI 677, 701; VII 430, 697; VIII 548.
Erecteida: Procris, hija de Erecteo VII 726.
Érice (*Erix*): montaña al oeste de Sicilia con santuario de Venus II 221; XIV 83.
Ericina: del monte Érix, sobrenombre de Venus V 363.
Erictonio: hijo de Vulcano y la Tierra II 553; IX 424.
Erídano: río que se identifica con el Po o con el Ródano II 324, 372.
Erigdupo: uno de los centauros que combate contra los lápitas XII 453.
Erígone: hija de Ícaro VI 125; X 451.
Erimanto (1): río de la Élide, afluente del Alfeo II 244.

Erimanto (2): monte que recorre Aretusa huyendo de Alfeo II 499; V 608.
Erinis: una de las Erinias, Furias o Euménides I 241, 725; IV 490; XI 14.
Erisicton: profanador de un bosque, condenado por Ceres a morir de hambre VIII 738, 779, 823, 840.
Érito: compañero de Fineo muerto por Perseo V 79.
Érix: uno de los que luchó con Fineo contra Perseo V 196.
Error: personificación XII 59.
Ésaco: hijo de Príamo metamorfoseado en somormujo XI 762, 791; XII 1.
Ésar: río de Crotona, en el Brutio XV 22, 54.
Escila (1): ninfa amada por Glauco, metamorfoseada en monstruo y después en roca VII 65; XIII 730, 900, 967; XIV 18, 39, 52, 59, 70.
Escila (2): hija de Niso VIII 91, 104.
Escilaceo: promontorio del suroeste de Italia XV 702.
Escirón: bandido que actuaba en la región de Mégara VII 444, 447.
Esciros: isla del mar Egeo XIII 156, 175.
Escitia: región al norte del mar Negro I 64; II 224; V 649; VIII 788, 797; XV 285.
Escita: gentilicio de Escitia X 588; XV 360.
Escítico: de Escitia VII 407; XIV 331.
Escorpión: constelación del Zodíaco II 83, 196.
Esmílace: doncella enamorada de Croco metamorfoseada en flores IV 283.
Esmínteo: epíteto de Apolo XII 585.
Esón: rey de Yolcos, padre de Jasón VII 84, 110, 132, 162, 252, 287, 292, 303.
Esónida: Jasón, hijo de Esón VII 60, 77, 164, 255; VIII 411.
Esonio: Jasón, hijo de Esón VII 156.
Esparta: ciudad al sur del Peloponeso VI 414; X 170, 217; XV 426, 428.
Espartano: gentilicio de Esparta III 208.
Esperquío: río de Tesalia I 579; II 250; VII 230.
Esperquiónida: del Esperquío V 86.
Esqueneo: héroe beocio padre de Atalanta X 609, 660.
Estabias: ciudad de la Campania XV 711.
Esténelo (1): padre de Cicno (1) II 367.
Esténelo (2): padre de Euristeo IX 273.
Esticte: una de las perras de Acteón III 217.
Estífelo: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 459.
Estigia: laguna del mundo subterráneo I 139, 189, 737; II 101; III 505, 695; IV 434; V 115, 504; X 13, 65, 313, 697; XI 500; XII 322; XV 154.
Estigio: de la Estigia III 272, 290; IV 437; VI 662; XIII 465; XIV 155,

591; XV 791.
Estinfalio: del Estínfalo, lago de Arcadia V 585; IX 187.
Estrimón: río de Tracia II 257.
Estrófades: islas del mar Jónico, morada de las Harpías XIII 709.
Eta: montaña al sur de Tesalia II 217; IX 165, 204, 230, 249.
Etalión: compañero de Acetes III 647.
Eteo: del monte Eta I 313 (campos); XI 383 (Ceix, rey de Traquis, cercana al Eta)
Etíon: adivino muerto por Perseo V 146.
Etíope: de Etiopía I 778; II 236; IV 669; XV 320.
Etna: volcán de Sicilia II 220; IV 663; V 352, 442; XIII 770, 868, 877; XIV 1, 160, 188; XV 340.
Etneo: del Etna VIII 260.
Etolio: gentilicio de Etolia, región de Grecia central XIV 461, 528.
Etón: uno de los caballos del Sol II 153.
Etruria: región al norte de Roma XIV 223.
Etrusco: gentilicio de Etruria XIV 615; XV 558.
Ehuan: sobrenombre de Baco IV 15.
Eubea: isla del Egeo XIII 660.
Euboico: gentilicio de Eubea VII 232; IX 218, 226; XIII 182, 905; XIV 4, 155.
Euforbo: guerrero troyano muerto por Menelao XV 161.
Eúfrates: río de Mesopotamia II 248.
Euipe: madre de las Piérides V 303.
Eumelo: tebano que mató a su hijo en un ataque de ira VII 390.
Euménides: otro nombre de la Furias o Erinias VI 430, 431; VIII 482; IX 410; X 46.
Eumolpo: hijo de Poseidón y Quíone, rey de Tracia XI 93.
Eurídice: esposa de Orfeo X 31, 48; XI 63, 66.
Euríloco: compañero de Ulises XIV 252, 287.
Eurimo: padre del adivino Télemo XIII 771.
Eurínome: madre de Leucótoe IV 210, 219.
Eurínomo: uno de los centauros que luchó contra los lápitas XII 310.
Eurípilo (1): hijo de Neptuno y rey de Cos muerto por Hércules VII 363.
Eurípilo (2): guerrero griego de la guerra de Troya XIII 357.
Euristeo: rey de Micenas IX 203; 274.
Eurítida: descendiente de Éurito VIII 371.
Euritión: participante en la caza del jabalí de Calidón VIII 311.
Éurito (1): abuelo de Anfiso IX 356.
Éurito (2): rey de Ecalia, padre de Yole IX 395.
Éurito (3): uno de los centauros que luchó contra los lápitas XII 220, 224, 228.
Euro: viento del Este I 61; II 160; VII 659, 660, 664; VIII 2; XI 481; XV

603.
Europa (1): continente V 648.
Europa (2): hija de Agenor seducida por Júpiter: VI 104; VIII 120.
Europeo: de Europa VIII 23.
Eurotas: río de Laconia II 247; X 169.
Evagro: uno de los lápitas que luchó contra los centauros XII 290, 293.
Evandro: héroe griego aliado de Eneas XIV 456.
Eveno: río de Etolia IX 104; VIII 528.
Exadio: uno de los lápitas que lucha contra los centauros XII 266.
Faetón: hijo del Sol y Clímene I 751, 755, 765, 777; II 34, 47, 54, 99, 103, 111, 150, 169, 179, 227, 319, 327, 342, 369, 381; IV 246; XII 581.
Faetusa: una de las Helíades, hijas del Sol II 346.
Fama: personificación del rumor IX 137; XII 43.
Fántaso: uno de los hijos del Sueño XI 642.
Fárfaro: río afluente del Tíber XIV 330.
Faro: isla junto a Alejandría IX 773; XV 287.
Farsalia: ciudad de Tesalia XV 823.
Fasíade: del Fasis, Medea VII 298.
Fasis: río de la Cólquide II 249; VII 6.
Faunígena: hijo de Fauno, Latino XIV 449.
Fauno: dios latino equivalente a Pan; rey del Lacio y padre de Latino VI 329; XIII 750.
Faunos: divinidades campestres latinas I 193; II 392.
Favonio: viento del Oeste IX 661.
Feacios: habitantes de Corcira que acogieron a Ulises XIII 719.
Febe: otro nombre de Diana I 476; II 415; VI 216; XII 36; I 11; II 723 (la luna)
Febeo: de Febo II 545; III 130; V 389; VII 365; IX 663; XV 642, 742.
Febo: otro nombre de Apolo I 451, 452, 463, 490, 553; II 608, 628; III 8, 10, 18; V 330; VI 122, 215; VIII 31, 350; X 162, 178, 197, 214; XI 58, 164, 303, 310, 316; XIII 410, 501, 632, 640, 677; XIV 133, 141, 150; XV 550, 631, 865; (Apolo identificado con el Sol) I 338, 752; II 24, 36, 110, 399; III 151; IV 349; VI 486; VII 324; XI 595; XIV 416; XV 191, 418.
Fédimo: uno de los hijos de Níobe VI 239.
Fegeo: gentilicio de Psófide, antes Fegea II 244.
Fegeo: rey de Fegea, en Arcadia IX 412.
Fene: esposa de Périfas, metamorfoseada en halcón VII 399.
Féneo: lugar de Arcadia XV 332.
Fenicio: gentilicio de Fenicia III 46; XV 288.
Fénix (1): hijo de Amíntor, participante en la caza del jabalí de Calidón VIII 307.

Fénix (2): ave fabulosa capaz de renacer XV 393.
Feócomes: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 431.
Feretíada: Admeto, hijo de Feres, rey de Feras, en Tesalia VIII 310.
Festíada: de Festos, ciudad de Creta IX 716.
Festio: de Festos IX 669.
Fíale: ninfa del séquito de Diana III 172.
Filamón: hijo de Apolo y Quíone XI 317.
Filemón: esposo de Baucis, pareja a la que visitan Mercurio y Júpiter VIII 631, 682, 706, 714, 715.
Fileo (1): hijo de Augías que participó en la caza del jabalí de Calidón VIII 308.
Fileo (2): de Filos, ciudad de Tesalia XII 479.
Filio: amante de Cicno VII 372.
Filipos: ciudad de Macedonia XV 824.
Fílira: madre del centauro Quirón II 676; VII 352.
Filoctetes: guerrero griego en la guerra de Troya, herido y abandonado en Lemnos XIII 329.
Filomela: hija de Pandión y hermana de Procne VI 451, 475, 503, 511, 553, 572, 601, 643, 658.
Fineo (1): pretendiente de Andrómeda V 8, 36, 89, 92, 93, 109, 157, 158, 210, 231.
Fineo (2): rey de Tracia, ciego y adivino, atormentado por las Harpías VII 3.
Flegias: compañero de Fineo en la lucha contra Perseo V 87.
Flegetonte: uno de los cinco ríos del Infierno V 544; XV 532.
Flegieos: pueblo de la Fócide XI 414.
Flegonte: uno de los caballos del Sol II 154.
Flegreo (1): de Flegra, lugar de la Calcídica X 151.
Flegreo (2): uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 378.
Fobétor: uno de los hijos del Sueño XI 640.
Focea: ciudad de Asia Menor II 569; VI 9.
Foceo: gentilicio de la Fócide XI 348.
Fócide: región de la Grecia continental lindante con Beocia I 313; V 276.
Foco: hijo de Éaco, rey de Egina, y de Psámate VII 477, 668, 670, 733, 795, 796; XI 267, 381.
Folo: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 306.
Forbante (1): compañero de Fineo en la lucha contra Perseo V 74, 78.
Forbante (2): salteador de los caminos que conducían a Delfos XI 414.
Forbante (3): uno de los lápitas que lucha contra los centauros XII 322.
Forcínide: Medusa, hija de Forcis IV 743; V 230.
Forcis: padre de las Górgonas y las Graias IV 775.
Forónide: Io, hermana de Foroneo I 668; II 524.

Fortuna: diosa que personifica la suerte II 140; III 141; V 140; VI 195; VIII 73; XIII 334.
Frigia: región en el centro de Asia Menor VI 146, 177, 400; XI 203; XIII 429, 579.
Frigio: gentilicio de Frigia VI 166; VIII 162, 621; X 155; XI 91; XII 38, 70, 148, 612; XIII 44, 244, 337, 389, 432, 435, 721; XIV 79, 547, 562; XV 444, 452.
Frío: personificación VIII 790.
Frixo: hijo de Atamante, hermano de Hele VII 7.
Ftía: ciudad de Tesalia, patria de Aquiles XIII 156.

Galántide: sirvienta de Alcmena metamorfoseada en comadreja IX 306, 316.
Galatea: Nereida enamorada de Acis XIII 738, 789, 798, 839, 863, 869, 880, 898.
Galo: gentilicio de la Galia I 533.
Ganges: río de la India II 249; IV 21; V 47; VI 636.
Ganimedes: príncipe troyano raptado por Júpiter X 155; XI 756.
Gargafia: valle y fuente de Beocia III 156.
Gíaros: una de las islas Cícladas V 252; VII 470.
Gigantes: monstruos nacidos de la Tierra y de la sangre de Urano I 152; V 319; X 150; XIV 1, 184.
Giganteo: de Gigante V 346.
Glauco: Pescador de Eubea transformado en dios del mar VII 233; XIII 906; XIV 9, 38, 68.
Gorge: hermana de Meleagro VIII 543.
Gorgonas: hijas de Forcis; una de ellas es Medusa IV 618, 699, 779; V 180, 196, 202, 209.
Gorgóneo: de Gorgona IV 801.
Gortiniaco: de Gortina, ciudad de Creta VII 778.
Gracias: hijas de Júpiter y Eurínome VI 429.
Gradivo: epíteto de Marte VI 427; XIV 820; XV 863.
Griego: gentilicio de Grecia VII 214; XII 64, 609; XIII 241, 281, 402, 414; XIV 163, 220, 325; XV 9, 645.
Gránico: río de Frigia, en Asia Menor XI 763.
Grecia IV 606; XIII 199; XIV 474.
Grineo: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 260, 268.

Halcioneo: compañero de Fineo en el combate contra Perseo V 135.
Haleso: guerrero macedonio que lucha contra los centauros XII 462.
Halio: guerrero licio muerto por Ulises XIII 258.
Hamadríades: ninfas de los bosques I 690; XIV 624.
Hambre: personificación VIII 784, 785, 791, 799, 814.

Hárpalo: uno de los perros de Acteón III 222.
Harpía: una de las perras de Acteón III 215.
Hebe: hija de Júpiter y Juno que personifica la juventud IX 400.
Hebro: río de Tracia II 257; XI 50.
Hécate: diosa de la magia que controla el nacimiento y la muerte VI 139; VII 74, 174, 194, 241; XIV 405.
Héctor: príncipe troyano hijo de Príamo y Hécuba XI 758, 760; XII 3, 67, 69, 75, 77, 447, 448, 548, 591, 607; XIII 7, 82, 178, 178, 275, 279, 384, 426, 427, 486, 487, 512, 666.
Hécuba: esposa de Príamo y reina de Troya, llamada Hécabe en griego XIII 423, 549, 556, 575, 577.
Hele: hija de Atamante y hermana de Frixo XI 195.
Helena: hija de Júpiter y Leda, esposa del rey de Esparta, Menelao, raptada por el troyano Paris XIII 200; XIV 669.
Héleno: hijo de Príamo y Hécuba, gemelo de Casandra XIII 99, 723; XV 438, 450.
Helesponto: estrecho entre Europa y Asia que recibe su nombre de Hele XIII 407.
Helíades: hijas del Sol y hermanas de Faetón II 340; X 91, 263.
Hélice (1): ciudad de Acaya XV 293.
Hélice (2): partidario de Fineo muerto por Perseo V 87.
Hélice (3): otro nombre de la constelación Osa Mayor o Carro VIII 207.
Helicón: montaña de Beocia, hogar de las Musas II 219; V 254, 663; VIII 534.
Hélope: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 334, 335.
Hemo (Hemón): montaña de Tracia II 219; VI 87; X 77.
Hemón: Sagitario II 81.
Hemonia: otro nombre de Tesalia I 568; II 543; V 306; VII 264; VIII 813; XI 229.
Hemonio: de Hemonia es decir, de Tesalia II 599; VII 159, 314; XI 409, 652; XII 81, 213, 353.
Henna: ciudad de Sicilia V 385.
Hercúleo: de Hércules IX 162; XI 627; XII 309, 539, 554; XV 8, 47, 231, 711.
Hércules: hijo de Júpiter y Alcmena VII 364; IX 135, 256, 264, 278, 286; XII 574; XIII 23, 52; XV 284.
Hermafrodito: hijo de Mercurio y Venus IV 383.
Herse: hija de Cécrope, amada por Mercurio II 559, 724, 739, 747, 809.
Hersilia: esposa de Rómulo XIV 830, 839, 848.
Hesíone: princesa troyana hija de Laomedonte y hermana de Príamo XI 217.
Hesperia (1): el Occidente para los griegos II 142, 258, 325; IV 214; XI 258.

Hesperia (2): ninfa perseguida por Ésaco XI 769.
Hespérides: ninfas que custodiaban las manzanas de oro XI 114.
Hesperio: gentilicio de Hesperia IV 628.
Héspero: hijo de Aurora catasterizado en la estrella vespertina, Venus o Lucífero V 441.
Híades: hijas de Atlas, situadas junto a las Pléyades III 595; XIII 293.
Híale: ninfa del séquito de Diana III 171.
Hiantio (hianteo): beocio III 147; V 312; VIII 310.
Hijas de la Memoria (Memnónides): las Musas V 268, 280.
Hiláctor: uno de los perros de Acteón III 224.
Hileo (1): uno de los perros de Acteón III 213.
Hileo (2): participante en la caza del jabalí de calidón VIII 312.
Hileo (3): natural de la ciudad de Hile, en Beocia XIII 684.
Hiles: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 378.
Hilo: hijo de Hércules y Deyanira IX 279.
Hilónome: centaura que lucha contra los lápitas XII 405, 423.
Himeneo: dios del matrimonio I 480; IV 758; VI 429; IX 762, 765, 796; X 2; XII 215.
Himeto: montaña del Ática VII 702; X 284.
Hipalmón: héroe que participa en la caza del jabalí de Calidón VIII 360.
Hípanis: río de Escitia XV 285.
Hípaso (1): uno de los participantes en la caza del jabalí de Calidón VIII 313.
Hípaso (2): uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 352.
Hipepas: ciudad de Lidia, en Asia Menor VI 13; XI 152.
Hiperbóreo: del Hiperbóreo, región desconocida XV 356.
Hiperión: Titán padre del Sol IV 192, 241; VIII 565; XV 406, 407.
Hipocoonte: rey de Esparta VIII 314, 363.
Hipodamante: padre de Perimele VIII 593, 600.
Hipódame: esposa de Pirítoo, rey de los lápitas XII 210, 224.
Hipólito: hijo de Teseo y Antíope XV 497, 544.
Hipómenes: vencedor y marido de Atalanta X 575, 587, 608, 632, 640, 651, 658, 668, 690.
Hipótada: Eolo, descendiente de Hípotes XI 431; XIV 86, 224; XV 707.
Hípotes: padre de Eolo IV 663.
Hipótoo: uno de los participantes en la caza del jabalí de Calidón VIII 307.
Hipseo: partidario de Fineo en la lucha contra Perseo V 98, 99.
Hipsípila: hija de Toante, rey de Lemnos XIII 399.
Hirie: ciudad de Beocia VII 371, 380.
Hodites (1): guerrero cefeno que lucha contra Perseo V 97.
Hodites (2): uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 457.
Hora: otro nombre de Hersilia, esposa de Rómulo XIV 851.

Horas: hijas de Júpiter y Temis II 26,118.

Iápige: gentilicio de Iapigia XIV 458, 509; XV 52.
Iapigia: región de Apulia XV 703.
Iberia: nombre que daban los griegos a España VII 324; XV 12.
Ibero: natural de Iberia IX 184.
Ícaro (1): hijo de Dédalo VIII 195, 204, 231, 232, 233.
Ícaro (2): padre de Erígone X 450.
Ícelo: uno de los hijos del Sueño XI 640.
Icnóbates: uno de los perros de Acteón III 207, 208.
Ida (1): monte de Frigia cercano a Troya II 218; IV 277, 289, 293; VII 359; X 71; XI 762; XII 521; XIII 324; XIV 535.
Ida (2): víctima neutral de Fineo V 90.
Idalia: sobrenombre de Venus XIV 694.
Idas (1): compañero de Diomedes metamorfoseado en ave XIV 504.
Idas (2): hijo de Afareo, participante en la caza del jabalí de Calidón VIII 305.
Idmón: tintorero padre de Aracne VI 8.
Idmonia: hija de Idmón, Aracne VI 133.
Idomeneo: rey de Creta que combatió en Troya XIII 358.
Ifigenia: hija de Agamenón y Clitemnestra XII 31.
Ifínoo: centauro que lucha contra los lápitas XII 379.
Ifis (1): doncella cretense criada por sus padres como un hombre IX 668, 709, 715, 724, 745, 786, 794, 797.
Ifis (2): enamorado de Anaxárete XIV 699, 717, 753.
Ifito: padre de Cérano XIII 257.
Ilia: Rea Silvia, madre de Rómulo XIV 781, 824.
Ilíaco: de Troya XI 766; XII 599; XIII 196.
Ilíada (1): hijo de Ilo, Ganimedes X 160.
Ilíada (2): hijo de Ilia, Rómulo XIV 781.
Ilión: otro nombre de Troya VI 95; XIII 408, 505; XIV 467.
Ilioneo: uno de los hijos de Níobe VI 261.
Iliria: región al norte del Épiro y Macedonia IV 568.
Ilitía: diosa de los partos IX 283.
Ilo: héroe epónimo de Ilión XI 756.
Imbreo: centauro que lucha contra los lápitas XII 310.
Ínaco: río de la Argólide, padre de Io I 583, 611, 640, 642, 645, 651; IV 720.
Ináquida: Épafo, descendiente de Ínaco I 753.
Ináquide: Io, hija de Ínaco IX 687.
Inárime: isla del golfo de Nápoles XIV 89.
India: región de Asia IV 21, 606; XI 167; XV 413.
Indígetes: dioses tutelares de los romanos XIV 608; XV 862.

Indio: de la India VIII 288.
Indo: gentilicio de la India I 778; V 47.
Ino: tía materna de Baco III 313, 722; IV 431, 497, 528.
Ínsula: la isla Tiberina XV 740.
Invierno: personificación II 30.
Io: hija de Ínaco seducida por Júpiter I 584, 628, 629.
Iris: mensajera de Juno I 271; IV 480; XI 585, 590, 630; XIV 85, 830, 839.
Ise: hija de Macareo seducida por Apolo VI 124.
Isis: diosa egipcia, hermana y esposa de Osiris IX 773.
Ismario: de Ismaria, región de Tracia II 257; IX 642; X 305; XIII 530.
Isménide: descendiente del Ismeno, sinónimo de tebano III 169, 733; IV 31, 562; VI 159.
Ismenio: del Ismeno (1), sinónimo de tebano XIII 682.
Ismeno (1): río de Beocia II 244.
Ismeno (2): uno de los hijos de Níobe VI 224.
Istmo: de Corinto, que une el Peloponeso y la Grecia continental VI 419, 420; VII 405.
Istro: nombre antiguo del Danubio II 249.
Ítaca: isla del mar Jónico, patria de Ulises XIII 98, 103, 512, 711; XIV 169.
Italia: la península itálica XV 291, 701.
Itálico: de Italia XIV 17; XV 9, 59.
Itis: hijo de Tereo y Procne VI 437, 620, 636, 652, 658.
Ixión: rey de los lápitas y padre de Pirítoo IV 461, 465; VIII 403, 613; X 42; XII 210, 338, 504.
Ixiónida: Pirítoo, hijo de Ixión VIII 567.

Jacintias: fiestas anuales en honor de Jacinto X 219.
Jacinto: joven espartano amado por Apolo X 185, 217.
Janígena: Canente, hija de Jano XIV 381.
Jano: dios romano representado con dos caras XIV 334, 785, 789.
Janto: río de la Tróade también llamado Escamandro II 245; IX 646.
Jápeto: Titán padre de Prometeo y de Atlas I 82; IV 632.
Jasón: héroe que conquistó el vellocino de oro, esposo de Medea VII 5, 25, 26, 48, 66, 175, 397; VIII 302, 349.
Jonio: mar que separa Grecia del sur de Italia XV 50, 700.
Jonio: de Jonia XIV 334.
Juba: rey de Numidia XV 755.
Julio: nombre gentilicio de César XV 842.
Julo: hijo de Eneas y Andrómaca XIV 583; XV 447, 767.
Juno: hermana y esposa de Júpiter I 270, 601, 678; II 469, 508, 518, 525; III 263, 285, 287, 320, 362; IV 173, 421, 426, 448, 473, 479,

523, 548; VI 91, 94, 207, 337, 428; VII 523; VIII 220; IX 21, 284, 296, 309, 400, 499, 762, 796; X 161; XI 578, 629; XII 505; XIV 85, 114, 582, 829; XV 164, 385, 774.
Júpiter: rey de los dioses I 106, 114, 116, 166, 205, 208, 244, 274, 324, 517, 588, 589, 615, 623, 673, 733, 749; II 62, 377, 390, 396, 422, 429, 437, 438, 444, 473, 481, 488, 678, 697, 726, 744; III 7, 26, 256, 261, 265, 270, 272, 280, 281, 283, 288, 318, 333, 363; IV 3, 260, 282, 610, 610, 640, 645, 650, 697, 698, 714, 755, 800; V 12, 297, 327, 369, 513, 514, 523, 528, 565; VI 51, 72, 74, 94, 111, 176, 517; VII 367, 588, 596, 615, 623, 652, 801; VIII 99, 122, 152, 265; IX 14, 24, 26, 104, 137, 199, 229, 243, 261, 265, 289, 303, 404, 414, 416, 427, 439; X 148, 148, 149, 156, 161, 224; XI 41, 219, 224, 226, 286, 756; XII 11, 51; XIII 5, 28, 28, 91, 142, 143, 145, 216, 269, 384, 409, 574, 586, 600, 707, 843, 844, 857; XV 12, 70, 386, 858, 858, 866, 871.
Juventud: personificación VII 241.

Labro: uno de los perros de Acteón III 224.
Lacedemonio: de Lacedemonia o Esparta XV 50.
Lacinio: del cabo Lacinio, al sur del golfo de Tarento XV 13, 701.
Lacio: región de Italia central I 560; II 366; XI 326, 390, 422, 832; XIV 452; XV 481, 486, 582, 626, 742.
Lacne: una de las perras de Acteón III 222.
Lacón: uno de los perros de Acteón III 219.
Laconio: de Laconia o Esparta III 223.
Láctea: vía I 169.
Ladón: río de Arcadia I 702.
Ladón: uno de los perros de Acteón III 216.
Laertes: rey de Ítaca, padre de Ulises XII 625; XIII 144.
Laertíada: Ulises, hijo de Laertes XIII 48, 124.
Laíada: Edipo, hijo de Laio VII 759.
Lamo: lestrigón, hijo de Neptuno XIV 233.
Lampétida: citaredo cefeno muerto en la lucha entre Perseo y Fineo V 111.
Lampetie: una de las Helíades, hijas del Sol II 349.
Laomedonte: hijo de Ilo, héroe epónimo de Ilión VI 96; XI 200, 757.
Laomedonteo: de Laomedonte, es decir, de Troya XI 196.
Lápita: pueblo de Tesalia cuyo rey era Ixión XII 250, 261, 417, 536.
Lapiteo: de los lápitas XII 530; XIV 670.
Larisa: ciudad de Tesalia II 542.
Latino (1): hijo de Fauno y rey del Lacio que acoge a Eneas XIV 449.
Latino (2) rey de Alba XIV 611, 612.
Latino (3): del Lacio XIV 610, 623, 832.

Latona: madre de Apolo y Diana I 696; VI 160, 162, 171, 186, 200, 214, 274, 280, 336, 384; VIII 15, 278; XI 196; XIII 635.
Latonia: Diana, hija de Latona VIII 394, 542.
Latonígena: Apolo y Diana, hijos de Latona VI 160.
Latreo: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 463.
Laurente (1): ciudad del Lacio XIV 342.
Laurente (2): gentilicio de Laurente XIV 336, 598.
Lavinia: hija de Latino, esposa de Eneas XIV 570.
Lavinio: ciudad del Lacio fundada por Eneas XV 728.
Learco: hijo de Ino y Atamante IV 516.
Lebinto: una de las islas Espóradas VIII 222.
Leda: madre de Cástor y Pólux tras ser seducida por Júpiter en forma de cisne VI 109.
Lélape: perro que Céfalo regala a Procris III 211; VII 771.
Lelegeida: de los léleges, es decir, de Mégara IX 652.
Lelegeo: de los léleges (1) VIII 6.
Léleges (1): habitantes de Mégara VII 443.
Léleges (2): pueblo de Caria, en Asia Menor IX 645, 652.
Lélex (1): participante en la caza del jabalí de Calidón VIII 312.
Lélex (2): hijo de Piteo y compañero de Teseo VIII 568, 617.
Lemnio: de Lemnos IV 185.
Lemnos: isla al norte del Egeo, frente a Troya II 757; XIII 46, 313.
Leneo: epíteto de Baco IV 14; XI 132.
León: constelación del Zodíaco II 81.
Lerna: lugar de la Argólide donde vivía la Hidra I 597; IX 69, 130, 158.
Lesbos: isla del Egeo frente a la costa de Lidia II 591; XI 55; XIII 173.
Lestrigón: pueblo de Sicilia que practicaba la antropofagia XIV 233, 237.
Letea: esposa de Óleno X 70.
Leteo: uno de los ríos del Infierno VII 152; XI 603.
Letoide: Calaurea, isla protegida por Leto (Latona) VII 384.
Léucade: isla del mar Jónico XV 289.
Leucipo: rey de Mesenia que participa en la caza del jabalí de Calidón VIII 306.
Leucón: uno de los perros de Acteón III 218.
Leucónoe: una de las hijas de Minias IV 168.
Leucosia: isla del mar Tirreno XV 708.
Leucótea: nombre de Ino tras ser convertida en diosa del mar IV 542.
Leucótoe: hija de Órcamo, seducida por el Sol IV 196, 208, 220.
Líber: nombre latino de Baco III 520, 528, 636; VI 125; VII 295, 360; VIII 177; XI 105; XIII 650.
Libia: región del norte de África II 237; IV 617; XIV 77.
Libio: de Libia V 75, 328.

Libis: uno de los marineros tirrenos transformados en pez por Baco III 617, 676.
Licabante (1): guerrero cefeno que lucha contra Perseo V 60.
Licabante (2): uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 302.
Lícabas: uno de los marineros tirrenos transformados en pez por Baco III 624; III 673.
Licaón: rey de Arcadia, padre de Calisto I 165, 198, 209; II 526.
Licaonia: Calisto, hija de Licaón II 496.
Licas: compañero de Hércules IX 155, 211, 213, 229.
Liceo (1): montaña de Arcadia I 217, 698; VIII 317.
Liceo (2): lugar de Atenas II 710.
Liceto: guerrero cefeno que lucha contra Perseo V 86.
Licia: región de Asia Menor IV 296; VI 317, 340, 382; IX 645.
Lícidas: uno de los centauros que luchó contra los lápitas XII 310.
Licio: de Licia XII 116; XIII 255.
Licisca: una de las perras de Acteón III 220.
Lico (1): uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 332.
Lico (2): uno de los compañeros de Diomedes metamorfoseados en aves XIV 504.
Lico (3) afluente del Meandro XV 273.
Licopes: uno de los centauros que luchan contra los lápitas XII 350.
Licormas (1): río de Etolia II 245.
Licormas (2): compañero de Perseo en la lucha contra Fineo V 119.
Lictio: de Licto, ciudad de Creta VII 490.
Licurgo: rey de Tracia IV 22.
Lidia: región de Asia Menor VI 146.
Lidio: de Lidia VI 11; XI 98.
Lieo: sobrenombre de Baco IV 11; VIII 274; XI 67.
Ligdo: padre de Ifis IX 670, 684.
Ligur: pueblo del norte de Italia II 370.
Lilibeo: cabo de Sicilia V 351; XIII 726.
Límira: ciudad de Licia IX 646.
Limnea: hija del Ganges y madre de Atis V 48.
Linceo: hijo de Afareo, participante en la caza del jabalí de Calidón VIII 304.
Lincestio: de la Lincéstide, región al sur de Macedonia, referido a un río cuyas aguas embriagan XV 329.
Lincida: Perseo, descendiente de Linceo IV 767; V 99, 185.
Linco: rey de Escitia metamorfoseado en lince V 650.
Lirceo: montaña del Peloponeso I 598.
Liríope: ninfa seducida por el Cefiso, madre de Narciso III 342.
Lirnesio: de Lirneso, ciudad de Misia, en Asia Menor XII 108; XIII 176.
Literno: ciudad de Campania XV 714.

Lotis: ninfa metamorfoseada en loto IX 347.
Lucero: lucero vespertino y matutino, padre de Céix II 115, 723, 723; IV 629, 665; VIII 2; XI 98, 271, 346, 570; XV 189, 789.
Lucina: diosa romana de los partos V 304; IX 294, 698; X 507, 510.
Luna: deificación de la Luna II 208; VII 207, 531; XIV 367.
Luto: personificación IV 484.

Macareide: Ise, hija de un Macareo desconocido VI 124.
Macareo (1): el peletronio, uno de los lápitas que lucha contra los centauros XII 452.
Macareo (2): el neritio, compañero de Ulises XIV 159, 318, 441.
Macedonio: de Macedonia XII 466.
Madre: coronada de torres, Cibeles X 696.
Maera: mujer transformada en perra VII 362.
Magnesia: región de Grecia al este de Tesalia XI 408.
Manes: las almas de los difuntos I 586; V 73, 116; VI 699; VIII 488; IX 406; XIII 448, 465; XIV 105.
Manto: profetisa hija de Tiresias VI 157.
Maratón: llanura al noreste del Ática VII 434.
Mareótico: relativo al lago Mareotis, al sur de Alejandría IX 773.
Marmárida: Córito, natural de Marmáride, región al norte de África V 125.
Marsias: sátiro que desafió a Apolo VI 400.
Marte; dios de la guerra III 32, 132, 531; IV 171; VI 70; VII 101; VIII 20; XII 91, 379, 610; XIII 208, 360; XIV 798, 806.
Marte: la guerra III 540; VII 140; XIII 11, 208; XIV 246, 450; XV 746.
Mavortio: Meleagro, hijo de Marte VIII 437.
Maya: ninfa del Cilene seducida por Júpiter, madre de Mercurio II 685; XI 303.
Meandrio: Cauno, descendiente de Meandro IX 574.
Meandro: río de Frigia II 246; VIII 162; IX 451.
Medea; hija del rey de la Cólquide, maga, que ayuda a Jasón VII 11, 41, 70, 257, 285, 406.
Medón (1): uno de los piratas tirrenos que intentan secuestrar a Baco III 671.
Medón (2): uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 304.
Medusa: una de las Gorgonas, víctima de Perseo IV 655, 743, 781, 783; V 69, 217, 246, 249, 257, 312; X 22.
Megareo (1): padre de Hipómenes X 605.
Megareo (2): hijo de Megareo, Hipómenes X 659.
Melampo: uno de los perros de Acteón III 206, 208.
Melaneo (1): uno de los perros de Acteón III 222.
Melaneo (2): uno de los compañeros de Perseo en la lucha contra Fineo

V 128.
Melaneo (3): uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 306.
Melanquetes: uno de los perros de Acteón III 232.
Melante: río de Macedonia II 247.
Melanto (1): uno de los piratas tirrenos que intentan secuestrar a Baco III 617.
Melanto (2): hija de Deucalión seducida por Neptuno VI 120.
Meleagro: hijo de Eneo y Altea, héroe de Calidón VIII 270, 299, 385, 515; IX 149.
Melicertes: hijo de Ino y Atamante IV 522.
Memnón: hermano de Príamo muerto en combate con Aquiles XIII 579, 595, 600.
Memnónides: aves surgidas de la pira de Memnón XIII 618.
Ménades: Bacantes, practicantes de los ritos báquicos XI 22.
Ménalo: montaña de Arcadia I 216; II 415, 442; V 608.
Mendesio: Celadón, natural de Mendes, ciudad del delta del Nilo V 144.
Menelao: esposo de Helena y hermano de Agamenón XIII 203.
Menefrón: cilenio incestuoso VII 386.
Menetes: guerrero licio víctima de Aquiles XII 116, 127.
Meonia: región de Asia Menor III 583; VI 149.
Meónide: Aracne, natural de Meonia VI 103.
Meonio: de Meonia II 252; IV 423; VI 5.
Mercurio: hijo de Júpiter y Maya, mensajero de los dioses II 741; IV 288, 754.
Meríones; cretense que combate con los griegos en la guerra de Troya XIII 359.
Mérmero; uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 305.
Mérope: esposo de Clímene y padre putativo de Faetón I 763; II 184.
Mes: personificación II 25.
Mesapio: de Mesapia, región al sur de Italia XIV 513.
Mesene: ciudad de Mesenia, en el Peloponeso VI 417.
Mesenia: otra grafía de la anterior XII 549.
Mesenio: gentilicio de Mesenia II 679.
Mesina (o Messenia): ciudad el este de Sicilia XIV 17.
Metimna: ciudad de la isla de Lesbos XI 55.
Metíon: padre de Forbante, víctima de Perseo V 74.
Mícale (1): montaña de Asia Menor II 223.
Mícale (2): maga, madre del lápita Orío XII 263.
Micenas: ciudad de la Argólide VI 414; XV 426, 428.
Micénida: Ifigenia, hija de Agamenón, natural de Micenas XII 34.
Míconos: una de las islas Cícladas VII 463.
Midas: rey de Frigia XI 92, 162, 174.
Migdonio: de Frigia II 247; VI 45.

Milétide: Biblis, hija de Mileto IX 635.
Mileto: padre de Cauno y Biblis, fundador de la ciudad de su nombre IX 444, 447.
Milón: atleta de Crotona XV 229.
Mimante: montaña de Jonia, en Asia Menor II 222.
Minerva: diosa de la sabiduría II 563, 588, 709, 749, 788; IV 33, 755, 798, 803; VIII 250, 264, 275, 664; XIII 337, 381, 653; XIV 475; XV 709.
Minias (1): descendientes de Minias, es decir, los argonautas VI 720; VII 1, 8, 115, 120.
Minias (2): rey de Orcómenos, padre de las Miníades IV 1, 32, 389, 425.
Minos: hijo de Júpiter y Europa, rey de Creta VII 456, 472; VIII 6, 24, 42, 45, 64, 95, 152, 157, 174, 187; IX 437, 441.
Minturno: ciudad de Campania XV 716.
Mirmidones: hombres surgidos de hormigas VII 654.
Mirra: hija de Cíniras, enamorada de su padre X 312, 363, 402, 441, 476.
Míscelo: hijo de Alemón de Argos, fundador de Crotona XV 20.
Misio: de Misia, región de Asia Menor XV 277.
Mitrídates: rey del Ponto, al norte de Asia Menor XV 755.
Mnemósine: madre de las Musas VI 114.
Módena: ciudad de la Galia transpadana XV 823.
Moloso: natural de un pueblo del Épiro I 226; XIII 717.
Molpeo: partidario de Fineo contra Perseo V 163, 168.
Mónico: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 499.
Mopso: adivino, hijo de Ámpice XII 456, 456, 528.
Mopsopio: de Mopsopia, es decir, de Atenas V 661; VI 423.
Morfeo: uno de los hijos del Sueño XI 635, 647, 671.
Mulcíber: sobrenombre de Vulcano II 5; IX 263, 423; XIV 533.
Muniquio: de Muniquia, puerto de Atenas II 709.
Musas: ninfas hijas de Mnemósine, patronas de las artes V 294, 337; X 148; XV 622.

Nabateo: de Nabatea, en Arabia I 61; V 163.
Nape: una de las perras de Acteón III 214.
Nar: afluente del Tíber XIV 330.
Narciso: hijo del Cefiso y la ninfa Liríope III 346, 370.
Naricia (1): ciudad en el extremo sureste de Italia VIII 312; XV 705.
Naricio: Áyax Oileo, natural de Naricia (2), ciudad de la Lócride XIV 468.
Nasamonio: de los Nasamones, pueblo de Libia V 129.
Nauplíada: Palamedes, hijo de Nauplio XIII 39, 310.
Naxos: una de las islas Cícladas III 636, 640, 649.

Náyades: ninfas de las aguas I 642, 691; II 325; III 506; IV 49, 289, 304, 329, 356; VI 329, 453; VIII 580; IX 87, 657; X 9, 514; XI 49; XIV 328, 557, 786.
Nebrófono: uno de los perros de Acteón III 211.
Nedimno: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 350.
Néfele (1): ninfa del séquito de Diana III 171.
Néfele (2): esposa de Atamante, rey de Tebas XI 195.
Neleo: hijo de Neptuno y Tiro, rey de Pilos II 689; VI 418; XII 553, 558, 577.
Nemea: ciudad de la Argólide IX 197.
Nemeo: natural de Nemea IX 235.
Nemesia: ciudad del sur de Italia XV 52.
Neoptólemo: hijo de Aquiles que combate en la guerra de Troya XIII 455.
Neptunio: Teseo, descendiente de Neptuno IX 1.
Neptuno: dios del mar I 283; II 270; IV 533, 539; VI 115; VIII 598, 602, 851; X 606, 639, 665; XII 26, 72, 198, 558.
Nereidas: diosas marinas hijas de Nereo y Doris I 302; V 17; XI 259, 361, 380; XII 93; XIII 749, 858, 899; XIV 264.
Nereo: divinidad marina, padre de las Nereidas I 187; II 268; VII 685; XI 361; XII 24, 94; XIII 162, 742, 749, 858.
Nereto: ciudad de Salento, Calabria XV 51.
Neritio: de Nérito, monte de Ítaca XIII 712; XIV 159, 563.
Neso: uno de los centauros que lucha contra los lápitas IX 101, 108, 112, 119, 121, 131, 153; XII 308, 454.
Néstor: anciano combatiente en la guerra de Troya VIII 313; XII 169; XIII 63, 64.
Nictelio: epíteto de Baco IV 15.
Nicteo (1): uno de los compañeros de Diomedes metamorfoseado en ave XIV 504.
Nicteo (2): rey de Tebas, padre de Antíope VI 111.
Nictímene: joven incestuosa metamorfoseada en lechuza II 590, 593.
Nileo: partidario de Fineo en la lucha contra Perseo V 187.
Nilo: río de Egipto I 423, 728; II 254; V 187, 324; IX 774; XV 753.
Ninfa: divinidad femenina de la naturaleza I 192, 320, 472, 504, 505, 576, 691, 701, 706, 744; II 16, 238, 445, 452, 636; III 165, 178, 314, 345, 357. 363, 365, 403, 456; IV 244, 277, 302, 334, 347, 368, 747; V 314, 316, 412, 540, 577, 663; VI 15, 16, 44, 394; VII 354, 823, 823; VIII 571, 586, 771; IX 89, 337, 347, 350, 652; X 109; XI 153, 771; XIII 689, 736, 750; XIV 264, 333, 420, 434, 516, 566, 762, 771, 787; XV 482, 490, 531, 552.
Nino: rey de Asiria IV 88.
Níobe: esposa de Anfión, rey de Tebas VI 148, 156, 165, 273, 273, 287.

Nisa: lugar donde las ninfas criaron a Baco III 314.
Niseo: de Nisa, Baco IV 13.
Nisea: Escila, hija de Niso VIII 35.
Niso: rey de Mégara VIII 8, 17, 90, 126.
Noche: personificación IV 452; VII 192; XI 607; XIV 404, 404; XV 31.
Noemón: guerrero licio muerto por Ulises XIII 258.
Nonacria: Atalanta, natural de Nonacris VIII 426.
Nonacris: ciudad de Arcadia I 690; II 409.
Nórico: región al sur del Danubio XIV 712.
Noto: viento del Sur I 264, 264.
Numa: rey de Roma XV 4, 481, 487.
Numicio: afluente del Tíber XIV 328, 599.
Númida: de Numidia, en el norte de África XV 754.
Númitor: rey de Alba XIV 773.

Océano: Titán hijo de la Tierra y Urano II 510; VII 267; IX 499, 594; XIII 292, 951; XV 12, 30, 830.
Ocírroe: adivina hija de Quirón II 638.
Odrisio: de un pueblo de Tracia VI 490; XIII 554.
Ofeltes: uno de los piratas tirrenos que intentan secuestrar a Baco III 605, 641.
Ofíade: Combe, descendiente de Ofias VII 383.
Ofiónida: Ámico, hijo de Ofión, XII 245.
Ofiusa: tierra de serpientes, Chipre X 229.
Oileo: se aplica a Ayax, por su padre Oileo, rey de la Lócride, XII 622.
Olenia: la constelación Amaltea III 594.
Óleno: esposo de Letea, transformado con ella en piedra X 69.
Óleno: padre de Téctafo uno de los lápitas que lucha contra los centauros XII 433.
Olíaros: una de las islas Cícladas VII 469.
Olimpo: montaña de Tesalia, morada de los dioses I 154, 212; II 60, 225; VI 487; VII 225; IX 499; XIII 761.
Olimpo: flautista que llora a Marsias VI 393.
Onétor: guardián de las vacas de Peleo XI 348.
Onquestio: de Onquesto, ciudad de Beocia X 605.
Órcamo: padre de Leucótoe IV 212.
Orco: divinidad infernal, Plutón XIV 116.
Orcómeno: ciudad de Arcadia V 607.
Orcómeno: ciudad de Beocia VI 416.
Oréade: ninfa de las montañas VIII 787.
Oresítrofo: uno de los perros de Acteón III 333.
Orestes: hijo de Agamenón XV 489.
Orfeo: músico tracio esposo de Eurídice X 3, 64, 79; XI 5, 22, 23, 44, 66,

92.
Orfne: ninfa del Averno V 539.
Oríbaso: uno de los perros de Acteón III 210.
Oriente: regiones al este de Grecia IV 20, 56; VII 266.
Orío: uno de los lápitas que lucha contra los centauros XII 262, 262.
Orión: hijo de Neptuno y Euríale, catasterizado VIII 207; XIII 294, 692.
Oritía: hija de Erecteo y esposa de Bóreas VI 683, 707; VII 695, 695.
Orneo: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 302.
Orontes: río de Siria II 248.
Ortigia (1) antiguo nombre de la isla de Delos I 694; V 499, 640.
Ortigia (2): isla junto a Siracusa, en Sicilia XV 337.
Osa: monte de Tesalia I 155; II 225; VII 224; XII 319.
Osas: constelaciones II 132; III 45, 595; IV 625; XIII 293, 726.
Osiris: dios egipcio, esposo de Isis IX 693.
Otoño: personificación II 29.
Otris: montaña al sur de Tesalia II 221; VII 225, 353; XII 173, 513.

Pactolo río de Lidia en el que se baña Midas VI 16; XI 87.
Pafos (1): ciudad de Chipre X 290, 530.
Pafos (2) hija de Pigmalión, que, según Ovidio, da su nombre a la isla X 297.
Pagaseo: de Págasa, puerto de Tesalia de donde salió el Argo VII 1; VIII 349; XII 412; XIII 24.
Palamedes: héroe griego falsamente acusado por Ulises XIII 56, 308.
Palante: hijo de Pandión, rey de Atenas VII 500, 665, 666.
Palantíade: Aurora, descendiente del titán Palante IX 421; XV 191, 700.
Palas: Epíteto de Atenea o Minerva, diosa de la sabiduría II 553, 567, 712, 834; III 102; IV 38; V 46, 263, 336, 375; VI 23, 26, 36, 44, 70, 129, 135, 335; VII 399, 723; VIII 252, 275; XII 151, 360; XIII 99.
Palatino: una de las colinas de Roma I 176; XIV 333, 622, 822; XV 560.
Palemón: nombre de Melicertes después de su metamorfosis IV 542; XIII 919.
Palene: ciudad hiperbórea XV 356.
Palestino: gentilicio de Palestina IV 46; V 145.
Palicos: lago y santuario consagrado a los gemelos hijos de Júpiter y Talía V 406.
Palidez: personificación VIII 790.
Palilias: fiestas en honor a Pales, dios silvestre XIV 774.
Pámfago: uno de los perros de Acteón III 210.
Pan: divinidad campestre I 699, 705; XI 147, 153, 171; XIV 515, 638.
Pandión: rey de Atenas, padre de Procne y Filomela VI 426, 436, 495, 520, 634, 666, 676.
Pandionio: de Pandión XV 430.

Pándroso: hija de Cécrope, hermana de Herse y de Aglauro II 559,738.
Panonfeo: epíteto de Júpiter XI 198.
Panopeo (1): fundador de Pánope y participante en la caza del jabalí de Calidón VIII 312.
Panopeo (2): de Pánope, ciudad de la Fócide III 19.
Panquea: región oriental X 309, 478.
Pantoida: Euforbo, hijo de Pantoo XV 161.
Paquino: promontorio al sur de Sicilia V 351; XIII 725.
Parcas: diosas del destino V 532.
Paretonio: ciudad de Libia IX 773.
Paris: hijo de Príamo, raptor de Helena XII 4, 601; XIII 200, 202, 501; XV 805.
Parnaso: monte de la Fócide, morada de Apolo I 317, 467; II 221; V 278; XI 165, 339.
Parnasio: del Parnaso IV 643.
Paros: una de las islas Cícladas III 419; VII 465; VIII 221.
Parráside: de Parrasio, o sea, Arcadia; se aplica a Calisto II 460.
Parrasio: de Parrasio VIII 315.
Partenio: de Partenio, cadena montañosa entre la Argólide y Arcadia IX 188.
Parténope: otro nombre de Nápoles XIV 101; XV 712.
Partos: divinidades menores del parto IX 294.
Pasífae: esposa de Minos enamorada de un toro y madre del Minotauro VIII 136; XV 500.
Pátara: ciudad de Licia, en Asia Menor I 516.
Patras: ciudad de Acaya VI 417.
Pavor: personificación IV 485.
Peán: otro nombre de Apolo I 566; XIV 720.
Peante: padre de Filoctetes IX 233; XIII 45, 313.
Peces: constelación X 78, 165.
Pegaso: caballo alado nacido de la sangre de Medusa IV 78; V 262.
Pela: ciudad de Macedonia V 302; XII 254.
Pelagón: participante en la caza del jabalí de Calidón VIII 360.
Pelasgo: otro nombre de los griegos VII 49, 133; XII 7, 19, 612; XIII 13, 128, 268, 572; XIV 562; XV 452.
Pélates (1): partidario de Fineo en la lucha contra Perseo V 124.
Pélates (2): uno de los lápitas que lucha contra los centauros XII 255.
Peleo: esposo de Tetis y padre de Aquiles VII 477; VIII 380; XI 217, 238, 244, 260, 266, 284, 290, 349, 349, 350, 379, 398, 407; XII 193, 366, 388; XIII 151, 155; XV 856.
Peletronio: Erigdupo, natural de Peletrón, región de Tesalia XII 452.
Pelíaco: del monte Pelión XII 74; XIII 109.
Pelias: tío de Jasón VII 298, 304, 322.

Pelida: Aquiles, hijo de Peleo XII 605, 619.
Pelión: monte de Tesalia I 155; VII 224, 352; XII 513.
Pélope: hermano de Níobe VI 404, 411.
Pelópida: descendiente de Pélope VI 414.
Pelopeo: de Pélope VIII 622.
Peloro: promontorio y cabo al norte de Sicilia V 350; XIII 727; XV 706.
Peménide: una de las perras de Acteón III 215.
Penates: dioses del hogar I 174, 231,773; III 539; V 496; VIII 91; IX 639; XII 551; XV 864.
Penélope: esposa de Ulises VIII 315; XIII 511.
Peneo: río de Tesalia, padre de Dafne I 452, 504, 525, 544, 569; II 243; VII 230; XII 209.
Peneide: Dafne, hija de Peneo I 472.
Penteo: rey de Tebas que se opuso al culto de Baco III 514, 532, 561, 577, 692, 706, 712, 716, 731; IV 22, 429.
Péones: región montañosa al norte de Macedonia V 313.
Peónide: Euipe, natural de los Péones V 303.
Peonio: epíteto de Esculapio XV 535.
Peparetos: isla del Egeo VII 470.
Pérgamo: la fortaleza de Troya; la propia Troya XII 445, 591; XIII 169, 219, 320, 349, 374, 507, 520; XIV 467; XV 442.
Pergo: lago en el centro de Sicilia V 386.
Periclímeno: hermano de Néstor que podía transformarse en animal a voluntad XII 556.
Perifante: uno de los lápitas que lucha contra los centauros XII 449.
Périfas: rey del Ática metamorfoseado en águila VII 400.
Perimele: ninfa amada por Aqueloo metamorfoseada en isla VIII 591.
Perrebo: Ceneo, natural de Perrebia, al norte de Tesalia XII 172, 173.
Perséfone: nombre griego de Prosérpina V 470; X 15, 730.
Perseida: Hécate, hija de Perses VII 74.
Perseo: hijo de Júpiter y Dánae IV 611, 639, 652, 697, 699, 730, 753; V 16, 30, 33, 34, 56, 80, 128, 157, 167, 175, 178, 190, 201, 216, 224, 248.
Persia: región de Asia I 62.
Pesto: ciudad de Lucania XV 708.
Pétalo: partidario de Fineo en la lucha contra Perseo V 115, 121.
Petreo: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 327, 330.
Peucetio: de Peucetia, en Apulia XIV 513.
Pico: rey del Lacio y padre de Fauno XIV 320, 336, 342, 363, 396, 398.
Píero: rey de Pela, padre de las Piérides V 302.
Pigmalión: escultor enamorado de su propia obra X 243, 253, 276.
Pigmeo: pueblo mítico de enanos VI 90.
Pilio: de Pilos VIII 365; XII 537, 542; XV 838.

Pilos: ciudad de la Élide II 684; VI 418; XII 550.
Pindo: monte al oeste de Tesalia I 570; II 225; VII 225; XI 554.
Piracmon: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 460.
Píramo: joven babilonio enamorado de Tisbe IV 55, 71, 107, 142, 143, 146.
Pirene: famosa fuente cercana a Corinto II 240.
Pireneo: rey de Dáulide que intentó violar a las Musas V 274, 287.
Pirénide: Éfira o Corinto, cerca de la cual estaba la fuente Pirene VII 391.
Pireo: puerto de Atenas VI 446.
Pireto: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 449.
Pirítoo: rey de los lápitas, compañero de aventuras de Teseo VIII 303, 404; XII 218, 229, 330, 332, 333.
Pírois: uno de los caballos del Sol II 153.
Pirra: esposa de Deucalión que sobrevivió junto con él al diluvio I 350, 385.
Pirro: otro nombre de Neoptólemo, hijo de Aquiles XIII 155.
Pisa: ciudad de la Élide, patria de la ninfa Aretusa V 494.
Pisénor: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 303.
Piseo: de Pisa, referido a Aretusa V 409.
Pítane: ciudad de la Eólide, en Asia Menor VII 357.
Pitecusas: islas frente al golfo de Nápoles XIV 90.
Piteo: hijo de Pélope y rey de Trezén VI 418; VIII 622; XV 296, 506.
Pitios: juegos en honor a Apolo I 447.
Pitón: serpiente que asolaba la Fócide, muerta por Apolo I 438, 460.
Pleíone: esposa de Atlante y madre de las Pléyades II 743.
Pleurón: ciudad de Etolia VII 382.
Pleuronio: Acmon, natural de Pleurón XIV 494.
Plexipo: uno de los Testíadas muerto por Meleagro VIII 440.
Pléyades: las siete hijas de Atlas y Pleíone, catasterizadas I 670; VI 174; XIII 293.
Po: río del norte de Italia II 258.
Polidamante: héroe troyano, compañero de Héctor XII 547.
Polidectes: rey de Serifos transformado en piedra al ver la cabeza de Medusa V 242.
Polidegmon: partidario de Fineo en el combate contra Perseo V 85.
Polidoro: hijo de Príamo y Hécuba, confiado al cuidado de Poliméstor XIII 432, 530, 536, 629.
Polifemo: cíclope de Sicilia enamorado de Galatea XIII 765, 772; XIV 167.
Poliméstor: rey de Tracia que mató a su pupilo Polidoro XIII 430, 551.
Polipemón: abuelo de Alcíone VII 401.
Polites: compañero de Ulises XIV 251.

Políxena: hija de Príamo y Hécuba XIII 448, 460.
Pomona: ninfa hamadríade del Lacio XIV 623.
Ponto: región al norte de Asia Menor XV 756.
Portaón: padre de Eneo, ascendiente de Meleagro VIII 542; IX 12.
Preto: hermano de Acrisio V 238, 239; XV 326.
Príamo: rey de Troya XI 757; XII 1, 607; XIII 99, 201, 201, 404, 409, 470, 482, 513, 520, 723; XIV 474; XV 438.
Príapo: dios de los huertos IX 347.
Primavera: personificación II 27.
Prítanis: guerrero muerto por Ulises XIII 258.
Proca: rey de Albalonga XIV 622.
Procne: hija de Pandión y hermana de Filomela VI 428, 433, 440, 468, 470, 563, 566, 580, 595, 603, 610, 619, 641, 653.
Procris: hija de Erecteo VI 682; VII 694, 707, 708, 708, 712, 825, 842.
Procrustes: ladrón del Ática VII 438.
Prometida: Deucalión, hijo de Prometeo I 390.
Propétides: doncellas de Amatunte castigadas por Venus a prostituirse X 221, 238.
Próquite: isla del golfo de Nápoles XIV 89.
Proreo: uno de los piratas tirrenos que intentan secuestrar a Baco III 634.
Prosérpina: hija de Ceres y Júpiter, esposa de Plutón V 391, 505, 530, 554.
Proteo: dios del mar capaz de cambiar de forma II 9; VIII 731; XI 221, 255; XIII 918.
Protesilao: guerrero griego abatido por Héctor XII 68.
Protoénor: compañero de Perseo en la lucha contra Fineo V 98.
Psámate: Nereida que tuvo a Foco de Éaco XI 398.
Psécade: ninfa del séquito de Diana III 172.
Psófide: ciudad de Arcadia V 607.
Ptérelas: uno de los perros de Acteón III 212.

Quersidamante: guerrero troyano abatido por Ulises XIII 259.
Quíone: hija de Dedalión, amada por Apolo y por Mercurio XI 301.
Quimera: ser monstruoso de Licia VI 339; IX 647.
Quíos: isla del Egeo III 597.
Quirino: dios con el que se identifica a Rómulo deificado XIV 607, 828, 834, 836, 851; XV 572, 756, 862, 863.
Quirites: de Cures, sabinos asentados en Roma; romanos XIV 823; XV 600.
Quirón: centauro sabio, preceptor de Esculapio II 630; VI 126.

Radamanto: hijo de Júpiter y Europa y hermano de Minos IX 436, 440.

Ramnunte: ciudad del Ática III 406.
Ramnúside: de Ramnunte, aplicado a Némesis XIV 694.
Ránide: una de las ninfas del séquito de Diana III 171.
Regio: puerto del sur de Italia XIV 5, 48.
Rémulo: rey de Albalonga XIV 616, 617.
Reso: guerrero tracio abatido por Ulises XIII 98, 249.
Reteo: promontorio de la Tróade XI 197.
Reto (1): partidario de Fineo en la lucha contra Perseo V 38.
Reto (2): uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 271, 285, 293, 301.
Rexénor: uno de los compañeros de Diomedes metamorfoseado en ave junto con Acmón XIV 504.
Rifeo: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 352.
Rin: río entre la Galia y Germania II 258.
Ródano: río de la Galia II 258.
Rodas: isla frente a las costas de Caria, en Asia Menor VII 365; XII 574.
Rodo: hija de Venus epónima de Rodas IV 204.
Ródope: montaña de Tracia II 222; VI 87, 589; X 50, 77.
Rodopeo: del Ródope, referido a Orfeo X 11.
Roma: capital del Lacio y del Imperio I 201; XIV 809; XV 431, 597, 736.
Romano: de Roma XIV 800, 837, 849; XV 637, 654, 826, 877.
Rometio: ciudad al sur de Italia XV 705.
Rómulo: hijo de Marte, primer rey de Roma XIV 799, 806, 845; XV 561, 625.
Rútulo: pueblo del Lacio XIV 455, 528, 567.

Sabeo: de Saba, región de Arabia X 480.
Sabinos: pueblo del norte del Lacio XIV 775, 797, 800, 832; XV 4.
Salamina: ciudad de Chipre XIV 760.
Salentino: pueblo del sur de Italia XV 51.
Sálmacis: ninfa enamorada de Hermafrodito IV 286, 306, 337, 347; XV 319.
Samio: de Samos XV 60.
Samos: isla frente a las costas de Lidia, en Asia Menor VIII 221; XIII 711; XV 61.
Sardes: ciudad de Licia, en Asia Menor XI 137, 152.
Sarpedón: guerrero licio aliado de los troyanos XIII 255.
Sátiros: dioses silvestres del séquito de Baco I 193, 692; IV 25; VI 110, 383, 393; XI 89; XIV 637.
Saturno: padre de los Olímpicos I 113; VI 126; IX 498; XIV 320; XV 858.
Saturnio: descendiente de Saturno I 163, 612, 616, 722; II 435, 531; III 271, 293, 333, 365; IV 448, 464; V 330, 420; VIII 703; IX 176, 242; XIV 782.

Sémele: hija de Cadmo que tuvo a Baco de Júpiter III 261, 274, 278, 293, 520; V 329; IX 641.
Semíramis: reina de Babilonia IV 58; V 85.
Serifos: una de las islas Cícladas V 242, 251; VII 464.
Serpiente: constelación boreal (*angues, serpens*) II 138, 173; VIII 182.
Síbaris: ciudad y río del sur de Italia XV 51, 315.
Sibila: sacerdotisa de Apolo en Cumas XIV 104, 154; XV 712.
Sicania: otro nombre de Sicilia V 464, 495; XIII 724.
Sicanio: de Sicania XV 279.
Sicilia: isla del Mediterráneo V 361.
Siciliano: de Sicilia V 412.
Sicionio: de Sición, ciudad del Peloponeso III 216.
Sículo: de Sicilia VII 65; VIII 283; XIII 770; XIV 7; XV 706, 825.
Sidón: ciudad de Fenicia II 840; III 129; X 267.
Sidonio: de Sidón IV 543; XIV 80.
Sienita: de Siena, en el Alto Egipto, referido a Forbante V 74.
Sifnos: una de las islas Cícladas VII 466.
Sigeo: promontorio cercano a Troya XI 197; XIII 3.
Sigeo: del Sigeo XII 71.
Siglo: personificación II 26.
Sileno: sátiro viejo del séquito de Baco XI 90, 99; XIV 639.
Silvano: divinidad silvestre romana I 193.
Silvio: rey de Albalonga XIV 610.
Simétide: descendiente de Simeto, río de Sicilia XIII 750.
Simetio: descendiente de Simeto, referido a Acis XIII 879.
Simois: río de Troya XIII 324.
Simplégadas: islas del Bósforo XV 338.
Sinis: bandido abatido por Teseo VII 440.
Sinuesa: ciudad de Campania XV 715.
Sípilo (1): monte de Lidia, en Asia Menor VI 149.
Sípilo (2): uno de los hijos de Níobe VI 231.
Sirenas: ninfas marinas hijas del río Aqueloo V 555; XIV 88.
Siringe: náyade de Arcadia I 691, 705.
Siros: una de las islas Cícladas VII 464.
Sirte: zona de la costa de Libia peligrosa para la navegación VIII 120.
Sísifo: hijo de Eolo IV 460, 466; X 44; XIII 26, 32.
Sitón: hermafrodito IV 280.
Sitonio: de Sitonia, otro nombre de Tracia VI 588; XIII 571.
Sol: dios I 751, 771; II 1, 32, 154, 162, 394; IV 170, 170, 214, 235, 238, 270, 633; IX 736; XI 353; XIII 853, 853; XIV 10, 33, 346, 375; XV 30.
Sorrentino: de Sorrento XV 710.

Sueño (1): personificación VIII 823; XI 586, 593, 623, 623, 647.
Sueño (2): dios XI 586, 593, 623, 647.
Susurros: personificación XII 61.

Tacio: rey de los sabinos XIV 775, 804, 805.
Tages: niño surgido de la tierra XV 558.
Taígete: una de las Pléyades III 595.
Tajo: río de Hispania II 251.
Tamaseno: de Támaso, ciudad de Chipre X 644.
Tánais: río de Escitia II 242.
Tantálida: Agamenón, descendiente de Tántalo (1) XII 626.
Tántalo (1): rey de Lidia castigado en el infierno a padecer hambre y sed IV 458; VI 172, 211; X 41.
Tántalo (2): hijo de Níobe VI 240.
Tarento: ciudad de Calabria XV 50.
Tarpeya: joven romana que traicionó a su pueblo XIV 776; XV 866.
Tartáreo: del Tártaro VI 676; XII 557.
Tártaro: el infierno o mundo subterráneo I 113; II 260; V 371, 423; X 21; XI 670; XII 523, 619.
Tartesio: de Tartesos XIV 416.
Taumante: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 303; XIV 845.
Taumantia: Iris, hija del dios marino Taumante IV 480.
Taumántide: Iris XI 647.
Tauro: montaña de Cilicia II 217.
Tebano: gentilicio de Tebas (1) III 561; VI 163.
Tebas (1): ciudad de Beocia III 131, 549, 553; IV 416; V 253; VII 763; IX 403; XIII 692; XV 429.
Tebas (2): ciudad de Misia conquistada por Aquiles XII 110; XIII 173.
Téctafo: uno de los lápitas que lucha contra los centauros XII 433.
Tegeo: de Tegea, ciudad de Arcadia, referido a Atalanta VIII 317, 380.
Telamón: hijo de Éaco y padre de Áyax VII 476, 477, 647, 669; VIII 309, 378; XI 216; XII 624; XIII 22, 123, 151, 231, 346.
Telamonio: Áyax, hijo de Telamón XIII 194, 266, 321.
Teléboas: uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 441.
Télefo: rey de Misia herido por Aquiles XII 112; XIII 171.
Télemo: adivino hijo de Eurimo XIII 770, 771.
Teleste: cretense, padre de Yante IX 717.
Teletusa: esposa de Ligdo, madre de Ifis IX 682, 696, 776.
Telquines: divinidades malignas de Rodas VII 365.
Temblor: personificación VIII 790.
Témesa: ciudad del sur de Italia VII 207; XV 707.
Temis: diosa adivina I 321, 379; IV 643; VII 762; IX 403, 419.

Temores: personificación XII 60.
Tempe: valle del Peneo en Tesalia; por antonomasia, cualquier valle ameno I 569; VII 222, 371.
Tenárida: de Ténaro, es decir, Esparta, aplicado a Jacinto X 183.
Ténaro: cabo al oeste de Laconia II 247; X 13.
Ténedos: isla del Egeo frente a Troya I 516; XII 109; XIII 174.
Tenos: una de las islas Cícladas VII 469.
Tereo (1): rey de Tracia, esposo de Procne VI 424, 433, 455, 473, 478, 497, 615, 635, 647, 650, 682.
Tereo (2): uno de los centauros que lucha contra los lápitas XII 353.
Termodonte: río de Capadocia, en la región de las Amazonas II 249; IX 189.
Termodontiaco: del Termodonte, referido a las Amazonas XII 611.
Terodamante: uno de los perros de Acteón III 333.
Terón: uno de los perros de Acteón III 211.
Terror: personificación IV 485.
Terses: ismenio (tebano) huésped del rey Anio XIII 682, 683.
Tersites: guerrero etolio de la guerra de Troya XIII 233.
Tesalio: de Tesalia VII 222; VIII 768; XII 190.
Téscelo: compañero de Fineo en la lucha contra Perseo V 182.
Teseo: rey de Atenas, hijo de Egeo VII 404, 421, 433; VIII 263, 268, 303, 547, 566, 726; XII 227, 356, 359; XV 492, 856.
Tespíades: de Tespis, ciudad de Beocia, aplicado a las Musas V 310.
Testíada: hijo de Testio VIII 304, 434, 452, 473.
Testio: rey de Pleurón, padre de Altea, Plexipo y Toxeo VIII 487.
Testórida: Calcante, hijo de Téstor XII 19, 27.
Tetis (1): diosa del mar, esposa de Océano y abuela de Faetón II 69,156, 509; IX 499; XI 784; XIII 951.
Tetis (2): Nereida, esposa de Peleo y madre de Aquiles XI 221, 226, 237, 264, 400.
Teucro (1): hijo de Escamandro, fundador de la estirpe troyana XIII 705.
Teucro (2); sinónimo de troyano, derivado del anterior XIII 728; XIV 72.
Teucro (3): hijo de Telamón y Hesíone XIII 157; XIV 698.
Teutrante: rey de Misia II 243.
Tíber: río de Roma II 259; XIV 426, 448; XV 432, 624, 728.
Tiberino: uno de los reyes de Albalonga XIV 614.
Tidida: Diomedes, hijo de Tideo XII 622; XIII 68, 239, 350; XV 769.
Tierra: personificación I 157, 544; II 272, 301; VII 196.
Tiestes: hermano de Atreo, rey de Micenas XV 462.
Tifeo: gigante derrotado por Júpiter y enterrado en Sicilia III 303: V 321, 325, 348, 353.
Tigre: una de las perras de Acteón III 217.
Tindárida: hijo de Tíndaro, aplicado a Cástor y Pólux y a Helena VIII

301; XV 233.
Tioneo: epíteto de Baco, hijo de Tione, otro nombre de Sémele IV 13.
Tiresias: adivino ciego III 323; VI 157.
Tirintio: de Tirinto, referido a Hércules y a su madre Alcmena VI 112; VII 410; IX 66, 268; XIII 401.
Tirio: de Tiro II 845; III 35, 258; V 51; VI 61, 222; IX 340; X 211; XI 166.
Tirinto: ciudad de la Argólide XII 564.
Tiro: ciudad fenicia III 539; XV 288.
Tirrenia: otro nombre de Etruria XIV 452.
Tirreno: de Tirrenia III 576, 696; IV 23; XIV 8; XV 553, 577.
Tisbe: joven babilonia enamorada de Píramo IV 55, 71, 93, 99, 115, 143, 145.
Tisbeo: de Tisbe, ciudad de Beocia XI 300.
Tisífone: una de las Erinias IV 474, 481.
Titán: uno de los hijos de Gea y Urano, referido al Sol I 10; II 118; VI 438; X 79, 174; XI 257; XIV 14.
Titanio: descendiente de un Titán I 395; III 173; VI 346; XIV 382, 438.
Titánico: del Titán, es decir, del Sol VII 398.
Titánide: hija de un Titán, aplicado a Latona y a Circe VI 185; XIII 968; XIV 372.
Titio: gigante castigado a ser devorado por los buitres IV 457.
Tlepólemo: hijo de Hércules que combate en Troya XII 537.
Tmolo (Timolo): monte de Lidia II 217; VI 15; XI 86, 151, 156, 164, 171, 194.
Toactes: compañero de Fineo en el combate contra Perseo V 147.
Toante: rey de Lemnos, padre de Hipsípila XIII 399.
Tonante: epíteto de Júpiter I 170; II 466; XI 198.
Too: uno de los perros de Acteón III 220.
Toón: guerrero troyano XIII 259.
Toro: constelación II 80.
Toxeo: uno de los Testíadas VIII 441.
Tracas: ciudad costera del Lacio, también llamada Tarracina XV 717.
Tracia: región al norte de Grecia VI 435.
Tracio: de Tracia V 276; VI 87, 424, 661, 682; IX 194; X 83; XI 2, 92; XIII 436, 439, 537, 565, 628.
Traquis: ciudad de Tesalia cuyo rey era Céix XI 269, 627.
Traquinio: de Traquis, aplicado a Céix XI 282, 351, 502.
Trezén: ciudad de la Argólide VI 418; XV 296, 506.
Trezenio: Lélex (2), natural de Trezén VIII 567.
Trinacria: otro nombre de Sicilia V 347, 476.
Triones (Septentrión): las dos constelaciones conocidas como Osas I 64; II 528; X 446.

Triopeide: nieta de Tríopas, Mnestra VIII 872.
Triopeo: Erisicton, hijo de Tríopas VIII 751.
Triptólemo: joven al que Ceres ordena esparcir sus semillas V 646, 653.
Tritón: dios marino, hijo de Neptuno y Anfítrite I 333; II 8; XIII 919.
Tritonia: epíteto de Minerva relativo a su lugar de nacimiento II 783, 794; III 127; V 250, 270, 645; VI 1; VIII 548.
Tritoniaco: de Tritonia VI 384; XV 358.
Tritónide: epíteto de Minerva VIII 548.
Trivia: sobrenombre de Diana II 416.
Troya: ciudad de Asia Menor XI 199, 208, 215, 757; XII 20, 25, 587; XIII 169, 197, 226, 246, 325, 336, 339, 343, 348, 375, 379, 404, 420, 429, 500, 577, 623, 655, 721; XV 160, 424, 437, 440, 442, 770.
Troyano: gentilicio de Troya VIII 365; IX 232; XI 773; XII 67, 604; XII 67, 604; XIII 23, 54, 91, 269, 274, 421, 481, 534, 538, 566, 572, 702; XIV 75, 110, 156, 220, 245, 455; XV 730.
Turino: de Turia, ciudad al sur de Italia XV 52.
Turno: caudillo de los rútulos XIV 451, 460, 530, 540, 573, 573; XV 773.

Ulises: caudillo griego en la guerra de Troya XIII 6, 14, 18, 55, 62, 65, 83, 92, 240, 304, 305, 341, 387, 485, 712, 773; XIV 71, 159, 180, 192, 241, 290, 671.
Urania: una de las Musas V 260.

Venilia: ninfa, madre de Canente XIV 334.
Vénulo: guerrero rútulo XIV 457, 460, 512.
Venus: diosa del amor y esposa de Vulcano I 463; III 132, 294; IV 171, 531; V 331, 379; VI 460; VII 802; IX 141, 424, 482, 553, 728, 739, 796; X 80, 230, 238, 270, 277, 291, 324, 524, 548; XI 306; XIII 759, 875; XIV 27, 42, 478, 494, 572, 585, 602, 634, 760, 783; XV 779, 844.
Verano: personificación II 28.
Vertumno: dios romano de los huertos y las estaciones del año XIV 642, 678.
Vesta: hija de Cronos y Rea, diosa del hogar XV 731, 778, 864, 865.
Victoria: personificación VI 82; VIII 13.
Virbio: nombre de Hipólito tras ser resucitado XV 544.
Virgo: sobrenombre de Palas Atenea XIV 468.
Volturno: río de Campania XV 715.
Vulcano: dios del fuego, esposo de Venus II 106; VII 104, 437; XIII 313.

Yaco: otro nombre de Baco IV 15.
Yáliso: ciudad de la isla de Rodas VII 365.

Yante: doncella cretense amada por Ifis IX 715, 723, 744, 760, 797.
Yasión: hijo de Júpiter y Electra amado por Démeter IX 423.
Yolao: sobrino de Hércules, participante en la caza del jabalí de Calidón VIII 310; IX 399, 430.

Yolcos: ciudad de Tesalia VII 158.
Yole: hija de Eurito (2) y amante de Hércules IX 140, 278, 394.

Zancle: nombre originario de Mesina XIII 729; XIV 5, 47; XV 290.
Zetes: gemelo de Calais VI 716.

Notas

[1] Tribus salvajes de Tracia. < <

[2] El texto es difícilmente entendible: ni editores ni comentaristas concuerdan en los términos fundamentales, *titulum* o *populum, theatri* o *triumphi*. Aceptamos con dudas las ediciones de TARRANT y ANDERSON, *Maenades Orphei titulum rapuere theatri*, y entendemos *titulum* en la acepción 7b del *OCD*. Entendemos que al destrozar a los animales se destroza a los seguidores de Orfeo y con ello también una reputación que se cimentaba en las dotes escénicas del cantor. *Rapuere* es una especie de silepsis con significado concreto, «destrozar», y abstracto. < <

[3] TARRANT considera dudoso el v. 59, *arcet et in lapidem rictus serpentis apertos*, eliminado por RIESE. La reiteración que puede percibirse en 59 y 60 no parece suficiente para prescindir de ese verso; Ovidio dice a menudo la misma cosa de dos maneras distintas. < <

[4] «Y no te equivocarías si lo pensaras» es la alternativa que prefieren todos los traductores. Pero, dado que Ovidio es tan aficionado a los juegos de palabras, ¿por qué no admitir uno aquí? Se aprovecha de la polisemia de *putare*, «podar», como significado concreto, y «pensar», como uso más frecuente en autores literarios. En XIV 649-650 hay un juego de palabras entre *putator* y *putares*; MYERS comenta la paronomasia siléptica y cita a WILLS (1996) 422-423 para ejemplos en las *Metamorfosis*, así como a TISSOL (1997) 24-25. Con estos argumentos se puede sostener que la traducción que proponemos no es descabellada. Cf. *Introducción* (2019) págs. 238-239. < <

[5] Nótese que Baco se había asentado en Lidia, Asia Menor, tras huir de Tracia, y que Midas era rey de Frigia. Por tanto, Midas se desplaza de Frigia a Lidia. < <

[6] Sileno había criado a Baco, de ahí el uso de expresiones como «joven alumno» y «preceptor» o «pedagogo». Pocas veces es posible observar con tanta claridad la etimología de *alumnus*. Se trata de un antiguo adjetivo verbal con valor pasivo del verbo *alo*, «alimentar», por lo que deberíamos traducir por «el alimentado, el nutrido, el pupilo». Correspondientemente, la forma activa, muy poco frecuente, es *altor*, con valor de «educador» o «pedagogo». En Ovidio sólo aparece en este pasaje. < <

[7] Evidentemente, Baco, que le ha regalado a Midas la capacidad de transformar en oro todo lo que toca. «El autor del regalo» designa por metonimia a su don más famoso, el vino. < <

[8] Nos encontramos con un pasaje de difícil interpretación. El Tmolo es al mismo tiempo un monte y una divinidad con figura humana, como Atlante en *Eneida* IV 246-253. Como monte, en su cima está cubierto de árboles, que, figuradamente, son los cabellos del dios personificado. Nos basamos en *Eneida* IV 249, donde la cabellera de Atlante está cubierta de pinos (*pinniferum caput*) y es batida por el viento y la lluvia. < <

[9] Es digno de notar cómo es introducido el tema de Troya al comienzo del libro XI, es decir, de la tercera péntada de las *Metamorfosis*. Se describe su posición geográfica, cerca del Helesponto, que separa Asia de Europa. Decíamos en la *Introducción* (2019), pág. 95, que el istmo y el estrecho eran demarcaciones naturales que resultaban muy adecuadas simbólicamente para aludir a demarcaciones textuales. La acción de Troya sirve para dar comienzo, después de los tiempos mitológicos, a los tiempos históricos. Con notorias discontinuidades, con enfoques (y desenfoques) de Aquiles, Ulises, las mujeres troyanas o Eneas, la acción de Troya y su continuación en Roma ocupará los siguientes cinco libros, toda la péntada. < <

[10] Se refiere a Hércules, nieto de Alceo. Es la primera vez que aparece en esta parte última de las *Metamorfosis*, lo que no deja de originar ciertas dificultades cronológicas, pues ya hemos visto a Hércules morir en el libro IX. < <

[11] Laomedonte ha cometido doble perjurio, primero por no pagarle a los dioses Neptuno y Apolo la recompensa prometida por ayudarle a construir las murallas de la ciudad y en segundo lugar por no entregarle a Hércules los corceles divinos que le había prometido como recompensa por liberar a Hesíone del monstruo, sino otros caballos robados que eran mortales. Esto motivó que Hércules atacara Troya. < <

[12] Hércules ni siquiera recibió a Hesíone como recompensa, sino que fue a parar a Telamón, que se había distinguido en el asalto de Troya, entrando en la ciudad antes que Hércules. < <

[13] Telamón y Peleo, junto con su hermano Foco, aparecen en VII 476-477 como hijos de Éaco, el padre de los mirmidones: véase VII 479, nota 81. < <

[14] En vv. 235-246, el poeta situa a Tetis en un *locus amoenus*, habitualmente presagio de peligro; ese peligro se hace realidad: Peleo intenta apoderarse de ella sin conseguirlo. Destacan estilísticamente la metalepsis y los paréntesis. En la metalepsis, el narrador se salta un nivel narrativo para interpelar directamente a Tetis, llamándola de tú, lo que da relevancia, si no afectiva, sí cognitiva al personaje, mientras que en los paréntesis la figura que destaca no es el *tú*, sino el *él* que se refiere a Peleo. La derrota (momentánea) de Peleo se anuncia dos veces (242 y 246). Dado que Peleo es un agonista tan central —tan agente, tan activo— como Tetis, no vemos justificada la decisión de los editores de usar repetidamente el paréntesis. Algunos, como LAFAYE, han tomado la decisión de suprimirlos, como sostiene también VON ALBRECHT (1963) 24-25. < <

[15] Interpretamos que la copulativa, *isque*, que promueve a Peleo como centro de la acción no muestra continuidad espacial o temporal con la serie de acciones anteriores, sino que forma una especie de ruptura con ella, una clara discontinuidad, por lo que traducimos aquí como «él, a continuación». < <

[16] Lucífero, el astro matutino, que avisa a la Aurora, es también el astro vespertino, la estrella de la tarde, el último en salir del cielo. RUIZ DE ELVIRA transmite que Lucífero o Fósforo es hijo de Astreo y de Aurora o Eos, hija, como el Sol y la Luna, de los titanes Hiperión y Quía. Nosotros solemos traducir *Lucifer* por Lucero, para evitar Lucifer por razones obvias. < <

[17] No se entiende por qué el tío carga él en su corazón el dolor de padre y dice palabras de consuelo al padre de verdad. Se trata de un texto muy torturado. TARRANT escribe en v. 328 *amplexans*, mientras ANDERSON lo sustituye por (*o pietas!*). En v. 329 BÖMER, TARRANT, la traducción de CHIARINI y LAFAYE, conservan *dixi* mientras que RUIZ DE ELVIRA, basándose en la traducción griega de PLANUDES propone *misi* en lugar de *dixi*. < <

[18] Este verso presenta bastantes problemas textuales. TARRANT, siguiendo a HEINSIUS, lo pone entre corchetes cuadrados. RUIZ DE ELVIRA y otros, siguiendo la traducción de PLANUDES, conjeturan *pendet ipse metu, trepidat Traquinius heros*, evidentemente un verso contrario a los hábitos de construcción ovidianos. Pero el genitivo *trepidi oris*, que se explica como genitivo de cualidad dependiente de *heros Traquinius* parece difícilmente aceptable. «El propio héroe Traquinio, con boca temblorosa por el miedo, también está pendiente». CHIARINI hace el genitivo dependiente de *pendet*, lo cual es bastante arriesgado sintácticamente, aunque lógico semánticamente: «el propio héroe traquinio también está pendiente con miedo de su boca temblorosa». Es lo más próximo a nuestra traducción. < <

[19] Rechazamos la lectura de TARRANT, *fulmineos* y, siguiendo a ANDERSON, aceptamos *fulmineus*. Los vv. 367-368 quedarían: *oblitus et spumis et crasso sanguine rictus/ fulmineus. Oblitus*, con acusativo de parte afectada, *rictus*, a su vez determinado por dos ablativos de compañía o instrumentales, *spumis et crasso sanguine*, no necesita ya más adjetivos, como sería *fulmineos*. TARRANT cree que tal vez *crasso* sea *sparsus*, lo que daría sentido mejor sentido a *fulmineos*, pero no lo incorpora a su edición. < <

[20] *Demugitae* es un hápax en el corpus textual latino y parece palabra inventada por Ovidio. Afirma MURPHY que está «ludicrously ill-fitted to the passive voice». Nos parece atinada la observación, por lo que nos atrevemos a sugerir que se revise el significado de de en este contexto. < <

[21] Razón tienen los comentaristas al señalar la incongruencia que hay entre un relato de mensajero tan detallado y prolijo y las palabras que le ponen fin, que incitan a la acción sin dilaciones. <<

[22] La Nereida es Psámate, madre de Foco; a éste lo mataron sus hermanastros Peleo y Telamón, hijos también de Éaco. < <

[23] Ninguno de los diccionarios latinos más usuales contiene la palabra *Phlegyis*, transcripción del griego que, según el diccionario griego de BAILLY parece ser dativo de plural de un nominativo *Phlegyai*, perteneciente a la primera declinación. Los diccionarios mitológicos señalan un pueblo de descendientes de Flegias, hijo de Ares, belicosos como sus antepasados. Dado el carácter defectivo que esta declinación de un gentilicio (derivado a su vez de un patronímico) tiene en latín, nuestras fuentes más autorizadas fluctúan en su traducción al español (RUIZ DE ELVIRA, *flegias*, LÓPEZ EIRE-VELASCO, *flegieos*, GRIMAL, *flegieos*). Es natural. Cuando un gentilicio exótico (y además perteneciente a un registro culto) se usa poco, su uso dista de estar fijado, porque no es económico hacerlo. Los traductores y traductoras españoles de Ovidio, inclinándose por la transcripción ovidiana de la palabra griega en dativo, usan *flegias*. < <

[24] *Carcer* significa, entre otras cosas, el cajón situado en la línea de salida de las carreras del circo; la palabra y el verso que la sigue aluden al célebre pasaje de comienzos de la *Eneida*, donde el rey de los vientos es descrito en su gruta cuando lo visita Juno para que ponga en marcha la primera tempestad y, con ella, el arranque de la acción del poema. < <

[25] El paréntesis funciona en esta ocasión como una especie de nota a pie de página que nos aclara la relación personal de Alcíone con los vientos a través de su genealogía. El que haya necesidad de insistir en la vinculación de Alcíone con Eolo implica que Ovidio no está seguro de que el patronímico con el que acaba de designar al rey de los vientos, Hipótada, fuera suficientemente conocido. RUIZ DE ELVIRA hace hincapié en que Hípotes, el padre de Eolo, es «casi absolutamente desconocido», por lo que queda claro el carácter recóndito de la tradición que sigue Ovidio. El poeta también parece consciente de ello, diciendo primero que Céix es yerno del Hipótada y repitiendo poco después que Alcíone es hija de Eolo. < <

[26] Como muestran las respectivas genealogías de Céix y Alcíone, ambos representan el elemento seco y el elemento húmedo de la atmósfera, de cuyo concurso brotan las tempestades. Esta concepción de los dioses o las figuras heroicas como alegoría de los elementos está también presente en la *Eneida*: Júpiter representa el elemento seco, mientras Juno, cuyo nombre griego, Hera, se relacionaba etimológicamente con *aër*, es el aire húmedo de las nubes. Del choque entre ambos, como aquí del abrazo de Céix y Alcíone, brota la tempestad. < <

[27] En este pasaje, textualmente controvertido, nos atenemos al texto de TARRANT que incorpora *torusque*, una conjetura de filólogos anteriores, en lugar de *locusque*. < <

[28] Esta escena del adiós y la interminable despedida, con el barco que se pierde en el horizonte, recuerda otra partida, en unas circunstancias muy diferentes, la de Teseo cuando abandona a Ariadna en la playa de Día. También el poeta quiere que se note: el v. 473 rememora voluntariamente las palabras que Ariadna dirige a su lecho, cómplice de sus amores con Teseo (*Heroidas* X 57: «*Perfide, pars nostri, lectule, maior ubi est*», «Pérfido lecho, la parte mayor de mí, ¿dónde está?»). < <

[29] Parece una comparación doble. Una nave batida por las olas se compara, comprensiblemente, con una muralla batida por el ariete, e, incomprensiblemente, con un león que a toda carrera se lanza contra una muralla de espadas y de dardos. Hasta que el león a la carrera se asemeja a la ola que va a favor del viento y salta por encima de todo lo que se le opone no se aclara la última comparación. En todo caso, tanto la novedad del tema de este símil como la concentración de los mismos, parecen obedecer a un deseo de dar relevancia al recurso y hacerlo notorio. < <

[30] El símil entero chirría, TARRANT duda de la autenticidad del pasaje, y lo pone entre corchetes; su lectura de v. 513, *in alta* por *in arma*, no mejora el texto, por lo que proponemos volver a la lectura de ANDERSON y LAFAYE, *arma*. *Arma* da mejor sentido: el mar (*unda*) atacaba el aparejo de la nave, y era más alto que ese aparejo. Téngase en cuenta que el asalto del mar al interior de la nave se narra más detalladamente en la comparación del soldado de los vv. 525 ss. < <

[31] En este pasaje se suceden muchos de los tópicos que aparecen en las tormentas, al menos desde la paradigmática tempestad de comienzos de la *Eneida*: fragor impresionante, que se condensa en el chirrido de los cables (I 87, *stridorque rudentum*); la noche que cae sobre el mar (I 90, *ponto nox incubat atra*); aflojamiento y abertura de los costados de las naves con aguas que penetran por las hendiduras (I 123, *rimisque fatiscunt*). < <

[32] En el lenguaje de la épica que arranca de Homero, el asalto de una ciudad puede compararse a las olas que asaltan el barco durante una tormenta. Aquí, por el contrario, es la guerra de asalto la que sirve de ilustración a la tormenta y no la tormenta la que ilustra el asalto de la ciudad: no es la actividad humana la que es comparada con el suceso natural, sino al revés. Ovidio, una vez más, sigue el modelo virgiliano. En la *Eneida* I 148-155 Neptuno, calmando las olas y los vientos, recuerda a un orador que aquieta a una multitud amotinada. Cabe preguntarse qué sentido tiene hacer referencias bélicas, por medio de comparaciones, en medio de la descripción naturalista de una tormenta. En nuestra opinión, el poeta pretende que la tormenta sea una manera indirecta de referirse a una guerra, y la guerra a que se refiere es la Guerra de Troya. Desde hace mucho tiempo la interpretación de la *Eneida* pretende que la tormenta que abre el libro simbolice las guerras civiles romanas a las que Augusto puso fin: pues bien, dado que Troya aparece en el libro con motivo de su construcción por Laomedonte, y que siguieron sucesivas destrucciones de la ciudad por parte de Neptuno y Hércules, aquí, con la tormenta, también se está aludiendo de manera elíptica e indirecta a lo que está esperando el lector, la narración detallada de su más famosa destrucción. < <

[33] La modalidad exclamativa de la frase parece reproducir el grito del personaje invocando a su suegro y a su padre. El que vaya entre paréntesis se interpreta como una manifestación de simpatía del narrador, que se duele del destino de su personaje. La palabra latina *interiectio* se aplica a los enunciados que se intercalan en otros enunciados. En este caso el enunciado se corresponde con la parte de la oración que nosotros llamamos interjección. < <

[34] Recuérdese que el Lucero (Lucífero, Lucifer) era el padre de Céix. Lo mismo hizo el Sol tras la muerte de Faetón. < <

[35] Algunos comentaristas consideran sorprendentes estas palabras de Ovidio, que exhibe aquí un dudoso golpe de ingenio a costa de la compasión hacia su personaje. < <

[36] GÓNGORA, *Soledades* I 292-294, a propósito del gallo:… de crestadas aves / cuyo lascivo esposo, vigilante, / doméstico es del Sol nuncio canoro. < <

[37] Ovidio, mediante el paréntesis, alude a una escena del libro V de la *Odisea* entre Mercurio y Calipso, en la que se dice que los dioses se reconocen siempre unos a otros, aunque vivan en lugares muy distantes. < <

[38] Disentimos de TARRANT, que corrige el indicativo *aequant* (ANDERSON, LAFAYE, RUIZ DE ELVIRA) por el subjuntivo *aequent*. < <

[39] Primera aparición de Morfeo en toda la literatura antigua, por lo que se trata de una creación de Ovidio (BÖMER). Conviene aclarar, por tanto, que Nunca encontramos la forma *Μορφεύς en la literatura o religión griegas, donde el dios del sueño es Ὕπνος. Frente a las modernas representaciones que hacen de él el dios del sueño, con expresiones tan extendidas como «en brazos de Morfeo», Morfeo es solamente el hijo del Sueño, y su capacidad principal no es la de hacer que alguien duerma bien, sino la de hacer que los hombres tengan sueños. Morfeo, un nombre derivado de μορφή, imita las figuras de los hombres porque μορφή significa en griego forma o figura. Cf. FERNÁNDEZ CORTE (2010) 913-920. < <

[40] Se plantea aquí algo con lo que nos encontraremos más veces. Si seguimos las normas estrictas de transcripción filológica de nombres propios de origen griego, la versión española sería «Fántaso». Si queremos, en cambio, subrayar su conexión con palabras propias de la lengua de llegada como «fantasía, fantasma, fantástico», optaríamos por Fantaso. Lo primero tiende al extrañamiento, lo segundo a la adaptación. < <

[41] Las categorías sociales son respetadas por el sueño como si fueran naturales: hay sueños, digamos, monárquicos y aristocráticos, y otros que son propios del vulgo. < <

[42] Los vv. 650-725 contienen los rasgos más característicos del estilo de Ovidio: claridad, elocuencia, expresión que podríamos llamar clásica. Si una propiedad de lo clásico consiste en expresarse paradigmáticamente, de manera que pueda servir de modelo a otros, en la situación que Ovidio elige narrar, cómo el sueño de Céix informa a Alcíone de su muerte y cómo esta informa a sus criados de la muerte de Céix, no se puede añadir ni quitar nada. A ello contribuyen las otras dos cualidades reseñadas, claridad y elocuencia. Ambas las percibe el traductor. La expresión, es directa y resulta elocuente porque Ovidio elige muy bien qué cosas narrar. Cuando en los vv. 700-706 el estilo tiende a la paradoja y al rebuscamiento, y se torna conceptuoso y manierista para narrar los afectos interiores, forma un buen contraste con el resto. En 710-725 no se pierde en detalles inútiles, todo es funcional y esencial. La escena es factual, analítica, referencial, nada se deja sin decir, se dice todo, pero sin prolijidad, con el ritmo justo. El famoso estilo visual de Ovidio permite visualizar lo que cuenta, nos lo pone delante, *ante oculos*, gradualmente, mostrando en vez de sugerir. Los afectos son movidos en un estilo medio, pero sin engolamiento, sin grandes palabras, con expresiones propias, ajustadas a las cosas. Clásico es el que llama las cosas por su nombre en el estilo adecuado y en el momento adecuado. < <

[43] El nombre del río en griego es Gránico y es famoso porque allí venció Alejandro Magno por primera vez al ejército persa. En latín se dice *Granicum*, con acento en la penúltima. Nosotros nos inclinamos por Gránico, abandonando a Ovidio, y siguiendo la tradición de la lengua de llegada. < <

[1] *Eneida* II 182 dice *ita digerit omina Calchas*, «así interpreta los presagios Calcante». El Testórida de Ovidio, el hijo de Téstor, es el mismo Calcante, el verbo *digerit* es el mismo y significa «interpretar» en ambos contextos. Los nueve pájaros son un *omen*, que él interpreta en número de años de guerra. La expresión *in belli annos* es un tanto forzada, por lo que también forzamos un poco la traducción. < <

[2] El sacrificio de Ifigenia, que figuraba en los Cantos Ciprios (*Cypria*) y en las dos conocidas obras de Eurípides, es narrado detalladamente en la literatura latina que se nos conserva por LUCRECIO I 85-101. Posteriormente, en *Metamorfosis* XIII 184-195 Ulises refiere en su discurso cómo forzó a Agamenón a sacrificar a su hija y cómo engañó a Clitemnestra para que la dejara ir a la flota. Ovidio, por tanto, omite los detalles para no repetirse, tanto más cuanto que en XIII 438-480, narrará la dramática muerte de otra doncella real, Políxena, sacrificada a los manes de Aquiles. <<

[3] El poeta, mediante la Fama, está creando una figura de su propia labor. Él recoge los rumores de la tradición, *fama est, traditur, fertur*, los traslada a su lengua desde otra; en el traslado —la traducción— los modifica, los convierte en otra cosa, añade sentidos que no tenían, altera las proporciones de lo verdadero y lo falso. La imaginación poética hereda su material de un mundo tradicional y lo expone con una originalidad poderosa: tal es la labor de Ovidio, que toma el monstruo, Fama, de Virgilio, pero lo modifica a su gusto. Su capacidad creadora se está describiendo a sí misma con Fama. Y en un mundo de figuras se dota de figura visual, algo que la retórica denominaba *phantasia*: la Fama es una *phantasia*. < <

[4] La muerte de Héctor acontece en el décimo año de la guerra y se narra en el libro XXII de la *Ilíada*. La obra termina con la entrega de su cadáver por Aquiles a Príamo (libro XXIV). Ovidio recuerda oportunamente en el paréntesis que aún faltan diez años de tiempo ficcional para que la muerte del héroe se produzca. < <

[5] En la primera fase del combate, Aquiles se entera de la identidad de su adversario y de su invulnerabilidad después de tres intentos de herirle con sus venablos. Como el descubrimiento le provoca cierta perplejidad e incluso desconfianza Aquiles hace una breve pausa y se da ánimos recordando su impresionante currículo de asolador de ciudades. (Lo podemos leer en muy parecidos términos en *Ilíada* I y en palabras de Ulises, durante el Juicio de las Armas, en *Met.* XIII 173 ss.) La vacilación termina matando a Menetes, lo que le sirve para comprobar que su eficacia guerrera no ha disminuido.

A continuación poniendo mucho énfasis (las mismas armas, la misma mano), hace un nuevo intento con Cicno, y tras un aparente éxito, comprueba que su golpe tampoco ahora ha sido eficaz. < <

[6] Hay tres Cicnos en las *Metamorfosis*. El primero, hijo de Esténelo, está relacionado con Faetón (II 367 ss.), mientras que el segundo (VII 371) es hijo de Apolo y de Tiria. En ambas historias tiene lugar la transformación de un ser vivo en cisne. Parece que Ovidio ha inventado la historia de la metamorfosis de Cicno, el rival de Aquiles, pues en la tradición anterior no hay huellas de ella. Este Cicno, a diferencia de los otros, pasa de su condición de muerto, cuyo cadáver no aparece, al cuerpo de un ser vivo. Cicno es trasmutado en un ave cuyo nombre ya llevaba. *Nomen omen*. < <

[7] Resulta verosímil suponer que a un guerrero le complacen las narraciones de guerras, sentado con sus camaradas en una escena típica de campamento, pero siendo este guerrero el gran Aquiles, el prototipo de un hombre de acción, verlo reducido a mero oyente de lo que otros cuentan no deja de defraudar ciertas expectativas. Aquiles no actúa, sino que escucha sucesos de épocas pretéritas. Ovidio tematiza la cuestión preguntándose de qué se iba a hablar en presencia de Aquiles sino de batallas, pero lo cierto es que antes de que acontezca su muerte, el héroe sólo raras veces es el centro de los sucesos. < <

[8] Néstor, al comienzo de la *Ilíada*, afirma que él ha participado en varias aventuras con los héroes de antaño, sin entrar en detalles (I 254 ss.). Habla, en efecto, de una o dos generaciones anteriores y no quiere hacer la narración de aquello, pero Ovidio se aprovecha para recurrir a su conocida cirugía, es decir, a ampliar considerablemente un relato cuando encuentra una fisura, o, en este caso, una narración elíptica y resumida. Siguiendo su cronología, sabemos claramente que estamos en el primer año de guerra, y, por tanto, falta mucho para la disputa entre Aquiles y Agamenón y el estallido de la cólera de Aquiles. Las palabras de Néstor estaban en la *Ilíada* en un lugar inaugural, tratando de apaciguar a Aquiles y Agamenón, o, aquí en las *Metamorfosis*, cuando comienza la guerra de Troya. Los ancianos suelen tener fama de verbosos: Néstor cuenta batall(it)as. < <

[9] Los dos paréntesis, tan cercanos, llevan la palabra *fama, ita fama ferebat*, y remiten uno al otro, pues el segundo repite casi los términos del primero, *eadem hoc quoque fama ferebat*. Con ello el poeta pretende llamar la atención sobre la estructura del libro XII, no sólo porque el segundo remita al primero, sino porque ambos nos recuerdan que en los vv. 39-62 se hace la descripción del monstruo *Fama*, una de cuyas funciones era asimilable a la del poeta, transmitir rumores y noticias, añadiendo cosas propias. < <

[10] Una historia de cambio de género, como la de Ifis en el libro VIII, pero ésta acontece como consecuencia de una violación. Quizás conviene fijarse, más que en el cambio en sí mismo, en las motivaciones del cambio: la mujer no quiere volver a pasar por algo semejante. El hecho de que el dios elija la forma masculina para liberarla de este temor parece dar a entender que sufrir una violación es incompatible con el sexo viril. < <

[11] La escena presenta a los hemonios, un adjetivo equivalente a «tesalios», de los que formaban parte los lápitas que celebraban el matrimonio de Pirítoo, hijo de Ixión, y a los centauros, hijos de la nube. Aunque bodas y banquetes suelen ser lugares de civilización, el que se celebre en un antro puede connotar, hasta cierto punto, salvajismo. Es como si se aproximara más a los modos «centaurescos» que a los civilizados. < <

[12] Según la tradición, el centauro Éurito infirió una grave ofensa a su huésped. Ovidio la convierte en *casus belli*. El hecho de que sea Teseo quien da comienzo a la batalla pone de relieve la especial relación que desde siempre mantuvieron Teseo y Pirítoo, que los llevó a emprender descabelladas empresas como el intento de rapto de Prosérpina del Hades. < <

[13] Pese a haber sido Teseo el primero en servirse de una crátera como arma, los centauros, como seres primitivos y semicivilizados, no portan armas características, sino que el poeta les hace apoderarse de los objetos que encuentran y utilizarlos como armas. En cualquier caso, Ovidio alude a una mutación simbólica. Los objetos de civilización relacionados con el banquete se tornan (metamorfosean) en instrumentos de guerra. Recuérdese lo acontecido en el libro V en el combate entre Perseo y sus adversarios. < <

[14] La semejanza fonética *limen/limes* remite a *Eneida* XII 896-898, que ofrece un contexto similar a este, en el que Turno intenta lanzar sin éxito una piedra arrancada del campo. < <

[15] Los vv. 270-300 nos presentan una breve *aristía* (momentos de la lucha en que un héroe destaca por encima de los demás) del centauro Reto. No faltan detalles pintorescos en la descripción de las heridas (la barba quemada), crueldad grotesca (detalle de la muerte de Caraxo, a repetidos golpes de tizón), heridas por «fuego amigo», fanfarronería típica de los vencedores, palabras de los vencidos, intervención del narrador en el relato y, finalmente, la narración del momento de *hybris*, en que el héroe, lleno de soberbia por su propio éxito, descuida su protección y es herido por alguien que huía ante su empuje. < <

[16] Tras la huida de Reto, provocada por Driante, sigue una desbandada de centauros, que consiguen huir, y la mención de otros que no escaparon de la muerte. < <

[17] Detalle de dudoso gusto desde parámetros estéticos actuales, pero que responde a ciertos gustos de su tiempo. Las narraciones de muertes son repelentes y su repetición tediosa. Ovidio, intencionadamente, olvida el conjunto y pone el acento en el detalle, resaltando lo grotesco y lo pintoresco. Puede que responda a la afición de su época por lo sangriento y, desde luego, contribuye a formarla, colocándose a medio camino entre Virgilio, por un lado, y Lucano, Séneca y Estacio por otro. < <

[18] Hasta este momento la imaginación del poeta apenas había recurrido a representar a los centauros luchando con su cuerpo equino, pues se comportaban como humanos en la lucha: piénsese en Reto (vv. 270-301). Sin embargo, el héroe Teseo, acostumbrado, como sabemos, a luchar con monstruos, saca partido de las debilidades del cuerpo animal, montándose en su espalda y cabalgándolo. < <

[19] Siguiendo a LAFAYE y ANDERSON no hemos puesto los vv. 362-365 entre paréntesis, a diferencia de TARRANT. El paréntesis, en este caso, resulta inadecuado porque el texto forma parte de la situación narrativa en la que Néstor narra. El anciano no hace aquí un aparte para dialogar con Aquiles, sino que el diálogo con Aquiles es el soporte de la narración desde su mismísimo comienzo y Aquiles es el más importante de los interlocutores de Néstor. En contraste con este, el paréntesis anterior, v. 360, está más que justificado. El narrador ofrece la que podríamos llamar versión oficial, la de Teseo, y luego toma distancia con respecto a ella, porque le parece increíble esta intromisión de la divinidad en el combate. Se enfrentan dos puntos de vista, comentando entre paréntesis el narrador la versión de Teseo. < <

[20] Primera intervención de Néstor en la batalla. El héroe se convierte en uno de los protagonistas, al lado de Peleo. Hasta ahora sus intervenciones se limitaban a narrar, a comentar lo narrado o a interpelar a Aquiles. < <

[21] Nueva viñeta en la que el autor saca partido pintoresco de las características físicas de los centauros. Primero introduce a Teseo cabalgando la grupa de Biénor (346), después Demoleonte pisotea a Peleo y ahora Dórilas, víctima de Néstor y de Peleo, pisotea sus propias entrañas. < <

[22] El centauro macho es paradigmáticamente bello; su parte humana, tanto como la animal, hacen pensar en obras artísticas, en estatuas de centauros que Ovidio debió de conocer. Con esta elevación hacia la belleza se supera, momentáneamente, la parte grotesca de la lucha. Asimismo, una narración de amores en medio del combate, además de distraer al lector, le recuerda la presencia constante del amor en las *Metamorfosis*, sea cual sea el contexto en el que nos encontremos. El cuidado del centauro hembra por su higiene y su dominio de las artes de seducción, usando su belleza, la asimila totalmente a las enamoradas humanas, como lo hace el hecho de que los enamorados mueran juntos, motivo frecuente en los relatos ovidianos. < <

[23] Suprimimos los vv. 434-438, siguiendo a TARRANT, que se apoya en críticos y editores modernos: ANDERSON, RUIZ DE ELVIRA, LAFAYE, se muestran unánimes en incluirlos entre corchetes cuadrados y en señalar que faltan en los mejores manuscritos. TARRANT, *Texts, Editors and Readers*, Cambridge 2016, señala en p. 91 que se trata de una interpolación medieval, mientras que en p. 92 reitera que los mejores manuscritos no los incluyen y que hay expresiones que suenan a época posclásica, sobre todo, *capitis latissima volubilitas*. ANDERSON aporta un ejemplo medieval en que se narra una historia boccacciana de un monje con palabras y expresiones ovidianas. A pesar de que presentan algunas incoherencias, hemos intentado traducir estos versos: [Su enorme cabeza redonda se quiebra, los blandos sesos fluyen por la boca y por el agujero de la nariz, los ojos y los oídos, como fluye la leche coagulada en mimbres de encina entretejidos, o como el líquido cae bajo el peso de un colador de malla gruesa, y se filtra, espeso, a través de densos agujeros apretados]. < <

[24] Néstor no ha pasado a la tradición épica por su fama como guerrero, sino por su destreza en el consejo. En la narración ovidiana, dirigida preferentemente a Aquiles, procura destacar sus hazañas y las del padre del héroe, sustituyendo las historias más conocidas por otras más recónditas, y, desde luego, pasadas. La justificación del largo relato de Néstor es el parecido entre la muerte de Cicno y la de Ceneo, pero para llegar a esta última se ha embarcado en una gran digresión, la boda de Pirítoo y el combate entre centauros y lápitas. < <

[25] Las bravuconadas son inherentes a los enfrentamientos guerreros y recuerdan la conducta de los animales machos, destinadas a atemorizar al adversario. Con ese propósito, antes de los combates, los guerreros suelen reducir al adversario a la condición de mujer, para resaltar su inferioridad. En este caso los insultos cobran una nueva dimensión porque los tópicos habituales que pretendían feminizar al adversario se aplican a alguien que ha sido mujer. Muy propio también de la actitud de estos hipermachos es poner en el debe de las mujeres (vv. 471-473), las ventajas obtenidas como consecuencia de la violación (vv. 197-203) que han sufrido. < <

[26] Ceneo no perece y es aclamado (y por tanto aceptado) en su doble metamorfosis, primero de mujer en hombre y luego de hombre en pájaro. Parece arriesgado hacer un balance que ponga el énfasis en el aborrecimiento de la violación por parte del autor. Los adversarios denigran a la antigua mujer, los compatriotas acogen al héroe, que, además de hombre, es poderoso e invencible, la idea general puede ser que Neptuno le hizo a Cenis un estupendo regalo. Ella, se dice en v. 208, se fue contenta con el regalo. < <

[27] Ovidio y la estética de las omisiones. Néstor tiene buenas razones para omitir la narración de las hazañas de Hércules, asesino de su familia, y destacar las de otros héroes como Pirítoo, Teseo, Peleo y él mismo. El hecho, sin embargo, de que esta pregunta aflore, equivale a esa otra, dirigida al au tor: ¿por qué omites las hazañas de Aquiles, que estarían aquí en su sitio, y eliges otras, pasadas, de héroes de antaño, o notables por su rareza y no por sus proporciones épicas? La respuesta es clara. No se espere de Ovidio insistir en los héroes famosos como Aquiles ni en las hazañas que le dieron la fama, sino que su foco estará puesto o bien en sus parientes (Peleo) o bien en aspectos colaterales: muerte de Cicno. <<

[28] Uno de los varios personajes llamados Cicno que aparecen en las *Metamorfosis* se transforma en ave, a la que da su nombre, Cicno, cuando se lamenta de la muerte de Faetón. Por eso aquí se dice que Neptuno se duele de que su hijo, Cicno, se haya transformado en el ave de Faetón. < <

[29] La ira de Aquiles del comienzo de la *Ilíada* se vuelve ahora contra él, desplazándose a la ira de Neptuno, motivada por la muerte de su hijo Cicno. Neptuno también se muestra enormemente airado con Ulises, en la *Odisea*, por haber cegado al cíclope Polifemo. La expresión latina *exercet memores plus quam civiliter iras* alude a otra ira memorable, la de Juno en *Eneida* I 4 *saevam memorem Iunonis ob iram*. La novedad de Ovidio está en la expresión *plus quam civiliter*, añadida a *iras*, «una ira más rencorosa que la que cabe en un corazón humano». No se interrumpe aquí la cadena alusiva: Lucano, en un lugar memorable también, el comienzo de la *Farsalia*, recuerda este pasaje de Ovidio en la expresión *Bella per Emathios plus quam civilia campos*. Los cuatro poemas épicos más famosos de la Antigüedad, unidos por la alusión que mezcla ira de los dioses, iras de ciudadanos y guerras civiles. < <

[30] Esta críptica expresión señala a Vulcano, el forjador del escudo de Aquiles y el fuego que quemó sus restos. < <

[31] El elogio de Aquiles suena a tópico. Su muerte tiene proporciones épicas, pues dos dioses intervienen en ella, pero también paradójicas: la muerte no le viene de un enfrentamiento épico con un guerrero que estuviera a su altura, sino que le sobreviene casi anónimamente, por un disparo hecho desde lejos por la mano (guiada por un dios) de alguien más famoso por sus hazañas eróticas que por su valor en la guerra. < <

[32] Si recapitulamos la presencia de Aquiles en el libro XII, nos encontramos con que, en el plano de la acción, que es lo que distingue al héroe, sólo mata a Cicno, un ser especial y pintoresco. El resto de sus actuaciones se limitan a ser receptor de una larga y tediosa narración de Néstor y, al final, sujeto paciente de las flechas de Paris. Hay como un desplazamiento metonímico en torno a la figura de Aquiles que impulsa al autor a desenfocarlo continuamente: no es el matador de Héctor, sino el de Cicno, no es el luchador de Troya, sino el oyente de otras luchas, no muere de una herida frontal en combate, sino víctima de una flecha artera. La metonimia siguiente son sus armas: el libro XIII relatará la *Ilíada* desde la perspectiva de los héroes que aspiran a sus armas, pero apenas lo hemos visto blandiéndolas. < <

[1] La idea básica del Juicio de las Armas, *Armorum Iudicium*, es que se enfrentan un bravo y rudo guerrero y un hombre elocuente, un hombre de acción frente a un hombre de reflexión. Sin embargo, ni Áyax está desprovisto totalmente de elocuencia, ni Ulises se limita a ser únicamente orador y estratega, sino que es también guerrero. La habilidad oratoria de Áyax se manifiesta al final del párrafo cuando desprecia a su adversario al decir que, incluso derrotado, Ulises se llevará el premio de haber competido con el gran Áyax. < <

[2] Es un lugar común de los discursos que el que habla resalte la nobleza de su linaje y rebaje el del adversario. En este caso Áyax celebra su cercanía a Aquiles, debida al parentesco, y ensombrece la estirpe de Ulises, porque desciende, presuntamente, de uno de los grandes pecadores del Hades griego, Sísifo. < <

[3] Los *Cypria*, o *Poemas Ciprios*, un poema del Ciclo Troyano que relata acontecimientos anteriores a la *Ilíada* y a la *Odisea*, cuentan que Ulises se fingió loco para no ir a la guerra, porque según un oráculo no regresaría hasta veinte años después y sin gloria. El hijo de Nauplio, Palamedes, descubrió que su locura era fingida, por lo que Ulises le guardó un rencor profundo que terminó en asesinato. Eurípides escribió una tragedia sobre Palamedes que no conservamos. < <

[4] El hijo de Peante era Filoctetes. Sófocles cuenta en su tragedia del mismo nombre que Ulises consiguió llevarlo con engaños a Troya, porque sin su arco y flechas, heredadas de Hércules, la ciudad no podría ser tomada. En el momento en que habla Áyax, Ulises aún no ha ido a buscar a Filoctetes a la isla de Lemnos. < <

[5] Señalamos la habilidad con que Áyax sabe cerrar el párrafo, uniendo a dos de las más conocidas víctimas de la perfidia de Ulises, Palamedes y Filoctetes. El engaño, la perfidia, la oratoria capciosa, la falta de escrúpulos, forman parte de las características del Ulises de los poetas trágicos, que lo convierten en un discípulo aventajado de los sofistas. < <

[6] El episodio en el que Ulises no auxilia a Néstor porque los troyanos aprietan en la batalla, mereciendo los reproches de Diomedes, procede de *Ilíada* VIII 69-129. El episodio en el que Áyax, con Menelao, acuden en auxilio de Ulises se narra en *Ilíada* XI 411-488. En el primero la justificación de Ulises no es fácil, pero en el segundo Áyax deforma los hechos para adaptarlos a las necesidades de su causa, que no son otras que mostrar la cobardía de Ulises en combate. < <

[7] Héctor pedía un rival y se sorteó entre nueve guerreros griegos, saliendo Áyax. Hay una especie de *hysteron proteron*. Primero es el sorteo, luego que Áyax, el elegido, fue capaz de hacerle frente. El combate se resolvió con la separación de los contendientes sin una victoria clara. < <

[8] En realidad Áyax omite que la llegada de Patroclo, revestido con la armadura de Aquiles, fue más decisiva para la salvación de las naves que su acción defensiva. < <

[9] Los comentaristas notan que el pasaje es altamente retórico y señalan la figura, *antimetabolé*, latín *commutatio*: se trata de una antítesis cuyo segundo miembro cambia el sentido del primero. Es de notar, sin embargo, que la parte más atrevida del razonamiento, la verdaderamente ingeniosa, acontece en el primer miembro: es Áyax el reclamado por las armas, no las armas por Áyax. En definitiva, una vez más volvemos a la idea de que el torpe Áyax no está desprovisto de habilidades retóricas. < <

[10] Áyax pasa por alto algo importante, que la captura de Héleno, el adivino, era necesaria para saber las condiciones puestas por el Hado para la caída de Troya, a saber, que se robara el *Palladium*, una vieja estatua de Palas Atenea, de su santuario. Ulises captura a Héleno y junto con Diomedes roba el *Palladium*. < <

[11] Insiste Áyax en la idea de que Odiseo ha realizado la mayor parte de sus hazañas de manera encubierta, sirviéndose de la noche como aliada o de la ayuda de Diomedes, mientras que las armas de Aquiles, pesadas y difíciles de manejar, cinceladas con la imagen del mundo, están hechas para lucir a la luz del día. < <

[12] En algunas ocasiones los generales romanos arrojaban los estandartes de la legión en medio de las filas enemigas para animar a los soldados a recuperarlas. Áyax termina el discurso contraponiendo la acción heroica con la manera de actuar de Odiseo. < <

[13] Fue muy comentada en las escuelas de retórica esta manera de comportarse de Ulises, fingiendo indefensión, timidez o falta de recursos antes de comenzar el discurso. < <

[14] No es exactamente un *locus humilitatis*, frecuente en los exordios, pues Ulises es muy consciente de sus recursos como orador. La petición que hace, que no lo perjudique el dar la sensación de ser demasiado bueno, y por tanto artificioso, recuerda muy a propósito que en las escuelas de retórica se sospechaba de los oradores demasiado buenos. Cuenta Séneca el Rétor *Controversias* 7. 4. 6 el siguiente *dictum* de un adversario a propósito de las habilidades de Licinio Calvo: «Por favor, jueces, porque éste sea muy elocuente, ¿ya por eso me vais a condenar?». < <

[15] Alude a que Peleo mató a su hermano Foco (XI 268). < <

[16] Ulises le da la vuelta a las pretensiones de Áyax de adornarse apoyándose en sus antepasados. Primero, mencionando un principio general que defendían en Roma los *homines noui*: cada uno es hijo de sus propias obras, no de las de su familia. Segundo, aun yendo al terreno que propone Áyax, Ulises se muestra superior por el lado materno de su linaje, que procede también de sangre de dioses, en ese caso de Mercurio. En tercer lugar, Ulises omite hábilmente toda referencia a su abuelo Autólico, hijo de Mercurio, XI 311-315, y tampoco recoge la sospecha, vertida por Áyax, de que podría no ser hijo de Laertes, sino de Sísifo. Frente a eso subraya que en su familia no hay exiliados ni proscritos, como sí ocurría en la de Telamón y Peleo, debido a la muerte de su hermano Foco. < <

[17] El argumento de la consanguineidad de Áyax termina reducido al absurdo, porque hay parientes de Aquiles más próximos que él, y por tanto con más derecho a las armas. < <

[18] Ulises fue a Esciros disfrazado de mercader. < <

[19] Aquiles en Esciros aparece por primera vez en la literatura en los *Poemas Ciprios (Cypria)*, que narran hechos anteriores a la *Ilíada* y la *Odisea*, entre otros la juventud del héroe. Aquiles joven, travestido de doncella, tuvo gran éxito en la literatura y en el arte posteriores. Entre los romanos es Estacio quien lo narró detalladamente en la *Aquileida*, y la escena del descubrimiento que relata aquí Ovidio fue tema muy popular en los mosaicos imperiales de los siglos III y IV d. C. Véase, por ejemplo, el mosaico de la *villa* de La Olmeda, en Palencia. < <

[20] Ulises se refiere a dos acontecimientos anteriores a la guerra, que no figuran en la *Ilíada*, relacionados con el sacrificio de Ifigenia en Áulide, indispensable para que la flota troyana pudiera hacerse a la mar. Primero tuvo que emplear sus habilidades para convencer a Agamenón de que sacrificara a su hija por la causa común y, más difícil todavía, a Clitemnestra, engañándola para que enviara a su hija a la flota con el pretexto de que iba a casarse con Aquiles. Ulises exhibe abiertamente sus cualidades de mentiroso que actúa sin escrúpulos en favor del bien común. < <

[21] La embajada de Ulises y Menelao a Troya para reclamar a Helena figura en *Ilíada* III. Ulises subraya sus dificultades y pone por testigo a Menelao, que no lo olvidemos, figura en el jurado que ha de adjudicar las armas de Aquiles a uno de los dos litigantes. <<

[22] Son tareas propias de un jefe las que Ulises realiza para mantener alta la moral de la tropa. El orador construye un retrato de un general, con amplitud de miras, no de un mero guerrero, como Áyax, individualista y esforzado, pero sin dotes de mando. <<

[23] Preferimos la lectura *reposco frente* a la de TARRANT, *repono*. < <

[24] Ulises cuenta un conocido episodio del libro II de la *Ilíada* desde su punto de vista, incorporando algunos detalles sobre el cobarde comportamiento de Áyax que no están documentados. < <

[25] El tema de la relación entre Ulises y Diomedes había sido introducido por Áyax, vv. 99-102; esta pareja de guerreros actúa conjuntamente en numerosos lugares de la *Ilíada*, representando Ulises el cerebro y Diomedes la fuerza. Entre las hazañas que realizaron, la llamada Dolonía, *Ilíada* X, es particularmente destacada. Ulises aparece ahí en su faceta de espía, averiguando de Dolón cosas útiles para el desarrollo de la guerra, como la llegada de los tracios, mandados por Reso, como aliados de los troyanos. Las misiones audaces tras las líneas enemigas, que requieren nocturnidad, audacia e inteligencia, suelen ser cometido de Ulises y Diomedes. Esta actuación como miembro del «servicio de inteligencia», en lances que nadie ve, le vale a Ulises la acusación de cobardía. Cuando se comprueba que se requiere audacia para enfrentarse a enemigos hábiles, Áyax suele atribuir el mérito a Diomedes: «nada hizo a la luz del día, nada lejos de Diomedes» (v. 99). Incluso hay tradiciones que sugieren que Ulises intentó matar a Diomedes por la espalda para quedarse él solo con toda la gloria de la empresa. < <

[26] Áyax habría sido más generoso con su oferta del v. 102 de repartir las armas entre Diomedes y él. < <

[27] Una muestra de las finezas de la poesía antigua. El verso, tal cual, procede de Homero *, Ilíada* V 678, que enumera las víctimas de Odiseo. *Eneida* IX 767 ofrece el mismo verso y los mismos nombres, igualmente troyanos, pero esta vez víctimas de Turno en el campamento troyano. Ovidio, según esto, «corrige» a Virgilio, eliminando la licencia que el mantuano se toma con Homero y volviendo al original. Nótese la diferencia de programas. Virgilio quiere que su continuación de Homero en suelo itálico suene a Homero, y para ello nada mejor que relacionar un verso homérico completo con un nuevo héroe no homérico como es Turno. El verso «homeriza» a Turno. Ovidio, que ha *deshomerizado* a Aquiles durante todo el libro XII, convirtiéndolo en pasivo oyente de la narración de Néstor, en vez de héroe en acción, vuelve ahora, en el XIII, a la *Ilíada*, contándola desde el punto de vista de Ayax, primero, y de Ulises después. Para ello recorre los pasajes en que ambos actúan, y por eso repite cuidadosamente las víctimas de Ulises. < <

[28] Ironía ovidiana. Los nombres de los héroes abatidos por Ulises no son conocidos por otras fuentes, así que resulta difícil encontrar otros menos distinguidos. < <

[29] Juego de palabras intraducible entre el impersonal *refert*, «es de importancia, cuenta» y *refert*, de *referre*, «contar». < <

[30] El Actórida es Patroclo, hijo de Menetes y nieto de Áctor. Ulises se encarga de recordar a Áyax que sin el terror que suscitó la aparición de Patroclo, armado con las armas de Aquiles, no se habría producido la retirada de los troyanos de las naves. < <

[31] No es exacta la versión que ofrece Ulises del enfrentamiento entre Áyax y Héctor, que sí sufrió un rasguño. < <

[32] Tampoco es exacta la versión de Ulises de la retirada del cadáver y las armas de Aquiles, cuyo mérito se atribuye enteramente. Hay mucha «creatividad» en el tratamiento de los hechos por su parte, lo que cuadra muy bien con su carácter. Esa construcción de un héroe inteligente e ingenioso que hace el poeta terminará por atribuir al ingenioso Ulises cualidades poéticas; véase la nota siguiente. < <

[33] *Rudis et sine pectore miles*. Lo que se dice del soldado ignorante, *rudis et sine pectore* (sin instrucción), se dice a veces del poeta, en concreto de Ennio, que desconocía la técnica artística (*arte rudis*). Hay un consciente intento de reclamar para el soldado Ulises las dotes creativas e ingeniosas del poeta, elevando así la suma de cualidades que deben requerirse de un héroe y no únicamente el valor guerrero. < <

[34] La interpretación de los relieves del escudo de Aquiles es una de las más brillantes argumentaciones de Ulises. Como es sabido, la écfrasis en la que se describen estos relieves, hechos por Hefesto, procede de *Ilíada* XVIII 478-608, que proporcionó el modelo para todas las descripciones posteriores de este tipo. Lo interesante de Homero es que, en medio de su bélica epopeya, el escudo de Aquiles muestra, aparte de una descripción del cielo y las constelaciones, la vida pacífica de dos ciudades. A la inversa, Virgilio representa en los relieves del escudo que Vulcano, a instigación de Venus, construye para Eneas, las guerras llevadas a cabo por los romanos, de las cuales se escogen varios pasajes significativos. Al final de la descripción, *Eneida* VIII 729-731, Virgilio subraya expresamente que Eneas, ignorante del significado (*ignarus rerum*), de lo que el escudo representa, se alegra con las imágenes (*imagine gaudet*), echándose al hombro la fama y el destino de sus descendientes (*famam fataque nepotum*). El contraste entre un héroe ignorante y otro inteligente, si bien permea todo el discurso de Ulises, encuentra en la interpretación del escudo de Aquiles su expresión más gráfica, subrayando de paso que el héroe romano por antonomasia, Eneas, ya había sido relegado por Virgilio al grupo de los héroes ignorantes. < <

[35] Ulises repite el mismo tipo de argumentación. Áyax le acusa a él de la muerte de Palamedes (vv. 56-60), pero en realidad es el mismo jurado que está escuchándolos ahora el que lo ha condenado. < <

[36] Recordemos que Ulises ha acusado a Palamedes de traición y que, según la versión de Áyax, ampliamente aceptada en las tragedias sobre el tema, el propio Ulises había enterrado previamente el oro que había de servir como prueba contra el acusado. < <

[37] El Peántida Filoctetes, heredero de las saetas y el arco de Hércules, fue abandonado en la isla de Lemnos por instigación de Ulises, pero por decisión del consejo. Ulises repite la táctica de *derivare in alios*, atribuyendo la responsabilidad a otros con más poder. Siempre subraya la torpeza de Áyax que, al acusar a Ulises, acusa también a otros. < <

[38] Un oráculo había determinado que Troya sólo podría ser destruida si las flechas de Hércules que portaba Filoctetes participaban en el evento desde el campamento de los dánaos. Se hacía necesario, pues, mandar a alguien a la isla de Lemnos para que las trajera. El discurso de Ulises llega aquí al sarcasmo cuando aconseja irónicamente a los próceres que manden a Áyax a recuperarlas. Para ello se sirve de un *adýnaton* que pone de relieve las escasas dotes diplomáticas del estólido guerrero. < <

[39] Hay una tragedia conservada, el *Filoctetes* de Sófocles, que muestra el enfrentamiento entre Ulises y Filoctetes y la habilidad con que el primero, pese a las maldiciones del segundo, sabe apoderarse de sus flechas. Los lectores conocen que lo que Odiseo presenta como futuro probable —las acciones de Filoctetes— en realidad ha ocurrido ya. La técnica de que el personaje Ulises anticipe un futuro que para el lector conocedor de la tradición trágica y épica es pasado fue ensayada por Ovidio con notable éxito en las *Heroidas*. < <

[40] Con una hábil transición deja el tema de Filoctetes para pasar a otras misiones difíciles que Ulises supo realizar con éxito, sobre todo el robo del *Palladium*, la venerable estatua que presidía el santuario de Palas en Troya, y que estaba estrechamente vinculada al destino de la ciudad. < <

[41] Ulises expresa aquí con toda claridad un razonamiento presente en todo el discurso. Consiste en confundir al colaborador necesario con el autor de una hazaña. Él en realidad no venció a Pérgamo. <<

[42] La relación entre Ulises y Diomedes es la otra cara de la moneda de la que se trama entre Ulises y Áyax. Ambas se basan en el contraste entre la fuerza bruta y la fuerza inteligentemente aplicada, pero mientras en un caso hay colaboración, en el otro siempre hay confrontación. Al atribuir a Diomedes todo el mérito de las hazañas que Ulises reivindica para sí, en realidad Áyax está defendiendo su propia causa. Sin embargo, muy hábilmente, Ulises atribuye a Diomedes un reconocimiento tácito de su superioridad cuando lo hace retirarse de la contienda por las armas de Aquiles, como hacen el resto de los aqueos destacados. < <

[43] Ayax Oileo. < <

[44] Es un brillante resumen de las posiciones de Ulises, que se pronuncia en favor de la inteligencia por encima de la fuerza. < <

[45] Todo el mundo sabía que la diosa guerrera era también la diosa de la inteligencia. Los lectores conocen que en la *Odisea* es la protectora de Ulises, por ser paciente y conservar la calma en situaciones difíciles para elegir el momento de actuar. También sabemos que el *Palladium*, palabra que Ovidio evita, era un *fatale signum*, una estatua portadora del hado. < <

[46] En su muerte, Áyax juega con la idea de no haber sido vulnerable a ninguna herida infligida por el enemigo, de tal manera que, invicto con respecto a los demás, sólo él podía vencerse y herirse a sí mismo. Quizás alguno de los poemas cíclicos haga alusión a esta condición de Áyax. < <

[47] Hay que relacionar esta historia con la doble etiología del jacinto (X 162-219). La aproximación en griego de los nombres de *Iacynthos* (el Ebálida) y *Aiax* era natural, porque ambos están relacionados con la interjección que servía de expresión a la queja, *AIAI*. El jacinto tenía la particularidad de ser una flor purpúrea que llevaba dos letras grabadas, AI, y, siguiendo el pensamiento etimológico de los antiguos, la flor era el testimonio elocuente y gráfico de una queja. Se sabe que los jóvenes enamorados muertos de muerte violenta o los guerreros jóvenes y virginales muertos en combate solían ser asimilados a flores, así Euríalo en *Eneida* IX 435. Por tanto, la explicitud con que Ovidio vincula ambas muertes con la flor del jacinto tiene un fuerte respaldo en la tradición. < <

[48] Posible interpolación de líneas 404-407. BÖMER discute el problema, y concluye dejándolo como está. TARRANT y HOPKINSON secluyen los versos, considerándolos este último una interpolación de un lector erudito. HARDIE encuentra en ellos numerosas referencias a otros versos famosos e incluso comenta un hexámetro de corte neotérico. En nuestra opinión, después de *ultima manus* la continuación nos parece algo torpe y la anticipación de la metamorfosis de Hécuba un tanto innecesaria, si bien hay que reconocer que Ovidio tiene transiciones de este tipo. Con algunas dudas, seguimos a TARRANT y HOPKINSON. < <

[49] En los vv. 408-428, en un rápido sumario, se concentran el poema épico *Iliupersi* s y las tragedias de EURÍPIDES *Troyanas* y *Hécabe*. Se suceden la muerte de Príamo, la vejación de Casandra y las demás troyanas y el asesinato de Astianacte. Las troyanas, abandonando la patria, y Hécuba (nombre latino de Hécabe), son mencionadas a continuación: *Troades, Hécabe*, con la inequívoca intención de remitir a Eurípides. El final del sumario, que muestra a Hécuba vagando por las tumbas de sus hijos, y excavando en una de ellas para quedarse con las cenizas de Héctor, así como la polisemia de *canum*, cabellos, desde luego, pero que también recuerda a *canis*, «perro», anticipan el posterior destino de la anciana, convertida en perra. Esta forma indirecta es más congruente con el estilo de Ovidio que la explícita anticipación de vv. 405-407. < <

[50] La fórmula latina, *Est, ubi Troia fuit, Phrygiae contraria tellus*, que sirve para ubicar la tierra de Tracia, recuerda las écfrasis introducidas por *est locus* que hemos comentado en el tomo primero, I 569, nota 104, y III 414, nota 73. Se pretende que el lugar es ameno, pero, siempre hay en él un peligro latente, como en este caso, donde se convierte en escenario de una tragedia. El hijo más joven de Príamo, Polidoro, es enviado a casa de su cuñado, el rey de Tracia Poliméstor, para preservarlo de la guerra, pero el oro que llevaba como salvoconducto es el que ocasiona su desgracia, siendo asesinado por su huésped. Eurípides, en su tragedia *Hécabe*, hace aparecer el espectro de Polidoro en función de prólogo para informar al público de las circunstancias de su muerte a manos del rey tracio. Virgilio, en *Eneida* III 49-56, cuenta también la historia de Polidoro mostrando una metamorfosis de un cadáver en cañas que gotean sangre, una rara incursión de lo maravilloso en su obra. Por su parte Ovidio desecha esta vez la metamorfosis y lo maravilloso para darle a la historia de Polidoro, siguiendo a Eurípides, un sesgo trágico. < <

[51] El imponente fantasma de Aquiles exige el sacrificio de Políxena, hija de Príamo. En la literatura latina, ya Catulo 64. 366-370 alude a esta célebre historia de crueldad, narrando el sacrificio humano ofrecido a los Manes de Aquiles y sin duda también lo hicieron los tragediógrafos Ennio y Accio. Parece ser que Eurípides fue el primero en unir en su tragedia *Hécabe* las muertes de Polidoro y Políxena, hijos de Príamo, con lo que se plantea un problema mitográfico, a saber, que según ciertas tradiciones la muerte de Políxena aconteció ante la tumba de Aquiles, en Troya, mientras que la de Polidoro sólo podía darse en Tracia. Eurípides (y en su estela Ovidio) prescinden de la fidelidad a la tradición en aras a la concentración trágica de las dos muertes de sus hijos que tendrá que soportar la madre. < <

[52] El discurso de Políxena y sus conceptos proceden, como hemos dicho, de la *Hécabe* de EURÍPIDES, 547-570. En todo el discurso Políxena insiste en su condición de princesa, cuyo noble linaje le hace mostrar un valor impropio de una doncella. Su valiente manera de morir anticipa la estoica aceptación de la muerte que se verá en las tragedias de Séneca y en la obra de Lucano. También insiste Políxena en su condición de virgen y en la superior eficacia, ante los Manes de aquel a quien es sacrificada, de una doncella intacta, mejor que una esclava, la cual, como sabemos, no tenía derecho a su cuerpo. < <

[53] El lamento por Políxena es una clara reminiscencia del coro de la tragedia. El narrador épico recubre con sus palabras las manifestaciones de luto de las troyanas, de ahí los apóstrofes a la doncella y a Hécuba, y las exclamaciones, que son una viva muestra de simpatía narrativa. < <

[54] Recuérdese que ya antes había dejado mechones sobre la tumba de Héctor. < <

[55] Este comienzo del lamento de Hécuba deja bien claro que ella pensaba que, con la muerte de Políxena, ya no tenía más muertes de hijos que lamentar. El discurso forma un anillo, pues, tras esta encubierta alusión a Polidoro, termina recordándolo explícitamente, pensando que está a salvo de lances lamentables como este. < <

[56] Trágica maldición de Hécuba contra Aquiles, que muestra los devastadores efectos de la guerra a los ojos de las madres. Recordemos los estremecedores versos de Catulo 64. 348-351 en la canción donde las Parcas hacen el elogio de Aquiles: «Sus (de Aquiles) egregias virtudes y sus claras hazañas / van a ser recordadas por las madres que entierren / a sus hijos y suelten sus desgreñadas canas / y amoraten sus mustios pechos con golpes débiles». Apenas es posible soportar tamaña ironía, las madres haciendo el elogio épico del asesino de sus hijos. Horacio, con clásica expresión, restableció el sentir común en *Odas* I 24-25: *bellaque matribus detestata*, «… y las guerras que las madres maldicen». La Hécuba de Ovidio, en la senda de Eurípides, expresa una maldición congruente con el personaje luctuoso de una madre ante la pérdida de su hija. Sin embargo, no ha sido subrayado que, en esa misma canción de las Parcas de Catulo 64 en que se menciona a las madres que entierran a sus hijos, aparece varios versos más adelante la muerte de Políxena: 64.358-360 (GONZÁLEZ IGLESIAS en FERNÁNDEZ CORTE, 2006): «sangre de Políxena mojará la alta tumba. / Cual sucumbe la víctima al hierro de dos filos, / caerá su cuerpo trunco, doblando las rodillas». Naturalmente, el modelo de Eurípides basta para explicar las expresiones de dolor de Hécuba tal como las concibe Ovidio, pero dado que la muerte de Políxena de Catulo se rastreaba claramente en los versos de Ovidio, también debía estar el retorcimiento irónico de Catulo a propósito de Aquiles y las madres de los guerreros muertos. Sin embargo, esta vez, el irónico poeta de Sulmona prefirió guardarse su ironía para no arruinar el carácter trágico del lamento. < <

[57] Las ideas están engarzadas de manera brillante. Primero, el recuerdo de la grandeza perdida, tanto colectiva (Ilión) como individual, donde la poderosa Hécuba recuerda a Níobe por el orgullo que ponía en su numerosa descendencia. En segundo lugar, la evocación del exilio, con reminiscencias de *Ilíada* VI 456 ss. a propósito de Andrómaca. Lo que se contrapone aquí es su antiguo estatus de reina, madre de Héctor, con su actual situación de esclava. Después, la manera en que relaciona a sus hijos muertos con ofrendas fúnebres, con piras funerarias, sirve para evocar un sueño de Hécuba, *Eneida* VII 320, en el que la reina había soñado que paría una antorcha, Paris, que simbolizaba el incendio de Ilión. <<

[58] Las protestas a los dioses por prolongar excesivamente la vida de alguien son frecuentes en la literatura antigua. En la latina, *quid moror*, «a qué espero» remite a Catulo 52, *quid moraris emori* «a qué esperas para morir», y también a pasajes de la *Eneida* relativos a Dido y a Evandro, un viejo que tuvo que contemplar el cadáver de su hijo. La alusión a la muerte de Príamo, que cayó al tiempo que su ciudad, aparte de insistir en el pensamiento de que a veces son más afortunados los que mueren antes, sirve para contraponer la fortuna colectiva, Ilión, con la individual, Hécuba, destinada a contemplar, una a una, las muertes de sus hijos. < <

[59] Tras desechar sus pensamientos sobre la posibilidad de que su hija reciba una sepultura adecuada, Hécuba viene a dar con su único punto de consuelo, la única idea que la sostiene en vida, que su hijo pequeño, Polidoro, está sano y salvo. Es lo único que le queda. Con ello se prepara la transición a la escena siguiente. < <

[60] El dolor intenso, en los personajes de Ovidio, se exterioriza en lágrimas, gestos y palabras o se interioriza y se intensifica en gestos y actitudes mudas. Tras la exteriorización causada por la muerte de Políxena, Hécuba no podía repetir su comportamiento, así que la principal finalidad del texto de Ovidio consiste ahora en convertir el dolor en indignación y deseo de venganza. < <

[61] El texto, *adsuetus*, apenas es fiable. < <

[62] El texto de Ovidio describe exactamente las fases de un proceso de ira: primero, una fuerte convulsión interior de indignación, después un deseo de venganza, es decir, la indignación dirigida contra otros, finalmente la puesta en acción, la realización de ese deseo. La reina se arma y se refuerza interiormente con la ira, 544: luego ésta se enciende hasta provocar la decisión de vengarse, llevándola a imaginar y, por tanto, planificar el castigo, 545, y a la manera de una leona, la furia se mezcla con el dolor, 549. En todos estos versos aparece la palabra «ira», un sentimiento que aún no ha se ha convertido en acción. Sin embargo, en 559 no puede contener la cólera que hierve, se desborda y estalla y es este estallido el que la hace dañina y la lleva a realizar su terrible venganza, 562. < <

[63] La intensificación hiperbólica de la venganza, «no quedan ojos, sino las cuencas de los ojos», anticipa el carácter truculento de la tragedia latina de Séneca, él mismo un estudioso de la ira, o, para volver a la épica, las escenas de muerte de Lucano. El exceso de ingenio, que muestra a un Ovidio manierista, precursor del barroco fúnebre latino, da paso a un preciosismo más en el plano compositivo. Reconociendo las virtudes compositivas del paréntesis, en el v. 494 maneja uno que es correspondido exactamente por este del 564. La traducción intenta reflejar cómo una expresión parentética (*quid enim superest*, 494), halla su correspondencia en otra, *neque enim superest*, 564: «Hija, el último pesar de tu madre (¿pues qué otra cosa me queda?)», 564 «extrae no los ojos (pues ya no quedan), sino las cuencas de los ojos». < <

[64] A la narración de la metamorfosis de Hécuba en perra, sigue la explicación etiológica. Hay un promontorio en la costa tracia que es llamado «Sepulcro del can», *kynos sema*, lo que parece indicar que Hécuba acabó sus días en la región y fue enterrada en ese promontorio. < <

[65] *Tempora matutina*, «las horas de la mañana», o «las sienes (la cabeza) a la luz de la mañana». Lo primero es más común, pero nuestra traducción interpreta *tempora* como «las sienes», es decir, la cabeza de un ser humano, con lo que realizamos una personificación de la Aurora, un fenómeno que no resulta nada extraño en este contexto. El dolor de la naturaleza, en forma de fenómenos atmosféricos insólitos, suele acompañar a determinadas muertes. < <

[66] Señalan los comentaristas un cierto paralelismo entre las súplicas de Tetis a Zeus, en el libro I de la *Ilíada*, pidiéndole honores para Aquiles, y estas palabras de Aurora: ambas son madres que suplican a Zeus honores para sus hijos, y el hijo de una ha matado al de la otra. Probablemente la escena figuraba al principio de la *Aithiopis*, un poema cíclico en que Aquiles mata a Memnón, y que ya pudo imitar las palabras de Tetis en ese contexto. La Nereida expone que se siente la más baja entre las diosas si no consigue los honores (*Ilíada* I 516), y lo mismo hace Aurora, aunque su pensamiento está mucho más elaborado. < <

[67] Memnón, más que el padre, es el motivo o la causa por la que han surgido, uno de los significados de *auctor*. < <

[68] Las Memnónides son unas aves que se presentan anualmente sobre la tumba de Memnón, se dividen en dos bandadas y se enfrentan encarnizadamente entre sí cayendo muertas sobre la tumba. La semejanza en griego entre *Memnonides*, nombre de pájaro, y *Memnon*, hijo de la Aurora, vincula desde antiguo ambas historias. La narración ovidiana es una etiología que contiene una metamorfosis de las cenizas de Memnón en pájaros. Este tipo de metamorfosis de cadáver en pájaro es frecuente en Ovidio, que se inspiró en diversas *Ornitogonias* (Beo, Emilio Macro). En cuanto a las luchas encarnizadas entre seres del mismo origen, podemos recordar las historias tebanas, una oscura alusión al combate entre grullas y pigmeos (VI 90-92) o la lucha de abejas en las *Geórgicas*, que también surgen de un cadáver. El texto, además de todo esto, tiene un colorido romano relacionado con lo funeral. Diversas palabras latinas como, entre otras, *parentatio, conclamatio* y *morituri*, aluden a ritos fúnebres relacionados con las fiestas Parentalias, que se celebraban en febrero, en honor de los difuntos. Según la tradición, los juegos gladiatorios fueron introducidos por primera vez en Roma, procedentes de Etruria, en el año 264 a. C., para honrar la memoria de un muerto y desde entonces nunca faltaban en los Parentalia. De esta manera, los enfrentamientos de las Memnónides, esa unión de combate mortal y celebración en honor de un difunto tiene un inequívoco aspecto gladiatorio. < <

[69] La historia de Hécuba y la de Aurora tienen en común que ambas tienen que lamentar la muerte de hijos, aunque en un caso tenga un tono trágico y en otro se nos presente una extraña metamorfosis. El nombre de la Aurora es relacionado etimológicamente con el del rocío *, ros, et toto rorat in orbe*, 622, después de haber aludido a su otra etimología en 587, *aureus aether*. Para los antiguos, la etimología no era única y no se refería al origen de un nombre, sino que, al referirse a las propiedades esenciales de la cosa significada, basada en la semejanza fonética, podía ser múltiple. < <

[70] Da comienzo la llamada *Eneida* ovidiana, o más exactamente el viaje de Eneas desde Troya a Italia: cf. *Introducción* a nuestro tomo I de *Metamorfosis* (2019) cap. 3, págs. 60-82. El héroe es nombrado según su ascendencia materna, hijo de Citerea, es decir, de Venus, reorientándolo así, quizás, hacia el dominio de su madre, el amor. A Anquises se alude mediante elegante perífrasis, «carga venerable»; el epíteto virgiliano de Eneas, *pius* también aparece en esta presentación, aunque en forma de predicativo, para no volver a aplicársele en esta forma sino en la de *notae pietatis alumnus*, y Ascanio es mencionado por su nombre. Tenemos en rápidos versos la escena fundacional de la *pietas* de Eneas y las esperanzas de una nueva Troya. Estos versos recuerdan por diversos procedimientos los libros I, II y III de la *Eneida*: la mención de Troya, el adjetivo *profuga*, Antandro, Polidoro, los vientos favorables y la llegada a la ciudad de Apolo, Delos, con sus compañeros. Ovidio emplea nueve versos donde Virgilio ha utilizado sesenta y ocho, si bien debe tenerse en cuenta que el episodio de Polidoro, profundamente modificado, lo ha desplazado a la narración de la tragedia de Hécuba. Concentración resumida y desplazamiento con nuevo enfoque son dos de los procedimientos de los que Ovidio se sirve al retomar de Virgilio el viaje de Eneas. < <

[71] La doble condición de Anio, rey y sacerdote a la vez, también está en Virgilio, *Eneida* III 80, *rex idem hominum Phoebique sacerdos*. Ovidio retoma el verso para indicar que sigue fielmente la *Eneida*, pero pronto se aparta de ella, al menos en dos puntos: en su poema, los troyanos celebran un sacrificio y la responsabilidad del mismo parece atribuirse a Anquises, que es llamado *pius*. A diferencia de esto, en *Eneida* III 85-90 Eneas consulta el oráculo sin que se haga mención alguna de sacrificios previos. Ovidio somete ahora a Virgilio a una expansión significativa, añadiéndole un sacrificio, al tiempo que señala una omisión del *pius Aeneas* en una materia que lo ha hecho famoso. < <

[72] Anquises no pregunta por algo relacionado con el oráculo, sino que hace una pregunta personal. La narración acerca de las hijas de Anio, semejantes a Midas en transformar todo lo que tocan, pero esta vez en cosas útiles, termina, sin embargo, ocasionando también su perdición. Se metamorfosean en aves, una historia laxamente emparentada con las Memnónides. < <

[73] Ovidio reduce a un solo verso uno de los oráculos más importantes de la *Eneida* (III 85-98) «buscar a su antigua madre y las playas de su linaje», con lo que se suprime un elemento fundamental de la profecía, la predicción del dominio de Roma sobre el mundo. Ésta era la finalidad de la consulta a Febo Apolo en Virgilio, que Ovidio minimiza en elegante elipsis. < <

[74] TARRANT escribe *Lindius*, la mayoría de los editores, *Hyleus*. BÖMER y HOPKINSON, entre otros, desconfían de esta lectura, aportando buenas razones. En la duda, conservamos la lectura de los editores previos a TARRANT. < <

[75] Los vv. 693-694 fueron considerados una adición posterior y eliminados por BENTLEY. TARRANT los incluye dando esta versión: *hanc non femineum iugulo dare uulnus aperto/ illam demisso per fortia pectora telo*. Tiene aún mejor sentido el texto de la edición italiana, que ofrece *iugulo per vulnus aperto* (conjetura de HARDIE) en lugar de *iugulo dare vulnus aperto*. Es lo que seguimos en nuestra traducción. < <

[76] BÖMER subraya que la expresión *pulcher*, aplicada a un cortejo fúnebre, no tiene parangón. < <

[77] La écfrasis representa el nacimiento de los jóvenes Coronas (o Coronos) a partir de las cenizas de dos doncellas que se sacrifican por su ciudad. La ciudad era Tebas, reconocible por las siete puertas, que en la literatura antigua estaba relacionada con la peste y también con luchas fratricidas y el sacrificio de doncellas (Antígona). El esquema sacrificio de joven virgen / destrucción y resurgimiento de una ciudad nos recuerda numerosos pasajes como el de Ifigenia y Políxena, y hay quien asegura que parece adecuado en este contexto que, tras las ruinas de Troya, haya esperanzas de renacimiento. Nos parece difícil esta interpretación. < <

[78] Ovidio realiza un elegante sumario del viaje de Eneas desde Creta a Sicilia narrado por Virgilio, reduciendo los más de cuatrocientos versos de la *Eneida* (III 131-569) a diecinueve versos (705-719). Lo más importante que suprime son las predicciones de los Penates, de la harpía Celeno y de Héleno, que van concretando progresivamente la misión de Eneas. Todas ellas dejan huellas en el texto ovidiano (705-706, 710 y 720-722, véase la traducción). Otro pasaje altamente significativo que Ovidio reduce a una mínima mención «y la que ahora es famosa por Apolo Actiaco» es el origen de los juegos Actíacos, instituidos por Augusto en conmemoración de la batalla de Actio (*Eneida* III 278-289). No hace falta comentar que lo que amputa (o apenas desarrolla) forma la parte más significativa del mensaje de la *Eneida* y resulta fundamental para la acción del poema. Frente a esto, para que la orientación básica de su relato no se olvide, añade dos oscuras historias de metamorfosis (714, 718). < <

[79] GÓNGORA llama Simetis a la madre de Acis, «en Simetis, hermosa ninfa, habido», 25. 3; pero BÖMER nos recuerda que Simetis o Simétide no es un nombre propio sino un patronímico, dado que las Simétides son hijas del río Simeto (como las Nereidas lo son de Nereo). Cf. también D. ALONSO (1961) 149: «no Simetis, sino hija de Simeto». < <

[80] El comienzo de Ovidio, con el triángulo amoroso entre la bella, la bestia y el joven, más el aria cantada por el cíclope (suponemos que con voz de barítono) nos recuerda las numerosas versiones operísticas de las que ha gozado esta obra. Apuntan los eruditos que el primero en convertir a Polifemo en enamorado de Galatea fue un poeta casi desconocido llamado Filoxeno de Citera. Éste, afincado en la corte del tirano Dionisio de Siracusa, parece que se enamoró de la amante del tirano y fue aprisionado en las canteras. Como venganza compuso un ditirambo en el que era posible leer, como en una novela en clave, que Polifemo representaba al tirano Dionisio, él mismo era Ulises, y Galatea hacía de sí misma. La sustitución de Ulises por Acis quizás se deba a Ovidio (HARDIE, 353). < <

[81] Metamorfosis del monstruo en cíclope enamorado. Estas pocas líneas resumen la evolución que ha experimentado la figura del cíclope a lo largo de la historia literaria, desde un ogro devorador de hombres, personaje del folklore, hasta un personaje cómico en la época clásica, y una figura presa de la pasión amorosa en época helenística. < <

[82] Los gestos de un monstruo enamorado producen efectos cómicos. Si además se acentúan los rasgos bucólicos del pastor y agricultor, entonces los aperos del campo, aplicados a las tareas de embellecimiento del enamorado, adquieren efectos grotescos. < <

[83] Se refiere al hecho de que los adivinos extraían sus profecías del vuelo de las aves, augurio. < <

[84] Homero cuenta, por boca de Polifemo, que el adivino Télemo, hijo de Eurimo, le había predicho que perdería su único ojo por culpa de Ulises (*Odisea* IX 507-512); Teócrito, que pinta un pastor anterior al episodio de la *Odisea* (*Idilios* VI 22-24), presenta al cíclope desconfiando de la profecía y maldiciendo al adivino al que desea que lleve sus males a su casa y a sus hijos. Ovidio, en un bello ejemplo de cooperación entre poetas, convierte la épica en bucólica amorosa haciendo que sea el amor y no el guerrero el que arrebate a Polifemo el ojo. < <

[85] GÓNGORA, *Fábula de Polifemo y Galatea*, 53-56: «cíclope a quien el pino más valiente / bastón, le obedecía, tan ligero / y al grave peso junco tan delgado, /que un día era bastón y otro cayado». < <

[86] Un comentarista subraya el prodigio de memoria de Galatea al referir las palabras de Polifemo. Nosotros hemos traducido *notavi* por «tomé nota». En *notavi* se funde la memoria del personaje y la del poeta, que ha escrito el canto del cíclope al final de una larga tradición de la que quedan como hitos Teócrito y Virgilio. Continuando la tradición del canto del cíclope, GÓNGORA, sin embargo, atribuye a las Piérides la responsabilidad de la conservación de la canción: «¡referidlo, Piérides, os ruego!» (350). <<

[87] *Lentus*, comparativo *lentior*, significa básicamente «el que cede bajo presión», de tal manera que según la parte del significado que se active puede significar «flexible» o «pegajoso, viscoso, duro» con el significado metafórico añadido de «flemático, lento», sobre todo en cuestiones amorosas. < <

[88] La comparación con elementos vegetales y animales del entorno inmediato suele ser propia de los poemas del género bucólico, pero donde Teócrito o Virgilio suelen usar tres o cuatro comparaciones en los pasajes que inspiraron este, la canción que Ovidio pone en boca de Polifemo comprende treinta comparaciones en diecinueve versos (789-907) (BÖMER). Las comparaciones son ingeniosas y no cansan; producen a veces efectos cómicos, que no excluyen lo grotesco, pero recordemos que la figura del cíclope había pasado por el drama satírico griego y la poesía pastoril cómico-realista. Tampoco es de desdeñar que, siendo la desmesura en todos los sentidos un rasgo propio del cíclope (842-845), lo sea también la serie de estas comparaciones. Si el estilo es el hombre, el del cíclope tiene que ser exagerado e hiperbólico. < <

[89] Tras las comparaciones sobre la desdeñosa Galatea, Polifemo pasa a hablar de sí mismo (808-837). Primero una descripción del antro donde habita y después sus árboles frutales (812-820), su ganadería (821-831) y los regalos que su condición de cazador puede procurarle a Galatea (832-837). Sigue la nota de desmesura y fanfarronería: «¡es de pobres contar el ganado!», pero a veces se entremezcla con un delicado lirismo, al menos en la intención: «los voy a guardar para mi dueña». < <

[90] La petición a Galatea para que salga del mar y lleve con Polifemo una vida de pastor se remonta a Teócrito (*Idilios* VII 63-66). < <

[91] Polifemo enumera sus cualidades: su impresionante tamaño, mayor que el de Júpiter, su abundante cabellera, su único ojo. El cíclope encuentra en la naturaleza elementos de comparación para realzar adecuadamente sus propiedades físicas. Góngora retiene la imagen de contemplarse en el agua y la compone con la del Sol en el cielo y el único ojo en la frente del cíclope, dando lugar a este complejo intercambio de atributos: «Mireme, y lucir vi un sol en mi frente, / cuando en el cielo un ojo se veía; neutra el agua dudaba a cuál fe preste, / o al cielo humano o al cíclope celeste» (421-424). El último verso, tan largo y trabajado, con sus múltiples sinalefas, resume la trabajosa y elaborada comparación del Sol y el único ojo, y lo elegimos para resaltar el barroquismo del estilo de Góngora, frente a la ingenuidad del cíclope ovidiano. En Góngora destaca la desmesura y brillantez de la imagen, mientras que en Ovidio se impone la ingenuidad de un monstruo tan enamorado de su figura que es incapaz de considerar como defectos a los ojos de otros aquello de lo que él se siente más orgulloso. El barroco Góngora se muestra aquí más inhumano que el burlón Ovidio. < <

[92] El último verso de la canción de Polifemo es casi una traducción literal de Teócrito, *Idilios* XI 29: τὶν δ᾽ οὐ μέλει, οὐ μὰ Δι᾽ οὐδέν, «pero a ti no te importa, nada, por Zeus, nada». < <

[93] Sorprende que Galatea, que ha oído y visto al cíclope, v. 870, no presienta el peligro que se les viene encima. Góngora elimina la contradicción: Galatea oye cantar al cíclope «muerta de amor y de temor no viva» (352), pero está oculta con Acis tras un muro de hiedra, donde el cíclope los descubre por casualidad al disparar su honda contra unas cabras. En Ovidio, los amantes nada temen, pero Góngora, cuyo narrador es omnisciente, anuncia ya en 353-356 que los celos de Polifemo harán pedazos al joven: «Mas —cristalinos pámpanos sus brazos— / amor la implica, si temor la anuda, / al infelice olmo que pedazos / la segur de los celos hará aguda». < <

[94] No nos convence la lectura *tacta* que elige TARRANT, aunque le parece sospechosa y casi prefiere *iacta*. Nos inclinamos por *fracta* (LAFAYE), que es lo que traducimos, o incluso *tota* (HARDIE). < <

[95] Resaltan los comentaristas que se trata de una transformación victoriosa, pues Acis, se convierte en un ser que puebla el mismo elemento que Galatea. Así se cumple la sarcástica amenaza de Polifemo: «¡que se mezcle contigo de esa forma!». También se comenta que tanto Polifemo como Acis se convierten en elementos fijos del paisaje siciliano: el uno es asimilado al Etna, el otro da nombre a un río. < <

[96] Las aguas en calma, el paisaje tranquilo, la mujer sola. Lo podemos asimilar a un *locus amoenus*, con los peligros que encierra. < <

[97] La historia de la literatura recoge numerosas obras, desde Esquilo hasta el joven Cicerón y los poetas neotéricos, que refieren la metamorfosis de Glauco. < <

[98] Surge el ser portentoso, se enamora a primera vista, la muchacha huye y se pone fuera del alcance del admirador; luego ella contempla curiosa el portento y se pregunta si es un monstruo o un dios. El argumento nos suena a conocido, desde Apolo y Dafne en adelante. Para centrarnos en algo más próximo, el terrestre Polifemo se enamora de la marina Galatea, mientras que aquí el marino Glauco se enamora de la terrestre Escila. < <

[99] «Parece cosa de cuento». «Cuento» es para nosotros un concepto cultural de la lengua de llegada, pero la frase corresponde exactamente al pensamiento de Ovidio. Nótese la ironía de que un ser mitológico, resultado de una transformación, ponga en duda la veracidad de las transformaciones ante Galatea que, siendo humana cuando oye esto, terminará transformada más tarde en monstruo mitológico. < <

[100] Distíngase entre Tetis, esposa del Océano, y su nieta Tetis, hija de Nereo y madre de Aquiles: cf. *Metamorfosis* II, nota 15. < <

[101] La metamorfosis de Glauco en pez va seguida de purificación que elimina de él el elemento humano y lo convierte en dios. Es una apoteosis, similar, por el proceso de purificación, a la sufrida por Hércules, y a las que seguirán en el libro XIV de Eneas, Rómulo y Hersilia. < <

[102] Este final suena muy parecido al de la canción de Polifemo, poniendo de relieve el paralelismo entre ambos. También nos hace esperar una venganza. < <

[1] Ovidio describe el estrecho de Mesina, que, al formar la divisoria entre Sicilia e Italia, era uno de los lugares más famosos de la Antigüedad. Los nombres de un periplo famoso son significativos para los humanos, sean marineros o lectores de la época de Augusto, pero sorprenden como visión de un ser acuático, aunque sea un dios. Esta discordancia es voluntaria. Ovidio, en esta parte, juega como nunca con la reticencia, debiendo ser juzgado tanto por lo que dice como por lo que calla, que no es otra cosa que el paso de Eneas desde Sicilia a Italia. < <

[2] Virgilio, en *Eneida* VII 10-24, describe brevemente lo que acontece en los bosques de Circe, pero mantiene convenientemente alejados a los troyanos de tales portentos. Este alejamiento ha sido interpretado como una declaración de principios, ya que un poema épico serio como la *Eneida* tiene la obligación de soslayar lo portentoso a menos que sea inevitable. Sin embargo, en una obra titulada *Metamorfosis*, Circe tiene derecho a recibir un espacio propio, similar, al menos, al que tenía en la *Odisea*. No hace falta recordar que en su recuperación de seres odiseicos Ovidio está reabriendo lo que había cerrado Virgilio con su épica romana, tanto en lo relativo a Circe como en lo relativo a Polifemo. Donde aquél suprime o embrida lo maravilloso, éste lo muestra. < <

[3] Se amalgaman en la figura de Circe el doble componente de la brujería y la hechicería, para usar una distinción famosa de Caro Baroja en *Las Brujas y su Mundo*. La primera tendría aspectos cósmicos, mientras que la segunda mezcla los poderes ultraterrestres de las brujas con fines tan humanos como los amores logrados o los frustrados. Las hechiceras mediterráneas puestas en circulación por las obras clásicas son de este segundo tipo en el que la magia se mezcla con los filtros amorosos: piénsese que Medea y Circe descienden del Sol, la primera en segundo grado, a través de Eetes, y la segunda en primer grado. < <

[4] Como sabemos, el Sol, padre de Circe, informó a Vulcano, el esposo legítimo, de los amores de Venus con Marte: cf. *Metamorfosis* IV 171 ss., nota 27. < <

[5] Circe forma un triángulo amoroso con Glauco y Escila en el que todos los amores son frustrados y los amantes tienen desigual poder. Es una historia de amor y de venganza, prefigurada por la de Polifemo, Acis y Galatea, pero ligeramente distinta, ya que Galatea ama a Acis y rechaza a Polifemo. Sin embargo, los dos personajes odiseicos (Polifemo y Circe) ejercitan su poder para compensar sus frustraciones amorosas y esto es lo que se complace en relatar Ovidio. Sus historias de amores frustrados preceden en el tiempo y pretenden formar el contrapunto a las actuaciones canónicas de estos personajes tal como las había configurado Homero. En efecto, cuando en la *Odisea* Circe yace con Odiseo, es representada en su faceta de maga todopoderosa, mientras que aquí su figura gana en complejidad al combinar el inmenso poder de provocar metamorfosis con la gran debilidad de tener que contemplar la frustración de sus deseos amorosos, como los amantes elegíacos. <<

[6] Es tarea casi imposible dar cuenta de la complejidad temporal de Ovidio en este episodio. La metamorfosis de doncella en monstruo acontece en los tiempos previos a la guerra de Troya, que motivó los viajes marinos de Ulises y Eneas. A su vez, entre un héroe y otro, Escila ha dejado de ser un ser vivo para transformarse en peñasco. Desde el punto de vista retórico, Ovidio se sirve de esta relación entre el tiempo incierto de los dioses y los monstruos y el tiempo histórico de las guerras de los héroes para volverlos a traer, en este caso a Eneas, al primer plano. < <

[7] Cuatro versos le bastan a Ovidio para resumir la que denomina la parte más famosa de la *Eneida, Tristes* II 521. Lo hace con una elegante silepsis (acoge en su corazón y en su casa), figura que, como las metamorfosis, aúna lo físico y lo psíquico, y lo cierra con un políptoton (*decepta decipit*), donde de nuevo la retórica de la gramática reúne las categorías semánticas del paciente y del agente de forma manifiesta. *Decepta*, un término usado para la ciudad y la mujer capturadas, retoma una explícita comparación de *Eneida* IV 665-671. < <

[8] Los vv. 82-85, que siguen a la muerte de Dido, reproducen los acontecimientos más notables del libro V de la *Eneida*, con la vuelta de Eneas a Érice en Sicilia, los juegos en honor de Anquises y el incendio de las naves. Después, el camino desde allí hasta el golfo de Nápoles (86-90), pasa en rápido sumario, facilitado por la serie de encabalgamientos entre la cesura central (pentemímera) de cada verso. < <

[9] Ovidio inserta una etiología de las Pitecusas en correspondencia con una parte de la *Eneida*, libros V y VI, que contiene al menos las de Palinuro y Miseno «el canoro hijo de Eolo», v. 103. < <

[10] Ovidio resume en cuatro versos, como ya hizo a propósito de Dido, 78-81, el episodio más famoso de la *Eneida*, el descenso de Eneas al infierno, con la visita a Anquises y la vista de sus descendientes los romanos, que son sustituidos aquí por sus antepasados. De este modo, uno de los pasajes decisivos para la lectura romana y augústea de la *Eneida* es omitido y sustituido por la narración de la historia de Sibila que veremos a continuación. Ya en el libro XIII 643-674, en vez de desarrollar el oráculo de Febo en Delos, decisivo para orientar a Eneas, el relato desenfoca al héroe y enfoca a las hijas de Anio, cuya vida es contada por su padre. < <

[11] A estas alturas está claro el proceder de Ovidio, omitiendo lo que es famoso e insuperable y desarrollando las costuras del relato de Virgilio para narrar lo que aquel omite. En la *Eneida* es largo el relato del descenso al infierno y muy fácil la salida por la puerta de los sueños, pese a que Sibila (*Eneida* 125-129) había advertido a Eneas de que era fácil el descenso al Averno y laborioso y penoso, *hic labor est*, el retorno. Ovidio retoma *laborem*, «alivió el esfuerzo» para desarrollar, a la inversa que Virgilio, el camino de retorno, haciendo que en él Sibila no se centre en Eneas, sino en sus propias experiencias con Apolo, acontecidas mucho antes de la llegada de Eneas. Sibila nos narra una triste fábula de su envejecer como inmortal, cuando termina transformada en sólo su impresionante voz. A otros amantes de los dioses, como Titono, amante de la Aurora, también se les olvidó pedir la inmortalidad. < <

[12] El templo de Apolo en el Palatino será fundado por Augusto en el año 28 y acogerá los Libros Sibilinos, trasladados desde el templo de Júpiter Capitolino. Apolo se convertirá en dios familiar de Augusto, adosado a su casa, dueño de la profecía y de la literatura, una de las divinidades más veneradas por el Emperador. Sin embargo, su presencia aquí es reducida a su faceta amorosa, a un intento de amor no consumado, como el que tiene con Dafne, cuyo laurel también adornará la casa de Augusto, contigua al templo. Como en su primera aparición, tampoco en esta última la imagen del dios enamorado resulta muy brillante. < <

[13] Los versos 152-153 son secluidos por TARRANT y admitidos por todos los demás editores. TARRANT (2016) 100-101 podría llamarlos «collaborative interpolations», ya que el lenguaje de *Metamorfosis* III 400, a propósito de Eco, es utilizado en otro pasaje de manera que a él le resulta sospechosa. A nosotros nos parecen auténticos. Sibila, según la versión de Petronio, termina tan pequeña que la encierran en una botella, lo que se compadece con esta metamorfosis en voz. Recordemos que en esta parte del libro XIV, el tema de la voz o de su ausencia ha sido destacado a propósito de varios personajes (Sirenas, 87-88, Cércopes, 98-100, Miseno, 102). <<

[14] Cayeta era la nodriza de Eneas, que da su nombre a un conocido puerto del Lacio porque allí descansan sus huesos. Entre la mención del puerto, (VI 900) y el nombre de la nodriza, con la mención de sus huesos y su tumba (VII 1-4), se sitúa la pausa de final de libro y final de la primera mitad de la *Eneida*. Ovidio reconoce la posición estratégica del pasaje virgiliano dividiendo en dos partes sus alusiones a Cayeta. En la primera puntualiza que el puerto «aún no llevaba el nombre de su nodriza» (v. 157), en la segunda sus versos 441-445: «En este lugar mi pupilo, famoso por su piedad, a mí, Cayeta, después de librarme del fuego argivo, me entregó al fuego que me correspondía», se corresponden con los virgilianos. < <

[15] Entre las dos menciones de la nodriza Cayeta, que forman como un desgarrón del tejido de la *Eneida*, Ovidio cose dos historias que forman una especie de doblete, pues las narran dos personajes de la tripulación de Ulises que no figuran en el texto homérico. El primero procede de Virgilio, *Eneida* III 599-608 y 613-654, y su narración, XIV 167-222, ocupa algunos versos más que el texto del modelo. Macareo es una invención de Ovidio, modelada sobre la de Virgilio que, como sabemos, no estaba en Homero y sirve para mostrarnos la lectura que el poeta de Sulmona hace de la libertad que el Mantuano se ha tomado con respecto a su poderoso predecesor épico. Ovidio nos da una lección de historia literaria estudiando la libertad que se toma Virgilio con respecto a Homero. Sobre Cayeta, Aqueménides y Macareo, cf. nuestra introducción a OVIDIO, *Metamorfosis*. I-V (2019) tomo I, págs. 72-80. < <

[16] Los personajes de Ovidio (como su autor) siempre son conscientes de las circunstancias en que cuentan su historia, de manera que, aunque su Aqueménides relate la misma historia que la que narraba el Aqueménides virgiliano, sin embargo la situación y el interlocutor han cambiado, por lo que la narración ya no puede ser la misma. Según la evidencia exterior que nos aporta la historia literaria, los personajes tienen que hablar de forma distinta porque pertenecen a autores, épocas literarias y estéticas literarias distintas, pero, en el mundo narrado en que se encuentran se dan variaciones entre los dos relatos de Aqueménides porque se narran en tiempos, lugares y con interlocutores distintos. En consecuencia, este exordio de Aqueménides ante un compatriota pretende explicar a un griego por qué se encuentra entre sus enemigos seculares y por qué les muestra aprecio, especialmente a Eneas, usando con toda naturalidad el nombre de Polifemo, sin necesidad de describirlo (pues su interlocutor ya sabe quién es). Esta distinta introducción a la segunda narración de Aqueménides le facilitará al autor unos notables cambios con respecto al texto virgiliano. < <

[17] Aqueménides supone que Macareo quiere saber cuál era su impresión al verse abandonado, por qué no pidió auxilio, y le contesta diciendo que el temor al Cíclope le impidió gritar. Para corroborarlo cuenta cómo los gritos de Ulises burlándose de Polifemo estuvieron a punto de causar el hundimiento de su nave. El peso de su narración gravita hacia los instantes en que los griegos escapan en barco, tras haber cegado al cíclope, y no hacia la descripción de este y su cueva, que era lo primero que les interesaba a Eneas y su tripulación. < <

[18] En su imitación microtextual de los versos virgilianos Ovidio no puede omitir los efectos fónicos de tipo icónico que le procuraba la descripción de cómo el cíclope antropófago masticaba los cuerpos de sus compañeros. El verso 196 *et elisis trepidi sub dentibus artus* reproduce con sus sonidos dentales parte del verso virgiliano, *Eneida* III 627, *manderet* et *tepidi tremerent sub dentibus artus*. <<

[19] El cíclope desea, tras haberse quedado ciego, una segunda oportunidad de encontrarse con Ulises. Este pasaje se encuentra en Homero de forma muy parecida, al igual que los momentos anteriormente narrados en que Polifemo arroja dos peñascos, uno tras otro, contra la nave de Ulises y está a punto de hacerla zozobrar. Ovidio vuelve a Homero para diferenciarse de Virgilio, incorporando pasajes homéricos de la historia de Polifemo que aquél había omitido. Virgilio, en cambio, en el caso de su figura de nueva invención, Aqueménides, pretende evitar la narración directa del poeta y adaptarla a la perspectiva limitada de un miembro de la tripulación de Ulises. < <

[20] Ovidio no podía evitar, hablando de Polifemo, la parte más espectacular del relato, aquella en la que devora a varios de los compañeros de Ulises. La imitación con variación tiene un límite. Su Aqueménides altera el orden temporal de la narración del personaje virgiliano, altera asimismo el material (incorporando partes homéricas desechadas), acomoda lo sucedido a las percepciones del personaje, determinadas por su situación. Sin embargo, hay partes antológicas, que no pueden variar y no varían: el cíclope antropófago estaba en la tradición y un poeta no se salía de ella. Al mismo tiempo, había numerosos versos y recursos virgilianos que eran una adquisición permanente y sobre los que Ovidio llama la atención: *mihi lucis ademptae* (197), *cui lumen ademptum* (*Eneida*, III 658). Este verso, aplicado a la acción de robarle al monstruo la luz del ojo, Virgilio ya se lo había robado a Catulo 68. 93, que comparaba la muerte del hermano a que le arrancaran la luz de los ojos. Ovidio puede variar cuando la ocasión se presenta, pero admite que la tradición poética presenta invariantes que él no tiene inconveniente en incorporar. < <

[21] Los dos relatos de Aqueménides coinciden en el final, cuando el griego solicita el auxilio de los troyanos. Como ya dijimos en la *Introducción*, pág. 74, éste es el único trozo en que Ovidio conserva la *Eneida* «a escala original», reescribiendo el trozo «que más le gusta, aquel en que Virgilio más se parece a él». Ovidio legitima sus opciones estéticas apuntando al carácter «ovidiano» de este trozo de Virgilio. < <

[22] Se trata, en efecto, de un «regalo memorable», la imagen de los vientos encerrados en un pellejo. La recuerdan todos los lectores, grandes y chicos, que alguna vez han leído una versión de las aventuras de Ulises. < <

[23] Ovidio reduce las aventuras de Ulises con Eolo y los lestrigones, narradas en el libro X de la *Odisea*, a unos diez versos cada una. La primera está en estilo indirecto, la segunda, en palabras de Macareo, cuya perspectiva domina todo su relato, frente a la homérica, donde el narrador era Ulises. La aventura con los lestrigones es notable, entre otras cosas, porque en ella Odiseo pierde la totalidad de su escuadra, con excepción de un solo barco. <<

[24] La insistencia en mantener a Circe apartada es un rasgo metatextual mediante el cual el poeta Ovidio alude a que Virgilio, en su *Eneida* VII 10-24, se limitó a «rozar» (*raduntur*) el tema de Circe, pero sin entrar a fondo en él. Ya hemos dicho que la *Eneida* sólo narra metamorfosis en trozos señalados, mientras que Circe la hechicera, cuyas transformaciones de hombres en bestias eran paradigmáticas, no podía permanecer apartada de un libro titulado *Metamorfosis*. < <

[25] Ovidio toma a Homero (y algo a Virgilio) como modelos para describir el mundo de Circe, pero se aparta de ellos en un punto significativo. Ni ella ni sus doncellas hilan lana, ocupación tradicional de mujeres, sino que trabajan con hierbas, cometido de brujas y hechiceras. Circe es la supervisora general. < <

[26] Circe usa bebedizos para transformar a los compañeros, pero no renuncia a la varita mágica para completar la transformación. < <

[27] A diferencia de la *Odisea*, donde el narrador es Ulises, aquí Macareo narra en primera persona su propia transformación. < <

[28] Ulises, en Homero, bebe de la copa, pues la hierba de Mercurio lo había vuelto inmune, y ataca a Circe con la espada, hasta que ella reconoce que es Ulises y goza de protección divina. < <

[29] Ovidio lee a Homero irónicamente usando la terminología romana del matrimonio. La ironía reside en convertir la continencia sexual de Odiseo en instrumento de cambio ante la lujuria de Circe y llamarla dote matrimonial. Todo el pasaje de Circe ha sufrido lecturas alegóricas. Ella, descendiente del Sol, es propensa a los ardores amorosos, los compañeros de Ulises se convierten en animales por su inclinación a la gula o a la lujuria; Ulises, con la ayuda de los dioses, es un ejemplo del predominio de la mente y de la voluntad frente al cuerpo y las pasiones. < <

[30] Recordemos que en la historia de Io (libro I) también se produce una metamorfosis y el proceso inverso de volver a ganar la forma humana. Hay pocas historias de este tipo en las *Metamorfosis*. < <

[31] Pico figura en la *Eneida* VII 187-191 como abuelo de Latino, transformado por su esposa Circe en pájaro carpintero. En el texto virgiliano, la estatua de Pico se halla en una sala del palacio de Latino donde figuran todos los antepasados reales del rey, mientras que aquí la estatua está aislada y única, como un recuerdo de Circe a su amante. El pasado latino, solemnemente descrito por Virgilio a la llegada de los troyanos, sufre aquí una orientación erótica y mágica, pues en vez de servir a la historia de Latino y Eneas se pone al servicio de Circe y sus intereses amorosos. < <

[32] Los eruditos discuten sobre el significado de *quinquennem* en Ovidio, período de cinco años o de cuatro años (según la manera inclusiva de contar de los romanos). Se trataría, en nuestro caso, de saber si Pico no había cumplido dieciséis o veinte años. Bömer aporta otros pasajes ovidianos por los que se entiende que *quinquennem, quinquennium* es un período de cinco años. No debe hacerse mucho caso del anacronismo de que en la época de Circe aún no existieran Olimpíadas. < <

[33] El catálogo de ninfas y ríos nos introduce en el Lacio, aunque no todos pertenezcan a él. Remite al catálogo de tierras, guerreros y ríos que aparecen en el séptimo libro de la *Eneida* y forma con él un contraste deliberado al introducir en clave erótica lo que allí se entendía en clave épica. < <

[34] Los antecedentes de Jano son oscuros. En *Fastos* Ovidio pretende que es una divinidad exclusivamente itálica, mientras que aquí lo llama «jonio», siendo por lo general tardías las tradiciones que le asignan origen griego. < <

[35] Pico, antigua deidad rústica de los latinos, relacionada con el pájaro carpintero, es presentado como miembro de un triángulo amoroso en el que Circe, una vez más, como en el caso de Glauco, resulta burlada y toma venganza. < <

[36] La genealogía de Canente parece ser invención de Ovidio, que utiliza la fórmula tradicional, «según se cuenta» para hacer pasar su invención como auténtica. Sus atributos proceden de su nombre (*Canens*, «cantora» o «cantarina»), sus padres son impecablemente itálicos (Venilia, según Virgilio, era madre de Turno) y como todas las divinidades que se sirven de la canción, puede también amansar las fieras. < <

[37] Editores y comentaristas están divididos respecto a admitir como auténtico el verso 385, que transmiten todos los manuscritos, o tomarlo por espurio, como quiere KORN, entre otros. LAFAYE, ANDERSON, RUIZ DE ELVIRA y BÖMER se inclinan por la autenticidad, mientras TARRANT y MYERS, lo mismo que HARDIE, lo dan por espurio. En esta disputa se cruzan también argumentos literarios, que atañen a la clausura de un parlamento por parte de un personaje. El verso 384 hace muy buen final, pero no es la primera vez que Ovidio es redundante. En definitiva, o bien se trata de un verso auténtico o de una «interpolación colaboradora». Nos inclinamos por la segunda, pero la solución no es fácil. < <

[38] La figura de Circe, bruja y hechicera, pasa por diversas fases folklóricas y culturales desde sus orígenes prehoméricos hasta los homéricos, helenísticos y latinos, con las consiguientes racionalizaciones, interpretaciones alegóricas o resurrecciones de tipo estético que se aprovechan del fuerte tirón literario que ofrecen las historias de metamorfosis. A su vez, dentro de la obra de Ovidio se hace hincapié en su participación en triángulos amorosos fallidos, por lo que sus actuaciones como bruja y sus intentos de persuasión amorosa deben modularse según sus apariciones anteriores. Por ejemplo, tanto en el caso de Glauco como en el de Pico, se puede observar el esquema de declaración amorosa de Circe, rechazo de su amado y recurso de Circe a la magia. Por lo que toca a las operaciones mágicas, se observa siempre una combinación de hierbas, pócimas, conjuros y recurso al toque de la varita. Los diversos estadios culturales que ha sufrido la figura se combinan con los sucesivos tratamientos literarios preovidianos y ovidianos para darnos una Circe ecléctica, pero siempre interesante. <<

[39] En este final de la historia de Pico, Circe añade la mutación o transformación de la naturaleza circundante a las de las figuras, convirtiéndose en una divinidad nocturna, con rasgos que proceden de Medea y anticipan al personaje de Séneca. Diríamos que Circe va intensificando su brujería a medida que se suceden sus transformaciones, de manera que el final tiende a lo terrorífico. Aquí el prodigio se anuncia siguiendo la fórmula virgiliana (*dictu mirabile*), después es contemplado con asombro por los espectadores, pero éstos no permanecen inmunes, sino que su fuerza contagiosa los termina alcanzando y transformándolos en otros cuerpos. Algo parecido ocurría con la cabeza de Medusa en el libro V, cuyas acciones de convertir seres humanos en piedra eran observadas con incredulidad hasta que la transformación alcanzaba también a los incrédulos. < <

[40] Lo habitual en una metamorfosis donde una cosa se transforma en otra o desemboca en otra, *venire in*, es que la antigua forma ocupe la posición de sujeto y la nueva sea introducida por *in* más acusativo. De acuerdo con esto, los jóvenes terminan siendo fieras, *venire in*. Ovidio aquí pone el foco en el nuevo ser resultante del contacto, por eso es el sujeto, por ser la novedad: prodigiosamente, fieras de muchas clases aparecen en el lugar de los jóvenes, surgen en los jóvenes. < <

[41] Adoptamos in *gelida ripa*, propuesta por MYERS en su comentario *ad loc*. en vez de *iam longa*, de la edición de TARRANT. <<

[42] La peripecia de Canente se termina con la muerte por disolución, mientras que las Camenas, las viejas ninfas itálicas, se ocupan de propagar la historia. Recordemos que Ennio introduce a las musas en la épica latina y relega al pasado las canciones de los faunos y los vates, es decir, la poesía de Andronico y Nevio, que prefieren versos latinos como el saturnio y personajes latinos como las Camenas. Ovidio quizás está indicando que la historia de Canente procede del viejo folklore itálico y que él le está dando curso de nuevo. < <

[43] Tras las historias de Aqueménides y Macareo, Ovidio se sirve del epitafio de Cayeta para regresar a la historia de Eneas (cf. nota 14). < <

[44] Lo mismo que Dido había recibido a Eneas en su «corazón y en su casa» (XIV 78), Eneas se apodera ahora «de la casa y de la hija» de Latino. Ambas situaciones guardan una evidente relación y Ovidio pretende ponerla de manifiesto mediante la figura de la silepsis. Poco antes, a propósito de Canente dice que espera a Pico «con la mirada y con el corazón» (XIV 417). < <

[45] Cuatro libros de la *Eneida* son resumidos por Ovidio en poco más de diez versos. < <

[46] La doncella Casandra fue arrebatada (violada) del templo de otra doncella, Palas Atenea, por Áyax Oileo. < <

[47] Diomedes tiene una larga intervención en *Eneida* XI 252-293, cuando recibe una embajada de los latinos pidiéndole su alianza para la guerra contra los troyanos. El héroe recuerda en ella el regreso de los caudillos aqueos que lucharon en Troya. También hace alusión a que sus compañeros fueron convertidos en aves (271-274), como castigo a su lucha con Venus, relatada en *Ilíada* V. El resultado de esta embajada es que Diomedes se niega a prestar su ayuda a los latinos contra los troyanos y les aconseja hacer las paces con Eneas. El Diomedes de Ovidio niega su colaboración a los latinos resumiendo la petición de los embajadores en dos versos en estilo indirecto, pero luego desarrolla las razones de su negativa, a saber, que no tiene hombres suficientes. Los versos 464 y siguientes cuentan el regreso de los caudillos y el suyo, tan desastroso como el narrado en la *Eneida*, pero orientándolo sobre todo hacia la ira de Venus con respecto a él. < <

[48] La forma en que Diomedes expresa su deseo de morir junto al cabo Cafereo recuerda de nuevo al estilo en que Eneas desea haber muerto junto a los campos de Troya, precisamente a manos de Diomedes (*Eneida* I 94-101) que comenzaba diciendo: «… Dichosos, clama, oh sí, dichosos / mil veces, los que a la vista de sus padres, / de Troya ante los muros consiguieron / la vida fenecer». Ovidio impregna la intervención de Diomedes de reminiscencias estilísticas del libro I de la *Eneida*. < <

[49] No hay propuesta de lectura convincente, y tampoco se entiende por el contexto cuál debería ser el sentido de la frase. LAFAYE: «Para nosotros es una gran superioridad que hemos pagado a un gran precio». MYERS: «incluso aceptando que su enorme poder nos cuesta muy caro». HARDIE cree que *potentia* es la de Venus. Nosotros nos acercamos a LAFAYE, «pero nuestro gran poder nos cuesta mucho». RUIZ DE ELVIRA lee un texto como el de TARRANT y traduce *magno* por *parvo*, que era una variante de HEINSIUS, se supone que interpretando las palabras de Acmon como ironía «y poco nos importa su gran poder». < <

[50] Acmon es un *contemptor deorum*, despreciando aquí el poder de Venus. Como suele suceder en esos casos, el acto de blasfemia provoca la intervención de la divinidad ofendida. < <

[51] La metamorfosis de Acmon es narrada detallada y ordenadamente, de la cabeza a los pies y vuelta de nuevo a la cabeza; luego sigue la de sus compañeros, a quienes, como suele ser frecuente, les sucede mientras se asombran del prodigio. La pregunta sobre qué clase de aves eran estas se debe a que el relato de los compañeros de Diomedes era tradicional y había dado lugar a discusiones eruditas sobre la clase de aves en que se habían convertido. < <

[52] Repite Diomedes la razón de por qué no puede participar en la guerra, sin que haya en sus palabras el más mínimo elogio al valor de Eneas, como sucedía en Virgilio. < <

[53] Otra historia de desprecio a la divinidad. Lo peculiar es la imitación de la danza de las musas por el pastor y sus palabras obscenas, lo que recuerda la descripción de Livio, VII 2. 4-13 sobre el origen del teatro en Roma: una danza ruda y rústica, acompañada de bromas obscenas y de mal gusto. Si allí el origen es etrusco, aquí procede del sur de Italia. < <

[54] El episodio de la transformación en ninfas marinas de las naves de Eneas incendiadas por Turno recibe mucha atención en *Eneida* IX 71-122, y es el único episodio de la guerra del Lacio que Ovidio reelabora con cierto detalle, aunque reduce los más de cincuenta versos de Virgilio a unos treinta y cinco. Virgilio construye una introducción especial para este episodio, subrayando que se trata de una tradición antigua difícil de creer, pero de fama duradera (v. 79) e insistiendo varias veces en su naturaleza prodigiosa (*mirabile monstrum*, 120), necesitada de interpretación (*Troianos haec monstra petunt*). De hecho, se trata de la historia maravillosa más larga de la *Eneida* y ya Servio, en el siglo IV, la señalaba casi como un cuerpo extraño en la narración épica. Estas características la hacen, naturalmente, muy aprovechable para Ovidio, que prefiere el Virgilio maravilloso al Virgilio épico y que siempre que puede lo señala como precursor de sus *Metamorfosis*. En la historia de Cibeles Ovidio elimina, naturalmente, cualquier mención de que su carácter prodigioso la hace notable (pues su libro trata precisamente de estos prodigios) y desarrolla la parte de la metamorfosis de los barcos en ninfas, mientras Virgilio se hacía fuerte en la intervención de los dioses: Júpiter y Cibeles, y despachaba la transformación en tres líneas (120-122). < <

[55] Los hermanos Astreos son los vientos, Noto, Bóreas y Céfiro, hijos de Astreo y de la Aurora. < <

[56] Se ha visto como reseñable, aunque no sea un caso único, que aquí son los seres inanimados —los pinos o piceas del monte Ida— los que se convierten en animados (ninfas), en tanto que, por lo general (y en este mismo libro) son los animados los que se transforman en vegetales, como el pastor de Apulia, o pasan de una forma animal a otra (Turno se convierte en pájaro). < <

[57] El autor realiza, como en otras partes de este libro, conexiones cronológicas entre la historia de Ulises y la de Eneas. < <

[58] Estos versos resumen los últimos libros de la *Eneida*, reduciéndolos a una violencia ciega y sin propósito, en la que a ninguno de los dos bandos le importa ya la causa por la que luchan, sino que sólo la vergüenza de considerarse vencidos les impulsa a continuar. Venus es presentada en su faceta de *victrix*, no se hace mención alguna a Eneas, y la muerte de Turno acontece en mitad de un verso mientras que en la *Eneida* formaba el final absoluto; para Ovidio, la caída de Ardea concluye el episodio. < <

[59] El final de la *Eneida* había recibido críticas, entre otras cosas, por no haber escenificado una reconciliación de los dos bandos en pugna. De hecho, un continuador renacentista de Virgilio, Maffeo Vegio, escribió un libro XIII de la *Eneida* con las escenas que echaba en falta, como los funerales de Turno o el matrimonio de Eneas y Lavinia. Ovidio lo completa a su manera con una metamorfosis en pájaro de la ciudad destruida, que había llegado a identificarse con Turno. El ave es una ardea o garza (RUIZ DE ELVIRA). En el DRAE se lee árdea y se remite a la voz alcaraván. <<

[60] La apoteosis de Eneas había sido anunciada repetidamente en la *Eneida*. Ovidio imagina un *concilium deorum* en el que Venus pide a Júpiter la deificación de su hijo y los demás dioses, especialmente Juno, asienten. Eneas es llamado aquí y en otra parte de la *Eneida* ovidiana *Cythereius heros*, para subrayar su vinculación con Venus Citerea y también con Venus Genetrix (v. 605), divinidad protectora de la familia Julia. Por su parte Juno, siguiendo la tradición literaria y anticuaria (Ennio, Varrón, Horacio, Virgilio), cede en sus iras y se reconcilia con Eneas y los troyanos. < <

[61] Como es sabido las efigies que representaban a los ríos llevaban cuernos. < <

[62] El Eneas mortal desaparece en el río Numicio y su cuerpo es purificado en sus aguas (recuérdese la conversión de Glauco en dios por purificación). Eneas, un hijo de dioses que sube al cielo, tiene el precedente de Hércules (libro IX) y será seguido por Rómulo, César y Augusto, en los libros XIV y XV. Como todas las divinidades, tiene un nombre (Indígete o Indigete) y un templo, cuyo culto ha dejado huellas arqueológicas en Lavinio. A lo largo de la *Eneida* ovidiana el texto subraya lo necesario la *pietas* de Eneas y poco en qué consiste su misión y, sí, desde luego, que se merece el cielo por su valor y por los méritos de su madre. De la lectura que hace Ovidio de la *Eneida* virgiliana quedan las guerras, el enfrentamiento de las divinidades a favor y en contra y, más allá del poema virgiliano, la tradición de que había sido convertido en dios. < <

[63] La lista de reyes albanos fue creada en el siglo I (aunque mencionada ya en el siglo III) para colmar el hiato cronológico entre la destrucción de Troya, que Eratóstenes de Cirene situaba en 1185, y la fundación de Roma, de fecha variable, pero en la sexta Olimpíada (754/753, según Varrón). Ovidio introduce en *Fastos* IV 39-53 la misma lista con alguna pequeña diferencia. Historiadores como Livio y Dionisio de Halicarnaso parecen haber inspirado a Ovidio, pero, además, en el pórtico del templo de *Mars Ultor* estaban representados los reyes albanos en efigies de piedra. El catálogo tiene aquí la función de impulsar la historia hacia adelante y llevarla hasta los tiempos de Rómulo, colmando los más de cuatrocientos años que los separan. A diferencia de Ovidio, Ennio y Nevio no necesitaban llenar la laguna cronológica, pues hacen a Rómulo nieto de Eneas, hijo de Ilia y Marte. < <

[64] Pomona es una divinidad tradicional latina. Ovidio comienza un relato etiológico, explicando su nombre. Es una ninfa de los bosques, una dríade, pero a diferencia de otras, no se dedica a la caza ni al culto de Diana, sino al cultivo de los huertos. De manera ordenada Ovidio expone sus cualidades como hortelana, hasta llegar a un verso significativo: «Ésta es su afición, éste su afán; el deseo amoroso no existe para ella» (v. 634), donde, tras usar amor en sentido figurado (amor a alguna cosa, afición), una fácil transición lo lleva al sentido propio: como otras ninfas consagradas a Diana, no siente la atracción amorosa. Sin embargo, la acecha el peligro: sátiros, panes, Sileno, Príapo el del miembro viril hiperdesarrollado, todos desean poseerla. El reinado del rey Procas, abuelo de Rómulo, sirve de marco a la anécdota. < <

[65] Vertumno también era una divinidad tradicional itálica. Propercio, 4.2, cuenta la historia del dios y le atribuye origen etrusco, contando cómo fue traído a Roma desde la ciudad etrusca de Volsinias e instalado en el Foro romano, en el llamado Vicus Tuscus. El poema de Propercio es una etiología en la que se exponen tres explicaciones etimológicas del nombre de Vertumno, inclinándose por la tercera, aquella que deriva el nombre de *vertere* «volverse, convertirse», porque el dios se convierte o adopta toda clase de figuras. Ovidio, que imita diversos pasajes del poema de Propercio, omite sin embargo la explicación etiológica, él que es tan aficionado a la etiología. La razón es clara. Su narración sobre Vertumno viene precedida y seguida por dos historias etiológicas, la de Pomona, y la de Ifis y Anaxárete, por lo que, de insistir en la de Vertumno, no habría puesto el énfasis en la última, que era lo que le interesaba. Pero lo que le falta de historia etiológica lo suple con ser una historia amorosa que representa el éxito de la capacidad transformista de Vertumno cuando el dios se encarna en una vieja que actúa de (supuesta) mediadora en su favor. La falsa alcahueta le cuenta a la dura virgen Pomona una historia de amor fallido, la de Ifis y Anaxárete. < <

[66] En los versos 649-650 hay un juego de palabras entre *putator* «podador» y *putares* «pensarías, dirías». Cf. XI 84, nota 4. < <

[67] Cf. MYERS, 173, sobre el texto *, potentior*, y la posible laguna. <<

[68] El texto de TARRANT, †*timidi aut audacis*†, es intraducible. Nuestro intento, similar al de RUIZ DE ELVIRA, sigue una conjetura de HEINSIUS, *timidis audacis*. < <

[69] *Tu primus et ultimus illi ardor eris*. Esta combinación de primero y último amor nos recuerda a Propercio, *Cinthia prima fuit, Cinthia finis erit*, 1.12. 20, verso en el que *finis* cierra el poema. En este pasaje la combinación de *primus* y *ultimus* también tiene efectos de clausura, pues esta historia, con la de Ifis y Anaxárete que lleva adosada, es la última historia amorosa de las *Metamorfosis*. Al ser Vertumno una deidad que persigue sin éxito a una ninfa, nos recuerda el poeta que la primera historia (*primus amor*) del poema fue la de Apolo y Dafne. Por tanto, metatextualmente, Ovidio nos informa de que no seguirán más historias de amor. < <

[70] Suprimimos el paréntesis de TARRANT de verso 679, como aconseja BÖMER siguiendo a VON ALBRECHT, y adoptamos para todo el párrafo la puntuación de ANDERSON. El paréntesis suprimido «no se conoce mejor a sí mismo de lo que lo conozco yo», desarrolla el mismo tipo de ingenio que cuando la vieja le dice un poco antes «te amo más que todos estos», jugando con la ironía de que la vieja es en realidad Vertumno. Por esa razón, el contenido del paréntesis se integra perfectamente en el contexto y no es una nueva enunciación que suponga una modificación inesperada o sustancialmente distinta acerca de él. < <

[71] La diosa Ramnusia o Ramnúside es Némesis, que suele aparecer como diosa vengadora de la *hybris* en contextos amorosos. La Idalia es Venus. < <

[72] La historia de Ifis y Anaxárete parece tener origen helenístico, quizás chipriota. Historias semejantes figuran en Antonino Liberal y en el Pseudo-Teócrito. Pertenece al tipo bien conocido del *paraklausithyron*, en el que un amado lanza sus quejas amorosas ante la puerta de la casa de una amada dura, que lo rechaza. El amado amenaza con el suicidio y en algunas ocasiones lo lleva a cabo. En las fuentes o paralelos que hemos mencionado se añade el motivo de la estatua. La amada, por su dureza, se convierte analógicamente en estatua. < <

[73] Los *Haedi*, Cabritos, en la constelación del Auriga, cuya estrella más brillante es Capella —la sexta más brillante del cielo—. Como signos del tiempo, cuando desaparecían del firmamento, en el otoño, daba comienzo la época de las tempestades. < <

[74] Suele subrayarse en estas historias no sólo la actitud desdeñosa de la amada, sino también palabras vejatorias, que la convierten en un modelo de *hybris*. < <

[75] La luz de la vida y la luz del amor. < <

[76] Pese a que la historia de Ifis navega a través de todos los tópicos del género *paraclausithyron*, Ovidio no deja de prestarle su acostumbrada elocuencia, logrando expresiones memorables como la que motiva esta nota: «haced que se cuente mi historia a lo largo de las edades, y el tiempo que me habéis quitado de vida, concedédmelo de fama». < <

[77] La edición de TARRANT pone entre cruces un texto muy corrupto †*et multa timentem*†. No traducimos lo que va entre cruces. < <

[78] Hay bastantes historias de petrificación en las *Metamorfosis*, siendo la de Dánae quizás la más conocida. En este mismo libro se registra la de Escila, que se convierte en peñasco. Como en muchos otros casos la forma exterior de la estatua ejemplifica una cualidad interior del personaje, en este caso la dureza. < <

[79] Como hemos dicho a propósito de Vertumno, el dios tenía una estatua en el foro. Ovidio desplaza hacia este lugar la conversión en estatua, pero no se ve claro qué méritos ha hecho Anaxárete para convertirse en diosa. Se han buscado paralelos religioso-folklóricos de la muchacha con la Astarté fenicia, que, aparte de ser oscuros, añaden poco a la interpretación de la historia, bastante clara en la versión de Ovidio. < <

[80] La expresión latina *vim parat* aparece en varias ocasiones, *Metamorfosis* II 577 y XI 240, y se refiere a intentos de violación. Las violaciones efectivas se expresan mediante *vis passa est* o *vim tulit*, con sujeto en femenino. La palabra *vis*, fuerza, violencia, equivale muchas veces en Ovidio a violación. < <

[81] Con este resumen de sólo seis versos, que impresiona por su concisión, nos informa Ovidio de la lucha entre Númitor y Amulio, la pérdida y recuperación del poder por Númitor con ayuda de su nieto, la fundación de la ciudad de Roma, la guerra con los sabinos de Tito Tacio y la muerte de Tarpeya. Se omite la historia de Ilia o Rea Silvia, hija de Númitor, el nacimiento de los gemelos y su nombre, la muerte de Remo al construir las murallas de la ciudad y el rapto de las sabinas. Todo esto es narrado por Tito Livio I 3-10 y Dionisio de Halicarnaso I 76 ss., así como por el propio Ovidio en *Fastos* IV 721. De nuevo se hace notar el procedimiento narrativo de Ovidio, que evita temas conocidos y suficientemente narrados por otros, para concentrarse en eventos seleccionados que sean concordantes con el asunto del libro, las metamorfosis. La relación entre lo omitido y lo explícito se hace a veces particularmente evidente como en el caso de la fundación de Roma. < <

[82] Con este insólito matronímico, hijo de Ilia, evita nombrar a Rómulo, pero evoca a su madre, la vestal Ilia (o Rea Silvia), que había sido violada por Marte en las márgenes del Tíber. < <

[83] Sigue el conflicto Juno-Venus, como en Ennio y en la *Eneida*. La esposa de Júpiter vuelve a abrir las puertas de la guerra (*Eneida* VII 620), y Jano, a través de las ninfas vecinas de su templo, se encarga de cerrarlas. La denominación de Saturnia, hija de Saturno, procede de Ennio y aparece un buen número de veces en Virgilio. La presencia de Ennio es notoria en esta parte y en lo que seguirá. <<

[84] La metamorfosis de las aguas de frías en sulfurosas es la que justifica esta detallada narración en medio de la guerra entre romanos y sabinos. < <

[85] Traducimos *rigidis… Sabinis* por «inflexibles». A los sabinos se los asociaba siempre con un comportamiento moralista, rígido y austero, y ésa era su aportación a la cultura y el carácter romanos. Virgilio, hablando del episodio de esta misma guerra, suscitada por el rapto de las mujeres sabinas, denomina a estos últimos *severis* (*Eneida* VIII 638): *Romulidis Tatioque seni Curibusque severis*. <<

[86] Aparece por fin el nombre de Rómulo al frente de una tropa de soldados llamados «marciales» (*Martius miles*, «tropa de soldados de Marte» en la traducción), que en realidad suponen un desplazamiento a los soldados de un patronímico que sólo corresponde al líder, por ser Rómulo hijo de Marte. Virgilio lo llama *Mauortius* (*Eneida* VI 677), pero Ovidio lo evita, centrándose en el nombre de la madre (Ilíada) o refiriendo el adjetivo a sus soldados. <<

[87] Parece aludir Ovidio al combate entre Rómulo y Tacio, yerno y suegro, como precedente de las guerras civiles. La *Eneida* (VI 830-831) da mucha importancia a la lucha entre suegro y yerno (César y Pompeyo), expresión que ya procedía de Catulo 29. 24, *socer generque*. < <

[88] Las palabras de Júpiter prometiendo la deificación de Rómulo fueron pronunciadas en un *concilium deorum* que figuraba en la obra de Ennio, al final del libro primero de los *Annales*, según la reconstrucción de SKUTSCH. Ovidio recoge el verso enniano (fr. 54-55, SKUTSCH) *unus erit, quem tu tolles in caerula caeli* en dos ocasiones, una en *Fastos* II 487 y otra aquí, en *Metamorfosis* XIV 814, haciendo hincapié en el ejercicio de memoria narrativa que está realizando: «lo recuerdo, pues tus piadosas palabras quedaron grabadas en mi memoria». Como en otras ocasiones un personaje está haciendo en el mundo narrado afirmaciones que se aplican también al mundo de la imitación literaria en que se está moviendo el narrador de la historia, Ovidio. Marte legitima su petición de divinización recordándole a Júpiter sus palabras y Ovidio se legitima literariamente recordando las palabras de Ennio. < <

[89] Había dos versiones de la muerte de Rómulo, una, que había sido arrebatado al cielo, y otra, que había sido asesinado por los senadores por su inclinación a la tiranía. Ovidio hace aquí alusión a que su forma de impartir justicia no era tiránica, mientras que en *Fastos* II 497 se afirma que a los senadores se les acusaba de la matanza hasta que un tal Próculo Julio (que también aparece en Tito Livio con el mismo nombre) declara que se le ha aparecido Rómulo con apariencia de dios, que prohíbe a sus conciudadanos que lo lloren, y les prescribe que lo honren como Quirino. < <

[90] Mantenemos la lectura de TARRANT, aunque la conjetura de HARDIE, *torta* por *lata*, da mejor sentido: «… una honda a la que se ha hecho girar…». < <

[91] Quirino era una antigua divinidad sabina de la guerra que al final terminó siendo asimilada a Rómulo. Parece que en Ennio no estaba esta fusión y que fue en tiempos de Cicerón cuando se fue haciendo firme. César y Augusto la fomentaron y se le erigió un templo en el Quirinal, dotado de un *flamen Quirinalis*. En *Fastos* II 477-480 se dan tres etimologías del nombre de Quirino. < <

[92] La divinización de Rómulo continúa la de Hércules y Eneas y anuncia las futuras de Julio César y Augusto. En la literatura de la época republicana, y quizás ya desde Ennio, se da una versión evemerística del acontecimiento como causa de la divinización: los grandes bienhechores de la humanidad merecen por virtud de sus acciones ser elevados al cielo. < <

[93] Existe una referencia en Ennio a *Hora Quirini*, esto es, a una abstracción que resaltaba algún aspecto del divino Quirino. Con el paso del tiempo, a veces a estas abstracciones se les pasó a considerar esposas del dios recién ascendido al cielo. Se sabe que Hersilia era sabina y algunas fuentes, efectivamente, la hacen esposa de Rómulo. Teniendo en cuenta la divinización de Rómulo, que para muchos prefigura la de Augusto al final del libro XV, hay quien piensa que Hersilia, colocada en lugar tan prominente, puede anticipar la futura divinización de Livia, esposa de Augusto. < <

[1] Se refiere a la ciudad de Crotona, en el sur de Italia. < <

[2] El exordio del libro XV nos presenta cuatro temas en diez versos: Numa como sucesor de Rómulo; la naturaleza de las cosas; el desplazamiento a la ciudad del huésped de Hércules; la historia de la fundación de la ciudad. El libro retorna a Numa en los vv. 481-489, la naturaleza de las cosas es tratada por extenso en vv. 59-478 y Hércules y la fundación de la ciudad ocupan los vv. 11-58. < <

[3] Se trata de un *hysteron proteron*. Algunos manuscritos que aconsejan intercambiar los hemistiquios de los vv. 22-23 no tienen en cuenta que el cambio destruye la figura: «Vamos, abandona la casa paterna y busca la corriente pedregosa del remoto Ésaro». < <

[4] El pretexto para narrar la fundación de Crotona es responder a las preguntas inquisitivas de Numa. Algunos también han querido ver un texto oculto, que debe pesar sobre nuestra lectura del pasaje. Recuérdese que, aparte de una mención de pasada, nada se ha dicho de la fundación de Roma. Ahora, con motivo de la fundación de Crotona, se recuerda a Hércules, un héroe vinculado al sitio de Roma, como se menciona en *Eneida* VIII, cuando los griegos de Arcadia hacen sacrificios en su honor conmemorando la muerte de Caco por intentar robarle a Hércules el mismo rebaño de vacas que ahora lleva a Crotona. De esta sofisticada forma, a través de la figura de Hércules, Ovidio le presta a la fundación de Crotona, según muchos estudiosos, el cuidado y el detalle que no le ha prestado a la fundación de Roma. < <

[5] Según una consolidada tradición, Numa Pompilio, el segundo rey romano, se había entrevistado en el sur de Italia con Pitágoras de Samos. De esta manera se vinculaba el origen de las instituciones religiosas romanas con los rituales y enseñanzas pitagóricas. Sin embargo, cuando los eruditos romanos del siglo I a. C. avanzaron en sus cómputos cronológicos, concluyeron que esta entrevista no tenía bases históricas, pues Numa, según sus cálculos, era varios siglos anterior a la llegada de Pitágoras a Italia. Ovidio debía ser buen conocedor de estas discusiones: si leemos bien su texto en ningún lugar se afirma que Numa hablara con Pitágoras, aunque sí se dice que estaba imbuido de estas enseñanzas y de otras muchas (v. 479). <<

[6] Ovidio se refiere en esta parte, sin nombrarlo, a Pitágoras y lo presenta como un sabio estudioso de la filosofía natural. Sus palabras recuerdan el elogio que Lucrecio hace de Epicuro en numerosos lugares de su obra. Más que encontrar aquí una adhesión a una determinada filosofía, lo que se expone, según algunos comentaristas, es una vulgata de ideas recibidas en relación con el pitagorismo, y temas de filosofía popular relacionados con él. Dadas las dotes retóricas de Ovidio, lo que tenemos es un elocuente discurso, semejante a una suasoria, en el que se destacan algunos principios como el cambio universal en todos los dominios de la naturaleza y de la historia. < <

[7] El vegetarianismo era identificado popularmente con el pitagorismo. Ovidio, tras exponer un programa de filosofía natural, se centra en algo más concreto e inteligible, como es la abstención de dieta carnívora. < <

[8] La prohibición de comer carne se encuadra dentro de una concepción de la cultura que contrapone salvajismo y civilización. El vegetarianismo se acomoda a la naturaleza, que ofrece pródigamente sus frutos, y a la civilización, pues el hombre ha sabido, mediante la cocción, suavizar la aspereza de lo natural. Como paradigmas contrarios son destacados las fieras y los cíclopes, que comen carne humana cruda. Pero incluso cociéndola previamente, se insiste en que comer carne es comer, después de todo, la carne de un semejante. Este concepto se elaborará en los siglos venideros: comer carne de fieras es arriesgarse a comer a un ser que pudo haber devorado a un hombre (APULEYO, *Metamorfosis* 4). < <

[9] TARRANT escribe *deorum* marcándolo como corrupto, pero la conjetura de BOTHE, *leonum*, parece más apropiada. < <

[10] Ovidio entra en cuestiones de historia cultural. En la Edad de Oro los animales eran mansos, luego, con el cambio de edad, alguien decidió matar animales para comérselos. Se sugiere que la legítima defensa pudo haber influido en ese cambio. El poeta insiste en que matar en un acto de legítima defensa no vulnera ningún precepto moral, pero sí comer el animal muerto. < <

[11] Ovidio explica el origen del sacrificio, un tema que ha tocado también en *Fastos*. Las primeras víctimas sacrificiales, el cerdo y el macho cabrío, se dice que merecieron el castigo: a estos dos animales les perdió su propia culpa. Pero luego la argumentación del poeta retoma esta frase para decir que ni las ovejas ni los bueyes merecieron semejante castigo, pues no infringieron precepto alguno y se limitaron a beneficiar a sus propietarios. La forma en que se señalan los beneficios de ovejas y bueyes para el ser humano, elogiando el altruismo de esos animales se convierte en una manifestación de simpatía, que busca propiciar nuestra comprensión de sus virtudes. La argumentación termina negando que los dioses tengan culpa alguna de estos sacrificios. Toda la responsabilidad de ellos compete al hombre. < <

[12] El sacrificio de una víctima animal es expresado desde el punto de vista de la propia víctima. Léase aquí la identificación con el animal desde la perspectiva del más famoso sacrificio humano de la literatura latina, el sacrificio de Ifianassa o Ifigenia en Lucrecio I 87-100, donde el poeta suscita la compasión por la víctima describiendo sus sensaciones. Aquí la belleza del animal, en vez de favorecerle, le perjudica, como a algunas heroínas ovidianas (*forma mihi nocuit, Metamorfosis* II 572), mientras que la detallada descripción de las acciones del sacerdote vistas desde el animal que va a ser sacrificado culmina con la poderosa imagen de que la víctima tal vez ha visto el reflejo del cuchillo del sacerdote en el agua. < <

[13] Después de la poderosa imagen del cuchillo en el agua viene la invectiva del poeta contra el arte de los arúspices que observan con avidez las entrañas aún palpitantes de las víctimas. El clímax retorna al precepto de la prohibición de comer carne animal, pues equivale a comerse a los propios cultivadores humanos de sus tierras. < <

[14] El pasaje está impregnado por doquier de resonancias lucrecianas. El filósofo, poseído de un dios interior, como la Pitia por el dios de Delfos, se eleva en vuelo sublime para enunciar verdades eternas con expresiones que recuerdan fuertemente las palabras con las que los poetas describen que se sienten henchidos de un dios y están llenos de inspiración poética. Son versos de tono elevado y sublime, a la manera de Lucrecio, que, también de forma lucreciana, pretenden liberar al hombre del temor a la muerte, uno de los puntos fuertes del mensaje epicúreo. < <

[15] El mensaje epicúreo, de repente, es vaciado desde dentro. El temor a la muerte no se quita diciendo, como Lucrecio, que con la muerte los átomos de nuestro cuerpo se desagregan y vuelven a agregarse para constituir otros seres, sino que, por el contrario, es nuestra alma la que es inmortal, pues pasa a habitar otros cuerpos. La doctrina órfico-pitagórica de la transmigración de las almas, con su creencia en la preeminencia sobre el cuerpo de un alma espiritual indeleble, es lo contrario de la doctrina materialista de los epicúreos con su creencia de que todo se reduce a átomos. < <

[16] La anécdota de que Pitágoras participó en la guerra de Troya bajo la forma de Euforbo es bien conocida por otras fuentes. El paréntesis (*memini*, «me acuerdo») es tanto una alusión a la memoria personal como a la memoria poética del poeta Ovidio. <<

[17] La justificación de la prohibición de comer carne se basa en la doctrina de la transmigración de las almas. Al poder estar habitado cualquier animal por el alma de un ser humano, la muerte del animal equivale a la muerte de un semejante. Se entienden ahora mejor los fundamentos teóricos de la empatía con que Ovidio narraba el sacrificio de un novillo en los vv. 130-135 de este libro. <<

[18] Comienza el viaje de la poesía inspirada por el mar de las disquisiciones filosóficas. *Cuncta fluunt* «todo fluye» expresa en latín el precepto heracliteo *panta rei*. < <

[19] El tiempo es comparado a un río que nunca se detiene y a las olas del mar, que nunca dejan de apremiarse y agobiarse unas a otras. El paso de las horas, en mutación y renovación constante, es seguido por las divisiones del día según las fases de oscuridad y luz, hasta que las mutaciones en el color y el tamaño de los cuerpos celestes, el Sol y la Luna, sirven para marcar las distintas partes del día y también las sucesivas partes del mes. < <

[20] «Del monte en la ladera / por mi mano plantado tengo un huerto / que por la primavera/ de bella flor cubierto / ya muestra en esperanza el fruto cierto», Fray Luis de León, *Canción de la Vida Solitaria*, vv. 41-45. < <

[21] La vinculación entre la mutación y el cambio de las estaciones del año con las edades del hombre, aunque nos resulte hoy excesivamente conocida, parece tener su origen en las enseñanzas pitagóricas, con lo que las imágenes de Ovidio no estarían tan gastadas como aparentan actualmente. La expresión también es variada. La primavera mantiene bien distintos los dominios de la naturaleza y el ser humano, mientras que en el verano se inclina por la personificación, que sirve para ambos dominios. El otoño y el invierno son exclusivamente personificaciones. El verso final, relativo al invierno, es verdaderamente difícil en latín, por contener la figura del zeugma, en la que el primer miembro, *spoliata capillos*, «despojado de cabellos» se entiende propiamente, pero no el segundo, *alba capillos* «blanco de cabellos», que imita la construcción anterior, pero es impropia. Lo propio sería *albos capillos*. Esta dificultad actúa como señal poética para que la personificación deje el dominio humano y nos reenvíe al nivel natural: en invierno los árboles quedan despojados de su cabellera (su follaje), una imagen frecuente en los poetas latinos, o bien sus ramas se quedan blancas de escarcha. < <

[22] Tiene aire de epitafio. Es frecuente leer en los cementerios expresiones parecidas a esta grabadas en las tumbas: «hoy eres lo que yo fui, mañana serás lo que yo soy». < <

[23] Dos paradigmas humanos del paso del tiempo. El primero es Milón de Crotona, un atleta que participaba en las competiciones de lucha, cuya fortaleza se había convertido en proverbial; la Tindárida es Helena. A ambos la vejez les arrebata las cualidades por las que se habían hecho célebres. Ambos se relacionan de una manera u otra con Pitágoras (Helena pudo ser conocida por él cuando era Euforbo, Milón es de su propia ciudad). < <

[24] La imagen de los «dientes del tiempo» se relaciona con Simónides, mientras que Ovidio prefiere la expresión *tempus edax* («devorador, voraz»); *edax* es un adjetivo por el que Horacio muestra predilección (en otros poemas y sobre todo en *Odas* III 30, donde afirma que su obra resistirá el paso del tiempo). La imagen pictórica de Saturno (Kronos) devorando a sus hijos, que ha sido asimilada al Tiempo que devora a sus hijos, procede de una confusión entre *Kronos* (nombre griego del padre de Júpiter, en latín Saturno) y *Khrónos* (divinidad que personifica al tiempo *, khrónos*). < <

[25] Los eruditos han concluido que no tiene sentido buscar una fuente filosófica única para la doctrina ovidiana de los cuatro elementos ni una coherencia excesiva en el uso de la palabra *elementum*, que en Lucrecio, por ejemplo, se refiere a los átomos. Ovidio, como muchas personas cultas de su tiempo, tenía acceso a una variedad de pensamientos escasamente ordenados y coherentes sobre la materia, las partículas elementales que la componían y los cambios que experimentaban. Tampoco resulta fácil conciliar su cosmogonía del libro I, que trata de la creación del mundo a partir del caos, con esta exposición didáctico-filosófica, por más que muchos lo han intentado. Lo que le interesa al poeta en su disertación es subrayar el cambio universal de todas las cosas, cualquiera que sea el dominio que elija para verificarlo. < <

[26] Toda esta parte donde se define qué significa nacer y morir desde la perspectiva del cambio universal de los elementos tiene resonancias de Empédocles, de Eurípides, de Lucrecio y de filósofos menos conocidos. Insisto en que Ovidio es ecléctico y que se sirve de numerosos conocimientos para su exposición didáctica. < <

[27] Comienza una introducción a las maravillas de la naturaleza, *mirabilia naturae*, acentuando el componente empírico —él ha sido testigo— para conferir autoridad presencial a las cosas extrañas que va a narrar. Estos catálogos empezaron a ser frecuentes en época helenística, al aumentar la información proporcionada por la biblioteca de Alejandría: así, por ejemplo, Calímaco escribió sobre ríos con propiedades raras y sobre cosas admirables (*Thaumasia*), pero la narración de las paradojas naturales había comenzado con los filósofos presocráticos y Heródoto. < <

[28] Antes de pasar al catálogo propiamente dicho, se habla de lugares que cambian de condición, pasando de marinos a terrestres o de secos a húmedos y viceversa. < <

[29] Las cruces proceden del editor, TARRANT. El texto es incierto. <<

[30] La distancia que toma Ovidio sobre el crédito que se les debe a los poetas (no es la primera vez) pretende, en este caso, resaltar que la perspectiva de Pitágoras es científica o filosófica. Ovidio también sugiere que el personaje de Pitágoras vuelve sobre temas que él ha tratado desde otra perspectiva en otras partes del poema. < <

[31] Un breve catálogo de seis ríos ilustra las afirmaciones hechas anteriormente sobre las diversas fases de sequía o abundancia por las que han pasado. Recuérdese que en *Metamorfosis* II 234-258 también se hace un catálogo de ríos que se secan como consecuencia de las acciones de Faetón, cuando acercó el carro del Sol a la tierra. < <

[32] En esta alternancia entre lo líquido y lo sólido le corresponde ahora una breve relación de mares que se convirtieron en tierra y viceversa. < <

[33] El catálogo, ante el riesgo de que resultara demasiado aburrido, es interrumpido por la narración detallada de un prodigio de la naturaleza. El lector agradece este cambio de enfoque en el que la multiplicidad da paso a la unicidad. < <

[34] En la transición entre un tema y otro insiste en las fuentes (unas son de oídas, acerca de otras subraya que proceden de la propia observación) y sabe empalmar hábilmente la historia natural con la historia mítica del mundo, hablando de las formas nuevas que adoptan las aguas. Poco más de medio siglo después de la muerte de Ovidio, Plinio el Viejo dedica el libro 31 de su enciclopedia, titulada *Naturalis Historia*, a las aguas. En el libro hay una sección titulada *Mirabilia aquarum* es decir, fenómenos prodigiosos relacionados con las aguas. Allí se enumeran algunos fenómenos de los que también habla aquí Ovidio, por ejemplo, aguas que embriagan y otras que quitan la embriaguez. Plinio procede de forma enumerativa, discutiendo raras veces la veracidad de los fenómenos que acumula. < <

[35] En *Metamorfosis* IV, Ovidio cuenta la historia de la fuente Sálmacis, que convertía en hermafroditas a los que se bañaban en sus aguas. La casi totalidad del poema, hasta este libro XV, está dedicada a narrar las causas maravillosas (*aítion*) de fenómenos físicos: piénsese en la historia de la fuente Aretusa y el río Alceo. Sin embargo, en este libro XV, Pitágoras procede a enumerar los fenómenos para ilustrar su tesis de que todo cambia, pero no los explica a partir de historias míticas. < <

[36] Pitágoras toma distancia, como hemos dicho, con respecto a las explicaciones míticas. Ovidio, con su fino sentido para captar las diferencias, rehúye en esta parte las explicaciones maravillosas para los fenómenos naturales. Parece consciente de que la *persona* (el personaje) del filósofo Pitágoras no puede permitirse las mismas libertades que los poetas con su material. Los cambios de forma reciben, con anterioridad al discurso de Pitágoras, unas explicaciones que dan lugar a una original poética, mientras que esta colección de paradojas y maravillas de la naturaleza requiere un mucho más árido desarrollo científico. < <

[37] El Etna fue objeto de un poema conservado en la *Appendix Vergiliana*, escrito con toda probabilidad después de las *Metamorfosis*, pero era un tema frecuentado por los poetas, según observación de Séneca en sus *Cuestiones Naturales*. El estilo de Ovidio, habitualmente rápido y fluido, se torna aquí trabado y laborioso. Un único período, pautado por tres disyuntivas colocadas en lugares estratégicos, abarca desde el vv. 341 al 356, en el que se hace notar el léxico de las explicaciones científicas, tal como lo habían desarrollado Lucrecio y Virgilio en *Geórgicas*. También aprendió Ovidio de estos poetas y de los poetas alejandrinos a concluir las disquisiciones abstrusas o difíciles con versos brillantes: en este caso leemos un juego de palabras típicamente ovidiano: «el fuego desertará de esos lugares desiertos» (*desertaque deseret ignes*). Ovidio sabe metamorfosear su estilo, adaptándolo al tema, en un poema titulado *Metamorfosis*, en el que sabe mimetizarse con toda clase de géneros literarios, en este caso, el de la explicación científica. < <

[38] La generación de los animales era uno de los puntos fuertes de la ciencia natural antigua. Ovidio habla del origen de las abejas, lo que le recordaría al lector el libro IV de las *Geórgicas*, que trata de estos animales y de su nacimiento a partir de la corrupción de la carne de un buey muerto. El que Ovidio vuelva en dos ocasiones en este párrafo (vv. 363-367 y 381-385) a las abejas, con el papel destacado de que gozan en las *Geórgicas*, pretende indicar su fuente, pero también sus diferencias: él no va a narrar aquí en detalle la vida de las abejas. < <

[39] Es sabido que la mariposa, según creencias muy antiguas, se vinculaba con el alma, de ahí que Ovidio la llame «funeraria». < <

[40] Las fases de la metamorfosis de la rana eran un tema proverbial en los libros escolares de Ciencias Naturales de mediados del siglo pasado. < <

[41] Curioso que los biógrafos de Virgilio hablen de su método de creación literaria diciendo que primero escribía unos veinte versos en borrador y que después iba dándoles forma poco a poco «como una osa lame a sus oseznos». < <

[42] Hay que recordar el verso de Ennio, a quien le habló en sueños el propio poeta Homero, *ova parire solet genus pennis condecoratum* (fr. 8 SKUTSCH): «huevos suele parir la estirpe dotada de alas». Un fragmento próximo (fr. 11 SKUTSCH) habla de que alguien recuerda haberse convertido en pavo. Estas resonancias ennianas en Ovidio son de lo más apropiado en palabras de Pitágoras, pues el poeta Ennio recibió de Homero en el proemio de sus *Anales* la doctrina pitagórica del alma. < <

[43] La leyenda del Ave Fénix está muy difundida en los textos antiguos: BÖMER menciona más de veintinueve autores. Entre los griegos, Hesíodo y Heródoto II 73 son los más antiguos y, entre los tardíos, se puede citar al novelista Aquiles Tacio, III 25. Hablando de los latinos, mencionaremos a Ovidio, Lucano, Marcial, Plinio o Tácito entre los escritores del Alto Imperio. Los puntos básicos en que todos coinciden es que se trata de un ave originaria del Oriente (Siria, Arabia, Etiopía, Egipto), que vive en torno a quinientos años, que su muerte está relacionada con plantas aromáticas, que el hijo transporta por el aire el cadáver de su padre en un nido o una carga de mirra y que es recibido en la ciudad de los sacerdotes del Sol, probablemente Heliópolis en Egipto, donde recibe sepultura. Algunas fuentes no dejan clara la relación entre la muerte del padre y el nacimiento del hijo, y tampoco se asegura que el joven Fénix salga de las cenizas del viejo. Ovidio intercala un «cuentan» (*ferunt*) para indicar escepticismo, y no habla del fuego sino de los aromas (*odoribus*) como causa de la muerte del viejo, lo que nos haría pensar en una pira. Lo que sí afirma con toda claridad, y muy en consonancia con la doctrina pitagórica, es que se trata de un ejemplar único de ave que se regenera a sí misma, sin que intervenga otro ser distinto en la generación, de un modo semejante a como las almas pitagóricas habitan distintos cuerpos sin dejar de ser ellas mismas. < <

[44] El camaleón. < <

[45] Se inicia una parte del discurso de Pitágoras en la que se pasa de la naturaleza a la historia y se reafirma la ley del cambio universal que también impera en ella. Ovidio habla de los cambios de los tiempos que hacen a unas ciudades decaer y a otras florecer. <<

[46] Respectivamente, Atenas y Tebas. Cécrope fue el primer rey de Atenas, mientras que Anfión había levantado las murallas de Tebas. < <

[47] Los versos entre paréntesis cuadrados son, en opinión de TARRANT, que sigue a HEINSIUS, una interpolación. Como a ANDERSON, RUIZ DE ELVIRA y LAFAYE, a nosotros nos parece dudoso que lo sea. El pasaje, que viene a continuación de la caída de Troya, enumera en un estilo épico la decadencia de muchas de las grandes ciudades griegas: Micenas, Tebas, Esparta, Atenas. Se podría objetar a favor de la teoría de la interpolación que en la época en que habla Pitágoras aún no habían decaído, pero anacronismos de este estilo hemos observado, sin ir más lejos, en el encuentro entre Pitágoras y Numa. Por otro lado, era lugar común, en los viajes a Oriente de los romanos ilustrados, observar la ruina de grandes ciudades, en comparación con Roma. Por tanto, en vez de adosar el ascenso de Roma directamente a la caída de Troya, Ovidio amplifica toda una historia de ascensos y decadencias de famosas ciudades griegas, como Virgilio hizo en el libro VI de la *Eneida*, antes de profetizar el éxito de Roma. < <

[48] Acontecía en la cultura griega que la caída de Troya era considerada el comienzo de los tiempos históricos y, con el afirmarse del poderío romano, se elaboró, paulatinamente, la idea de que Roma era la culminación y el renacimiento del poderío troyano. La *Eneida* de Virgilio, en el libro VI, es el principal exponente de esta idea. Pitágoras, relacionado por tantas vías con el discurso de Anquises en *Eneida* VI sobre el futuro imperio universal reservado a Roma, intercala en su discurso sobre cambio y reencarnación (o mutación permanente y transformación continua) la idea de que Roma, que está surgiendo en su época como ciudad «dardania», alcanzará el imperio del orbe. Como no era fácil intercalar, dentro de la idea del cambio universal, la del dominio eterno de Roma, el personaje Pitágoras necesita legitimar su conocimiento y para ello echa mano del vocabulario de la memoria e introduce las palabras de Héleno, un adivino hijo de Príamo, contemporáneo suyo (bajo el cuerpo de Euforbo). También el poeta Ovidio necesita la misma legitimación, porque ha cambiado de sitio, de momento y de contenido, las palabras que Héleno dirige a Eneas en *Eneida* III 373-462. < <

[49] La primera parte de la profecía de Héleno equivale a las garantías que Eneas recibe en la *Eneida* de Creúsa, Apolo y los Penates (libros II y III de la *Eneida*) de que se salvará y fundará una ciudad que será la mayor que hayan contemplado los tiempos. La segunda parte termina presagiando el poder de Augusto que figuraba en las palabras de Júpiter a Venus en el libro I de la *Eneida* y de Anquises a Eneas en el libro VI. La alusión a la divinización de Augusto está también en estas dos profecías. < <

[50] Cuando Pitágoras dice «rememoro con puntual memoria» (*mente memor refero*, v. 451) podemos observar una vez más la ironía de Ovidio que ha cambiado por completo el tenor de las palabras de Héleno en Virgilio y las ha sustituido por otras también virgilianas. Evidentemente, Pitágoras no es Ovidio y sus fuentes de conocimiento son otras, pero la discordancia entre narrador y personaje con respecto a algo tan importante como el destino de Roma puede tener implicaciones acerca de la veracidad de ambos. <<

[51] Pitágoras vuelve al tema, después de una digresión. Y su tema principal es la prohibición de comer carne animal, que tiene su fundamento en la metempsícosis. Al estar todos los cuerpos habitados por almas humanas, al comer animales nos arriesgamos a devorar el alma de nuestros parientes o de cualquier hombre en general. < <

[52] Como toda buena *peroratio* de un discurso, en ella se resumen los temas más destacados del mismo en un tono elevado, que busca impresionar a los oyentes. < <

[53] Numa, elegido rey por unanimidad según todas las fuentes, introdujo en Roma los sacrificios y las observancias religiosas e instituciones como los colegios religiosos. Los sacrificios, naturalmente, eran incruentos, sólo de vegetales, con lo cual supo aplacar y civilizar a un pueblo demasiado inclinado con Rómulo a las artes de la guerra. < <

[54] Hay en el Lacio, desde tiempo antiguo, un santuario consagrado a Diana Nemorensis. En algún momento se asimiló al culto a Diana entre los Tauros, cuya estatua robó Orestes, como sabemos por la obra de Eurípides, cuando buscaba a su hermana Ifigenia. < <

[55] La ninfa Egeria reacciona ante la pérdida de su esposo, al que habría podido llorar en compañía del resto del pueblo, como reaccionan los enamorados cuando pierden a su amor, retirándose a los bosques. Sus lamentos recuerdan los de algunos personajes de la poesía bucólica. < <

[56] El héroe descendiente de Teseo es Hipólito y la historia que va a contarle a Egeria es la de su propia muerte y resurrección. Se ha dudado de que esta historia sea muy adecuada al caso de la ninfa, ya que Hipólito, después de todo, resucita y se convierte en una divinidad, mientras que a Numa no le sucede nada semejante. < <

[57] La historia de Hipólito es bien conocida desde Eurípides, quien le dedicó dos tragedias. Virgilio habla en *Eneida* VII 761-782 de su resurrección como Virbio y su relegación al santuario de Diana en los bosques del Lacio. Virgilio presenta a Virbio en un desfile de guerreros latinos y lo describe como hijo de Hipólito, pasando del hijo al padre, mientras que Ovidio comienza su historia poniendo el acento en lo increíble que resulta que Hipólito fuera la persona que está hablándole a Egeria. Virgilio pasa de Virbio a Hipólito y Ovidio de Hipólito a Virbio, invirtiendo la dirección de la narración. < <

[58] La lectura de HARDIE, *intenta*, sería mejor en nuestra opinión que *contenta*, de TARRANT. < <

[59] En el plano narratológico resulta sorprendente que Hipólito se convierta en espectador de su propia tragedia (habrías podido ver), quizás porque la cuenta muchos años después. Ovidio sigue de cerca la versión de la muerte de Hipólito narrada por Eurípides (que utiliza a un mensajero) sin ahorrarnos detalles truculentos. Lo que es fiable como relato de un mensajero, no lo es tanto como vivencia del propio Hipólito, que no puede sufrir heridas y percibirlas tan en detalle como para poder narrarlas así. No obstante, si nos fijamos en el texto latino, el orden de palabras y la sintaxis del párrafo son bastante más confusas de lo que aportaría un testigo visual tradicional. En la traducción pretendemos reflejarlo. < <

[60] En la última frase Hipólito convierte la narración de su muerte en un mero ejemplo (*exemplum*) destinado a persuadir a la ninfa de que sus sufrimientos han sido mayores. De esta manera el personaje que narra sus propias experiencias mucho tiempo después se aleja un tanto de ellas y les quita así la impresión de una vivencia inmediata. < <

[61] Dite es Plutón. Su indignación se debe a la acción de Esculapio, que, al devolver la vida a un muerto gracias al arte de la medicina, heredado de su padre Apolo, alteraba las leyes de la naturaleza. La medicina de Apolo es designada por la perífrasis *ope Paeonia*, porque Peón era uno de los nombres de Apolo. En la versión de Virgilio, *Eneida* VII 770-774, Júpiter manda a las aguas de la Estigia a Esculapio, en castigo por haber dejado salir a un muerto del Hades y en compensación a Hades por haber perdido a uno de sus súbditos. < <

[62] Ovidio omite toda mención al castigo de Esculapio para centrarse sólo en la acción de Diana. La diosa, consciente del odio divino contra su protegido, tiene buen cuidado en ocultarlo en un sitio lejano y en hacerlo vivir bajo otra forma. < <

[63] El poeta dramatiza el cambio de nombre, de Hipólito, «el que fue destrozado por los caballos», en Virbio, «dos veces vivo, dos veces hombre (*vir*)». El relato se convierte así en un *aítion* del nombre de Virbio, la nueva identidad de Hipólito. Ya Virgilio nos hablaba también de la transformación del nombre, *verso nomine* en Virbio, y del hecho de que en el santuario de *Diana Nemorensis* están prohibidos los caballos, porque el joven había sido destrozado por ellos. Otros juegos etimológicos acompañan al cambio de nombre. Diversos verbos y adjetivos se refieren, en la versión de Virgilio, a que Hipólito fue relegado a los bosques para que pasara su vida en el anonimato *(ignobilis)*. El verbo propio era *lateo* «estar oculto», relacionado con *Latium*, pero Virgilio no usa esa etimología porque ya la había empleado a propósito de Saturno *(Eneida* VIII 322-323): *Latiumqu* e *vocari / maluit, his quoniam latuisset tutus in oris*. Ovidio comprende el juego: habla de que Hipólito dejó Delos (que en griego significa «claro») y dice que «como uno de los dioses menores me oculto (*lateo*) bajo la protección de mi dueña». La historia de Hipólito-Virbio con el renacimiento de una misma persona en otro cuerpo nos recuerda al ave Fénix y a la doctrina pitagórica de las mismas almas en otros cuerpos. < <

[64] La consolación resulta fallida, la ninfa se transforma disolviéndose en agua, como Cíane (V 425-437) o Aretusa (V 632-641) y su fin resulta parecido al de Canente, que se deshace en el aire (XIV 430-432). < <

[65] Primera de tres comparaciones cuya finalidad última es efectuar una transición temporal desde la época de Numa al siglo III a. C. <<

[66] Se trata del *protos euretes* o inventor de la aruspicina o arte de la adivinación mediante la observación de las entrañas de las víctimas. Es alguien autóctono, en sentido literal, por haber nacido de la tierra, de manera que Ovidio, muy atento a la etimología, escribe *indigenaeque dixere Tagen*, «los nativos lo llamaron Tages». Más aún, señalan los escolios a Lucano que Tages significa *apo tes ges*, o *uox terra emissa*, «voz salida de la tierra», uno de los magníficos juegos translingüísticos (griego, latín, etrusco) a que Ovidio ya nos tiene acostumbrados. < <

[67] TARRANT coloca un paréntesis en los vv. 558-559; ni ANDERSON ni LAFAYE lo hacen. Nosotros tampoco. El supuesto paréntesis no es adicional, sino que supone la conclusión de lo anterior. No obstante, la repetición de *aperire* genera ciertas dudas. < <

[68] Parece ser que el milagro de la lanza florecida le aconteció a Rómulo después del augurio que presagiaba la fundación de Roma. <<

[69] La historia de Cipo es narrada también por Valerio Máximo, y reducida a sus líneas esenciales es muy sencilla. Un magistrado de la *gens Genucia*, al atravesar las puertas de la ciudad, nota que le salen en la cabeza una especie de cuernos. Los augures interpretan el portento como anuncio de que alcanzará la realeza. El magistrado prefiere el exilio a alcanzar el poder real. La puerta, cuyo nombre se ha conservado, Rauduscula o Rauducsulana, ostenta, desde entonces, unos cuernos (o una cabeza de bronce con cuernos) para conmemorar el suceso. < <

[70] Se discute, desde un punto de vista antropológico-religioso, sobre el significado de los cuernos y se interpreta como símbolo de poder o de fertilidad (los ríos, determinados dioses, Moisés). Esta interpretación concuerda perfectamente, con el sentido que Ovidio da a la historia. < <

[71] Desde un punto de vista literario se observa perfectamente cómo Ovidio amplifica y dramatiza el escaso material legendario de que disponía. Primero el descubrimiento, después las palabras que hace pronunciar a Cipo, reclamando que caiga sobre él y no sobre la ciudad el mal que pueda procurar el presagio. Tras el sacrificio y consulta a los adivinos, que muestran que los intereses personales de Cipo chocan con los intereses de la ciudad, Cipo se reafirma en preferir los intereses colectivos y concreta su desgracia eligiendo el exilio. Ovidio hace hablar a Cipo en los puntos culminantes de la historia y también a los arúspices. < <

[72] Se sabe que Julio César veló sus sienes con una corona de laurel y que rechazó la corona real, cuando le fue reiteradamente ofrecida por Marco Antonio. < <

[73] La cuestión de la monarquía y de la tiranía está muy presente en las discusiones políticas contemporáneas, por referencia a César (y también a Rómulo). Ésta es claramente una historia «republicana», pero, más allá de un cierto republicanismo, sería arriesgado deducir de la historia de Cipo un significado global para la totalidad de las *Metamorfosis*. Augusto, al menos formalmente, conservó las instituciones republicanas y no adoptó ningún título que implicara poder absoluto. < <

[74] Son pinos mediterráneos, de tronco desnudo y vistosa copa. La traducción literal, «los pinos remangados, con la ropa por la cintura», traslada metafóricamente a los pinos, de tronco despojado hasta arriba, la apariencia de una persona que se ha arremangado las vestiduras y deja sus piernas al desnudo. < <

[75] El relato tiende a la intensificación. Tras una primera fase en que Cipo toma una decisión individual, el caudillo vencedor busca que el senado y el pueblo la ratifiquen. Se queda fuera de la ciudad, como suelen hacer los que han obtenido un triunfo, y allí recurre a una estratagema. Vela sus cuernos y les dice a los convocados que les aguarda un peligro de parte de alguien que lleva cuernos. La excelente técnica narrativa de Ovidio se nota especialmente en las enigmáticas palabras del discurso con que Cipo vela su identidad y en la forma como descubre ante el pueblo la solución a la adivinanza. La reacción de la multitud, la del propio Cipo, la recompensa del senado y el pueblo son parte de la escena de reconocimiento. < <

[76] No está claro qué significa aquí la corona festiva, como no sea una protección contra la envidia. < <

[77] La historia termina con un *aítion* que explica un objeto actual mediante una historia. Los eruditos intentan conciliar el evidente carácter apotropaico de los cuernos situados en las puertas de la ciudad con la también evidente interpretación de los cuernos como símbolo de poder. < <

[78] Esta invocación a las musas como divinidades de la memoria que asisten a los poetas procede de bien conocidos pasajes de *Ilíada*, II 484-487 y *Eneida* VII 641-646, donde preceden al Catálogo de las Naves Aqueas y al Catálogo de los Guerreros Itálicos respectivamente. Sin embargo, allí abrían desarrollos situados al comienzo de acciones importantes, mientras que aquí se refieren a un único episodio situado casi al final de las *Metamorfosis*. Por tanto, hay que buscar su función en otra parte. Virgilio en *Eneida* IX 77-79 invoca a las musas al comienzo de un acontecimiento milagroso (la transformación de barcos en ninfas) y aquí se nos va a narrar un milagro, el traslado en barco del dios Esculapio, desde Epidauro a Roma, en forma de serpiente. Debemos añadir, por último, que en este traslado no falta un catálogo de los lugares recorridos por el barco que transportaba al dios. < <

[79] La función terminal de este episodio se pone de manifiesto, primero porque poco antes se ha aludido a Esculapio con motivo del episodio de Virbio (*ope Paeonia*, XV 535); segundo porque a Esculapio se lo denomina aquí Coronida o hijo de Coronis, un matronímico del que se da cuenta en *Metamorfosis* II 628-630 y 641-648, donde Apolo arrebata del vientre de su madre muerta al niño Esculapio, del que se profetiza que morirá y renacerá dos veces. Aquí tenemos, pues, la narración prometida de Esculapio. *Koronís* es también la parte recurvada que prolonga el vástago de madera en torno al cual se enrollaba el rollo de papiro, el *cornus*, de los latinos. Se supone que, cuando uno llegaba al final de la lectura del rollo, se quedaba agarrando el *cornus*. Por tanto, se nos está anunciando el final. < <

[80] Peste y consulta al oráculo de Apolo forman una secuencia coherente, lo mismo que el reenvío a Epidauro desde Delfos o el estilo oracular en que se pronuncia el dios Apolo. El acontecimiento es histórico, tuvo lugar en 293 a. C. Según fuentes distintas de Ovidio, los romanos acuden a Epidauro siguiendo el mandato de los Libros Sibilinos y no de Apolo. < <

[81] En latín *opem*, que también significa salud; piénsese en *opifer*, «sanador» (v. 653), que se refiere al dios que proporciona ayuda o auxilio. < <

[82] Se refiere a la noche. Puede sorprender el estilo épico en que se señala la transición del día a la noche. Se quiere indicar con ello la importancia del instante en que la delegación romana recibirá un sueño de parte del dios que supondrá la solución al problema. < <

[83] En el santuario de Esculapio en Epidauro se practicaba el ritual de la incubación, mediante el cual se buscaba un sueño que respondiese a lo que se iba a consultar. También forma parte de las prácticas religiosas de este tipo el doble sueño, es decir, un sueño que reciben a un tiempo los interesados en el oráculo y los sacerdotes o guardianes del templo del dios; cf. Apuleyo, *Metamorfosis* XI 21-22 donde el sueño lo recibe Lucio, que va a ser iniciado, y el sacerdote Mitra, que va a encargarse de la iniciación. <<

[84] El caso que se narra aquí es ligeramente diferente del comentado en la nota anterior, porque el dios no indica su voluntad a los sacerdotes mediante un sueño, sino mediante una epifanía; sin embargo, lo pertinente es que cada una de las dos partes en conflicto recibe la respuesta a su consulta. < <

[85] Hay aquí una cuidadosa lección de folklore religioso. Lo que aparece ante todos es una serpiente, pero para que la serpiente sea considerada como una de las formas del dios hacen falta más cosas, es decir, testigos independientes. Primero, el dios ha advertido en sueños a los romanos de sus características cuando se aparezca al día siguiente; después, el sacerdote confirmará la autenticidad de la aparición. Sólo así se sabrá que el monstruo es un dios. < <

[86] Pese a que todo el pasaje está rodeado de la solemnidad y el espanto que las epifanías ocasionan, Ovidio no puede pasar por alto el detalle psicológico de la serpiente despidiéndose del lugar donde ha sido adorada. El traslado de dioses de una residencia a otra o la acogida de dioses ajenos era muy practicada por los romanos. Primero acogen los Penates de Troya, años después del episodio de Esculapio acogerán a la Magna Mater en Roma y le erigirán un templo en el Palatino. < <

[87] Ovidio, que está narrando algo acontecido en época histórica, tiene buen cuidado de que la metamorfosis en serpiente y toda la procesión que rodea el abandono de su antigua sede y el embarco en la nave no revista un aspecto grotesco o maravilloso, como en otras metamorfosis pasadas, sino un aire respetuoso y solemne, pues está hablando de los orígenes de un culto romano bien conocido de todos. Incluso así, no puede evitar el «detalle realista» del peso de la serpiente en la cubierta del navío. Cf. *Eneida* VI 412-414, cuando la barca de los muertos de Caronte recibe a Eneas en su interior y, debido al peso del héroe vivo, recibe agua por sus junturas. < <

[88] El viaje de la serpiente, una vez llegada a Italia, discurre por las actuales regiones de Apulia, Basilicata, Calabria y Campania. Los hitos fundamentales son el cabo Lacinio, en pleno golfo de Tarento, cerca de la antigua Crotona, célebre por el templo de Juno Lacinia, el estrecho de Mesina, entre Calabria y Sicilia, dominado por el cabo Peloro y la llegada a Pesto, en la actual Campania, cerca de la colonia de Velia o Elea. < <

[89] Se reconocen perfectamente los lugares del golfo de Nápoles, desde Capri y Sorrento, al Sur, hasta Cumas por el norte. En medio, Herculano, Estabias y Nápoles. < <

[90] Cayeta, nodriza de Eneas, a la que se refiere en el libro XIV. <<

[91] Este viaje recuerda el emprendido por Glauco a comienzos del libro XIV desde las costas de Escila a las de Circe. El poeta, entonces, enfocaba a Glauco con preferencia a Eneas, mientras que aquí la llegada del dios a Roma recibe una atención mucho más detallada que la que ha recibido el héroe de la *Eneida*. A estas alturas no sorprende la morosa delectación en detalles que, de una manera desviada, pero eficaz, traen recuerdos de la acción del héroe que para Virgilio, no tanto para Ovidio, era principal. < <

[92] El dios recibe hospitalidad en un templo de su padre. Se ha discutido la exactitud del dato histórico dado por Ovidio. Dejando a un lado este extremo, concuerda muy bien con las costumbres religiosas que un dios reciba acogida en el templo de otro (máxime si se trata de su padre) en caso de mal tiempo. < <

[93] Lavinio y las bocas del Tíber, Ostia: nos recuerda a *Eneida* I 13 ss. < <

[94] La acogida del dios, desde Ostia hasta Roma, se hace en un ambiente de auténtica fiesta. La mención de Vesta como troyana vuelve a recordarnos el viaje de Eneas por las riveras del Tíber descrito en el libro VIII de la *Eneida*. La diferencia es que allí el sitio de Roma, *Pallanteum*, era una aldea, mientras que ahora se la considera *caput rerum*, cabeza del mundo. < <

[95] Ovidio se demora en la descripción de la isla Tiberina, y luego procede rápidamente a narrarnos la metamorfosis inversa del dios, cosa poco frecuente, y sus poderes salutíferos. < <

[96] El tema que se anuncia es el de la divinización de César. < <

[97] Catulo fue el primer poeta latino en tratar de la catasterización de un gobernante, al convertir en constelación un rizo de la cabellera de la reina Berenice II, esposa de Ptolomeo III Euergetes. En el poema 66, Catulo ofrece una versión del poema de Calímaco, situado en el libro IV de los *Aítia*, en el que este construye un humorístico e ingenioso panegírico en el que un rizo de la cabellera de la reina cuenta su historia de cómo fue convertido en constelación. Por la época de Catulo se trataba de una brillante versión latina de un poema cortesano de una importante corte helenística, la Alejandría de los Ptolomeos, pero unos quince o veinte años más tarde, empezaron a darse en Roma las condiciones para que esto, que debía parecer humorística ficción literaria, se convirtiera en realidad. El ambiente, sin duda por influencias orientales, estaba maduro para la divinización de los dirigentes, algo que repugnaba al pensamiento romano tradicional. < <

[98] En la estructura de los vv. 746-759, dividida en dos párrafos (746-750; 750-758) y una conclusión (758-759), el elogio de César se mezcla con el elogio de Augusto hasta tal punto que en la conclusión, aparece el verdadero objetivo de las alabanzas: el descendiente: «Dioses, con él al frente del poder habéis hecho un generoso presente al género humano». Extraño elogio este que tiene una estructura argumentativa. En el primer párrafo una especie de *praeteritio* rebaja (por decirlo así) todas las hazañas de César en comparación con su conversión en una nueva estrella, en un cometa —cosa natural, después de todo—, pero esa conversión debe agradecerla a la actuación de su descendiente (*progenies*). En efecto, el mayor de los actos de César, *acta Caesaris*, es haber sido padre de Augusto. Los *acta Caesaris*, que en realidad eran unos papeles de César, cuyo contenido legalizó el cónsul Marco Antonio, contenían entre otras cosas una cláusula de su testamento en el que nombraba hijo adoptivo a su sobrino Octavio, que pasa a llamarse Julio César, como su padre. Éste fue, en opinión de Ovidio, su acto más importante. < <

[99] El segundo párrafo parece una concreción del primero: las hazañas de César están repartidas a lo largo del mundo conocido: Europa, Egipto, Ponto (Asia), África, lo que le valió la celebración de cuatro triunfos, uno por cada parte del mundo, más Egipto, que entonces era una realidad geográfica propia. El final insiste en que la mayor aportación de César era «haber engendrado a un hombre tan excepcional». Nótese que Augusto era sólo hijo adoptivo, pese a que aquí se insiste en el lenguaje de la generación. Toda esta parte trata de actos jurídico-políticos, no se olvide, que se imponen a las realidades biológicas, por lo que la mención de los dioses, lejos de ser retórica, casi hay que entenderla en sentido literal: un dios, César, ha hecho este presente al género humano. < <

[100] La frase puede parecer cínica, pero toda la poesía de la época (Virgilio, Horacio, Propercio) habla de la conversión de Augusto en dios, y, en ese proceso de divinización augústea, resultaba decisivo que su padre también lo fuera. Como señala con agudeza HARDIE, cuando Augusto se titula *divi filius*, ambos títulos, de realidad político-religiosa indudable, son muy dudosos desde otros ángulos, pues ni Augusto era hijo biológico de César, ni César (probablemente) era un dios. En la época de Augusto asistimos a una verdadera «poética de la divinización». Se ponen los medios políticos (y hasta astronómicos) para convertir a los gobernantes en nuevos astros-dioses, pero no sólo hay medios políticos implicados: los poetas, como sucedió en el poema de Calímaco ya mencionado, colaboran con sus poemas a crear la misma realidad que la ficción política había creado, que los gobernantes (César, Augusto) eran dioses. En Roma ya se daban las mismas condiciones políticas que en la corte de Alejandría. < <

[101] El comienzo y el final de las palabras de Venus se sitúan en el momento presente y las grandes amenazas que se ciernen sobre César, mientras que en la parte intermedia la Venus que presenta Ovidio es perfectamente reconocible a partir de dos pasajes de la *Eneida* en que se muestra inquieta por el destino de su hijo Eneas, el diálogo con Júpiter de I 229-253 y la discusión con Juno en el *concilium deorum* de X 16.62. De esta manera se subraya la condición de César como descendiente de Eneas y de Julo, y la manera que tiene Ovidio de continuar pasajes de la *Eneida* preñados de significado para Eneas, su divinidad y la de sus descendientes. < <

[102] Los dioses no pueden revocar las decisiones de las Parcas (las Viejas Hermanas), pero pueden advertir a los hombres mediante prodigios y portentos de la naturaleza. < <

[103] Entre los signos del tiempo cósmico que anuncian la muerte de César es famoso el pasaje de *Geórgicas* I 462-514 en que toda la naturaleza, empezando por el Sol, enviaba con sus perturbaciones señales de que se aproximaba la muerte del gran hombre. La épica latina, quizás ya desde Ennio, pero sí desde luego desde Cicerón, *De Consulatu Suo*, se muestra constante en el tipo de prodigios que acumula: el Sol se cubre, se producen temblores de tierra, apariciones de muertos, extraños aullidos de perros, estatuas que sudan sangre, lluvias de sangre, entrañas defectuosas de víctimas de sacrificios, etc., que en ese caso anuncian la conjuración de Catilina. Naturaleza, religión, ceremonias cultuales, acontecimientos políticos, forman un todo indisoluble en la imaginación romana. Los historiadores que narran la muerte de César, como Suetonio o Dión Casio, anotan listas de portentos similares. < <

[104] El texto subraya la impiedad del asesinato de César por el lugar donde acontece. La reacción de Venus, intentando salvar a su descendiente (se le llama Enéada, aunque el texto es dudoso) es mitológica, comportándose como la Venus de la *Ilíada*. < <

[105] Las palabras de Júpiter a Venus recuerdan las que pronuncia en *Eneida* I 257-296, donde le revela los hados que aguardan a Eneas y sus descendientes, hasta llegar a un César, Julio, descendiente del troyano Julo, que subirá al cielo y bajo cuyo mandato se cerrarán las puertas de la guerra. La interesante particularidad de este pasaje estriba en que los hados no dependen de Júpiter, no son palabra pronunciada (*fata*), que él desvela como si la leyera de un rollo de papiro que despliega (262, *et volvens fatorum arcana mouebo*), sino que son palabras grabadas que se guardan en un archivo indestructible, los archivos de las cosas, *tabularia rerum*, los archivos del mundo. Júpiter puede leerlos y memorizarlos, pero no modificarlos. La memoria, unos treinta años después de la *Eneida*, se confía mejor a un archivo escrito, porque así será más duradera. Podríamos demorarnos en la capacidad archivística de la época augústea, en la gran cantidad de documentación escrita que produce en todos los ámbitos, pero no es este el lugar. Insistimos únicamente en que la imagen de la inmutabilidad del hado son las letras de un texto legal grabadas en un metal más perenne que el bronce y el hierro. < <

[106] Júpiter resume en cinco versos (815-820) los temas más importantes de la ideología del Principado. El primero, la divinización de César, es presentado como un deber familiar de Venus, cabeza de la estirpe, y del hijo, heredero del nombre de su padre. El juego de palabras *unus onus* «llevará él solo el peso de la carga» es el segundo gran tema: sólo el heredero de César, en calidad de heredero —ése es su título principal— es capaz de llevar tan gran carga. El poder descansa en uno solo, como había descansado en César. El tercer gran tema, al menos al inicio del Principado, es la *ultio Caesaris*: la venganza de la muerte de su padre es adoptada por Augusto como imperativo, más que político, religioso. De ahí la erección del templo de *Mars Ultor* en un lugar prominente del Foro. Pese a que toda la literatura de la época está impregnada de estos temas, sorprende la capacidad de síntesis de Ovidio, que coincide en numerosos puntos con las *Res Gestae diui Augusti*, el resumen de su obra de gobierno que Augusto mandó grabar en las paredes de su Mausoleo. ¿Había leído Augusto a Ovidio hasta el punto de inspirarse en él para los comienzos de su monumental documento sobre su labor como gobernante? Preferimos no abrir este tema, pero las palabras de Júpiter indicándole a Venus el hado son monumentales. < <

[107] Los episodios más importantes de las Guerras Civiles: el asedio de Módena, la batalla de Filipos, vista como una segunda Farsalia por los romanos, la lucha contra Sexto Pompeyo en la batalla naval de Nauloco, al noroeste de Sicilia, la lucha contra Cleopatra, derrotada en Accio. La expresión verbal de estos acontecimientos es notable: Módena no es una victoria personal, sino sólo «bajo sus auspicios»; de los campos Ematios (campos de sangre, si traducimos el nombre griego; la expresión ya estaba en Virgilio y la retomará Lucano) se recuerda que era una segunda Farsalia: de esa manera se unen los nombres de Augusto y César. La victoria del mar de Sicilia, ganada por Agripa, es vista como triunfo sobre «el nombre de Magno», es decir, Pompeyo. Por último, la referencia a la *aegyptia coniunx*, la esposa egipcia, término acuñado por Virgilio, que amenazaba con la esclavitud del Capitolio frente al Canopo (Canopo, como *pars pro toto*, vale por «egipcio» u «oriental»), cierra siempre las referencias a las Guerras Civiles. < <

[108] Una breve referencia a que el poder de Augusto coincidirá con los límites del mundo. Virgilio se refiere a ello en los libros VI y VIII de la *Eneida*. < <

[109] Augusto, príncipe de la paz (bajo se mandato se cerraron más de una vez las puertas del templo de Jano), Augusto legislador y ejemplo de moralidad, Augusto que se preocupa de señalar un sucesor para bien del pueblo y del Imperio. Como en el caso de las Guerras Civiles se puede hacer una lectura inversa, recordando, por ejemplo, que el hijo legítimo de su esposa era de otro marido, del que Livia fue obligada a divorciarse por Augusto. < <

[110] Augusto, finalmente, también será divinizado. Virgilio (en la obertura del primer libro de las *Geórgicas*, y Horacio en la del libro primero de las *Odas*) se anticipan al acto oficial participando en la «poética de la divinización» que hemos comentado. < <

[111] El parlamento de Júpiter a Venus se organiza siguiendo una estructura en anillo. Venus, pretendía salvar a César en contra de los decretos del hado y Júpiter se lo impide contándole qué es lo que ya está decidido, a saber, la muerte y divinización de César por obra de ella y su hijo, y toda la carrera política y ulterior divinización de Augusto. Para terminar como había empezado, tras la prohibición, Júpiter le da a Venus órdenes de actuación positivas, a saber, que se ocupe de la divinización de su descendiente César. <<

[112] Ovidio no se olvida en el pasaje final de las *Metamorfosis* de entrelazar continuamente, en el tema de la divinización de César, la actuación de Venus y la de Augusto. Venus se ocupa de la parte física, de la parte astral, Augusto de la parte política. Ovidio, de su parte como poeta, en la que añade que, aunque Augusto siempre subrayó la superioridad de su padre sobre él, sin embargo los hechos lo convierten, siguiendo paradigmas míticos, en uno de esos hijos que superaron la gloria paterna. < <

[113] Como recuerda HARDIE, es doméstico de Augusto porque su templo está en el Palatino. Vesta también tenía allí un pequeño templo. < <

[114] La plegaria comienza con los penates de Troya, traídos por Eneas, los dioses Indígetes y Rómulo, fusionando así con facilidad Troya y Roma. Ovidio se inspiró sin duda en *Geórgicas* I, donde al principio se ruega a un buen número de dioses y al final se ruega por la salud de Augusto y se acaba con el propio príncipe como divinidad, al que se le desean, sin embargo, largos años sobre la tierra. No es casual que los cuatro dioses citados en último lugar, Marte, Vesta, Apolo y Júpiter Capitolino tengan en Roma templos que han sido dedicados por Augusto. Sin embargo, el príncipe no ocupa el último lugar en las *Metamorfosis* como tampoco lo ocupó en las *Geórgicas*, donde Virgilio habla de sí mismo. < <

[115] Ovidio concibe su epílogo como un paratexto, que, según nuestras convenciones, ocuparía la contraportada del libro. En la épica virgiliana u homérica epílogos como este no tuvieron cabida, pero sí la tuvo, además de en *Geórgicas* IV 559-566, en la lírica horaciana (*Odas* III 30. 1 *Exegi monumentum aere perennius*) que influye grandemente en este final, con numerosas correspondencias de detalle. Las *Metamorfosis*, que contienen en sus últimos libros tantas catasterizaciones, en las que las personas vivas se convierten en seres inmortales que sobreviven a través de los astros, incluyen a Ovidio en la serie de Rómulo, César y Augusto. Los poetas, como ya Horacio en toda su poesía, no se consideraban inferiores a los príncipes, pues reclamaban para sí mismos la fama que les otorgaban a ellos. Ovidio también experimentará una metamorfosis, pues el cuerpo de sus escritos (sobre)vivirá en la fama y en los labios de la gente, como ya pensaba a lo largo de su carrera poética y afirmó al final de sus *Amores* (I 15. 41-42): «Incluso cuando el fuego supremo me haya consumido, viviré, y una gran parte de mi sobrevivirá». Si leemos este final pensando que lo alcanzó «la ira del príncipe», condenándolo al exilio, pero que, como la muerte, sólo pudo afectar a su cuerpo, no a su parte inmortal, podemos comprobar que en su poesía escrita desde Tomi consideró su pretensión de inmortalidad y se reafirmó en ella: «si tienen algo de verdad los vaticinios de los poetas, cuando muera, Tierra, no seré enteramente tuyo» (*Tristes* IV 129-130). < <